NAOMI KLEIN

AUTORA DE NO LOGO Y LA DOCTRINA DEL SHOCK

DECIR NO NO BASTA

CONTRA LAS NUEVAS POLÍTICAS DEL SHOCK POR EL MUNDO QUE QUEREMOS

¿Recuerdan cuando se suponía que el amor iba a triunfar sobre el odio? ¿O que hubo un momento en que las petroleras y los banqueros parecían estar amilanados y a la defensiva? ¿Qué demonios pasó? ¿Y qué podemos hacer al respecto? Naomi Klein nos explica cómo hemos llegado a este punto y cómo podemos cambiar las cosas para mejor.

Decir no no basta revela, entre otras cosas, que la desorientación que sentimos nos la han provocado deliberadamente. Que por todo el mundo, para generar una crisis tras otra, se están utilizando tácticas de shock diseñadas para forzar políticas que van a arruinar a la gente, el medio ambiente, la economía y nuestra seguridad. Que el extremismo no es un hecho aberrante, sino un cóctel tóxico de nuestros tiempos.

Naomi Klein nos enseña cómo podemos romper el hechizo y conseguir el mundo que necesitamos. No dejemos que se salgan con la suya.

La toma de la Casa Blanca por Donald Trump es una escalada peligrosa en un mundo con una crisis en cascada. Su temeraria agenda, que incluye un golpe corporativo en el gobierno, chivos expiatorios, belicismo agresivo, y dejar de lado la ciencia del clima para desencadenar un frenesí de combustibles fósiles, generará olas de desastres y conmociones para la economía, la seguridad nacional y el medio ambiente.

La aclamada periodista, activista y exitosa autora Naomi Klein ha pasado dos décadas estudiando los choques políticos, el cambio climático y los «acosadores de marca». Desde esta perspectiva única, sostiene que Trump no es una aberración sino una extensión lógica de las peores, las más peligrosas tendencias del último medio siglo: las mismas condiciones que han desatado una marea creciente de nacionalismo blanco en todo el mundo. No es suficiente, nos dice, simplemente resistirnos, decir «no». Este momento histórico exige más: un «sí» creíble e inspirador, una hoja de ruta para reclamar el terreno populista de aquellos que nos dividirían, una que establece un curso audaz para ganar el mundo justo y solidario que queremos y necesitamos.

Este libro oportuno y urgente de una de nuestras pensadoras más influyentes ofrece una conmoción positiva, que nos ayuda a comprender cómo llegamos aquí y cómo podemos, colectivamente, reunirnos y sanar.

Naomi Klein

Decir NO
NO basta

ePub r1.1
Titivillus 17.09.2021

Título original: *No Is Not Enough: Resisting Trump's Shock Politics and Winning the World We Need*
Naomi Klein, 2017
Traducción: Ignacio Villaro Gumpert & Ana Pedrero Verge

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Naomi Klein

DECIR NO NO BASTA

epublibre

Índice de contenido

Introducción

I. Cómo hemos llegado a esto: el auge de las supermarcas
- 1. Cómo ganó trump al convertirse en la marca definitiva
- 2. La primera familia de marcas
- 3. «Los juegos del hambre» de Mar-a-lago

II. En qué punto estamos: un clima de desigualdad
- 4. El reloj del clima da la medianoche
- 5. El mangante en jefe
- 6. La política odia el vacío
- 7. Aprender a amar el populismo económico

III. Cómo podríamos ir a peor: los shocks que se avecinan
- 8. Maestros del desastre: puentear la democracia
- 9. La lista de tareas tóxica: qué se puede esperar cuando se espera una crisis

IV. Cómo podrían mejorar las cosas
- 10. Cuando a la doctrina del shock le sale el tiro por la culata
- 11. Cuando no bastó con decir no
- 12. Las lecciones de Standing Rock: atreverse a soñar
- 13. El momento de dar el salto: porque a pequeños pasos no se va a acabar con esto

Conclusión: Una mayoría solidaria, al alcance

Epílogo. Manifiesto «Dar el salto»: llamamiento a favor de una Canadá basada en el cuidado mutuo y de la tierra

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi madre, Bonnie Sherr Klein
que cada día me enseña algo nuevo
sobre resiliencia al shock

No pretendo derribar al Gobierno estadounidense, eso ya lo ha hecho el Estado corporativo.

JOHN TRUDELL (1946-2015),
activista siux santee, artista y poeta

INTRODUCCIÓN

Shock.

Es una palabra que, desde el triunfo electoral de Donald Trump en noviembre de 2016, se ha venido repitiendo mucho para describir el resultado contra pronóstico de las elecciones, el estado emocional de mucha gente al presenciar su ascenso al poder, o su planteamiento de «ataque relámpago» a la hora de hacer política. De hecho es precisamente así como su asesora Kellyanne Conway ha descrito reiteradamente la nueva era: un «shock para el sistema».

Llevo ya casi veinte años dedicada a estudiar los shocks a gran escala que sacuden a las sociedades: cómo se producen, cómo los explotan los políticos y las grandes empresas, y cómo incluso se agravan deliberadamente a fin de sacar provecho de una población desorientada. También he dado testimonio de la otra cara de este proceso: cómo las sociedades que se unen en torno al entendimiento de una crisis compartida pueden cambiar el mundo para mejor.

Viendo el ascenso de Donald Trump, he tenido una sensación extraña. No es solo que esté aplicando políticas de shock a la nación más poderosa y con el mayor arsenal armamentístico del mundo. Es más que eso. He registrado en libros, documentales y reportajes de investigación, toda una serie de tendencias: el auge de las supermarcas, el poder creciente de la riqueza privada sobre el sistema político, la imposición global del neoliberalismo, valiéndose a menudo del racismo y del miedo al «otro» como una herramienta poderosa, el nocivo impacto del libre comercio corporativo y el profundo arraigo de la negación del cambio climático en el ala derecha del espectro político. Y cuando me puse a investigar a Trump, empezó a parecerme que, como el monstruo de Frankenstein, estaba compuesto por trozos de los cuerpos de todas esas peligrosas tendencias y de muchas otras, cosidos entre sí.

Hace diez años, publiqué *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre* [1], una investigación que abarcaba cuatro décadas de historia, desde Chile tras el golpe de Estado de Augusto Pinochet, hasta Rusia después del colapso de la Unión Soviética; desde Bagdad bajo los bombardeos de la Operación Shock y Pavor, hasta Nueva Orleans tras el huracán *Katrina*. La expresión «doctrina del shock» describe la táctica, sumamente brutal, de utilizar sistemáticamente la desorientación del público que trae consigo un shock colectivo —guerras, golpes de Estado, ataques terroristas, desplomes del mercado o catástrofes naturales— para impulsar medidas radicales favorables a las grandes empresas, lo que suele denominarse «terapia de choque» (*shock therapy*, en inglés).

Aunque en algunos aspectos Trump rompe el molde, sus tácticas de shock no dejan de seguir un guion, uno que ya hemos visto en otros países que han experimentado rápidas transformaciones impuestas con el pretexto de una crisis. Durante la primera semana de su mandato, mientras él firmaba aquel *tsunami* de órdenes ejecutivas y tenía a la gente abrumada, tratando desesperadamente de seguirle el ritmo, me acordé de la descripción que la activista en favor de los derechos humanos Halina Bortnowska hacía de la experiencia de Polonia cuando Estados Unidos impuso a su país una terapia de shock económica en pleno colapso del comunismo. Describía la velocidad de los cambios que atravesaba su país como «la diferencia entre años de perro y años humanos», y señalaba: «Empiezas a observar unas reacciones semipsicóticas. Ya no puedes esperar que la gente actúe en función de sus propios intereses, porque está tan desorientada que, o no sabe qué intereses son esos, o han dejado de importarle».

Por lo visto hasta el momento, está claro que Trump y sus principales asesores confían en lograr el tipo de reacción descrito por Bortnowska; que intentan imponer una doctrina del shock a escala nacional. Su objetivo es una guerra sin cuartel a la esfera de lo público y al interés común, ya sea en cuestión de normativa anticontaminación o de programas contra el hambre. En su lugar tendremos poder sin restricciones y total libertad de acción para las grandes empresas. Es un programa tan provocativamente injusto y tan manifiestamente corrupto que solo puede sacarse adelante apoyándose en una política de

«divide y vencerás» en lo racial y en lo sexual, combinada con un espectáculo constante de distracción mediática. Y, por supuesto, lo están respaldando con un aumento drástico del gasto de guerra y una escalada dramática de los conflictos bélicos en múltiples frentes, de Siria a Corea del Norte, acompañados de disquisiciones presidenciales como que «la tortura funciona».

Ya el propio gabinete de Trump, formado por millonarios y multimillonarios, nos dice mucho de los objetivos ocultos de su Administración. Exxon Mobile, a la Secretaría de Estado. General Dynamics y Boeing, a la cabeza del Departamento de Defensa. Y los chicos de Goldman Sachs para casi todo lo demás. El puñado de políticos de carrera a los que se ha puesto al frente de alguna agencia gubernamental parecen elegidos, bien porque no creen en la función básica de la agencia, bien porque directamente creen que la agencia no debería existir. Steve Bannon, el aparentemente marginado estratega jefe de Trump, fue muy claro al respecto en febrero de 2017, dirigiéndose a un público conservador. El objetivo, dijo, era la «deconstrucción del Estado administrativo» (se refería con esto a las normativas y agencias gubernamentales encargadas de proteger a la población y sus derechos). Y añadió: «Si te fijas en la lista de candidatos a un puesto en el gabinete, han sido seleccionados por una razón, y es la deconstrucción».

Se ha dado mucho bombo al conflicto entre el nacionalismo cristiano de Bannon y el transnacionalismo de los colaboradores de Trump más afines al *establishment*, en particular de su yerno, Jared Kushner. Y es muy posible que Bannon no tarde en salir expulsado por votación de este truculento *reality show* (quizá ya lo esté para cuando estas líneas vean la luz [*]). Por eso merece la pena subrayar que en lo que se refiere a deconstruir el Estado y externalizar todo lo posible en favor de corporaciones que buscan su propio beneficio, Bannon y Kushner no están en conflicto, sino en perfecta sintonía.

Mientras se desarrollaba todo esto, caí en la cuenta de que lo que está ocurriendo en Washington no es el acostumbrado traspaso de poderes entre partidos. Es una toma del poder indisimulada por parte de las corporaciones, que lleva gestándose muchas décadas. Parece que los intereses económicos que toda la vida han untado a los dos grandes partidos para que hagan lo que ellos quieran han decidido que ya están cansados de jugar a eso. Al parecer, tanto agasajar a cargos electos, tanto arrullo y tanto soborno legal ofendía su sentimiento de legitimación divina. Así que ahora van a prescindir de los intermediarios —esos políticos indigentes que supuestamente velan por el interés público— y hacer lo mismo que cualquier capitoste cuando quiere que algo salga como es debido: hacerlo ellos mismos.

De ahí que apenas reciban respuesta preguntas muy serias sobre conflictos de intereses y violaciones de la ética. De la misma forma que eludió hacer públicas sus declaraciones fiscales, Trump se ha negado en redondo a vender su imperio empresarial o dejar de beneficiarse de él. Habida cuenta de que la Organización Trump depende en gran medida de la concesión de valiosos permisos y licencias de marca por parte de gobiernos extranjeros, dicha decisión puede, de hecho, infringir la prohibición establecida en la Constitución de Estados Unidos de que los presidentes reciban regalos o cualquier «emolumento» de gobiernos extranjeros. Y ya hay en marcha una denuncia ante los tribunales fundamentada en esta alegación.

Pero a los Trump no parece preocuparles nada de esto. Un sentimiento casi impenetrable de impunidad, de estar por encima de las leyes y normas habituales, constituye un rasgo distintivo de esta Administración. Cualquiera que suponga una amenaza a esa impunidad es expeditivamente despedido; que le pregunten si no a James Comey, exdirector del Federal Bureau of Investigation (FBI). Hasta ahora, en la política estadounidense, los mandados del Estado corporativo que ocupaban la Casa Blanca llevaban una careta: la sonriente cara de actor de Ronald Reagan o el personaje de falso *cowboy* de George W. Bush (con Dick Cheney y Halliburton frunciendo el ceño en segundo plano). Ahora ya no hay careta. Y nadie se molesta en fingir lo contrario.

Esta situación resulta aún más sórdida por el hecho de que Trump nunca ha sido la cabeza de una empresa tradicional, sino más bien el mascarón de proa de un imperio erigido en torno a su marca personal: una marca que, junto con la de su hija Ivanka, ya ha sacado tajada, de innumerables formas, de su fusión con la presidencia de Estados Unidos. El modelo de negocio de la familia Trump se inscribe en un giro más generalizado de las estructuras corporativas que se ha producido en muchas multinacionales basadas en una marca, un giro con un impacto transformador en la cultura y en el mercado laboral, tendencias de las que hablé en mi primer libro, *No logo: el poder de las marcas* [2]. Lo que este modelo nos dice es que la sola idea de que pudiera haber —o debiera haber— cualquier distinción entre la marca Trump y la presidencia de Trump es una noción que el actual ocupante de la Casa Blanca ni siquiera puede empezar a entender. La presidencia es, de hecho, la extensión que corona la marca Trump.

A medida que investigaba la inextricable relación de Trump con su marca comercial y sus implicaciones para el futuro de la política, comencé a comprender por qué tantas críticas feroces que se le han hecho no

han llegado a calar, y cómo podemos dar con formas de ofrecer resistencia que sean más efectivas.

El simple hecho de que puedan exhibirse a plena luz semejantes niveles de desfachatez en la especulación con cargos públicos ya es bastante inquietante. Como lo son muchas de las cosas que ha hecho Trump en los primeros meses de su mandato. Pero la historia nos enseña que, por desestabilizada que esté ahora la situación, la doctrina del shock significa que podría ponerse mucho peor.

Los pilares fundamentales del proyecto político y económico de Trump son: la deconstrucción del Estado regulador; una ofensiva total contra el Estado del bienestar y los servicios sociales (justificada en parte con un discurso belicoso que instiga el miedo racial y ataca a las mujeres por ejercer sus derechos); el desencadenamiento de una fiebre por los combustibles fósiles nacionales (que pasa por ignorar los estudios científicos sobre el clima y neutralizar gran parte de la burocracia gubernamental); y una guerra de civilizaciones contra los inmigrantes y el «terrorismo islamista radical» (en un número creciente de escenarios, nacionales y extranjeros).

Además de suponer una amenaza evidente para quienes ya son los más vulnerables, este proyecto entraña una visión que generará con toda seguridad una ola tras otra de crisis y shocks. Shocks económicos, a medida que estallen las burbujas del mercado, infladas gracias a la desregulación; shocks de seguridad, cuando nos alcancen las represalias por las políticas antiislamistas y las agresiones en el exterior; shocks climáticos, al desestabilizar aún más el clima; y shocks industriales, cuando se produzcan vertidos de los oleoductos y accidentes en las plataformas petrolíferas, lo que tiende a ocurrir siempre que se cercenan las normativas medioambientales y de seguridad.

Todo esto es muy peligroso. Y aún lo es más la forma en que es de prever que la Administración Trump aproveche esos shocks para impulsar las medidas más radicales de su agenda.

Una crisis a gran escala —ya sea causada por un atentado terrorista o por un crac financiero— brindaría probablemente un pretexto para declarar algún tipo de estado de excepción o de emergencia, en el que dejarían de aplicarse las normas ordinarias. Esto, a su vez, serviría de tapadera para impulsar aquellos aspectos de la agenda de Trump que exigen una suspensión más amplia del núcleo de las reglas democráticas, tales como su promesa de negar la entrada al país a todos los musulmanes (no solo a los procedentes de determinados países), la amenaza que hizo en Twitter de llamar a «los federales» para sofocar los disturbios en las calles de Chicago, o su deseo evidente de imponer restricciones a la libertad de prensa. Una crisis económica lo bastante profunda le pondría en bandeja la excusa para desmantelar programas como el de la Seguridad Social, que Trump ha prometido salvaguardar, pero cuya desaparición llevan décadas deseando muchos de los que le rodean.

Trump puede tener además otros motivos para elevar el nivel de crisis. Como escribió en 2001 el novelista argentino César Aira, «cualquier cambio es un cambio de tema [3] ». Trump ya ha dado muestras sobradas de su proclividad mareante a cambiar de tema, valiéndose de lo que haga falta, desde tuits furibundos a misiles Tomahawk. Es un hecho que su ofensiva aérea sobre Siria, en respuesta a un espeluznante ataque con armas químicas, le granjeó los mayores elogios de la prensa desde el inicio de su mandato (en algunos sectores, dio pie a un giro hacia un tono más respetuoso, que sigue observándose hoy). Cabe esperar que asistamos repetidamente a estos cambios de tema, ya sea en respuesta a nuevas revelaciones sobre las conexiones con Rusia o a escándalos relacionados con sus laberínticos acuerdos de negocios internacionales; y nada pone más fácil lo de cambiar de tema que un shock a gran escala.

No entramos en estado de shock solo porque ocurra algo gordo y malo; además de gordo y malo, tiene que ser algo que todavía no entendamos. Un estado de shock es lo que se produce cuando se abre una brecha entre los acontecimientos y nuestra capacidad inicial para explicarlos. Cuando nos vemos en esa situación, sin un discurso, sin nada a lo que agarrarnos, mucha gente se vuelve vulnerable a que figuras de autoridad nos digan que hemos de tener miedo unos de otros y renunciar a nuestros derechos en pro de un bien mayor.

Actualmente, esto es un fenómeno global, no limitado a Estados Unidos. Tras los atentados terroristas coordinados que sufrió París en noviembre de 2015, el Gobierno francés declaró un estado de emergencia por el que se prohibían las reuniones políticas de más de cinco personas, y luego prorrogó esa prohibición, y su capacidad para limitar las manifestaciones durante meses. En Gran Bretaña, tras el shock del referéndum sobre el Brexit, mucha gente decía sentirse como si se hubiera despertado en un país nuevo e irreconocible. Fue en ese contexto en el que el Gobierno conservador británico empezó a promover una serie de reformas regresivas, así como la idea de que la única forma de que Gran Bretaña recuperara su competitividad era reducir drásticamente las restricciones normativas y los impuestos a los ricos, hasta el punto de que el país se convirtiera *de facto* en un paraíso fiscal para toda Europa. También en este contexto, la primera ministra, Theresa May, convocó elecciones anticipadas en un momento en que sus rivales

laboristas cotizaban a la baja en las encuestas, con la intención evidente de asegurarse otro mandato antes de que el electorado tuviera ocasión de rebelarse contra unas nuevas medidas de austeridad que son la antítesis de lo que se les vendió con el Brexit [4].

Para escribir cada uno de mis libros anteriores, pasé cinco o seis años investigando el tema en profundidad, estudiándolo desde numerosos puntos de vista e informando desde las zonas geográficas directamente afectadas. El resultado fueron unos libros voluminosos, con profusión de notas finales. Este libro, en cambio, lo he escrito en pocos meses. He querido que fuera breve y tuviera un tono más llano, a sabiendas de que hoy en día poca gente tiene tiempo para leerse un tocho, y de que hay otros autores escribiendo sobre partes de esta enrevesada historia que entienden del tema mucho más que yo. Pero me he dado cuenta de que las investigaciones que he llevado a cabo a lo largo de los años pueden contribuir a arrojar algo de luz sobre aspectos capitales del trumpismo. Rastrear las raíces de su modelo de negocio y de su política económica, reflexionar sobre momentos históricos de desestabilización similares y aprender de quienes dieron con formas efectivas de resistencia a las tácticas de shock puede acercarnos a una comprensión de lo que nos ha llevado a esta peligrosa senda, de cuál es la mejor forma de soportar los shocks que nos esperan y, lo que es más importante, de cómo podemos plantarnos más rápidamente en un terreno más seguro. Así pues, esto es el principio de una hoja de ruta de la resistencia al shock.

Si algo he aprendido de informar desde docenas de lugares sumidos en una crisis, de la Atenas sacudida por la debacle de la deuda griega a Nueva Orleans tras el huracán *Katrina*, pasando por Bagdad durante la ocupación estadounidense, es esto: que es posible ofrecer resistencia a esas tácticas. Para hacerlo, han de ocurrir dos hechos cruciales. Primero, hemos de entender perfectamente cómo funcionan las políticas de shock y a qué intereses sirven. Es esa comprensión la que nos permite salir rápidamente del estado de shock y empezar a contraatacar. Segundo, e igualmente importante, tenemos que contar una historia distinta de la que nos venden los doctores del shock, una visión del mundo lo bastante convincente como para competir con la suya de igual a igual. Esta visión, fundamentada en valores, ha de ofrecer una vía diferente, lejos de shocks encadenados; una que se base en unirnos por encima de divisiones raciales, étnicas, religiosas o de género, en vez de dejar que nos enfrenten aún más, y en sanar el planeta en vez de desatar más guerras desestabilizadoras y seguir contaminándolo. Y sobre todo, esa visión debe ofrecer a quienes están sufriendo —por falta de trabajo, falta de asistencia sanitaria, falta de paz, falta de esperanza— una vida tangiblemente mejor.

No estoy diciendo que sepa exactamente qué aspecto tiene esa visión. Intento averiguarlo de la mano de todo el mundo, y estoy convencida de que solo se puede alumbrar mediante un proceso genuinamente colaborativo, bajo el liderazgo de los más maltratados por el sistema actual. En los capítulos finales de este libro examinaré algunas colaboraciones de base, tempranas y muy prometedoras, entre docenas de organizaciones y pensadores que están aunando esfuerzos para empezar a diseñar una agenda de estas características, capaz de competir con el militarismo, el nacionalismo y el corporativismo rampantes. Aunque aún esté en una fase inicial, comienza a ser posible vislumbrar los contornos de una mayoría progresista que sigue un plan audaz para lograr el mundo seguro y solidario que todos deseamos y necesitamos.

Todo este trabajo nace de la certeza de que decir que no a malas ideas y a malos actores sencillamente no basta. El no más tajante ha de venir acompañado de un sí audaz que mire al futuro: un plan de futuro que sea lo bastante creíble y atractivo para llevar a multitud de gente a luchar por hacerlo realidad, por más que por el camino se les interpongan shocks y tácticas amedrentadoras. Puede que un «no» —a Trump, a la francesa Marine Le Pen, a tantos partidos xenófobos y ultranacionalistas como surjan en todo el mundo — sea lo que haga que en un primer momento se lancen a la calle millones de personas. Pero será un «sí» lo que nos mantenga firmes en la lucha.

«Sí» es el faro que evitará que nos extraviemos en las tormentas que se avecinan.

En síntesis, el argumento de este libro es que Trump, siendo extremado, no es tanto una aberración como un desenlace lógico: un pastiche de prácticamente todas las peores tendencias del último medio siglo. Trump es el producto de poderosos sistemas de pensamiento que clasifican la vida humana basándose en la raza, la religión, el sexo, la sexualidad, la apariencia física y la habilidad física, y que de forma sistemática han utilizado la raza a modo de arma para impulsar políticas económicas brutales desde los inicios de la colonización norteamericana y el tráfico de esclavos transatlántico. Personifica además la fusión de personas y corporaciones: una marca constituida por un solo hombre, cuya mujer e hijos son marcas derivadas, con todas las patologías y conflictos inherentes a esa situación. Es la encarnación de la creencia

de que el dinero y el poder otorgan licencia para imponer a los demás la propia voluntad, ya se exprese ese derecho metiendo mano a las mujeres o metiendo mano a los limitados recursos de un planeta que está al borde de un calentamiento catastrófico. Es producto de una cultura empresarial que fetichiza a los «disruptores» que hacen su fortuna ignorando descaradamente tanto las leyes como los estándares reguladores. Sobre todo, encarna un proyecto ideológico de libre mercado que sigue siendo poderoso —que abrazan por igual los partidos de centro y los conservadores— y que ha declarado la guerra a todo lo público o comunal, y que concibe a los presidentes ejecutivos como superhéroes que salvarán a la humanidad. En 2002, George W. Bush dio una fiesta en la Casa Blanca para celebrar los noventa años del hombre que fue el arquitecto intelectual de esa guerra al ámbito de lo público, el economista ultraliberal Milton Friedman. Durante los fastos, el entonces secretario de Defensa Donald Rumsfeld declaró: «Milton es la personificación de una verdad, que las ideas tienen consecuencias». Tenía razón; y Donald Trump es la consecuencia directa de esas ideas.

En este sentido, hay un aspecto nada desdeñable en el que Trump no es «chocante». Es el resultado absolutamente previsible, y hasta tópico, de ideas y tendencias omnipresentes a las que se debería haber puesto freno hace mucho tiempo. Y es por eso por lo que, aunque esta pesadilla de presidencia acabara mañana, seguiríamos enfrentándonos a las condiciones políticas que desembocaron en ella, y que están produciendo réplicas por todo el mundo. Con el vicepresidente de Estados Unidos, Mike Pence, o el presidente de la Cámara de Representantes, Paul Ryan, esperando turno, y el *establishment* del Partido Demócrata rehén también de la clase de los milmillonarios, no vamos a ganar el mundo que necesitamos solo con reemplazar al actual ocupante del Despacho Oval.

Respecto a esa primera persona del plural: según haya ido leyendo, puede que el lector haya advertido que a veces la empleo hablando de Estados Unidos y otras al hablar de Canadá. Uno de los motivos que lo explican es bien sencillo. Soy ciudadana de los dos países, con lazos profundos y relaciones a ambos lados de la frontera. Mis padres son estadounidenses, y, más allá del núcleo familiar, mis parientes más cercanos viven todos en Estados Unidos. Pero me crie en Canadá, y decidí vivir aquí (en la noche electoral, recibí este mensaje de texto de mi padre: «¿No te alegras de que nos mudáramos a Canadá?»). Sin embargo, desarrollo en Estados Unidos la mayor parte de mi labor periodística y buena parte de mi labor política, y allí he participado en incontables reuniones y debates sobre cómo podemos, colectivamente, estar a la altura de nuestras responsabilidades en este momento.

Hay otro motivo por el que a veces digo *nosotros* hablando de Estados Unidos que no tiene nada que ver con pasaportes. El hecho es que la presidencia estadounidense afecta a todos los habitantes del planeta. Nadie está completamente a salvo de la actuación de la mayor economía del mundo, el segundo emisor mundial de gases de efecto invernadero y el país que cuenta con el arsenal nuclear más importante. Quienes estén en la diana de los monstruosos misiles y bombas de Trump se llevan con diferencia la peor parte de las cargas y riesgos. Pero ante poderes tan inmensos y políticas tan despiadadas, todos los habitantes del planeta están, potencialmente, en la zona expuesta directa o indirectamente a un estallido y, ciertamente, en una zona expuesta al calentamiento.

No hay un solo relato que pueda explicar todo sobre cómo hemos llegado a esta encrucijada, ni un solo plan de acción para arreglar las cosas; nuestro mundo está demasiado trabado y es demasiado complejo para eso. Esto no es más que un intento de examinar cómo hemos llegado a este momento político surrealista; cómo, de formas concretas, podría ponerse mucho peor; y cómo, si no perdemos la cabeza, aún podríamos darle la vuelta al guion y desembocar en un futuro radicalmente mejor.

Para ponernos manos a la obra, primero necesitamos comprender a qué estamos diciendo «no»; porque ese «no» de la portada no va dirigido únicamente a un individuo, ni siquiera a un grupo de individuos (aunque eso también). Además, decimos «no» al sistema que los ha elevado a esas alturas. Y luego, pasemos a un «sí»: un «sí» que traiga consigo un cambio tan trascendental que la actual toma del poder por parte de las corporaciones quede relegada a una nota al pie de la historia, a una advertencia a nuestros hijos. Y Donald Trump y sus compañeros de viaje serán vistos como lo que son: el síntoma de una extendida enfermedad contra el que un día decidimos, todos, unirnos para curar.

NOTA: *Una mínima porción de lo escrito aquí ha aparecido previamente en ensayos, libros y discursos; la mayor parte, sin embargo, se publica por primera vez. Quien quiera ver una relación de formas de incorporarse a los movimientos que se describen en estas páginas, o ponerse en contacto con muchas otras organizaciones y teóricos asociados, puede visitar* <**noisnotenough.org**>.

Allí encontrará también la lista completa de fuentes de todas las citas y estadísticas contenidas en este libro.

PRIMERA PARTE

CÓMO HEMOS LLEGADO A ESTO: EL AUGE DE LAS SUPERMARCAS

> Debemos iniciar rápidamente el giro de una sociedad centrada en las cosas a otra centrada en las personas. Cuando las máquinas y los ordenadores, el lucro y los derechos de propiedad se consideran más importantes que las personas, se hace imposible derrotar a los trillizos titánicos del racismo, el materialismo y el militarismo.
>
> MARTIN LUTHER KING JR.
> *Más allá de Vietnam*, discurso de 1967

Capítulo 1

CÓMO GANÓ TRUMP AL CONVERTIRSE EN LA MARCA DEFINITIVA

LA NOCHE EN QUE Donald Trump fue declarado vencedor de las elecciones de 2016 y cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos yo me sentía especialmente desorientada, porque ni siquiera era de noche. Me encontraba en Sídney, Australia, en medio de una gira de conferencias, y con la diferencia horaria, donde yo estaba era última hora de la mañana del miércoles 9 de noviembre. Para casi todos mis conocidos, era la noche del martes, y mis amigos me enviaban mensajes de texto desde las fiestas de borrachera electoral en que se habían reunido para seguir el escrutinio. Pero para los australianos era el principio de un día laborable como otro cualquiera, lo que en mi caso no hizo sino intensificar la sensación general de vértigo cuando empezaron a conocerse los resultados.

En esos momentos, estaba reunida con unos quince líderes de diversas organizaciones medioambientales, sindicales y projusticia social australianas. Habíamos entablado un debate que giraba en torno a una idea clave. Hasta el momento, las luchas contra el calentamiento global, el racismo, la desigualdad, la violación de los derechos de los pueblos indígenas, de los inmigrantes y de las mujeres, al igual que otras muchas batallas progresistas, se han desarrollado a menudo de forma fragmentada, en sus propios compartimentos estancos. Pero nos veníamos preguntando, como se están preguntando ya muchos movimientos: ¿cómo se entrecruzan unas y otras?, ¿qué causas de raíz las conectan entre sí?, ¿cómo pueden abordarse esos asuntos de forma coordinada, al mismo tiempo?, ¿qué valores presidirían un movimiento así?, y ¿cómo podría traducirse ese movimiento en poder político? Junto con un grupo de colegas, yo venía trabajando en cómo construir un movimiento transversal de ese tipo, una «plataforma popular» en Norteamérica en el marco de un proyecto llamado *Manifiesto «Dar el Salto»* —sobre el que volveré en el último capítulo—, y eran muchos los grupos australianos interesados en explorar un enfoque similar.

Durante la primera hora o así, fue una reunión bastante animada, en la que reinaba el entusiasmo por todo lo que se podía conseguir. La gente estaba perfectamente tranquila respecto a las elecciones en Estados Unidos. Como muchos progresistas y liberales de izquierdas, y hasta muchos conservadores tradicionalistas, estábamos convencidos de que Trump iba a perder.

Entonces, empezó a sonarle el móvil a todo el mundo. Se fue haciendo un silencio cada vez mayor, y por toda la sala de juntas pareció cundir el pánico. De repente, la razón por la que nos habíamos reunido —la idea de que podíamos ayudar a prender la mecha de un salto adelante integral en la lucha contra el cambio climático, por la justicia racial, por unos trabajos dignos, etc.— sonaba completamente absurda. Fue como si todos hubiéramos comprendido de golpe, sin necesidad siquiera de comentarlo, que estábamos a punto de sufrir un gran retroceso, arrastrados por un vendaval arrollador, y que lo único que podíamos hacer era tratar de resistir en nuestras posiciones. La idea de un impulso de progreso en cualquiera de las apremiantes crisis que estaban sobre la mesa pareció evaporarse ante nuestros ojos.

Entonces, la reunión se dispersó sin que nadie la declarara concluida, y casi sin que nos despidiéramos unos de otros. La CNN nos despachaba como una especie de dispositivo irresistible de mandar a la gente a casa, y todos partimos en silencio en busca de pantallas más grandes que las de nuestros móviles.

Una mayoría de votantes estadounidenses no eligió la papeleta de Donald Trump; Hillary Clinton recibió casi 2,9 millones de votos más, un hecho que sigue atormentando al presidente en ejercicio. Que resultara vencedor es el resultado de un sistema de elección indirecta concebido en su día para proteger el poder de los propietarios de esclavos. Y en el resto del planeta, sumaron mayorías abrumadoras quienes respondieron a los encuestadores que, si por arte de magia hubieran podido votar en estas elecciones cruciales, lo habrían hecho por Clinton (una notable excepción fue Rusia, donde Trump gozaba de un respaldo importante).

Dentro de este multitudinario bando anti-Trump, cada cual tiene una historia distinta sobre cómo se sintió aquella noche (o aquel día). Para muchos, la emoción prevalente fue de shock porque eso pudiera ocurrir en Estados Unidos. Para muchísimos otros, fue de desolación, al ver confirmarse tan vívidamente lo que ya se conocía desde siempre, el profundo arraigo que tienen en el país el racismo y la misoginia. Para

otros, la sensación fue de pérdida, al ver que a la primera mujer candidata a presidenta de Estados Unidos se le escapaba la oportunidad de convertirse en un ejemplo para sus hijos. Como hubo también quienes se sintieron invadidos de rabia porque, de entrada, se hubiera elegido para enfrentarse a Trump a una candidata tan cuestionada. Y para millones de personas, dentro y fuera de Estados Unidos, la emoción preponderante fue el miedo: la intuición corporal de que la presidencia de Trump serviría de catalizador para desencadenar actos extremos de racismo, violencia y opresión. Muchos, en fin, experimentaron un cóctel de todas estas emociones y de algunas más.

Y también muchos entendieron que aquel resultado electoral no hablaba de un solo hombre en un único país. Trump no es sino un brote de una enfermedad que parece haberse propagado a escala planetaria. Asistimos a un auge de figuras políticas autoritarias, xenófobas y de extrema derecha, desde Marine Le Pen en Francia a Narendra Modi en la India, Rodrigo Duterte en Filipinas, el UKIP (Partido de la Independencia) en Gran Bretaña, Recep Tayyip Erdoğan en Turquía y tantos de su mismo pelaje (algunos abiertamente neofascistas), que amenazan con hacerse con todo el poder a lo largo y ancho del mundo.

La razón por la que comparto mi propia experiencia en Sídney el día (la noche) de las elecciones es que no consigo desprenderme de la sensación de que hay una lección importante que sacar de la forma en que la victoria de Trump fue capaz de cortar en seco nuestra conversación, de abortar los planes para impulsar una agenda progresista, sin mediar siquiera un debate. Era perfectamente comprensible que todos nos sintiéramos como nos sentimos al término de la jornada electoral. Pero si damos por buena la premisa de que de ahora en adelante todas las batallas se librarán a la defensiva, con el único fin de no perder pie ante embates retrógrados del estilo de Trump, estaremos abocados a acabar en una situación muy, pero que muy peligrosa. Porque el terreno que pisábamos antes de que Trump saliera elegido es el mismo terreno que dio como fruto a Trump. Un terreno que muchos de nosotros ya considerábamos constitutivo de una emergencia social y ecológica, incluso sin contar con esta última ristra de reveses.

Por supuesto que los ataques lanzados por Trump y sus demagogos afines de todo el mundo exigen que se les oponga una resistencia feroz. Pero no podemos pasarnos los próximos cuatro años con una estrategia puramente defensiva. Las crisis que atravesamos son todas de la máxima urgencia, no admiten que perdamos tanto tiempo. En un tema sobre el que estoy bastante informada, el del cambio climático, la humanidad dispone de una ventana de tiempo limitada en la que aún es posible actuar, pasada la cual se hará imposible proteger nada que pueda considerarse un clima estable. Y, según veremos en el capítulo 4, esa ventana se está cerrando a toda velocidad.

De modo que tenemos que apañárnoslas para simultanear la defensa y el ataque: resistir la ofensiva del presente y, además, encontrar un espacio para construir el futuro que precisamos. Decir que no y que sí al mismo tiempo.

Pero antes de que podamos ponernos a pensar con qué queremos reemplazar a Trump y a todo lo que su Administración representa, es necesario que examinemos con mirada resuelta y lúcida el punto en que estamos y cómo hemos llegado a esta situación, y también de qué maneras es más probable que, a corto plazo, las cosas se pongan mucho peor aún. Y respecto a esto último, vaya esta advertencia por delante: la perspectiva es para echarse a temblar. Pero no podemos permitir que nos desanime. Cartografiar este territorio es duro, pero es la única forma de evitar repetir pasados errores y alcanzar soluciones duraderas.

NO ES UN TRASPASO DE PODERES, SINO UN GOLPE DE ESTADO CORPORATIVO

Lo que el gabinete de billonarios y milmillonarios de Trump significa es un hecho muy sencillo: la gente que ya posee una proporción absolutamente obscena de la riqueza del planeta, y cuya tajada se hace mayor año tras año (las últimas cifras de Oxfam indican que ocho personas tienen tanto como la mitad de la población mundial), está decidida a adueñarse de más todavía.

Según informaba NBC News en diciembre de 2016, los candidatos elegidos por Trump para ocupar puestos en su gabinete reunían entre todos la apabullante suma de 14.500 millones de dólares (sin incluir al «asesor especial» Carl Icahn, que vale él solo más de 15.000 millones). Además, las figuras claves que pueblan el Gobierno de Trump no solo son una muestra representativa de los megarricos. En proporción alarmante, ha reunido a un conjunto de individuos que amasaron su fortuna personal perjudicando a sabiendas a personas de las más vulnerables del planeta y al propio planeta, a menudo en mitad de una crisis. Casi parece que sea un requisito para optar al puesto.

Tenemos al banquero basura Steven Mnuchin, su secretario del Tesoro, que fuera presidente y principal inversor de OneWest Bank, la «máquina de ejecuciones hipotecarias» que desahució a miles de personas tras el colapso financiero de 2008. Luego está su secretario de Estado, Rex Tillerson, antiguo director ejecutivo

de Exxon Mobil, la mayor compañía petrolera privada del mundo. La empresa que dirigió, financió y difundió durante décadas los estudios pseudocientíficos negacionistas del cambio climático, y ejercía ferozmente entre bambalinas todo tipo de presiones para sabotear cualquier iniciativa internacional significativa para combatirlo, a la vez que estudiaba la forma de que Exxon sacara provecho del calentamiento global. Y hay también, entre los designados por Trump para ocupar los principales cargos de los departamentos de Defensa y Seguridad Interior, una proporción impresionante de contratistas militares y de seguridad, y representantes a sueldo de grupos de presión.

Estábamos en racha

Es fácil olvidarlo, pero antes de la victoria contra pronóstico de Trump, había gente de a pie que se movilizaba para combatir las injusticias achacables a muchas de esas mismas industrias y fuerzas políticas, y estaban empezando a ganar. El sorprendente vigor de la campaña presidencial de Bernie Sanders, aunque finalmente no se impusiera, puso a temblar a Wall Street, que temió por la suerte de sus bonos, y consiguió introducir cambios significativos en la plataforma oficial del Partido Demócrata. Black Lives Matter y Say Her Name[1] habían forzado un debate nacional sobre el racismo sistémico contra la población negra y la militarización de la vigilancia policial, y habían ayudado a lograr que se aprobara la eliminación gradual de las cárceles privadas y una reducción del número de norteamericanos en prisión. En 2016, no hubo evento deportivo o cultural de importancia —de la gala de los Oscar a la Super Bowl— en que no se hiciera algún tipo de reconocimiento de cómo había cambiado el debate sobre violencia estatal y racial. Los movimientos de mujeres estaban convirtiendo la violencia de género en un asunto de primera plana, poniendo el foco sobre la «cultura de la violación», dando un giro al tratamiento de los casos de famosos acusados de delitos sexuales —como Bill Cosby— y contribuyendo a forzar la dimisión de Roger Ailes como presidente de Fox News por las acusaciones de acoso sexual a más de dos docenas de mujeres (acusaciones que él negó hasta el final).

También estaba en racha el movimiento contra el cambio climático, que encadenaba victoria tras victoria sobre la construcción de oleoductos, el *fracking* en la extracción de gas natural y la perforación de pozos petrolíferos en el Ártico, liderado en muchas ocasiones por resurgidas comunidades indígenas. Y había más triunfos a la vista: el acuerdo sobre el cambio climático negociado en París en 2015 incluía compromisos para mantener las temperaturas a niveles que exigirían renunciar a explotar yacimientos de combustibles fósiles por valor de billones de dólares, enormemente rentables. Para una compañía como Exxon Mobil, que se alcanzaran esos objetivos suponía una amenaza existencial.

Y como sugería la reunión a la que asistí en Sídney, había un consenso cada vez mayor, tanto en Estados Unidos como fuera de sus fronteras, en torno a la idea de que teníamos por delante la tarea urgente de establecer conexiones entre todos esos movimientos de cara a fijar una agenda común, y formar al mismo tiempo una coalición progresista ganadora, basada en una ética de amplia inclusión social y respeto por el planeta.

Lejos de ser la historia de un personaje desaforado y peligroso, la Administración Trump hay que entenderla en parte en este contexto, como un contragolpe a la fuerza creciente de un conjunto de movimientos sociales y políticos que exigen un mundo más justo y más seguro. Antes que exponerse al riesgo de que estos continuaran avanzando (y ellos siguieran perdiendo beneficios), esa banda de prestamistas depredadores, contaminadores desestabilizadores del planeta y ventajistas de la guerra y la «seguridad» unieron sus fuerzas para asaltar el Gobierno y proteger su ilegítima riqueza. Al cabo de décadas de asistir a la fragmentación y privatización de la esfera pública, Trump y los colaboradores que ha nombrado se han hecho ya con el control del propio Gobierno. Su toma del poder ha culminado.

La carta a los Reyes Magos de las corporaciones

Ante la evidencia de su absoluta falta de experiencia en tareas de gobierno, Trump se vendió al electorado con un doble argumento un tanto novedoso. Primero: «Soy tan rico que no necesito que me sobornen». Y segundo: «Pueden ustedes confiar en que arreglaré este sistema corrupto, porque lo conozco por dentro; como hombre de negocios, he formado parte de él. He comprado a políticos, he evadido impuestos, he externalizado mi producción. Así que, ¿quién mejor que yo y mis amigos, que son igual de ricos, para drenar la ciénaga?».

Ha ocurrido algo más, y no tiene nada de sorprendente. Trump y su gabinete de ex altos ejecutivos están

rehaciendo el Gobierno a un ritmo alarmante para ponerlo al servicio de los intereses de sus propios negocios, empezando por la presión fiscal a la que estaban sujetos. A las pocas horas de tomar posesión, Trump anunció una drástica rebaja de impuestos, por la que las corporaciones pagarían solo un 15 % (en vez del 35 % que pagan actualmente), y prometió una reducción radical de la normativa, del 75 %. Sus planes fiscales incluyen toda una serie de exenciones tributarias y lagunas legales para los ciudadanos más ricos, como los que pueblan su gabinete (y, ni que decir tiene, como él mismo). Puso a su yerno, Jared Kushner, a la cabeza de una «fuerza de asalto» repleta de ejecutivos corporativos con la misión de buscar más normativas que eliminar, más programas que privatizar y más formas de hacer que el Gobierno de Estados Unidos «funcione como una gran empresa americana» (según un estudio del grupo de defensa de los derechos cívicos Public Citizen, Trump se reunió con más de ciento noventa ejecutivos de grandes empresas durante sus tres primeros meses en el cargo, antes de anunciar que el registro de visitas dejaría de hacerse público). Urgido a responder a la pregunta de qué logros de importancia había cosechado la nueva Administración en sus primeros meses, Mick Mulvaney, director de la oficina presupuestaria, citó el torrente de órdenes ejecutivas de Trump y enfatizó lo siguiente: «La mayoría de ellas han sido leyes y reglamentos para deshacerse de otras leyes. Reglamentos para deshacerse de otros reglamentos».

Y así es. Trump y su equipo se disponen a suprimir de un plumazo programas que protegen a los niños de las toxinas ambientales, han dicho a las compañías de gas que ya no hace falta que informen de todos esos gases de efecto invernadero que expulsan, y están promoviendo docenas y docenas de medidas en esa misma línea. Se trata, en resumidas cuentas, de una operación de desmantelamiento a gran escala. Y es por eso por lo que Trump y los altos cargos que ha designado se ríen de las tímidas objeciones que han suscitado sus conflictos de intereses: todo el asunto es un gran conflicto de intereses. Esa es la cuestión.

Y, más que para ningún otro, lo es para Donald Trump, un hombre que se ha fusionado con su marca corporativa de forma tan absoluta que es evidente a todas luces que es incapaz de distinguir dónde acaba uno y empieza la otra. De momento, uno de los aspectos más notables de la presidencia de Trump es la conversión de Mar-a-Lago, su complejo residencial privado de Palm Beach, en una «Casa Blanca de invierno» carnavalesca, exclusiva y consagrada al lucro (llegó incluso a anunciarse así en las páginas web del Departamento de Estado). Un miembro del selecto club que la frecuenta contó a *The New York Times* que ir a Mar-a-Lago es «como ir a Disneylandia y saber que Mickey Mouse va a estar ahí todo el día»; solo que en este ejercicio de *full-contact* de marcas no se trata de Disneylandia, sino de Americalandia, y el presidente de Estados Unidos es Mickey Mouse.

El no va más del poder de la marca

Cuando leí esa cita, comprendí que si iba a tratar de entender esta presidencia, tendría que hacer algo que me resistía a hacer desde hace mucho tiempo: volver a escarbar en el mundo de la imagen de marca y del *marketing* corporativo, que fue el tema de mi primer libro, *No logo*.

El libro ponía el foco en un momento clave de la historia de las corporaciones: cuando colosos como Nike y Apple dejaron de pensar en sí mismas en primer término como empresas que fabrican productos físicos y empezaron a verse sobre todo y fundamentalmente como fabricantes de marca. Era en la imagen de marca —que creaba un sentimiento de identidad tribal— donde creyeron que estribaba su fortuna. Olvídate de las fábricas. Olvídate de la necesidad de mantener a unas plantillas descomunales. Una vez que hubieron comprendido que sus mayores beneficios se derivaban de la fabricación de una imagen, estas «marcas huecas» llegaron a la conclusión de que en realidad daba igual quién manufacturara sus productos o que les pagaran muy poco. Eso se lo dejaron a los contratistas: una evolución con repercusiones devastadoras para los trabajadores de dentro y de fuera del país, y que también alimentaba una nueva ola de resistencia anticorporativa.

La investigación que hice para *No logo* me exigió pasar cuatro años de inmersión total en la cultura de las marcas; cuatro años de mirarme y remirarme los anuncios de la Super Bowl, de repasar el *Advertising Age* (popular semanario dedicado al mundo de la publicidad) en busca de las últimas innovaciones en sinergias corporativas, de leer descorazonadores libros de negocios sobre cómo conectar con tus valores de marca personales, haciendo excursiones a tiendas Niketown, visitando talleres en Asia donde se explota a los trabajadores, yendo a gigantescos centros comerciales, a «ciudades privatizadas», saliendo de comando nocturno con *adbusters* y *culture jammers* [2].

A ratos, fue divertido. No soy inmune, ni mucho menos, a la seducción del buen *marketing*. Pero al final, fue como si hubiera sobrepasado una especie de umbral de tolerancia, y desarrollé algo así como una alergia patológica a las marcas. Aunque Starbucks saliera de pronto con una nueva forma de

«desmarquizar» sus establecimientos, o Victoria's Secret se apropiara sobre la pasarela de tocados indígenas, no tenía ganas de escribir sobre ello; había pasado página y dejado atrás ese mundo de rapacidad. El problema es que, para entender el fenómeno Trump, realmente hay que entender el mundo que hizo de él lo que es, y ese es, en gran medida, el mundo de las marcas. Trump es un reflejo de las peores tendencias de las que traté en *No logo*, desde desentenderse de las responsabilidades para con los trabajadores de fabricar tus productos mediante una red de contratistas a menudo abusivos, pasando por la insaciable necesidad colonizadora de marcar cualquier espacio disponible con tu nombre. Y es por eso por lo que decidí volver a hurgar en ese mundo de relumbrón, para ver qué podía decirnos sobre cómo se alzó con el cargo con más poder del mundo, y tal vez incluso sobre lo que esto decía de la situación política en general.

TRASCENDER EL MUNDO DE LAS COSAS

El auge de las supermarcas, como la que Trump construyó en torno a su zafia persona, hunde sus raíces en una única idea, inocua en apariencia, desarrollada por teóricos de la gestión empresarial a mediados de la década de 1980: que para asegurarse el éxito, las corporaciones tienen que fabricar marcas, y no tanto productos.

Hasta ese momento, aunque el mundo corporativo entendía perfectamente la importancia de apuntalar el nombre de su marca mediante la publicidad, la principal preocupación de todo fabricante cabal era la producción de bienes. Como expresaba un editorial de la revista *Fortune* de 1938, «la función básica e irrevocable de una economía industrial es la fabricación de cosas […]. Es en las fábricas y en la tierra, y bajo la tierra, donde se origina el poder adquisitivo».

Pero llegados a la década de 1980, las ventas de bienes de marcas clásicas como Tide, Levi's y Marlboro habían empezado a flaquear. El problema parecía radicar en que el mercado estaba inundado de productos prácticamente idénticos, y, con la economía en recesión, mucha gente elegía en función del precio y no de una marca. Los viejos trucos —vallas publicitarias, anuncios en televisión— parecían haber dejado de funcionar; era como si los consumidores hubieran desarrollado una especie de resistencia (en palabras del ejecutivo publicitario David Lubars, los consumidores «son como cucarachas, los rocías y los rocías y al cabo de un tiempo se vuelven inmunes»).

Por la misma época, un nuevo tipo de corporación empezó a disputar a los fabricantes norteamericanos al uso sus cuotas de mercado. Eran Nike, Apple y, más adelante, Tommy Hilfiger, Starbucks y demás. Estos pioneros tenían un modelo distinto: crear una idea o marca trascendente en torno a su empresa y utilizarla para conectar con consumidores que compartieran sus valores. Entonces, cobrar por sus productos un plus elevado que no tiene tanto que ver con el objeto en sí como con el profundo deseo humano de formar parte de una tribu, de un círculo de pertenencia.

Así que cuando los chavales hacían cola toda la noche para comprarse unas zapatillas Nike de doscientos cincuenta dólares, no eran exactamente las zapatillas lo que iban a comprar; compraban la idea del *Just Do It* y el sueño de Michael Jordan, que se había convertido en una supermarca unipersonal, un término que se utilizó por primera vez para describir el pujante imperio del deportista. Cuando sus padres compraban ordenadores Apple, traían a casa un cachito de una visión profundamente optimista del futuro, expresada con el eslogan «*Think Different*» (su aura de autenticidad crecía con cada icono revolucionario o artístico, vivo o muerto, cuyo rostro adornaba la campaña: Gandhi, Martin Luther King, Picasso, Mandela, el dalái lama). Y cuando los usuarios cotidianos de la red de cercanías empezaron a pagar cuatro veces más de lo que solían por tomarse un café, fue porque no era el café lo que Starbucks les vendía en realidad; les vendía, según su presidente ejecutivo, la idea de un «tercer espacio», que no era ni su casa ni su lugar de trabajo (el tercer espacio era en tiempos otro, uno situado dentro de la propia comunidad, donde la gente se reunía sin necesidad de que la animara a hacerlo una corporación, pero tales espacios estaban desapareciendo a toda velocidad).

Otra novedad clave de este periodo fue el concepto de que, dado que el verdadero producto era la marca, podía proyectarse en un número indefinido de artículos físicos sin relación aparente entre sí. Ralph Lauren lanzó una línea de pinturas, Virgin entró en los negocios de los trajes de novia y los refrescos de cola, Starbucks tenía una línea de cedés de *jazz*. Las posibilidades se antojaban infinitas.

Muchas de estas compañías con fuerte identidad de marca defendieron la (entonces) audaz tesis de que producir bienes era solo una parte secundaria de sus operaciones, y que, gracias a las recientes victorias en materia de liberalización del mercado y reforma laboral, podían hacer que sus productos los fabricaran otros por ellos a precios de saldo, mediante contratas y subcontratas, muchas veces fuera del país. Daba igual, en realidad, quién hiciera físicamente el trabajo, porque el verdadero valor no estaba en la

fabricación sino en el diseño, la innovación y, naturalmente, el *marketing*.

No tardó en fraguarse un consenso en los círculos directivos respecto a que muchas corporaciones que no abrazaban este modelo estaban hinchadas, sobredimensionadas; tenían demasiadas posesiones, daban empleo a demasiada gente, y cargaban con demasiado lastre. El proceso de producción a la antigua usanza —dirigir tus propias fábricas, hacerte responsable de decenas de miles de empleados fijos a jornada completa— empezó a parecer cada vez menos el camino del éxito y cada vez más una carga engorrosa. El objetivo era convertirse en una marca hueca: ser propietario de poco, ponerle tu marca a todo.

Muy pronto, las multinacionales se habían lanzado a competir en una carrera hacia la ligereza: el que menos activos físicos poseyera, menos empleados tuviera en nómina y produjera las imágenes más poderosas (por contraposición a más cosas), ganaba.

Nada de espacio, pocos empleos

El auge meteórico de este modelo de negocio tuvo dos consecuencias inmediatas. Nuestra cultura se vio progresivamente inundada de *marketing*, a medida que las marcas se afanaban en buscar espacios libres y nuevas «extensiones de marca» con las que proyectar sus grandes ideas y llegar a los mercados a los que se dirigen. El trabajo y los trabajadores, por otra parte, sufrieron una drástica rebaja en su valoración y se los consideró cada vez más como prescindibles.

Marcas como Nike y Adidas libraban una competencia feroz en el ámbito del *marketing* y, sin embargo, podían estar confeccionando sus productos en las mismas fábricas, con los mismos trabajadores cosiendo sus zapatillas. ¿Y por qué no? Fabricar cosas ya no se consideraba una «capacidad básica». Las oficinas centrales (que ahora tienden cada vez más a denominarse *campus*) querían tener las manos lo más libres posible para concentrarse en lo que consideraban su verdadero negocio: crear una mitología corporativa lo bastante potente para proyectar un sentido sobre prácticamente cualquier objeto, por el sencillo método de estampar su marca en él.

La información que recogía la prensa de este fenómeno solía ser que la empresa X o Y había decidido trasladar sus fábricas a alguna parte del mundo donde la mano de obra era más barata. Pero, como descubrí cuando visitaba talleres de Indonesia y Filipinas donde se fabricaban productos de marcas prestigiosas como prendas de ropa GAP u ordenadores IBM, la verdad es algo distinta. En la mayoría de los casos, esas empresas no estaban trasladando sus fábricas de Norteamérica y Europa para reabrirlas en Asia, sino más bien cerrándolas para no reabrirlas más, en ningún sitio. Este periodo vio proliferar cadenas de suministro muy complejas, en las que resultaba cada vez más difícil averiguar quién estaba fabricando un producto, y dónde. También conoció una ola de escándalos: repetidamente, intrépidos periodistas de investigación y grupos sindicales revelaban que, por ejemplo, unas zapatillas Nike con el sello de Michael Jordan o unas camisetas con el logo de Disney se fabricaban en condiciones espeluznantes en talleres de Haití o Indonesia. Pero cuando los periodistas o los propios consumidores trataban de pedir cuentas a la empresa, esta, casi invariablemente, manifestaba: «Estamos tan horrorizados como usted; es por eso por lo que vamos a dejar de trabajar con ese contratista».

La razón de que este modelo triunfara no es ningún secreto. Si lo hacías bien (si hacías anuncios preciosos, invertías un dineral en diseño y tratabas de dar presencia a tu marca mediante innumerables acuerdos de patrocinio y promoción cruzada), mucha gente estaba dispuesta a pagar prácticamente lo que fuera por tus productos. De ahí que el éxito de lo que se dio en llamar «marcas de estilo de vida» desencadenara una especie de manía, con las marcas compitiendo entre sí por ver cuál tenía la mayor red de extensiones, o cuál conseguía crear las experiencias 3-D más inmersivas (oportunidades para los clientes de entrar y entremezclarse con sus marcas favoritas).

¿Y qué tiene que ver toda esta historia noventera con Donald Trump? Pues mucho. Trump levantó un imperio siguiendo precisamente esa fórmula. Y luego, ya como candidato, se las ingenió para sacar provecho de la rabia y la desesperación que dejó tras de sí en comunidades que antes vivían del tipo de trabajo manufacturero bien pagado que empresas como la suya dejaron de lado hace mucho. Un timo en toda regla.

El «show» de Trump

En la década de 1980, cuando Trump se hizo famoso a escala nacional, aún era un promotor inmobiliario bastante tradicional, solo que con un deseo insaciable de ver su propio nombre en los periódicos y, ya

puestos, allá donde se terciara. Lo desplegó en enormes rótulos sobre edificios por toda Nueva York y toda Atlantic City; se trabajó a la prensa sin descanso; y convirtió sus relaciones con su mujer y con su amante en un culebrón de la vida real. El resultado fue que, en términos de visibilidad, se vio jugando en una liga que no le correspondía: su cara aparecía en las portadas de las revistas, desde *Time* a *GQ*. Le ofrecían cameos en películas de Hollywood y series de televisión. Y entendió enseguida algo fundamental de las marcas. Como declaró a *Playboy*: «El *show* es Trump, y en cualquier sitio que actúe se agotan las localidades». Con todo y con eso, el núcleo de su negocio seguía siendo convencional: adquirir propiedades inmobiliarias y gestionar esos edificios, ya fueran hoteles, bloques de apartamentos o casinos.

En la década de 1990, eso empezó a cambiar, debido sobre todo a que Trump hizo una gestión tan desastrosa de sus casinos de Atlantic City que sus banqueros se iban quedando con sus negocios, antes incluso de que sufriera sus primeras bancarrotas. Aunque tampoco perdió totalmente el control de sus propiedades. Los inversores parecían convencidos de que necesitaban el nombre de Trump —su marca personal— para que el castillo de naipes no se viniera abajo. Y eso resultó ser una lección importante sobre el valor, en el mundo real, de un nombre promocionado a conciencia.

Pese a que seguía siendo en primer término un constructor, Trump había advertido cómo empresas como Nike arrasaban aplicando el modelo de la marca hueca. Y poco a poco fue siguiendo sus pasos. De entrada, la innovación que introdujo fue que puso una marca a algo que nunca las había llevado: la propiedad inmobiliaria de alto *standing*. Evidentemente, sí que había ya cadenas internacionales de hoteles o complejos vacacionales bajo una marca. Pero Trump fue pionero del concepto de que los lugares donde uno trabaja (una torre de oficinas), donde vive (un condominio) y donde se divierte (un club de golf o un complejo vacacional) fueran todos franquicias de una misma marca de lujo internacional. De forma muy similar a Celebration (Florida) —el pueblo fundado con el sello de Disney—, Trump le vendía a la gente la oportunidad de vivir dentro de su marca a tiempo completo.

El momento de dar el gran salto, sin embargo, le llegó cuando Mark Burnett, presidente de un imperio televisivo de *realities*, convenció a Trump para que montara el suyo: *The Apprentice* [*El aprendiz*]. Hasta entonces, Trump había estado muy ocupado lidiando con las consecuencias de sus quiebras y con la impaciencia de sus banqueros. De pronto, como caída del cielo, le ofrecían la ocasión de catapultarse a la estratosfera de las supermarcas, esas compañías enrarecidas que obtenían sus desorbitados beneficios básicamente elaborando un significado para su marca y proyectándolo luego por doquier, liberadas de la carga de tener que fabricar sus propios productos; o, en el caso de Trump, de construir sus propios edificios.

Comprendió al vuelo el potencial de aquello. Dado que el programa realzaría todo lo posible su ostentoso estilo de vida, con largos y pausados planos de sus hogares palaciegos y sus *jets* de lujo, haría maravillas por consolidar el objetivo de la misión a la que llevaba décadas consagrado: convertir el nombre de Trump en sinónimo de éxito material. Antes incluso de que se emitiera el primer episodio, ya estaba negociando acuerdos para licenciar una línea de ropa masculina con su nombre. Al publicista de la cadena, le aseguró: «Aunque *The Apprentice* no obtenga buenos datos de audiencia, a mi marca le va a venir genial igualmente».

Pero tuvo audiencia; unos datos de audiencia impresionantes. Y al poco tiempo estaba lanzando un menú completo de marcas derivadas: colonia Trump, agua Trump, gafas Trump, colchones Trump y hasta una Universidad Trump. Si del actual presidente de Estados Unidos dependía, no había categoría de producto que no pudiera incorporarse a la burbuja de la marca Trump.

Y lo más interesante del asunto era que con *The Apprentice*, Trump no tenía que pagar, como hacen otras marcas, para que la suya se anunciara en un programa de televisión de gran éxito; le pagaban a él una fortuna por colocar una valiosísima publicidad gratuita. Lo que es más, sus programas recaudaban millones por promocionar otras marcas. En abril de 2011, por ejemplo, *The Celebrity Apprentice* —la versión del programa con concursantes famosos— batió el récord absoluto de productos anunciados en un programa de televisión, ciento veinte en total. Ese es el distintivo de una auténtica supermarca: Trump construyó una marca que contiene multitudes de marcas (¡y al llevar a sus hijos al programa, se convirtió incluso en criador de marcas!).

Después de lograr una hazaña como esa, ¿qué otro conejo puedes sacar de la chistera? Fusionar tu marca con el máximo símbolo de poder y autoridad: la Casa Blanca.

Elegancia oligárquica

Pero antes de que eso pudiera llegar a ocurrir, a Trump le quedaba una cosa por hacer para completar su transformación. Cambió radicalmente el núcleo de su negocio, la propiedad inmobiliaria. Trump

comprendió que le sería mucho más fácil amasar una fortuna si, en vez de construir y explotar las estructuras él mismo como había hecho a lo largo de su carrera, se limitaba a vender su nombre a promotores de todo el mundo, que aprovecharían su popularidad para atraer a compradores y clientes a sus edificios de oficinas, bloques de apartamentos y hoteles. Los promotores externos se encargarían de la construcción y asumirían todas las responsabilidades. Si los proyectos se iban al traste —como con frecuencia ocurría—, Trump cobraba sus derechos de licencia igual. Y eran unos derechos astronómicos. Según *The Washington Post*, por el proyecto de un único complejo de hotel y apartamentos en Panamá «Trump cobró al menos 50 millones de dólares […] sobre una inversión prácticamente cero».

Aún es propietario de unos cuantos edificios emblemáticos, entre ellos la Torre Trump en Nueva York y Mar-a-Lago en Florida. Pero si uno repasa la red más extensa de propiedades con la marca Trump —desde el Club de Golf Internacional de Dubái a las incontables propiedades Trump en la India, Canadá, Brasil, Corea del Sur y Nueva York—, lo que advierte es que Trump, o bien no es el dueño, o bien lo es solo de una parte. De donde proceden sus ingresos es de licenciar su nombre.

En muy gran medida, el éxito internacional de Trump se debió a la elección del momento adecuado. Entró en el mercado mundial de la propiedad inmobiliaria de alto *standing* cuando una cantidad sin precedentes de riqueza privada que había eludido el pago de impuestos andaba como loca en busca de lugares seguros en que recalar, como sigue siendo el caso hoy en día. Según James S. Henry, consultor jefe de la organización británica Tax Justice Network, se estima que en 2015 la riqueza financiera privada individual no declarada depositada en paraísos fiscales repartidos por el globo era de entre 24 y 36 billones de dólares. Las residencias de lujo de estética recargada encajaban a la perfección con las necesidades de los nuevos oligarcas de todo el mundo, de Moscú a Colombia.

Pero el mercado de Trump no se limitaba a los ricos. El imperio de su marca tras *The Apprentice* le permitía atraer a un tiempo a los consumidores más privilegiados y a los de rentas medias. Para los adinerados y amigos de la ostentación, tenía carnets de socio de sus clubes de golf y playa, o dúplex en alguna de las torres Trump, equipados con muebles, porcelana y electrodomésticos de la colección Trump. A las masas que no podían permitirse tales dispendios, les ofrecía pequeños retazos del sueño: una reluciente corbata roja Trump, un solomillo Trump, un libro de Trump.

¡ESTÁIS TODOS DESPEDIDOS!

Trump conquistó la Casa Blanca con una campaña que arremetía constantemente contra la pérdida de puestos de trabajo en las fábricas: el mismo tipo de empleos que él externalizaba en el extranjero prácticamente cada vez que tenía ocasión. Como hombre de negocios, sacó tanta tajada como pudo de la economía de subcontratación, al igual que hace la empresa de Ivanka. Y a nadie sorprenderá que se hayan difundido importantes reportajes de investigación que detallan las espantosas condiciones en que se confeccionan las corbatas Trump en la ciudad china de Zhengzhou, por ejemplo, o las aún peores de las fábricas, también chinas, de las que salen las colecciones de calzado de Ivanka. En abril de 2017, la Fair Labor Association (Asociación por un Trabajo Justo), una organización sin ánimo de lucro que promueve y vigila el respeto a las normas laborales internacionales, creada a raíz de los escándalos de talleres de trabajo esclavo de la década de 1990, publicó un informe que revelaba que las trabajadoras de una fábrica china que producía para uno de los mayores proveedores de los trajes y blusas de Ivanka tenían una jornada de casi sesenta horas semanales y ganaban el equivalente a poco más de un dólar por hora (muy por debajo del salario medio de un obrero en las ciudades de China). La mayoría, además, no tenía derecho a asistencia sanitaria ni a prestaciones por maternidad, lo que no deja en buen lugar a alguien que se dice defensora de los derechos de la mujer en el ámbito laboral.

También la construcción de muchos hoteles y torres con la marca de Trump estuvo plagada de polémicas similares, tanto en Estados Unidos como en el extranjero. Una investigación de la revista *Vice*, por ejemplo, desveló el infame trato dado a los trabajadores inmigrantes que construyeron un campo de golf con el sello de Trump en Dubái, incluso para los estándares de una ciudad famosa por sus condiciones laborales esclavistas. Ben Anderson, que realizó el reportaje, describe dormitorios de trabajadores en los que «veintiún tíos se hacinan en una habitación con ratas correteando encima de ellos» y aseos que «no parecían aptos para seres humanos».

La Organización Trump hizo pública una declaración sobre su «política de tolerancia cero con las prácticas laborales ilegales en cualquier proyecto que llevase el nombre de Trump». Ni que decir tiene, ese proyecto en concreto lo realizaba una compañía externa; Trump solo había cedido su nombre.

A algunas marcas las habrían acribillado a críticas por revelaciones de ese estilo. La Organización Trump

las despacha con poco más que un encogimiento de hombros. Y eso tiene mucho que ver con el gran concepto de marca en torno al cual Donald Trump decidió levantar su imperio.

Inmune al escándalo

Trump define públicamente su identidad corporativa como calidad y lujo. Pero eso no es más que un reclamo publicitario: los hoteles y complejos residenciales de Trump no se sitúan ni entre las diez primeras marcas de hostelería del mundo, lista en la que son fijos nombres como Four Seasons y Oberoi (como para subrayar este hecho, en enero de 2017, Mar-a-Lago ha sido objeto de casi una docena de denuncias por infracciones de la seguridad alimentaria). La verdad, que ni por asomo suena tan glamurosa, es que lo que representa la marca Trump es la riqueza en sí; o, por decirlo de modo más prosaico, el dinero. Por eso su estética es una mezcla de *Dinastía* y de Luis XIV. Por eso la relación de Trump con el oro viene a ser la inversa de la de Superman con la kriptonita: Trump desfallece si está a más de un metro de algo grande y reluciente.

La marca personal de Donald Trump es ligeramente distinta, pero está íntimamente relacionada. Su marca es ser el jefe por antonomasia, el tipo que es tan rico que puede hacer lo que le venga en gana, cuando le venga en gana y a quien le venga en gana (incluido agarrar a la mujer que le venga en gana por la parte del cuerpo que le venga en gana).

Esto ayuda a explicar por qué para Trump son tan importantes los símbolos externos de su riqueza. Es con cortinas doradas y planos de sus *jets* privados como Trump refuerza constantemente su marca como encarnación del poder y la riqueza, la historia de éxito capitalista por excelencia. Por eso centró su campaña presidencial en su fortuna personal (por más que estuviera exagerando).

Por la misma razón, tampoco va a verse nunca estigmatizado por ningún escándalo. En el mundo que se ha creado, no hace sino comportarse como un «ganador»; si alguien resulta pisoteado, es, evidentemente, porque es un perdedor. Y esto no se aplica solo a escándalos laborales: prácticamente cualquier típico escándalo político, en él, rebota. Eso es porque ya no es que Trump entrara en política como alguien supuestamente ajeno al sistema, alguien que no juega con sus reglas tradicionales; es que entró en política jugando con unas reglas completamente distintas: las reglas de la imagen corporativa.

Conforme a esas reglas, no hace falta que seas bueno u honrado en términos objetivos; solo hace falta que seas fiel y coherente con la marca que has creado. Por eso quienes gestionan una imagen de marca están tan obsesionados con la disciplina y la repetición: una vez que has definido la esencia de tu marca, tu único trabajo es personificar esa marca, proyectar esa marca y repetir su mensaje. Si te concentras en eso, no hay muchas cosas que puedan afectarte.

Eso es un problema si se aplica a un presidente en ejercicio de Estados Unidos, sobre todo porque, a lo largo de muchos, muchos años y con un nivel sorprendente de consistencia, Donald Trump creó una marca que es absolutamente amoral. Durante toda la campaña, Trump se las arregló para sacudirse de encima casi cualquier «te pillé». ¿Que le pillaban habiendo evadido impuestos? Eso no es más que ser «listo». ¿Que no hacía públicas sus declaraciones de ingresos? ¿Y quién iba a obligarle? Hablaba solo medio en broma cuando dijo en campaña: «Podría plantarme en mitad de la Quinta Avenida y pegarle un tiro a alguien y no perdería ningún votante». En el mundo de Trump, la impunidad es, más incluso que una montaña de oro, el máximo significante del éxito.

Es algo que tiene graves consecuencias respecto a cualquier esperanza de impedir que esta Administración actúe como una cleptocracia indisimulada. Pero como veremos en el próximo capítulo, sí que hay formas de pinchar la burbuja de marca de Trump. Solo hay que saber dónde clavar la aguja.

Capítulo 2

LA PRIMERA FAMILIA DE MARCAS

ES POSIBLE QUE Trump nunca pensara que tenía alguna posibilidad de llegar a la Casa Blanca; muy poca gente lo pensaba. Pero cuando ganó la nominación republicana, está claro que comprendió que tenía a tiro la mejor herramienta de identificación de marca de todos los tiempos: la presidencia de Estados Unidos. Cada minuto que pasa como presidente, el valor de su marca y el de sus negocios activos aumenta, y por tanto está beneficiándose directa y significativamente de su cargo público: precisamente lo que las normas sobre conflicto de intereses deberían evitar.

De modo que ahora estamos adentrándonos en terreno desconocido, porque admitámoslo: las megamarcas humanas son un fenómeno relativamente nuevo. Nada de esto estaba previsto en ningún reglamento. La gente no para de hacerse preguntas. ¿Va a desinvertir? ¿Va a vender sus negocios? E Ivanka, ¿hará otro tanto? Pero ni siquiera está claro qué significan estas preguntas, porque el principal negocio de ambos es su nombre. No es posible desligar a Trump, el hombre, de Trump, la marca; son dos entidades que hace mucho que se fusionaron. Cada vez que pone el pie en una de sus propiedades —un club de golf, un hotel, un club de playa— con el equipo de corresponsales de la Casa Blanca a remolque, está haciendo aumentar el valor total de su marca, lo que permite a su empresa vender más carnets de socio, alquilar más habitaciones y subir las tarifas.

La lógica de cómo ve la familia Trump la relación entre su identidad corporativa y su cargo institucional quedó patente en la demanda interpuesta por Melania Trump, justo antes de convertirse en primera dama, contra la empresa propietaria de *Daily Mail*, por la que les reclamaba 150 millones de dólares de indemnización por insinuar falsamente que en el pasado había ejercido la prostitución. Y tenía todo el derecho del mundo a demandarlos por daños y perjuicios por esa razón. Pero ¿cómo fundamentaba la afirmación de que le habían hecho perder la mareante suma de 150 millones, si apenas podía decirse que tuviera un negocio propio? La clave de su argumentación era que, como primera dama, habría construido (en el futuro) una valiosa marca «de muchas categorías de producto, cada una de las cuales podría haberle brindado relaciones comerciales multimillonarias durante varios años en que sería una de las mujeres más fotografiadas del mundo» (*Daily Mail* firmó un acuerdo extrajudicial por el que pedía disculpas a Trump y le pagaba una suma que no se ha hecho pública).

Ya había precedentes de mujeres de importantes autoridades que sacaron provecho de su perfil político reconvirtiéndolo en una marca de estilo de vida. Samantha Cameron, casada con David, solo esperó cinco meses desde la dimisión de su marido del cargo de primer ministro británico para anunciar su propia línea de ropa «para la mujer trabajadora». Pero lo llamativo de la (ya resuelta) demanda de Melania es que parecía un intento de saltarse la fase de lanzar efectivamente una marca seria y pasar directamente a la reclamación del dinero. Además, el expediente judicial deja patente cómo entienden los Trump el ministerio público: como una inversión a corto plazo para, a la larga, inflar enormemente el valor de su marca comercial.

Podemos apreciarlo también en el caso de Ivanka, cuyos productos están siendo llamativamente promocionados por empleados públicos pagados con el dinero de los contribuyentes, incluidos su padre, vía Twitter, y la consejera de este Kellyanne Conway, que acudió a una emisora nacional de televisión para hacer lo que ella misma describió como un «anuncio publicitario», diciendo a los espectadores: «¡Corran a comprar productos de Ivanka!». Los conflictos adquirieron tintes de autoparodia el 6 de abril de 2017, cuando, según informó Associated Press, «la compañía de Ivanka Trump obtuvo la aprobación provisional del Gobierno chino para tres nuevas marcas registradas, otorgándole derechos exclusivos para vender con la marca Ivanka Trump joyas, bolsos y servicios de *spa* en la segunda mayor economía del mundo». Pero esto no es lo único que ocurrió ese día. «Esa noche, la *primera hija* y su marido, Jared Kushner, se sentaron al lado del presidente de China y de su esposa en una cena en Mar-a-Lago en la que se sirvieron bistecs y lenguado Dóver». Una cumbre política preparada al detalle, personalmente, por el propio Jared Kushner.

Cuando se le pregunta por este tipo de conflictos, Ivanka subraya invariablemente que, igual que su padre se ha distanciado supuestamente de la Organización Trump, dejándola en manos de sus hijos (aunque siga cosechando sus beneficios), ella ha puesto su compañía en manos de «administradores independientes»: el hermano y la hermana de su marido (aunque ella siga cosechando los beneficios). Esto es mucho más que nepotismo; es la conversión del Gobierno de Estados Unidos en un lucrativo negocio familiar.

Sabemos que la presidencia de Trump ha hecho más valiosa su familia de marcas porque los negocios de Ivanka registraron un récord de ventas tras la cuña publicitaria que les hizo Kellyanne Conway por televisión. Mar-a-Lago ya ha subido la cuota anual de socio de cien mil dólares a doscientos mil. ¿Y por qué no? Ahora, por el precio de tu cuota, de pronto podrías presenciar durante la cena una conversación al máximo nivel sobre seguridad nacional. Podrías llegar a codearte con un jefe de Estado de visita. Podrías incluso ser testigo del anuncio por parte de Trump de que acaba de lanzar un ataque aéreo a un país extranjero. Y, por descontado, podrías llegar a conocer al presidente en persona y tener la oportunidad de influir discretamente en él (no se lleva un registro público de quién entra o sale del club, conque ¿quién sabe?). Trump lleva décadas vendiendo la fascinación de la cercanía a la riqueza y al poder; es lo que significa su marca. Pero ahora está en posición de ofrecer, a quienes puedan pagárselo, algo más que sucedáneos.

Que Trump sea el propietario de Mar-a-Lago ya es muy revelador. En 1985, una década antes de que él la comprara, la dama de sociedad Marjorie Merriweather Post, dueña de la finca, la había legado al Gobierno estadounidense con la esperanza de que pudiera servir de residencia presidencial de vacaciones, o como «Casa Blanca de invierno». Pero ningún presidente llegó a utilizarla, y acabó siendo devuelta. Mucho antes de las elecciones de 2016, Trump disfrutaba presumiendo de que vivía en una casa destinada a los presidentes. La verdad es que, en retrospectiva, se diría que estuvo treinta años jugando a ser presidente. Y ahora, con las elecciones de 2016, esa fantasía se ha hecho realidad; ¿o es la realidad la que ha sido devorada de un bocado por la fantasía de Trump? Como todo lo que tiene que ver con él, es verdaderamente difícil saberlo. Trump puede llamar a su finca de Palm Beach la «Casa Blanca de invierno», o la «Casa Blanca del sur», pero, por supuesto, no lo es. La Casa Blanca es una institución pública; Mar-a-Lago sigue siendo un club privado, exclusivo y con fines lucrativos, cuyas ganancias van a parar directamente a los bolsillos de Trump y su familia.

Cualquier presidente que se negara a vender sus empresas se enfrentaría a posibles conflictos de interés, ya que la actuación del Gobierno estadounidense puede influir tanto en las cotizaciones bursátiles, como en el precio del petróleo (según veremos dentro de un par de capítulos), como en tantas otras cosas por el estilo. Pero las empresas basadas en una marca como las de Trump son harina de otro costal. Los conflictos de intereses no van ligados únicamente a políticas o actuaciones concretas. Más bien, son omnipresentes y continuados, están implícitos en el mero hecho de que Trump sea presidente. Esto se debe a que el valor de las marcas de estilo de vida fluctúa enormemente en función del espacio que ocupen en la cultura. De modo que cualquier cosa que potencie la visibilidad de Trump, y la percepción de su persona como todopoderosa, contribuye activamente a incrementar el valor de la marca Trump, y, en consecuencia, lo que los clientes están dispuestos a pagar por que se los asocie a ella: por estamparla en el nuevo bloque de apartamentos que estén construyendo, por ejemplo, o, a menor escala, por jugar en sus campos de golf o por comprar una de sus corbatas.

Y no hay el menor indicio de que Trump esté renunciando a explotar ese hecho para sacar todo el provecho posible. Según un reportaje de *The New York Times* de abril de 2017, «la empresa del señor Trump, dirigida ahora por sus dos hijos varones adultos, tiene 157 solicitudes de registro de marca pendientes de aprobación en treinta y seis países».

¿QUÉ ESTÁN VENDIENDO EXACTAMENTE LOS CHICOS DE TRUMP?

En enero de 2017, su hijo Eric hizo un viaje a Uruguay para reunirse con un promotor que quería comprar el derecho a usar el nombre de Trump en su nuevo rascacielos. En aquel momento, el escándalo público fue la cantidad de dinero de los contribuyentes que se destinó a pagar a los agentes del servicio secreto y demás funcionarios que acompañaron a Eric en ese viaje: unos cien mil dólares en gastos de alojamiento, un subsidio público directo a los negocios privados del Trump. Pero el escándalo de más calado es lo que fueron a promocionar a Uruguay: la marca Trump, que acababa de multiplicar su valor debido al hecho de que su dueño estaba a punto de jurar el cargo de presidente de Estados Unidos.

Y esto no dice nada de las oportunidades abiertas a la corrupción, que son abrumadoras. Dado que lo que venden los hijos de Trump —Eric y Donald júnior— es algo efímero (un nombre), un comprador lo mismo podría pagar por ello seis millones que sesenta. ¿Quién va a juzgar qué constituye un precio de mercado justo? Y lo que es más preocupante, ¿quién puede saber qué servicios se están pagando cuando una compañía privada desembolsa millones por utilizar la marca Trump? ¿Tan valiosa creen de verdad que es para su edificio de apartamentos, o piensan que si apoquinan cinco millones más puede que sean vistos con mejores ojos en otros tratos que requieran una relación amistosa con la Casa Blanca? Es muy difícil empezar a desenmarañar todo esto. Una marca vale lo que los compradores estén dispuestos a pagar por ella. Ahí ha estado siempre el atractivo de montar un negocio siguiendo este modelo: en que a algo tan efímero como un nombre pueda otorgársele semejante valor monetario en el mundo real.

La Organización Trump ha dicho que no va a cerrar más acuerdos relacionados con inmuebles en el extranjero, para evitar cualquier apariencia de impropiedad. Pero esto no se reduce a un tema de actividad internacional. Si una ciudad o un estado estadounidenses otorgan a una promoción inmobiliaria de Trump ventajas fiscales o exenciones normativas, ¿lo hacen porque realmente piensan que esa inversión en concreto va a beneficiar a su comunidad, o porque quieren algo de la Casa Blanca? Lo mismo vale para cualquier gobierno o empresa —extranjera o nacional— que elija una propiedad de Trump para celebrar un evento o alojar a sus empleados. ¿Creen en serio que es la mejor opción, o están tratando de granjearse un favor?

Lo fascinante de estas cuestiones éticas es lo mucho que recuerdan a los escándalos que rodearon a la Fundación Clinton, que bien pudo haber contribuido a la derrota electoral de Hillary. Había muchas preguntas espinosas sobre lo que una empresa privada o un gobierno extranjero creían que podían conseguir si hacían una donación sustanciosa a la Fundación Clinton. ¿Lo hacían por puro espíritu filantrópico, motivados por el ánimo de combatir el azote de las enfermedades infecciosas o de la obesidad infantil? ¿O era también un gesto calculado, con la intención de que su donación les reportara un dividendo, ya que Hillary Clinton era secretaria de Estado y parecía probable que se convirtiera en presidenta de Estados Unidos?

Estas eran inquietudes legítimas, y Trump no dudó en utilizarlas contra su rival. Pero con el dinero que sus hijos amasan licenciando el nombre de su padre y los favores que negocian, las posibilidades de tráfico de influencias son de otro calibre: ahora hay dinero que afluye a la familia de un presidente en ejercicio, y sin siquiera un pretexto filantrópico, como al menos podía aducir la Fundación Clinton. No pretendo con esto exonerar a los Clinton, ni mucho menos. Las décadas que Bill y Hillary han estado difuminando desde la Fundación los límites éticos se suman a todo aquello que preparó el terreno para que Trump dinamitara esos límites por completo (volveremos sobre el asunto en el capítulo 6).

Se cumple la profecía de Reagan

A los pocos meses de estrenarse la nueva Administración, *The New Yorker* publicó en su portada una ilustración de Trump lanzando pelotas de golf a la Casa Blanca, reventando una ventana tras otra. Es una imagen chocante, en buena parte porque llama la atención sobre el hecho de que las ventanas rotas no son las de Mar-a-Lago ni las de la Torre Trump, sino las de la mansión de titularidad pública en la que la propia familia de Trump se ha resistido tenazmente a vivir.

Y esto apunta a una verdad espinosa. Con cada presunta violación de la ética, con cada mentira descarada, con cada tuit delirante, esta Administración deja más maltrecha y degradada la esfera de lo público. Aun en el caso de que la corrupción (o la traición) acaben costándole a Trump la Casa Blanca, lo que dejará tras de sí será una ruina, la prueba de la premisa básica del proyecto político de Trump: que el Gobierno no es ya que sea una ciénaga, es que es un lastre. Que no hay nada en él digno de protección. Que lo privado es mejor que lo público. Y si todo eso es verdad, ¿por qué no demoler el edificio antes de abandonarlo (en sentido figurado, ya que no literal)?

Es un recordatorio de que la carrera política de Trump no habría sido posible sin la degradación del concepto de *esfera pública* en su conjunto, que lleva décadas difundiéndose. Nunca hubiera tenido lugar de no haber calado la idea de que «el Gobierno no es la solución, es el problema», en las célebres palabras de Ronald Reagan. Y nunca habría tenido lugar sin que el mensaje diera pie a décadas de desregulación en las que, en definitiva, se legalizó el soborno, con torrentes de dinero de las corporaciones inundando la política.

Es absolutamente cierto que el sistema está corrupto. Es una ciénaga. Y la gente lo sabe. Sabe que la reescritura de las reglas en favor de un reducido grupo de intereses corporativos y del 1 % ha sido un

proceso bipartidista; que fue Bill Clinton quien desreguló la banca, preparando el escenario para el colapso financiero de 2008, y que fue Obama quien decidió no procesar a los banqueros, y que, con casi total seguridad, la candidata demócrata que compitió con Trump no habría actuado de otra forma.

Vale, es ridículo que alguien que se presenta como un milmillonario sentado en un trono de oro pretenda hacerse pasar por salvador de la clase trabajadora. Pero si un gancho a todas luces tan irracional como «Confíen en mí porque yo he burlado al sistema» se le pudo colar a una parte importante del electorado estadounidense fue porque lo que en Washington se entendía como el funcionamiento normal de ese sistema tenía para el común de los mortales todas las trazas de la corrupción.

Por eso tanta gente se ha lanzado alegremente a tratar la política electoral como un pasatiempo macabro. Una vez que la política ha alcanzado tales cotas de envilecimiento, ¿por qué molestarse en protegerla de un patán como Trump? Es una ciénaga de todas formas, así que ¡que empiece el espectáculo! Como residente en Toronto, yo ya había vivido antes esta patología. Nuestro antiguo alcalde, Rob Ford, fue una especie de esbozo de Trump a escala municipal. Ford, fallecido en 2016, se hizo una imagen a base de montar numeritos por los que no había forma de avergonzarle, ya que su marca era no tener vergüenza. Una vez le grabaron en vídeo fumando *crack*, pero ni eso acabó con su carrera, porque no dejaba de ser el *show* del chiflado de Rob Ford, y sus partidarios eran su público fiel y medio irónico, que se lo tomaba todo como si fuera un *sketch* de *Saturday Night Live*. Pero, como pasa con Trump, su actuación pasada de vueltas y los escándalos de su vida personal servían de distracción de un programa más siniestro, un pseudopopulismo especializado en dar ayuda financiera a las corporaciones, un cheque en blanco a la policía y servicios depauperados a los más vulnerables.

Yo no preveía que la cultura de las marcas llegara tan lejos cuando, hace veinte años, empecé a escribir sobre el tema. Pero tampoco me ha sorprendido. Por aquel entonces, veía el imperio de las marcas como un proceso colonial: aspira a absorber el máximo posible de espacio y de propiedades inmobiliarias y a crear una burbuja que se contenga a sí misma. Lo extraordinario de la presidencia de Donald Trump es que ahora estamos todos dentro de un mundo con la marca de Trump, queramos o no. Nos hemos convertido todos en extras de su lucrativo *show* televisivo, que se ha expandido hasta fagocitar al Gobierno más poderoso del mundo.

¿Hay escapatoria? La radical inmoralidad de la marca Trump presenta unas barreras excepcionales a la exigencia de responsabilidades a su Administración. Y sin embargo, hay esperanza. De hecho, es posible que la fuerza vital que anima a Trump —la voluntad de amasar dinero— le haga en realidad más vulnerable que cualquiera de los presidentes que le precedieron.

Sabotear la marca Trump

Por la época en que escribí *No logo*, lo llamábamos «sabotaje cultural», y el truco era siempre el mismo: identificar el hallazgo de una compañía, la gran idea que vende, y luego desvelar la sucia realidad que se esconde bajo su brillo. Que consumidores y activistas tienen la capacidad de influir en las actuaciones de una marca comercial ha quedado demostrado muchas veces, la más reciente con el éxito de la campaña para echar de Fox News al presentador y comentarista político Bill O'Reilly, después de que saliera a la luz que él y su empleador habían pagado trece millones de dólares para zanjar extrajudicialmente acusaciones de acoso sexual (sin tener que admitir su culpabilidad).

Asumiendo que no era posible sacarle los colores a la marca O'Reilly, Color of Change («Color del Cambio»), una organización por la justicia racial, en coordinación con varias asociaciones de mujeres, probaron a abordar el asunto por una puerta trasera: acudieron a los anunciantes del programa, informándoles de que pasaban a considerarlos cómplices de lo que tenía todos los visos de ser una estrategia de largo recorrido consistente en comprar el silencio de las mujeres. A los anunciantes les llegó el mismo mensaje a través de sus clientes, desde Internet y desde fuera de Internet, y empezaron a retirarse del programa a manadas. Transcurridas menos de tres semanas desde que *The New York Times* destapara los acuerdos extrajudiciales, y pese a contar con el mayor índice de audiencia de un noticiario de televisión por cable en Estados Unidos, el programa de O'Reilly fue cancelado (aunque al presentador se le puso un puente de plata: parece ser que recibió una indemnización de veinticinco millones de dólares).

La campaña demostró que puede sabotearse cualquier marca, incluso una tan provocativamente amoral como la de Trump: solo hay que entender cuáles son sus puntos débiles.

Dado que la esencia de la marca personal de Trump es que es «el jefe» que hace lo que quiere, una forma de complicarle la vida es hacerle aparecer como una marioneta. Ni siquiera importa quién maneje los hilos: con que queden a la vista, la imagen meticulosamente cultivada de Trump empieza a desvanecerse. Y está

claro que es una táctica que funciona: a Trump le sacaron tan de quicio los incesantes chistes sobre el «presidente Bannon» (con la etiqueta #PresidentBannon) que acudió a Twitter para proclamarse como la autoridad suprema que toma las decisiones, y el estatus de su hasta entonces todopoderoso jefe de estrategia pareció declinar rápidamente.

Dado que la marca Trump va de tener dinero a espuertas, otra forma de boicotearla es hacerle menos rico. Y al igual que en la estrategia seguida con O'Reilly, la mejor manera es conseguir que entre en crisis su imperio del *copyright*. La etiqueta #GrabYourWallet [#AgárratelaCartera), la central para boicots a la red de marcas de Trump, lleva en ese empeño desde antes de que resultara vencedor en las elecciones, y ha contribuido eficazmente a presionar a diversas cadenas para que se desvinculen de varias marcas del hoy presidente.

Pero en el esquema general del imperio de la marca Trump, eso son abolladuras. La principal fuente de ingresos de la Organización Trump está en la venta y alquiler de oficinas y apartamentos, y en licenciar su nombre a empresas inmobiliarias de todo el mundo. Está claro que Trump apostaba por que si era presidente eso haría subir los precios. Pero ¿y si resulta que se equivocaba? ¿Y si empieza a perder arrendatarios comerciales porque sufren presiones por su asociación a la marca del magnate? (Ya hay en marcha varias campañas de boicot de ese tipo). ¿Y si los promotores se ven sometidos a tanta presión pública que llegan a la conclusión de que tener el nombre de Trump en sus fachadas, de hecho, les está haciendo perder ingresos? En Nueva York ya ha ocurrido: los inquilinos de Trump Place pidieron al administrador de su edificio que quitara el nombre de Trump de la fachada. Una residente decía que estaba harta de sentir «repugnancia» cada vez que entraba en el edificio. El administrador accedió y el nombre de Trump se retiró.

Y cuando los hijos de Trump fueron a Vancouver a celebrar la inauguración del último templo de Trump, fueron recibidos por políticos locales con boicots y protestas. Si este tipo de protestas se generalizaran, puede que más promotores decidieran desvincularse de Trump. Y si ese nombre de oro empieza a desaparecer de gigantescos símbolos fálicos desde Vancouver a Manila, se puede dar por hecho que no se lo iba a tomar bien, ni tampoco sus hijos, que, según se dice, ya están bastante preocupados por el daño que destacados asesores como Steve Bannon puedan haber hecho a su apellido.

Con una táctica análoga, cuando en enero de 2017 la Casa Blanca cerró sus líneas telefónicas de quejas y comentarios, un grupo —<**whitehouseinc.org**>— sugirió a los votantes que llamaran a los hoteles y complejos residenciales de Trump y le contaran a cualquiera que cogiera el teléfono que estaban muy disgustados con los planes del presidente de quitarles el seguro sanitario, o cualquier otro agravio que pudieran sufrir con sus políticas. Fue una táctica inteligente. Supuestamente, decenas de miles lo hicieron, y al cabo de un mes la Casa Blanca reabrió las líneas.

Si al lector algo de esto le parece injusto, tenga en cuenta esto otro: la razón de fondo de que esperemos de nuestros políticos que se deshagan de sus participaciones financieras, o las dejen en manos de un fideicomiso genuinamente ciego, es que tener participaciones en empresas activas mientras se está ejerciendo un cargo público crea todo tipo de ocasiones de que surjan conflictos de intereses e interferencias espurias. Trump ha optado por no desinvertir. La misma elección que ha hecho su hija y consejera. Por eso es perfectamente legítimo que utilicemos esas decisiones para forzarles la mano cuanto podamos.

Si su imperio de marcas pierde suficientes ingresos, y su imagen personal de jefazo resulta lo bastante maltrecha, puede que Trump corrija sobre la marcha el rumbo de algunas de sus políticas más incendiarias. Como mínimo, desmontar su mensaje central a los votantes —«Confíen en mí, soy un triunfador multimillonario»— perjudicará sus posibilidades en 2020.

Pero antes de llegar a eso, vamos todos a tener que aguantar muchos más capítulos del *show* de Trump.

Capítulo 3

«Los juegos del hambre» de Mar-a-Lago

En cierta ocasión, le preguntaron a Ronald Reagan cómo era eso de ser presidente después de haber sido actor, y supuestamente respondió: «¿Cómo no va a ser actor un presidente?». Es de suponer que Trump piense lo mismo sobre ser una estrella de *reality* televisivo.

Su dominio del género fue crucial en la erección de su imperio del *copyright*, y clave para el éxito de su carrera hacia la presidencia. Y ahora Trump está aplicando esas mismas habilidades que adquirió en *The Apprentice* —la convicción de que puede cortar, montar y tergiversar la realidad para hacer que encaje en un guion, escrito previamente en sus grandes líneas, con un resultado que magnifique su propia figura— para transformar no solo la Casa Blanca, sino gran parte del mundo.

El rey del efecto «derrame televisado»[1]

La colonización de los canales televisivos por la llamada «telerrealidad» en torno al cambio de siglo se produjo a una velocidad que pocos podían haber predicho. En un visto y no visto, los norteamericanos pasaron de hallar entretenimiento en series con un guion y unos mismos personajes en situaciones dramáticas recurrentes semana tras semana y temporada tras temporada, a ver programas aparentemente sin guion en los que el drama resultaba del empeño de la gente por expulsarse unos a otros de la simulación de realidad que se ofreciera al público en cada caso. Decenas de millones de espectadores se quedaban pegados al televisor viendo cómo los participantes iban votando la expulsión de alguno de la isla en *Supervivientes*, o de la casa de *Gran Hermano* o, por último, cómo eran despedidos por Donald Trump.

La secuencia tiene mucho sentido. La primera temporada de *Supervivientes* —cuyo éxito clamoroso dio lugar a un sinfín de imitaciones— se emitió en el año 2000. Es decir, dos décadas después de que Ronald Reagan y Margaret Thatcher metieran la directa con la «revolución del libre mercado» y su veneración de la codicia, el individualismo y la competencia como principios rectores de la sociedad. Ahora era posible vender como entretenimiento de masas el espectáculo de un grupo de personas volviéndose unas contra otras por un puñado de oro.

Todo en el género —las alianzas, las puñaladas por la espalda, el «solo puede quedar uno»— era desde el principio una especie de parodia del capitalismo. Sin embargo, hasta *The Apprentice*, al menos el pretexto era otro: cómo sobrevivir en la jungla, cómo pescar un marido, cómo convivir con compañeros de piso. Con la llegada de Donald Trump, la fachada desapareció. El tema de *The Apprentice* era explícitamente la carrera por la supervivencia en la «selva» despiadada del capitalismo actual.

El primer episodio comenzaba con un plano de un sin techo durmiendo al raso en la calle; en otras palabras, de un perdedor. A continuación, se veía a Trump en su limusina, viviendo el sueño americano: el ganador por excelencia. No había la menor ambigüedad en el mensaje: puedes ser el tío tirado en la acera o puedes ser Trump. A eso se reducía el sádico drama del programa: juega bien tus cartas y sé el afortunado ganador o sufre la humillación abyecta de que el jefe te abronque y luego te despida. Era todo un hito cultural: tras décadas de despidos colectivos, de degradación de las condiciones de vida y de normalización del empleo extremadamente precario, Mark Burnett y Donald Trump asestaban el golpe de gracia: convertían el acto de despedir a la gente en un entretenimiento de masas.

La vida es muy puta

Cada semana, *The Apprentice* lanzaba a millones de espectadores el reclamo publicitario central de la teoría del libre mercado, diciéndoles que dar rienda suelta a su lado más egoísta e implacable, de hecho, haría de

ellos héroes, de los que crean puestos de trabajo y alimentan el crecimiento. No seas buena persona, sé un cabronazo. Así es como ayudarás a la economía y, lo que es más importante, a ti mismo.

En temporadas posteriores, la crueldad subyacente en el programa adquiría tintes aún más sádicos. El equipo ganador vivía en una lujosa mansión, bebiendo champán en tumbonas hinchables en una piscina, llevados en limusinas a conocer a famosos. Al equipo perdedor lo deportaban a tiendas de campaña en el patio trasero, apodado «el *camping* Trump».

Los de las tiendas, a quienes Trump se refería jocosamente como «los *pelaos*», no tenían luz eléctrica, comían en platos de cartón y dormían con los aullidos de los perros como ruido de fondo. Espiaban a través de un claro del seto para ver de qué decadentes maravillas disfrutaban los *montaos*. En resumidas cuentas, Trump y Burnett habían creado deliberadamente un microcosmos de la muy real y cada vez mayor desigualdad del mundo exterior, con las mismas injusticias que enfurecían a muchos votantes de Trump; solo que aquí jugaban a esas desigualdades por diversión, convirtiéndolas en un espectáculo deportivo (la cosa tenía un leve aire a *Los juegos del hambre*, aunque limitado por las restricciones impuestas por la cadena a la exhibición de violencia no simulada). En un programa, Trump decía al equipo del *camping* que «la vida es muy puta», y que más les valía hacer todo lo posible por pisotear a los perdedores y convertirse en ganadores, como él.

Lo interesante de esta pieza en concreto sobre la guerra de clases televisada, emitida en 2007, es que la pretensión que se vendía a generaciones anteriores —que el capitalismo crearía el mejor de los mundos posibles— brilla por su ausencia. No: este es un sistema que produce unos pocos grandes ganadores y legiones de perdedores, con lo que más vale asegurarse por cualquier medio de que se está en el equipo ganador.

Esto refleja el hecho de que, desde hace ya una década larga, el flanco ideológico e intelectual del proyecto neoliberal atraviesa una profunda crisis. En 2016, Credit Suisse ha calculado que la riqueza total que hay en el mundo es de aproximadamente 256.000 millones de dólares…, repartidos de forma abrumadoramente desigual: «Mientras que la mitad más pobre de la población posee en conjunto el 1 % de la riqueza global, el 10 % más rico es dueño del 89 % de todos los activos del mundo». Y eso explica que apenas quede gente mínimamente seria dispuesta a argumentar, sin que les entre la risa, que dar más a los ricos sea la mejor manera de ayudar a los pobres. El gancho de Trump siempre ha sido otro. Desde un principio fue: «Yo haré de ti un ganador; y juntos podemos aplastar a los perdedores».

En un mundo de pesadilla, los sueños venden

Merece la pena recordar que el salto de Trump al estatus de celebridad nacional se produjo a resultas, no de un acuerdo inmobiliario, sino de un libro sobre cómo llegar a acuerdos inmobiliarios. *El arte de la negociación* [2], que se anunció como revelador de los secretos para alcanzar una prosperidad financiera fabulosa, se publicó en 1987: el apogeo de la era Reagan. A lo largo de los años, le siguieron variaciones más toscas sobre el mismo tema: *Think Like a Billionaire* [*Piensa como un multimillonario*], *Think Big and Kick Ass* [*Piensa a lo grande y reparte estopa*], *Trump 101* y *Cómo hacerse rico* [3].

Trump empezó a vender la idea de que él podía ofrecer la entrada para sumarse a ese 1 % con mayores ingresos justo en un momento en que muchos de los ascensores sociales que permitían la movilidad interclasista —como una educación pública y gratuita de calidad— se estaban liquidando, y en que se deshacía la red de protección social. Todo lo cual significaba que el anhelo de hacerse rico de pronto, como por arte de magia, de dar un pelotazo, de lograr ese estrato económico seguro, se hacía cada vez más febril.

Trump, que es rico desde que nació, sacó provecho hábilmente de ese deseo desesperado a través de muchas plataformas, de las que la más infame fue la Universidad Trump. En un anuncio de la luego sacudida por los escándalos y hoy clausurada «universidad» (un ciclo de seminarios de medio pelo, en realidad), Trump afirmaba: «Puedo convertir en un inversor inmobiliario de éxito a cualquiera, incluido usted».

Y estaban también los casinos, una porción considerable de la cartera inmobiliaria de Trump en Estados Unidos. El sueño que encierra la economía del casino no difiere tanto del que Trump vendía en su universidad o en *Cómo hacerse rico*: puede que hoy estés al borde de la bancarrota, pero si juegas bien tus cartas (en sentido literal), mañana mismo podrías estar viviendo a lo grande.

Esa es la clave de cómo Trump construyó su marca y amasó su fortuna —vendiendo la promesa de que «Tú también podrías ser Donald Trump»—, en un momento en que la vida se iba haciendo mucho más precaria si no estabas entre el 1 % más rico. Luego se volvió hacia la galería y utilizó ese mismo reclamo con los votantes (que él iba a hacer que Estados Unidos volviera a ser un país de ganadores), explotando esa

profunda angustia económica y aplicando toda la capacidad de simulación de la realidad que había adquirido en sus años al timón de un programa de televisión de máxima audiencia. Al cabo de décadas de vender manuales de cómo hacerse rico, Donald Trump sabe perfectamente lo poco que hace falta que haya detrás de la promesas —ya se trate de renegociar acuerdos comerciales o de recuperar empleos— si la desesperación es lo bastante grande.

Regodearse en falsedades en el camino a la Casa Blanca

Mucho antes del ascenso de Trump, las elecciones habían ido derivando hacia un entretenimiento informativo en los noticiarios de la televisión por cable. Lo que hizo Trump fue incrementar exponencialmente el factor de entretenimiento, y en consecuencia sus cuotas de audiencia. Como veterano del formato, entendía que si las elecciones se habían convertido en una forma de *reality* televisivo, ganaría quien mejor supiera competir (que no es lo mismo que el mejor candidato). Tal vez no ganara la votación final, pero como mínimo ganaría una amplísima cobertura informativa, lo que desde el punto de vista de la imagen de marca sigue siendo una victoria. Como dijo el propio Trump cuando estaba considerando presentarse como candidato presidencial en 2000 (cosa que al final no hizo): «Es muy posible que fuera yo el primer candidato a presidente que entra en campaña y gana dinero con ello».

Desde el día de las elecciones, hemos oído entonar el *mea culpa* a más de un ejecutivo de medios de información, admitiendo que contribuyeron al ascenso electoral de Trump al dedicarle una parte tan desmedida de su cobertura. Y es verdad, su contribución fue enorme, pero si se van a limitar a darse unos golpes de pecho, se quedan muy cortos. También son responsables de haber hecho a Trump el mejor regalo, que no fue simplemente el darle tanto tiempo en antena, sino el propio modelo informativo de la cobertura electoral, centrado en airear hasta la saciedad los reproches personales que se intercambiaban los candidatos, dejando de lado la labor periodística tradicional de profundizar en las políticas concretas de sus programas y explicar cómo afectarían a la vida de los votantes sus diferentes posturas respecto a cuestiones como la cobertura sanitaria o sus reformas legislativas y reglamentarias.

El *Informe Tyndall* concluyó que, en toda la campaña, los informativos de las tres principales cadenas de televisión dedicaron entre todos un total de treinta y dos tristes minutos a la cobertura de puntos programáticos (mucho menos que los ya escasos doscientos veinte minutos en las elecciones de 2008). El resto fue un *reality show* sobre quién dijo qué de quién y quién lideraba las encuestas aquí o allá. Para millones de telespectadores, el resultado fue de lo más ameno (probablemente por eso los medios franceses adoptaron una fórmula muy similar en la cobertura de las trascendentales elecciones presidenciales de 2017).

Merece la pena subrayar esto: Trump no creó el problema; lo explotó. Y como entendía las convenciones del género de la realidad fingida mejor que nadie, llevó el juego a niveles previamente desconocidos.

Peleas fingidas, apuestas reales

Trump no se limitó a aplicar a la política electoral su dominio de la telerrealidad; lo combinó con otro género de entretenimiento de gran éxito, igualmente basado en una representación fingida y caricaturesca de la realidad: la lucha libre profesional. Sobre la fascinación de Trump por la lucha libre, todo cuanto se diga es poco. Ha intervenido él mismo (el jefe superrico) en apariciones en la World Wrestling Entertainment (WWE) al menos ocho veces, que han bastado para granjearle un lugar en el Salón de la Fama de la WWE. En una «batalla de los multimillonarios», fingió aporrear al magnate de la lucha libre Vince McMahon y luego celebró su victoria afeitando públicamente la cabeza de McMahon entre los vítores de la multitud. También lanzó miles de dólares en billetes al público de fanes desgañitados. Ahora, ha incorporado a su gabinete a la expresidenta de la WWE, Linda McMahon (la mujer de Vince), nombrándola directora de la agencia gubernamental para la pequeña empresa; un detalle que ha pasado desapercibido entre el diluvio informativo cotidiano.

Al igual que *The Apprentice*, la carrera colateral de Trump en la lucha libre le dio a conocer a una audiencia masiva (en estadios, en televisión y en Internet) y le granjeó simpatías. Puede que, como fenómeno cultural, la lucha libre profesional esté fuera del radar de la mayoría de los votantes progresistas, pero la WWE genera casi mil millones de dólares de ingresos anuales. Y Trump cosechó algo más que votos con esa experiencia: cosechó también unos cuantos trucos.

Como señalaba Matt Taibbi en *Rolling Stone*, toda la campaña de Trump tuvo un decidido aire a WWE. Sus confrontaciones con otros candidatos, concienzudamente calculadas, eran pura lucha libre en estilo, en particular la forma en que repartía motes insultantes (el Pequeño Marco, Ted el Mentiroso). Y sobre todo su forma de actuar en los mítines como el maestro de ceremonias de un combate, sin escatimar insultos y cánticos pasados de rosca («¡Que la encierren!»; «¡Killary!») ni dejar de dirigir la furia de los asistentes hacia los señalados como villanos de la contienda: periodistas y manifestantes. Quienes acudían desprevenidos a esos eventos salían conmocionados, sin saber muy bien qué había pasado. Lo que había pasado era que acababan de asistir a un extraño cruce de combate de lucha libre y concentración de supremacistas blancos.

La telerrealidad y la lucha libre profesional tienen en común un par de cosas: que son formas de entretenimiento de masas relativamente nuevas en la cultura norteamericana, y que ambas establecen una curiosa relación con la realidad, que es a un tiempo fingida y, sin embargo, genuina en cierto modo.

En la WWE, todos los combates están amañados, todo el mundo sabe que están ensayados. Pero eso no impide que la gente los disfrute exactamente igual. El hecho de que todo el mundo esté en el ajo, de que los vítores y los abucheos formen parte del espectáculo, aumenta la diversión. El artificio no es un inconveniente: es que se trata de eso.

La lucha libre y la telerrealidad explotan ambas la espectacularidad de las emociones extremas, del conflicto y del sufrimiento. Ambas exigen que haya gente chillándose y tirándose de los pelos, y, en el caso de la lucha libre, dándose palizas de muerte. Pero a la vez, mientras lo ves, sabes que no es real, así que no tienes por qué alarmarte; puedes tomar parte en el drama sin tener que sentir ninguna empatía. Nadie llora cuando vapulean y humillan a los luchadores, igual que no se suponía que hubiéramos de llorar por los concursantes de *The Apprentice* cuando Trump los despedía o humillaba. Son ámbitos seguros en que reírse del sufrimiento. Y todo era parte de la preparación del terreno para ese Igor de todo lo falso, Donald Trump. Miembros dislocados falsos, combates falsos, telerrealidad falsa, noticias falsas y todo un modelo de negocio falso.

Y ahora Trump ha implantado en su Administración esa misma relación retorcida con la realidad. Anuncia que Obama ordenó que le pusieran escuchas telefónicas igual que un luchador declara que va a aniquilar y a humillar a su contrincante. Que sea verdad o no es lo de menos. Se trata de enardecer a la multitud, forma parte de la comedia. Aunque *The Apprentice* ya no se emita, y aunque Trump se haya retirado de su carrera en la WWE, el espectáculo continúa. Y es un no parar.

A Newt Gingrich, que ha jaleado a Trump como el que más, le preguntaron poco antes de la toma de posesión qué le parecía la decisión del presidente electo de conservar su puesto de productor ejecutivo de *The Celebrity Apprentice*. Su respuesta fue bastante reveladora. Dijo que Trump cometía un error, porque «va a ser el productor ejecutivo de algo llamado Gobierno de Estados Unidos; va a tener un programa de televisión grandioso llamado *Liderar el mundo*».

Y eso es exactamente lo que está ocurriendo. *El Show de Trump* se emite ya en directo desde el Despacho Oval. Y desde Mar-a-Lago, que aún se parece más a un estudio de televisión, porque sus acaudalados miembros sirven de público de plató. Y está claro que así es precisamente como Trump ve también su presidencia, como productor ejecutivo de un país, siempre con un ojo en los índices de audiencia. En respuesta a la sugerencia de que podía despedir al metepatas mayúsculo de su secretario de prensa, parece ser que dijo: «No pienso despedir a Sean Spicer. Ese tío consigue unos índices de audiencia fantásticos. Nadie se lo quiere perder».

Con esa misma desenvoltura farandulera, Trump está ahora sacando adelante —o fracasando en el intento— las promesas que hizo de traer de vuelta los viejos tiempos de fábricas boyantes y puestos de obrero pagados con salarios de clase media, de que impondría una política de «compra americano, contrata americano» (qué más da que su propio imperio se levantara a base de llevarse el trabajo fuera del país en condiciones de explotación).

Esta postura tiene de auténtica lo mismo que la violencia que fingía cuando parecía enzarzarse en el cuadrilátero con un luchador de la WWE, o cuando elegía entre los concursantes de *The Celebrity Apprentice*. Trump sabe tan bien como cualquiera que la idea de que las corporaciones estadounidenses vuelvan al estilo de producción industrial de la década de 1970 es una broma cruel. Lo sabe porque, como acreditan sus propias prácticas de negocio, muchas grandes empresas de Estados Unidos ya no son fabricantes de nada, sino cáscaras huecas que compran sus propios productos a una red de contratistas baratos. Tal vez sea capaz de traer de vuelta un puñado de fábricas, o de pretender que lo ha hecho, pero sería en número minúsculo en comparación con las necesidades (hay una forma real de crear muchos puestos de trabajo bien pagados, pero no tiene nada que ver con los planteamientos de Trump; como veremos en el último capítulo, exige mirar al futuro, no al pasado).

El plan de juego de Trump, que ya está en marcha, es enfocar la crisis del desempleo y el subempleo del mismo modo que lo enfoca todo: como un espectáculo. Se atribuirá el mérito de un número relativamente pequeño de puestos de trabajo —que en su mayoría se habrían creado de todas formas— y luego publicitará a bombo y platillo esas supuestas historias de éxito. Editará la realidad para hacerla encajar en su relato, como aprendió a hacer en *The Apprentice*, y como hizo ya en su primer día como presidente, al insistir, contra toda evidencia objetiva, que las multitudes que asistieron a la inauguración de su mandato fueron históricas.

Es lo que hace Trump, y lo que siempre ha hecho. En 1992, cuando su imperio se tambaleaba al borde de la bancarrota debido a una serie de malas decisiones de inversión, no hizo frente a la situación poniendo orden en sus finanzas. Prefirió organizar una elaborada «fiesta de regreso» para sus inversores y financiadores en el Trump Taj Mahal de Atlantic City, que culminó con Trump —enfundado en unos calzones de satén y unas zapatillas rojas de boxeo— atravesando de un puñetazo una pared de papel con la música de *Rocky* sonando de fondo. Estamos ante un hombre que cree que puede solucionar cualquier cosa con un numerito bien escenificado, y muy a menudo, en el pasado, los hechos le han dado la razón. Así que está convencido de que, igual que se libró de la bancarrota con farsas y cabriolas, puede hacer lo mismo con la economía del país.

NOTICIAS FALSAS, HECHOS ALTERNATIVOS Y LA GRAN MENTIRA

Si algo sabemos a ciencia cierta es que en el mundo de Donald Trump los hechos objetivos no importan. Con Donald Trump no estamos tanto ante la gran mentira como en las mentiras constantes. Sí, las dice gordas, como cuando insinuó que el padre de Ted Cruz tuvo algo que ver con el asesinato de JFK, o las que sostuvo durante años sobre el lugar de nacimiento de Obama. Pero es la sarta incesante de mentiras —que como es sabido se nos presentan como «datos alternativos»— lo que resulta más mareante. Según una investigación de la revista *Politico*, es una táctica perfectamente deliberada: «De todas las mentiras que dice el personal de la Casa Blanca, buena parte las sueltan por puro deporte, más que para avanzar en el cumplimiento de un programa de máximos», llegando incluso a competir por ver quién «cuela la trola más gorda a la prensa». Aunque estas alegaciones están basadas en fuentes anónimas, y por tanto podrían ser mentira también, la historia encaja con lo que sabemos de Trump: ¿de qué vale alcanzar la cima del poder si no puedes doblegar la realidad a tu voluntad? En el mundo de Trump, y conforme a la lógica interna de su marca, mentir impunemente es parte integral de lo que supone ser el gran jefe. Lo de estar sometido a hechos inalterables y aburridos es para perdedores.

Y de momento parece que le funciona, al menos con sus bases. Algunos progresistas han aprovechado esta aparente tolerancia a los «hechos alternativos» para descalificar a sus votantes de clase obrera por «pardillos». Pero vale la pena recordar que una parte considerable de las bases de Obama aplaudían encantadas los símbolos cuidadosamente elaborados que su Administración creó: la Casa Blanca iluminada como un arco iris para celebrar el matrimonio gay; el cambio de tono a uno educado y erudito; el espectáculo de una «primera familia» increíblemente atractiva, libre de escándalos importantes durante sus ocho años. Que son todas cosas buenas… Pero, con demasiada frecuencia, esos mismos partidarios miraban a otro lado si se hablaba del uso bélico de drones que segaban la vida de innumerables civiles, o de la deportación de 2,5 millones de inmigrantes indocumentados a lo largo de su mandato, o de sus promesas incumplidas de cerrar Guantánamo y desmantelar el aparato de vigilancia de masas montado por George W. Bush. Obama se erigió en héroe del clima, pero en cierta ocasión presumió de que su Administración había «construido nuevos oleoductos y gasoductos suficientes para dar la vuelta al globo, y aún sobraría».

En Canadá, muchos votantes de izquierda manifiestan esa misma clase de ceguera selectiva. Deslumbrados por el mensaje progresista de nuestro apuesto primer ministro, están permitiéndole que prolongue muchas de las desastrosas políticas de su predecesor, desde la detención indefinida de muchos inmigrantes al trágala de los oleoductos de arenas bituminosas (volveremos sobre este particular más adelante). Políticamente, Justin Trudeau no se parece en nada a Donald Trump, pero entre sus partidarios más acérrimos —que a veces se comportan más como fanes— su celebridad tiene un efecto igual de distorsionador. Esta nueva *trudeaumanía* nos recuerda que los conservadores no son los únicos capaces de confundir el compromiso cívico con la fidelidad a la marca.

Por descontado que el exitoso intento de Trump de vender a sus votantes blancos de clase trabajadora el sueño de un resurgimiento industrial acabará estrellándose con la realidad. Pero lo más preocupante es lo que vaya a hacer Trump entonces, una vez que no le sea posible ocultar el hecho de que los empleos de la minería no van a volver, ni los empleos en fábricas con sueldos que bastaban para que los trabajadores

procuraran a sus familias un nivel de vida de clase media. Con toda probabilidad, Trump volverá a recurrir a los únicos instrumentos que aún le quedarían: redoblará sus esfuerzos por enconar los ánimos de los trabajadores blancos contra los inmigrantes, azuzará el miedo a la delincuencia negra, instigará una animadversión absurda hacia las personas y los aseos transexuales y lanzará ataques aún más feroces a los derechos reproductivos y a la prensa.

Y, por supuesto, siempre le quedará la guerra.

EL «SHOW» DEL APOCALIPSIS

Reconocer que la presidencia de Trump se está llevando como la producción de un *reality* no resta un ápice al peligro que supone; muy al contrario. Este espectáculo ya se ha cobrado vidas humanas —en Yemen, en Afganistán, en Siria, en Estados Unidos—, y muchas otras correrán la misma suerte antes de que se cancele su emisión. Un grupo británico de vigilancia ha registrado, solo en el mes de marzo, denuncias de más de mil quinientas muertes de civiles causadas por ataques aéreos de las coaliciones que encabeza Estados Unidos en Irak y en Siria, un número mayor que el total de las registradas durante los dos mandatos de Obama.

Pero no por eso deja de ser un espectáculo. A fin de cuentas, la telerrealidad de deportes sangrientos es un cliché de la ciencia ficción. Pensemos en el filme *Los juegos del hambre*, sobre un *reality show* en el que morían todos los concursantes menos uno. O en *Perseguido*, otra película sobre un evento televisado en el que los participantes se juegan vivir o morir (Wilbur Ross, secretario de Comercio, describió al parecer los bombardeos en Siria como el «entretenimiento de sobremesa» de Mar-a-Lago).

La parte más escalofriante es que, en el momento de escribir esto, Trump no ha hecho más que empezar a representar su versión de *Los juegos del hambre* de Mar-a-Lago con todo el arsenal del poder militar estadounidense por atrezo; y no falta quien le anime a subir las apuestas. Cuando Trump lanzó misiles Tomahawk sobre Siria, el presentador de la MSNBC Brian Williams comentó que las imágenes eran «bellísimas». Tan solo una semana después, Trump quiso dar más espectáculo con el lanzamiento del arma no nuclear más letal del arsenal estadounidense sobre un complejo de cuevas de Afganistán, un acto de violencia tan indiscriminada y desproporcionada que los analistas se las vieron y desearon para dar con una justificación que pudiera hacerlo pasar por una estrategia militar coherente. Porque no había estrategia alguna: la potencia de megatones era el mensaje. Comunicación de masas mediante bombas.

Dado que Trump ordenó la utilización de un arma que nunca antes se había desplegado en combate, y dado que lo hizo al cabo de solo doce semanas de tomar posesión y sin que mediara alguna provocación evidente, no hay muchas razones para esperar que vaya a ser capaz de resistirse a montar el mayor espectáculo del mundo, la violencia apocalíptica televisada de una guerra total, con récords de audiencia garantizados. Ya había habido guerras libradas a modo de entretenimiento televisivo bastante antes de Trump. De la Guerra del Golfo de 1990 se dijo que era la primera guerra de videojuego, sin que le faltaran su logo y su propio tema musical en CNN. Pero eso no fue nada comparado con el espectáculo que se montó durante la invasión de Irak de 2003, basada en una estrategia denominada «Shock y Pavor». Los ataques se diseñaron como un espectáculo para consumidores de televisión por cable, pero también para los iraquíes, para maximizar su sensación de impotencia, para «darles una lección». Ahora, esa temible tecnología está en manos del primer presidente de telerrealidad. Tenemos que prepararnos, un asunto sobre el que volveré en el capítulo 9.

EL HOMBRE HUECO

Si hay un aspecto real en el festival de falsedades que es la presidencia de Trump, es la avidez que la mueve. Su franca insaciabilidad. A Trump le gusta explicar que no necesita más dinero, que de eso tiene de sobra. Y sin embargo no puede evitar vender sus productos a cada ocasión, nunca pierde comba. Es como si padeciera alguna oscura enfermedad moderna —llamémosla desorden de marca de la personalidad— que le hace derivar a la promoción de su marca casi sin querer. A lo mejor está pronunciando un discurso político y de pronto se pone a ponderar lo hermoso y caro que es el mármol de los hoteles Trump, o le dice a su entrevistador sin venir a cuento, mientras habla de cómo ordenó un bombardeo letal sobre Siria, que el pastel de chocolate de Mar-a-Lago es «el más bonito […] que hayas visto nunca».

Esa avidez insaciable, ese vacío interno, revela algo que es verdad: la profunda oquedad que hay en el corazón de la cultura que ha engendrado a Donald Trump. Y esa oquedad está íntimamente relacionada con

el auge de las marcas de estilo de vida, el giro que dotó a Trump de una plataforma que nunca deja de expandirse. El auge de las marcas huecas —vender de todo, no poseer casi nada— se produjo a lo largo de unas décadas en las que entraron en franco declive las instituciones fundamentales que antes daban a los individuos un sentimiento de comunidad y de identidad compartida: barrios con gran cohesión social, donde las personas se cuidan unas a otras; grandes locales de trabajo que encerraban la promesa de un empleo para toda la vida; espacio y tiempo para que la gente común hiciera su propio arte, en vez de limitarse a consumirlo; religiones organizadas; movimientos políticos y sindicatos sólidamente asentados en relaciones interpersonales; medios de comunicación al servicio del interés público, que luchaban por unir a las naciones mediante un diálogo de todos.

Todas estas instituciones y tradiciones eran y son imperfectas, a menudo muy imperfectas. Dejaban fuera a mucha gente, e imponían con frecuencia un conformismo insano. Pero es verdad que ofrecían algo que los seres humanos precisamos para nuestro bienestar, y que nunca dejamos de anhelar: comunidad, interrelación, la sensación de tener una misión más grande que nuestros atomizados deseos inmediatos. Esas dos tendencias —el declive de las instituciones comunitarias y la expansión de las marcas corporativas en nuestra cultura— han tenido a lo largo de las décadas una relación de reciprocidad inversa entre sí, como de balancín: a medida que aquellas instituciones que nos proporcionaban ese sentimiento esencial de pertenencia bajaban, el poder de las marcas comerciales subía.

Siempre he hallado consuelo en esa dinámica. Significa que aunque este mundo de marcas nuestro pueda explotar la necesidad insatisfecha de formar parte de algo más grande que nosotros, nunca puede satisfacerla de modo permanente: hacemos una compra para formar parte de una tribu, de una gran idea, de una revolución, y nos sentimos bien durante un rato, pero la satisfacción se esfuma casi antes de habernos deshecho del embalaje de ese nuevo par de zapatillas, de ese último modelo de iPhone o del sucedáneo que sea. Y entonces hemos de dar con una forma de volver a llenar el vacío. Es la fórmula perfecta para el consumo sin fin y la automercantilización perpetua a través de las redes sociales, y es una catástrofe para el planeta, que no puede sostener esos niveles de consumo.

Pero nunca está de más recordarlo: lo que está en el corazón de este ciclo es esa poderosísima fuerza, el anhelo humano de comunidad e interrelación, que nunca va a desaparecer. Y eso quiere decir que aún hay esperanza: si reconstruimos nuestras comunidades y empezamos a obtener de ellas más sentido y la sensación de tener una buena vida, muchos seremos menos vulnerables a los cantos de sirena del consumismo descerebrado (y, ya puestos, puede que hasta dediquemos menos tiempo a producir y retocar nuestras marcas personales en las redes sociales).

Como veremos en la cuarta parte, hay muchos movimientos y teóricos trabajando por acercar un giro de ese tipo a nuestra cultura y nuestros valores. Pero antes de entrar en eso, aún tenemos que seguir algunos rastros importantes que nos ayudarán a entender cómo hemos llegado a esta situación.

SEGUNDA PARTE

EN QUÉ PUNTO ESTAMOS: UN CLIMA DE DESIGUALDAD

> Supongo que uno de los motivos por los que la gente se aferra tan obstinadamente a sus odios es porque, cuando el odio se disipe, presienten que se verán obligados a lidiar con el dolor.
>
> JAMES BALDWIN
> *Notes of a Native Son*, 1955

Capítulo 4

EL RELOJ DEL CLIMA DA LA MEDIANOCHE

REBOBINEMOS UN POCO, hasta la semana en que Trump ganó las elecciones. En aquel momento, yo estaba conmocionada por haber presenciado no una catástrofe, sino dos. No creo que podamos entender el verdadero peligro del desastre que supone Trump a menos que lidiemos antes con ambas.

Como ya he dicho, me encontraba en Australia por asuntos de trabajo, pero también era muy consciente de que, debido a la cantidad de dióxido de carbono que implican viajes como ese, era posible que no pudiera volver en mucho tiempo. Así que decidí visitar, por primera vez en mi vida, la Gran Barrera de Coral situada frente a la costa de Queensland, un lugar declarado Patrimonio Natural de la Humanidad y la estructura natural hecha de seres vivos más grande del mundo. Era a la vez la cosa más hermosa y la más aterradora que había visto nunca.

De niña, pasaba mucho tiempo debajo del agua. Mi padre me enseñó a bucear con tubo contando yo seis o siete años, y es uno de mis recuerdos más felices. Siempre me pareció que había algo asombroso en la intimidad de las interacciones con la vida oceánica. Cuando llegas nadando a un arrecife, los peces, en su mayoría, se dispersan en todas direcciones. Pero si uno se queda unos minutos, dejan de verte como un intruso y te conviertes para ellos en parte del paisaje: se acercan nadando hasta tus gafas de bucear, o te mordisquean el brazo. Como niña ansiosa que era, esas experiencias siempre me parecieron un sueño maravilloso y lleno de paz.

A medida que se acercaba el momento de viajar, caí en la cuenta de que mis sentimientos por ver los arrecifes se entremezclaban con el hecho de tener un hijo de cuatro años, Toma. Como padres, a veces podemos cometer el error de exponer a los críos demasiado pronto a las amenazas y peligros a los que se enfrenta el mundo natural. El primer libro sobre la naturaleza que leen muchos niños es *The Lorax*, de Dr. Seuss, que trata de la polución y de lugares preciosos convertidos en basureros donde los animales se mueren, desaparecen, se asfixian. Da mucho miedo. Se lo leí a Toma cuando tenía dos años y veía el terror reflejado en su semblante. Y pensé: «No, esto no está bien». Ahora leemos cuentos de ardillas que hablan muy rápido y libros que celebran la belleza y la maravilla de la naturaleza. Aunque yo sepa que son libros que tratan de especies que están al borde de la extinción, aún es pronto para que Toma tenga que preocuparse por eso. Pienso que mi tarea es crear tantas experiencias positivas que le hagan sentirse unido a la naturaleza como pueda. Primero hay que amar las cosas, para luego poder protegerlas y defenderlas.

También quería ir al arrecife en mi condición de periodista. Durante los dos años anteriores, había ocurrido algo sin precedentes desde que hay registros históricos. A consecuencia del aumento récord de las temperaturas, más del 90 % de la Gran Barrera de Coral había sufrido lo que se conoce como «efecto de blanqueo masivo». No se exagera un ápice si se califican de cataclismo las consecuencias de esa decoloración. Cuando un arrecife sufre el blanqueo, esas criaturas bellísimas, de intensos colores —un ecosistema tan rico y bullente de vida como la selva tropical amazónica—, se tornan fantasmales, del blanco de los huesos. El coral decolorado puede recuperarse si las temperaturas vuelven rápidamente a niveles normales. Esta vez no fue ese el caso, y casi una cuarta parte del arrecife ha muerto.

Hay que subrayar que para dar lugar a un cambio tan radical solo hizo falta un calentamiento mínimo. La temperatura del océano había aumentado apenas un grado centígrado respecto al nivel al que están adaptadas estas increíbles criaturas, y fue suficiente para que murieran en masa. A diferencia de muchos otros sucesos relacionados con el cambio climático, esto no era una borrasca dramática o un incendio descontrolado: solo muerte acuática y silenciosa.

Cuando llegamos al arrecife, todavía flotaba en el ambiente un aire de irrealidad: de Puerto Douglas, seguían saliendo barcos atestados de turistas, la superficie del agua estaba azul y bellísima, con franjas de un turquesa espectacular. Pero el mar tiene tendencia a ocultar los peores secretos de la humanidad, una lección que aprendí cuando investigaba el desastre de la plataforma petrolífera Deepwater Horizon, de British Petroleum, al ver la rapidez con que el vertido desapareció de los titulares en cuanto el petróleo

empezó a hundirse, pese a que seguía causando daños sin cesar bajo la superficie.

Partí hacia el arrecife con un grupo de biólogos marinos con una dedicación extraordinaria a su tarea (todos ellos, sacudidos emocionalmente por lo que habían estado documentando) y un equipo de filmación de *The Guardian*. Empezamos a grabar aquellas partes del arrecife que aún seguían vivas, y conseguimos que Toma se pusiera unas gafas de bucear con tubo. Para ser sincera, no estaba nada convencida de que fuera a ser capaz de centrar su atención en el coral; acababa de aprender a nadar y aún llevaba flotadores. Pero los científicos tuvieron una enorme paciencia con él, y hubo sus buenos cinco minutos en que consiguió manejarse y disfrutar con genuino asombro de aquella maravilla: «He visto a Nemo», dijo; vio un pepino de mar. Creo que hasta vio una tortuga marina. Esas partes del arrecife, las que aún no están blanqueadas ni muertas, son solo una fracción del total, pero no dejan de ser un espectáculo glorioso, un torbellino de vida, de coral y peces de colores eléctricos, tortugas marinas y tiburones que pasan nadando por sus proximidades.

Dejamos a Toma en tierra cuando fuimos a filmar las partes muertas y decoloradas del arrecife. Y era un cementerio. Como si alguien hubiera accionado un interruptor cósmico y de golpe uno de los lugares más bellos de la Tierra se hubiera convertido en uno de los más feos. Los huesos de coral estaban cubiertos de una sustancia viscosa de vida en descomposición, un moco marrón. A uno le daban ganas de salir corriendo. Nuestros trajes de buceo apestaban a muerte.

Decidimos filmar el arrecife en ese estado porque mucha gente tiene la impresión de que el cambio climático es una crisis lejana, de que antes de tener que ponernos serios aún hay tiempo de dejarlo para mañana. Queríamos que vieran que el planeta está experimentando ya cambios radicales, ahora mismo, incluso en partes que damos por descontado que bullen de vida; que no es algo que haya de producirse en un futuro lejano. Y su impacto es enorme, empezando porque de la pesca que sostienen los arrecifes de coral dependen el alimento y los ingresos de unos mil millones de personas en todo el mundo.

Y quería también mostrar el desastre a través de los ojos de Toma. Porque uno de los aspectos más injustos de la perturbación del clima (y hay muchos) es que las acciones de quienes somos adultos hoy tendrán su impacto más grave en la vida de generaciones venideras, así como en las de quienes ahora son niños y demasiado jóvenes para influir en política; niños como Toma, sus amigos y sus compañeros de generación de todo el mundo. Estos pequeños no han hecho nada para generar la crisis, pero son los que tendrán que lidiar con el clima más extremo —borrascas, sequías, incendios y elevación del nivel del mar— y con toda la tensión social y económica que acarreará. Son ellos los que están creciendo en mitad de una extinción en masa, y a los que se está privando de tanta belleza y compañía como se deriva de estar rodeados de otras formas de vida.

Es una forma de latrocinio, de violencia; lo que el escritor y teórico Rob Nixon denomina «violencia lenta». Un planeta limpio y lleno de fuerza es un derecho de nacimiento de todos los seres vivos. Por eso la Gran Barrera de Coral está catalogada como Patrimonio Natural Mundial. Pertenece al mundo, y está muriendo durante nuestro turno de guardia. Comprendí que la historia que quiero contar es la de un robo y una injusticia intergeneracionales. Por eso decidí poner a Toma delante de la cámara por primera vez; tenía mis reticencias, pero, en definitiva, no podía contar la historia sin él.

Al acabar el día, estábamos todos deshechos. ¡Habíamos visto tanta muerte, tanta pérdida! Pero mi hijo también había tenido esa experiencia especial. Aquella noche, al arroparle en la cama de nuestra habitación de motel de Puerto Douglas, le dije: «Toma, hoy es el día en que descubriste que debajo del mar hay un mundo secreto». Él, alzando hacia mí una mirada de puro éxtasis, dijo tan solo: «Lo he visto». Rompí a llorar, con una mezcla de júbilo y desconsuelo por saber que, al mismo tiempo que él está tomando conciencia de la belleza y la magia de este mundo, se están yendo por el desagüe.

He de reconocer que también estaba enfadada. En todo el día no había podido dejar de pensar en Exxon Mobil; en que esta empresa, según se ha demostrado ahora, estaba al tanto del cambio climático ya desde la década de 1970. Según una investigación exclusiva de la ONG de noticias InsideClimate News (nominada para el Premio Pulitzer), Exxon llevó a cabo su propia investigación empírica de vanguardia, recogiendo muestras de dióxido de carbono de sus depósitos de petróleo y elaborando con los avances más recientes modelos climáticos que predijeron los cambios que iban a producirse, como la elevación del nivel del mar. Además, fue advertida por sus propios directores científicos, entre ellos James Black, que era categórico en sus informes a la empresa sobre «el consenso general de la comunidad científica en cuanto a que la forma más probable en que la humanidad esté influyendo en el clima mundial es a través de las emisiones de dióxido de carbono de la quema de combustibles fósiles». Asimismo, dejó escrito que «la humanidad dispone de una ventana de tiempo de entre cinco y diez años hasta que la necesidad de tomar decisiones drásticas sobre cambios en las estrategias energéticas sea inaplazable». Eso fue en 1978.

Para cuando Rex Tillerson asumió la dirección general de la división central de producción de Exxon USA, hacía mucho que esos hechos, incluido el más incómodo del poco tiempo que quedaba, eran conocidos por la empresa. A pesar de lo cual, Exxon Mobil se ha gastado desde entonces treinta millones de dólares en pagar a *think tanks* para que difundieran de forma sistemática entre la prensa dudas sobre la realidad de la ciencia climática. Mobil (antes de fusionarse con Exxon) llegó incluso a publicar anuncios a toda página en *The New York Times* sembrando esas mismas dudas. Actualmente, Exxon Mobil está siendo investigada por las fiscalías generales de Nueva York, California y Massachusetts por esos presuntos engaños. A causa de aquella campaña de desinformación, promovida por todo el sector de los combustibles fósiles, la humanidad perdió unas décadas clave en que podríamos haber estado tomando las decisiones necesarias para avanzar hacia una economía limpia; unas décadas en las que Exxon Mobil y otras petroleras se dedicaron a abrir vastas fronteras para el petróleo y el gas. Si no hubiéramos perdido ese tiempo, puede que la Gran Barrera de Coral siguiera gozando de buena salud.

Pero el tiempo que pasé en el arrecife no me dejó solo un sentimiento de impotencia. Porque hay por el mundo comunidades obstinadas y movimientos pujantes decididos a conseguir que sus gobiernos despierten y dejen de perforar nuevos yacimientos de petróleo y de gas y de excavar nuevas minas de carbón. Corrimos como locos para montar la película en cuatro días y poder presentarla en la víspera de las elecciones estadounidenses, confiando en que contribuiría mínimamente a motivar a la gente para que votara y luego a alimentar la presión sobre Hillary Clinton para que hiciera más por el clima. Y lo conseguimos: colgamos el vídeo en Internet el 7 de noviembre.

Al día siguiente, Trump ganó. Y luego el presidente de Exxon Mobil fue nombrado secretario de Estado.

La hora de la verdad

Lo que estaba en juego en las elecciones de 2016 era de enorme importancia por una gran variedad de razones, desde los millones de personas que se exponían a perder sus seguros sanitarios hasta las que podían ser objetivo de atentados racistas si Trump seguía avivando las llamas del creciente nacionalismo blanco; desde las familias separadas por políticas de inmigración crueles hasta la perspectiva de que las mujeres perdieran el derecho a decidir si ser o no madres, o hasta la realidad de la normalización y trivialización del acoso sexual en las más altas esferas del poder. Con tantas vidas en el alero, no hay nada que ganar clasificando los temas por orden de importancia y jugando a «Mi crisis es más grave que tu crisis». Si algo de eso te ocurre a ti, si es tu familia la que sufre el desgarro de la separación o tú quien se ve expuesto a abusos policiales, o tu abuela la que no puede permitirse un tratamiento que le salvaría la vida, o tu agua corriente la que está envenenada con plomo…, todo son señales de alerta máxima.

El cambio climático no es más importante que cualquiera de esos otros asuntos, pero sí que tiene una relación distinta con el tiempo. Si la política en materia de cambio climático va mal encaminada —y ahora mismo va pero que muy, muy mal encaminada—, no tendremos oportunidad de intentar corregir el rumbo dentro de cuatro años. Porque dentro de cuatro años la Tierra habrá sufrido una transformación radical a consecuencia de todos los gases emitidos en el ínterin, y nuestras posibilidades de eludir una catástrofe irreversible se habrán disipado en gran medida.

Esto puede parecer alarmista, pero he entrevistado a los científicos más autorizados del mundo respecto al tema, y de sus estudios se desprende que no es más que una descripción neutral de la realidad. La ventana en la que aún estamos a tiempo de reducir las emisiones lo suficiente para evitar un calentamiento verdaderamente catastrófico se está cerrando a toda velocidad. Muchos movimientos sociales han adoptado como alegre lema una famosa cita de Samuel Beckett: «Vuelve a intentarlo. Vuelve a fallar. Falla mejor». Siempre me ha gustado esa actitud, no podemos ser perfectos, no podremos ganar siempre, pero deberíamos esforzarnos por mejorar. El problema es que la máxima de Beckett no sirve en el caso del clima; no, al menos, a estas alturas de la partida. Si seguimos fracasando en el empeño de reducir las emisiones, si no conseguimos poner en marcha una transición decidida de los combustibles fósiles a una economía basada en energías renovables, si seguimos eludiendo la cuestión del consumo excesivo y queriendo siempre más y mejor, no habrá más oportunidades de «fallar mejor».

Casi todo está avanzando a ritmo más rápido de lo que preveían los modelos de cambio climático: la pérdida de hielo marino en el Ártico, el colapso de la capa de hielo, el calentamiento oceánico, la subida del nivel de los mares, la decoloración de los corales, y más… La próxima vez que los ciudadanos de otros países del mundo vayan a votar en unas elecciones, se habrá fundido más hielo marítimo, se habrán perdido más terrenos costeros, habrán desaparecido para siempre más especies animales. Las oportunidades que nos quedan de mantener las temperaturas por debajo de un nivel que permita salvar a países insulares como,

pongamos por caso, Tuvalu o Maldivas, de ser tragados por el agua se vuelven tanto más escasas. Hablamos de cambios irreversibles: no está en nuestra mano reconstruir un país sumergido.

Los últimos estudios contrastados por la comunidad científica indican que si queremos tener posibilidades factibles de proteger las ciudades costeras (incluidas grandes metrópolis como Nueva York y Bombay) en vida de mi hijo, tenemos que renunciar a los combustibles fósiles a velocidad sobrehumana. Un estudio de la Universidad de Oxford publicado durante la campaña en la revista *Applied Energy* llegaba a la conclusión de que para que la humanidad tenga un 50 % de posibilidades de alcanzar los objetivos de reducción de temperaturas fijados en el acuerdo sobre cambio climático negociado en París a finales de 2015, todas las centrales de energía nuevas tendrían que ser de emisión cero de carbono a partir de 2018. Ese es el segundo año de mandato de Trump.

Para la mayoría de nosotros —yo incluida—, es una información muy difícil de digerir, porque estamos habituados a narrativas que nos dan confianza en la inevitabilidad de que acabemos progresando. Dijo Martin Luther King Jr.: «El arco del universo moral es largo, pero se vence del lado de la justicia». Es una idea poderosa que, lamentablemente, no funciona con la crisis del clima. Los gobiernos ricos del mundo han postergado la tarea tanto tiempo, y agravado tanto el problema entretanto, que ahora el arco tiene que doblarse muy, pero que muy rápido, o la posibilidad de dar en la diana de la justicia se habrá desvanecido. El reloj del clima está a punto de dar la medianoche.

NO ES SOLO UN CICLO ELECTORAL MÁS: NO PODÍA LLEGAR EN PEOR MOMENTO

Durante las primarias demócratas, me impresionó mucho un episodio en que una joven se enfrentó a Hillary Clinton en mitad de su campaña y le preguntó si, dadas las dimensiones de la crisis del calentamiento global, estaba dispuesta a prometer que no aceptaría más dinero del entorno de los combustibles fósiles, que no hacía más que agravarla. En aquel momento, la campaña de Clinton ya había recibido grandes sumas de dinero de empleados y lobistas registrados de empresas del sector (1,7 millones de dólares, según las investigaciones de Greenpeace). Clinton pareció muy contrariada y contestó de malos modos a la joven, afirmando que estaba «harta» de que le sacaran ese tema. Pocos días después, en una entrevista, dijo que los jóvenes deberían «hacer sus propias averiguaciones». La mujer que le había hecho esa pregunta, Eva Resnick-Day, trabajaba haciendo campañas para Greenpeace. Había realizado sus averiguaciones, insistió, «y por eso estamos tan aterrados por el futuro. […] Lo que pase en los próximos cuatro u ocho años podría determinar el futuro de nuestro planeta y de la especie humana».

Me pareció que sus palabras daban en el clavo de por qué no estábamos simplemente ante un ciclo electoral más. Por qué no solo era legítimo, sino necesario, poner en cuestión la red de enredos corporativos de Hillary. Los comentarios de Resnick-Day ponían además el acento en una de las grandes razones por las que es pavorosa la presidencia de Trump: el hombre más poderoso del mundo es alguien que afirma que el calentamiento global es un bulo que se han inventado los chinos, y que se ha puesto a desembarazarse febrilmente de las (ya insuficientes) restricciones al uso de combustibles fósiles que había establecido su país, y a animar a otros gobiernos a que hagan lo mismo. Y todo eso está ocurriendo en el peor momento posible de la historia de la humanidad.

De momento, solo hemos hecho subir la temperatura del planeta un grado centígrado, y de eso ya estamos viendo efectos dramáticos: la muerte en masa de los corales, un clima templado en el Ártico que se traduce en una grave pérdida de hielo, el resquebrajamiento de las capas de hielo del Antártico. Si seguimos en la misma trayectoria contaminante que llevamos, vamos a calentar el planeta entre cuatro y seis grados. El climatólogo y experto en emisiones Kevin Anderson dice que «un calentamiento de cuatro grados es incompatible con cualquier caracterización razonable de una comunidad mundial organizada, equitativa y civilizada». Por eso se reunieron los gobiernos en París y sacaron adelante un acuerdo para esforzarse al máximo por desviarnos de este peligroso rumbo y tratar de limitar el calentamiento a «bastante menos» de dos grados, y seguir esforzándose para mantenerlo por debajo de 1,5 grados. El tope superior de ese objetivo de temperaturas supone un calentamiento dos veces mayor que el que ya hemos experimentado, con lo que tampoco es seguro, ni mucho menos.

Es por eso por lo que tenemos que hacer todo lo posible para quedarnos en el límite inferior del objetivo. Y eso es difícil. Según un estudio de septiembre de 2016 elaborado por Oil Change International, un *think tank* radicado en Washington, si los gobiernos pretenden tener posibilidades verosímiles de mantener el aumento de las temperaturas por debajo de dos grados centígrados, todas las nuevas reservas sin explotar de combustibles fósiles deben permanecer en el subsuelo. El problema es que, incluso antes de que llegara Trump, ninguna de las grandes economías estaba haciendo lo que se le exigía. Todas siguen

jugando con dos barajas: implantando algunas políticas verdes serias, para luego aprobar nuevas extracciones de combustibles fósiles y más oleoductos y gasoductos. Es como comer al mismo tiempo muchas ensaladas y un montón de comida basura y confiar en perder peso.

En Estados Unidos, Obama implantó el Plan de Energías Limpias, que pretendía acelerar la jubilación de las plantas de carbón obsoletas y exigir a las nuevas que captaran una parte de sus emisiones de dióxido de carbono, pero, al mismo tiempo, bajo su mandato hemos asistido a un bum de la extracción de gas natural y petróleo mediante la técnica de la fracturación hidráulica (o *fracking*) en el gran yacimiento de Bakken. En Canadá, el Gobierno ha implantado la tarificación de emisiones de carbono y la eliminación gradual del uso del carbón, pero también permite que se expanda la explotación de arenas bituminosas y ha dado el visto bueno a una nueva y gigantesca terminal de exportación de gas líquido, certificando así en la práctica que no va a cumplir con los objetivos de París.

Con todo y con eso, el hecho de que muchos gobiernos firmaran a bombo y platillo el Acuerdo de París, y reconocieran, aunque fuera de boquilla, la necesidad de alcanzar sus ambiciosos objetivos respecto a las temperaturas, dio a los movimientos de activismo climático mucha fuerza para promover políticas que fueran coherentes con los objetivos anunciados. Intentábamos tomarles la palabra por las promesas de París, y se estaban haciendo algunos progresos.

Pero ahora Trump llega y dice: «¿Dejar todo ese dinero enterrado en el subsuelo? ¿Estáis chalados?».

Una administración pringada de petróleo

Durante la campaña presidencial, el discurso enlatado que Trump venía a repetir en todas partes nunca dejaba de tocar ninguna de las teclas mejor acogidas por su público: construir el muro, recuperar los empleos, ley y orden, la tramposa de Hillary. La negación del cambio climático no solía figurar en esa lista (aunque Trump se despachaba a gusto con el tema si le preguntaban). Pero si bien el asunto parecía entonces secundario, la cosa cambió en cuanto Trump empezó a hacer nombramientos. Y desde que tomó posesión, apuntar a todo lo que suene a salvaguarda del clima ha sido un rasgo distintivo de su Administración. Como si disputaran una contrarreloj, él y su equipo se han lanzado a satisfacer e ir tachando todos y cada uno de los puntos de la lista de deseos de la industria de los combustibles fósiles. Sus principales nombramientos, sus planes de hacer drásticos recortes presupuestarios y vaciar de contenido la normativa medioambiental, su negación conspiratoria del cambio climático y hasta sus enredos con Rusia, todo apunta en la misma dirección: una voluntad firme y decidida de desatar una fiebre por explotar hasta el último yacimiento de combustibles fósiles. Hay muchas tramas e intrigas planeando sobre Washington, entre las que destacan las acusaciones de que el equipo de Trump conspiró con Rusia para influir en el resultado de las elecciones de 2016, que están siendo investigadas, como debe ser. Pero no nos equivoquemos: la conspiración que se esconde a la vista de todos es el complot de Trump con el sector de los combustibles fósiles.

A los pocos días de tomar posesión, forzó la aprobación del oleoducto Dakota Access, prescindiendo de la evaluación de impacto medioambiental y contra la firme oposición de los siux de Standing Rock. Despejó el camino para aprobar igualmente el oleoducto Keystone XL desde Alberta, que Obama rechazó debido en parte a su impacto climático. Dictó una orden ejecutiva para revertir la moratoria aprobada por Obama para licencias nuevas de explotación minera en terrenos federales, y ya ha anunciado planes de ampliación de perforaciones petrolíferas y de yacimientos de gas en la costa del Golfo de México. También está liquidando el Plan de Energías Limpias de Obama. Y a la vez que estampa con su visto bueno nuevos proyectos de combustibles fósiles, la Administración va derogando todo tipo de normativa medioambiental que hacía que la excavación y procesamiento de ese carbón resultara menos rentable para empresas como Exxon Mobil. En consecuencia, es más probable que esos proyectos, que ya eran desastrosos desde el punto de vista climático, den lugar a accidentes industriales como el de la plataforma Deepwater Horizon; porque eso es lo que ocurre cuando los mecanismos de control están desaparecidos en combate.

En el momento de escribir esto, aún no está claro que Estados Unidos vaya a retirarse oficialmente del Acuerdo de París; hay discrepancias sobre el particular en el seno del Gobierno [1]. Pero tanto si el país se mantiene en él como si lo abandona, es innegable que la Administración Trump está triturando los compromisos que adquirió en virtud del acuerdo.

Aparte de Rex Tillerson, Trump ha cuajado su Administración de ejecutivos de su mismo sector y de figuras políticas con múltiples vínculos con la industria; varios de ellos están en contra del mandato institucional de las agencias que ahora dirigen, o, en el mejor de los casos, les es indiferente. A Scott Pruitt, Trump le ha nombrado director de la Agencia de Protección Ambiental, pero cuando era fiscal general de

Oklahoma demandó a esa misma agencia numerosas veces, y —acaso no por pura coincidencia— ha recibido decenas de miles de dólares de compañías de combustibles fósiles. El elegido de Trump para el puesto de secretario de Energía, Rick Perry, tiene múltiples vínculos con la industria petrolera, entre ellos el de haber figurado en los consejos directivos de dos de las empresas que están detrás del oleoducto Dakota Access. En 2011, cuando disputaba la nominación republicana a la presidencia, una de sus promesas de campaña era la de suprimir por completo el Departamento de Energía.

NO PREGUNTES, NO LO CUENTES

Juntos, este grupo de hombres están haciendo favores a las empresas del petróleo, del gas y del carbón en múltiples frentes. Trump, por ejemplo, ha anulado un programa nuevo por el que se exigía a las compañías de petróleo o gas que informaran de cuánto metano —un poderosísimo gas de efecto invernadero— estaba siendo liberado a la atmósfera a consecuencia de sus operaciones, incluidas las fugas. La industria detestaba el programa, que no se ultimó sino en las semanas postreras del mandato de Obama, en parte porque estaba llamado a desmontar la pretensión de que el gas natural es una solución al cambio climático. Trump está haciendo un regalazo a la industria al decirle, en definitiva: «No nos lo cuentes, no queremos saberlo». De ahora en adelante, si el resto del mundo quiere saber en qué medida Estados Unidos es un renegado climático, tendrá que adivinarlo, porque de una parte esencial de los datos no habrá constancia.

La mayor amenaza a la que se enfrenta esta industria es, con mucho, que la gente reclame en todo el mundo actuaciones efectivas para frenar el cambio climático, y el creciente consenso en cuanto a que tomarse la crisis en serio significa dar carpetazo a los nuevos proyectos de explotación de combustibles fósiles. Esa perspectiva aterroriza a los ejecutivos de la industria y a los gobiernos de los países productores (como Rusia), porque supone que reservas ya comprobadas, valoradas en billones de dólares —que están haciendo subir ahora mismo el valor de sus acciones—, podrían perder todo su valor de un día para otro. Es lo que a veces se ha llamado la *burbuja del carbono*, que en 2016 ya había empezado a desinflarse. Trump sería aquí el tío que acude corriendo al rescate con el hinchador de bicicleta, para decirle a la industria que va a rellenar su burbuja de aire tóxico para que les dure unos cuantos años más. ¿Cómo? Muy fácil. Haciendo desaparecer de la vista la cuestión del cambio climático.

Vemos suceder todo esto con una especie de claridad absurda. El primer día de la nueva presidencia, se depuró la web de la Casa Blanca de muchas referencias al cambio climático. Hay en marcha planes para suspender el programa de la NASA que utiliza los satélites para recopilar datos básicos sobre los cambios que está experimentando la Tierra, como la desaparición de glaciares y la elevación del nivel del mar. El director de la oficina presupuestaria de la Casa Blanca lo expresó de forma bastante cruda: «En cuanto a la cuestión del cambio climático, creo que el presidente ha sido muy claro: vamos a dejar de gastarnos dinero en eso. Consideramos que ocuparse de eso es malgastar el dinero de los contribuyentes».

Están tan decididos a borrar la realidad del cambio climático que hasta contemplan suprimir programas de ayuda a las comunidades para que hagan frente a su impacto. Trump propuso eliminar un programa de la Asociación Nacional Oceánica y Atmosférica (NOAA, por sus siglas en inglés) concebido para ayudar a proteger las costas. También quería recortar los medios de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias (FEMA), encargada de responder a catástrofes naturales de grandes proporciones, y suprimir por completo su programa clave, concebido para ayudar a las comunidades a prepararse para crisis futuras. Sus planes de recortar el presupuesto de la Agencia de Protección Medioambiental (EPA) en un 30 % dejaría sin trabajo a miles de personas y eliminaría en su totalidad el programa de justicia medioambiental. Este último ayuda a comunidades con bajo nivel de ingresos —en su inmensa mayoría, afroamericanas, latinas e indígenas— a hacer frente a algunos de los efectos nocivos de su proximidad a las industrias más contaminantes. Un acuerdo presupuestario alcanzado en el Congreso ha aplazado lo peor de los recortes a la EPA hasta 2018.

En definitiva, el plan de rescate de Trump para el sector de los combustibles fósiles tiene varios frentes: enterrar las pruebas de que el cambio climático se está produciendo y amordazar a las agencias; reducir los programas encargados de hacer frente al impacto de la perturbación del clima en el mundo real; y eliminar todas las barreras a una aceleración de las actividades que precisamente están provocando la crisis: seguir haciendo perforaciones en busca de más petróleo y gas, y quemar más carbón.

Esta contumacia puede compensarse en parte emprendiendo acciones decididas en grandes estados como California y Nueva York, que están comprometiéndose a desplegar rápidamente las renovables pese a las políticas favorables a los combustibles fósiles de Trump. Pero hay otro factor crucial que podría determinar si la sucursal de Exxon Mobil conocida como Administración Trump es o no capaz de desencadenar una catástrofe irreversible.

El precio lo es todo

Ahora mismo, hay sobre todo un factor de contención que lleva a las empresas del sector de los combustibles fósiles a mantener en suspenso grandes proyectos de nuevas extracciones, y no es ninguna norma legislativa que Obama aprobara y Trump pueda revertir. Lo que hace que no levanten el pie del freno es el precio del petróleo y el gas. En el momento de escribir esto, en 2017, los precios están mucho más bajos que al inicio del mandato de Obama, porque hay un exceso de oferta: hay disponibles más petróleo y gas que los que los consumidores demandan.

El motivo de que el precio sea tan decisivo para los nuevos proyectos es que los combustibles fósiles baratos y de fácil acceso vienen siendo cada vez más escasos, especialmente en Estados Unidos. ¿Y qué queda entonces? Aquellos a los que es difícil y caro acceder. Cuesta mucho dinero hacer perforaciones en el Ártico, o en aguas muy profundas, o extraer y refinar el petróleo semisólido descubierto en las arenas bituminosas de la provincia canadiense de Alberta. Cuando el precio del petróleo estaba por las nubes, como, sin ir más lejos, era el caso en 2014, las empresas energéticas invertían muchos miles de millones de dólares en llegar hasta esas reservas de combustible tan caras. Con el petróleo a cien dólares el barril, aún podían obtener pingües beneficios, incluso con costes de extracción tan altos. Y es cierto que el desarrollo de este sector estimuló el crecimiento económico, y que creó muchos puestos de trabajo. Pero su coste medioambiental fue enorme: el desastre de la plataforma Deepwater Horizon en el Golfo de México tuvo mucho que ver con el hecho de que estas empresas están perforando a más profundidad de lo que habían hecho jamás. Si las arenas bituminosas de Alberta son tan polémicas es porque las tierras y vías fluviales indígenas han resultado muy contaminadas por el proceso de extracción, invasivo y liberador de grandes cantidades de carbono, de ese crudo pesado.

Exxon Mobil, la empresa de Rex Tillerson, se lanzó a comprar desenfrenadamente reservas de crudo pesado de alto coste; llegó un momento en que hasta un tercio de sus reservas estaban ubicadas en las arenas bituminosas de Alberta. Cuando el precio del petróleo se desplomó, para ellos fue una gran conmoción. El precio del petróleo empezó a caer en picado en 2014, cuando el barril de Brent —la referencia mundial para el petróleo— bajó de cien dólares a cincuenta en solo seis meses, y desde entonces se ha mantenido en torno a los cincuenta y cinco dólares. A raíz de este hecho, hemos visto a muchas compañías abandonar proyectos de explotación de recursos energéticos extremos. En Estados Unidos, el uso del *fracking* para la extracción de petróleo y gas se ha enfriado, con costes sociales devastadores: se calcula que unos ciento setenta mil trabajadores del sector han perdido sus empleos desde el hundimiento de los precios de 2014. Las inversiones en las arenas bituminosas de Alberta se redujeron en torno a un 37 % al año siguiente, y siguen menguando. Shell se retiró del Ártico y ha vendido la mayoría de sus reservas de arenas alquitranadas. La compañía francesa Total también ha renunciado a explotarlas. Hasta Exxon Mobil se ha visto forzada a dar por perdidos 3,5 millones de barriles de petróleo procedente de arenas bituminosas porque, con los precios actuales, el mercado ya no consideraba rentable su extracción. También están en suspenso las perforaciones en aguas profundas.

Para las grandes compañías petrolíferas —especialmente para las que apostaron porque el precio del petróleo se mantendría en niveles altos—, todo esto ha sido un desastre. Y ninguna ha sufrido tanto como Exxon Mobil. Cuando los precios estaban altos, con Tillerson al timón, la compañía batió el récord de beneficios corporativos jamás registrados en Estados Unidos, al ganar 45.000 millones de dólares en 2012. Si los comparamos con sus resultados de 2016, en que los beneficios quedaron bastante por debajo de los 8.000 millones, resulta una caída de más del 80 % en solo cuatro años.

¿Qué significa todo esto? Significa que las grandes petroleras, como Exxon Mobil, y los bancos que respaldaron sus apuestas equivocadas desean desesperadamente que el precio del petróleo vuelva a subir, para recuperar sus beneficios astronómicos y que rebrote la fiebre de los combustibles fósiles. Así que la gran pregunta que hay que hacerse es esta: ¿qué va a hacer la Administración Trump —que también podríamos apodar el Equipo Exxon Mobil— para conseguirlo?

Ya se están viendo algunas políticas que parecen concebidas para impulsar al alza los precios del petróleo. Trump, por ejemplo, no ha tardado en suprimir la exigencia establecida bajo el mandato de Obama de que los vehículos sean más eficientes en su consumo de combustible, lo que se traduce en que los consumidores van a pasar más a menudo por las gasolineras. Entretanto, su proyecto de presupuestos pretende eliminar por completo la financiación de nuevos proyectos de transporte público y servicios ferroviarios de larga distancia.

De momento, no obstante, el mercado no está respondiendo, o al menos no mucho. El precio del petróleo recibió un empujoncito tras salir elegido Trump, pero se ha mantenido bastante estable desde

entonces. Desde el punto de vista del cambio climático, son buenas noticias: que el gas esté barato puede que estimule el consumo a corto plazo, pero desincentiva muchas de las inversiones a largo plazo que nos condenan a un futuro catastrófico. Lo preocupante —y lo es mucho— es que Trump y Cía. bien podrían tener más ases en la manga con que forzar la subida del precio del petróleo y alcanzar su objetivo de desatar la fiebre de los combustibles fósiles.

Debemos vigilar muy de cerca esta dinámica, porque no hay nada que contribuya más a hacer subir el precio del petróleo que las guerras y demás grandes shocks del mercado mundial; una perspectiva que analizaremos en profundidad en el capítulo 9.

LO QUE LOS CONSERVADORES ENTIENDEN DEL CALENTAMIENTO GLOBAL… Y LOS PROGRESISTAS NO

Durante muchos años, me preguntaba por qué había gente tan empeñada en negar el calentamiento global. A primera vista, resulta extraño. ¿Por qué iba nadie a esforzarse tanto en negar los datos científicos que respaldan el 97 % de los climatólogos, y cuyos efectos podemos apreciar a nuestro alrededor y que se vuelven a confirmar en las noticias que consumimos a diario? Esa pregunta me llevó a hacer un viaje que dio lugar a mi libro *Esto lo cambia todo* [2], y creo que parte de lo que descubrí al escribirlo puede ayudarnos a comprender por qué el vandalismo climático es fundamental para la Administración Trump.

Lo que descubrí es que cuando los conservadores de la línea dura niegan el cambio climático no solo están defendiendo las riquezas —con un valor de billones— que se ven amenazadas por la acción contra el cambio climático. También defienden algo que para ellos es más preciado aún: todo un proyecto ideológico —el neoliberalismo— que sostiene que el mercado siempre tiene razón, que su regulación siempre es un error, que lo privado es bueno y lo público es malo, y que lo peor de todo son los impuestos destinados a sostener servicios públicos.

Hay mucha confusión en torno al término *neoliberalismo* y a quiénes son neoliberales. Y es comprensible que la haya. Así que analicémoslo. El neoliberalismo es una forma extrema del capitalismo que empezó a imponerse en la década de 1980, con Ronald Reagan y Margaret Thatcher, pero que viene siendo la ideología imperante de las élites mundiales desde la década de 1990, independientemente de su afiliación partidista. Aunque sus partidarios más intransigentes y dogmáticos siguen estando donde nació el movimiento: en la derecha estadounidense.

Neoliberalismo es la expresión taquigráfica de un proyecto económico que denigra la esfera de lo público y cualquier cosa que no sea producto, o bien del funcionamiento del mercado, o de las decisiones individuales de los consumidores. Probablemente, lo que mejor lo resume sea otra de las famosas frases de Reagan: «Las nueve palabras más aterradoras del idioma inglés son: "Hola, soy del Gobierno y he venido a ayudarlos"». Según la concepción neoliberal del mundo, los gobiernos existen para crear las condiciones óptimas para que los intereses privados maximicen sus beneficios y su riqueza, basándose en la teoría de que esos beneficios y el consiguiente crecimiento económico favorecerán a todo el mundo en un goteo de arriba abajo…, en última instancia. Si no funciona, y persiste o empeora la terca desigualdad (como invariablemente sucede), entonces, según esta visión del mundo, eso tiene que deberse al fracaso de los individuos y comunidades que sufren. Deben de tener «una cultura del delito», pongamos por caso, o carecer de una «ética del trabajo», o quizá sea que se resienten de la ausencia de una figura paterna, o de alguna otra excusa con tintes raciales, por lo que la política gubernamental y los fondos públicos jamás deben utilizarse para reducir las desigualdades, mejorar las vidas de los ciudadanos o hacer frente a crisis estructurales.

Los instrumentos fundamentales de este proyecto son muy conocidos: privatización de la esfera pública, desregulación de la esfera corporativa e impuestos bajos a costa de recortes en los servicios públicos, todo ello blindado mediante acuerdos comerciales favorables a los intereses de las corporaciones. Es la misma receta en todas partes, independientemente del contexto, la historia o los sueños y esperanzas de la gente que vive allí. En 1991, Larry Summers, que era entonces economista en jefe del Banco Mundial, resumió el *ethos*: «Difundid la verdad: las leyes económicas son como las leyes de la ingeniería. El mismo conjunto de leyes funciona en todas partes» (que es por lo que a veces llamo al neoliberalismo «McGobierno»).

La caída del Muro de Berlín en 1989 se interpretó como el disparo de salida para extender la campaña a escala mundial. Con el socialismo en declive, parecía no haber ya necesidad de suavizar las aristas del capitalismo en ningún sitio. En célebres palabras de Thatcher: «No hay alternativa» (otra forma de verlo es pensar que el neoliberalismo no es más que el capitalismo sin competencia, o el capitalismo tumbado en el sofá en camiseta y diciendo: «¿Y qué vas a hacer, dejarme?»).

El neoliberalismo es un conjunto de ideas muy rentables, y por eso a veces soy un poco reacia a

describirlo como una ideología. Lo que es, en el fondo, es una justificación de la codicia. Es lo que quería decir el multimillonario estadounidense Warren Buffett cuando copó titulares por estas declaraciones a la CNN: «Durante los últimos veinte años ha estado librándose una guerra, y la ha ganado mi clase […], la clase adinerada». Se refería a las inmensas rebajas fiscales que han disfrutado los ricos durante ese periodo, pero podría hacerse extensivo al paquete completo de las políticas neoliberales.

¿Y qué tiene esto que ver con la negativa generalizada de la derecha a creer que el cambio climático ya está produciéndose, una negativa encastrada en el gabinete de Trump? Pues mucho. Porque el cambio climático, y más en un momento tan tardío, solo puede combatirse mediante una actuación colectiva que ponga coto de manera fulminante al comportamiento de corporaciones como Exxon Mobil y Goldman Sachs. Exige inversiones en el ámbito público —en nuevas redes energéticas, transporte público y ferrocarriles ligeros— en una escala nunca vista desde la Segunda Guerra Mundial. Y eso solo puede hacerse subiendo los impuestos a las grandes fortunas y a las corporaciones, la misma gente a la que Trump está decidido a obsequiar con generosísimas rebajas fiscales, resquicios legales y una relajación normativa. Reaccionar al cambio climático significa además dar a las comunidades libertad para que privilegien a las industrias verdes locales, un proceso que suele chocar directamente con los acuerdos de libre comercio que vienen siendo una parte integral del neoliberalismo, y que prohíben por proteccionistas las normas que favorecen la compra de productos de cercanía (Trump hizo campaña contra esas partes de los tratados de libre comercio, pero, como veremos en el capítulo 6, no tiene ninguna intención de rescindir dichas reglas).

En pocas palabras: el cambio climático hace saltar por los aires el andamio ideológico en el que se apoya el conservadurismo contemporáneo. Reconocer que el cambio climático va en serio es tanto como reconocer el fin del proyecto neoliberal. Por eso la derecha se ha declarado en rebeldía contra el mundo físico, en contra de la ciencia (lo que a su vez llevó a cientos de miles de científicos de todo el mundo a tomar parte en abril de 2017 en la Marcha por la Ciencia, en defensa colectiva de un principio que, la verdad, no debería ser necesario defender: que saber todo lo posible sobre nuestro mundo es algo bueno). Pero hay una razón para que la ciencia se haya convertido en campo de batalla: que está poniendo de manifiesto una y otra vez que la actitud neoliberal de seguir haciendo negocio como si nada nos lleva de cabeza a una catástrofe que amenaza nuestra subsistencia como especie.

Lo que el progresismo dominante lleva décadas diciendo, en cambio, es que solo hace falta que retoquemos el sistema existente aquí y allá, y todo irá bien. Podemos tener el capitalismo de Goldman Sachs y además paneles solares. Pero el desafío es mucho más de fondo. Exige prescindir por completo del manual de reglas del neoliberalismo y cuestionar la importancia capital del aumento permanente del consumo en nuestra forma de medir el progreso económico. En ese sentido, por tanto, los miembros del gabinete de Trump —con su necesidad desesperada de negar la realidad del calentamiento global o quitar importancia a sus implicaciones— han entendido algo que es fundamentalmente cierto: que para evitar el caos climático tenemos que plantar cara a las ideologías capitalistas que han conquistado el mundo desde la década de 1980. Si uno es el beneficiario de dichas ideologías, es evidente que esa perspectiva no va a hacerle ninguna gracia. Es comprensible. Pero es que el calentamiento global tiene, de hecho, unas implicaciones radicalmente progresistas. Si es real (y es patente que lo es), la clase oligárquica no puede seguir sembrando el caos sin someterse a reglas. Detenerla ya es una cuestión de supervivencia colectiva de la humanidad.

Si fracasamos, la muerte que presencié en la Gran Barrera de Coral se extenderá a todos los rincones de nuestro común hogar en formas que apenas podemos imaginar.

Capítulo 5

EL MANGANTE EN JEFE

DESDE LA TOMA DE POSESIÓN de Trump, se ha repetido hasta la saciedad que todos tenemos que dejar de «dar vueltas a las elecciones de 2016»; de que ya es hora de mirar hacia delante y no hacia atrás.

Para ser sincera, yo también estoy harta de mirar hacia atrás, porque las tensiones que se produjeron durante las elecciones, y sobre todo durante las primarias demócratas, fueron casi insoportables. Pasé una temporada larga en la que no podía visitar las redes sociales porque no veía más que a gente que antes se llevaba bien enzarzarse con que si los «Bernie Bros» tal o los «Hillary Bots» cual [1]. Yo perdí amigos a cuenta del asunto, como tantos otros en ambos bandos: gente que nos culpa a mí y a gente como yo de la derrota de Hillary porque no le dimos públicamente nuestro apoyo o porque durante las primarias fuimos muy duros con ella por sus ataduras corporativas. Y a mí me cuesta perdonar a gente como el economista progresista Paul Krugman, que tanto ha escrito y tan relevante sobre desigualdad económica y fraude bancario a lo largo de los años, y sin embargo utilizó su influyente tribuna en *The New York Times* para atacar al único candidato, Bernie Sanders, que hablaba en serio de combatir la desigualdad de ingresos y de enfrentarse a los bancos. Es perfectamente comprensible que la gente no quiera retomar aquellos enfrentamientos tan feos: fue lamentable.

Cada uno sobrelleva el miedo y la incertidumbre a su manera. Muchos conservadores lidian hoy con sus miedos ante un mundo cambiante y desestabilizador tratando de forzar que el reloj vuelva atrás. Pero si la especialidad de la derecha es volver atrás, la izquierda es especialista en volverse unos contra otros y cruzarse reproches en una granizada circular de culpabilización.

Con todo, me da mala espina que se nos esté urgiendo a pasar página con tanta rapidez. Porque es cierto que tenemos que formar una coalición lo más amplia posible contra Trump y fuerzas como él allá donde vivamos; pero también tenemos que evitar volver a caer en los mismos errores que generaron las condiciones para el ascenso de Trump y de sus homólogos por todo el mundo. Y, por desgracia, hay algunos indicios de que la única lección que han sacado muchos demócratas del *establishment* es «No dejes que los rusos te pirateen el correo electrónico».

Así que creo que deberíamos respirar hondo y atrevernos a mirar atrás, aunque sea brevemente; no para reabrir viejas heridas, sino solo para ver qué podemos aprender. Porque no podemos salirnos del camino que llevamos si no somos sinceros sobre los factores que nos han conducido hasta aquí.

OLA DE RENCOR

Si hay una lección de conjunto que podamos aprender de la ola de rencor que barre el mundo, bien podría ser esta: nunca, jamás, debemos subestimar el poder del odio. Nunca subestimemos el atractivo de tener autoridad sobre «el otro», ya se trate de los inmigrantes, los musulmanes, los negros, los mexicanos, las mujeres o cualquier otra forma de alteridad. Especialmente en tiempos de dificultades económicas, cuando mucha gente tiene buenas razones para temer que el tipo de empleo con que se puede llevar una vida digna está desapareciendo para siempre.

Trump apela directamente a ese pánico económico y, al mismo tiempo, al resentimiento que provocan en un amplio segmento de estadounidenses blancos el rostro cambiante de su país, el acceso a posiciones de poder y privilegio de un número creciente de personas que no tienen el mismo aspecto que ellos. La intensidad e irracionalidad de la rabia que Trump y sus más acérrimos partidarios reservaban para Barack Obama, los años de deseo febril de despojarle de su americanidad «demostrando» que había nacido en Kenia y convirtiéndole así en «el otro» no pueden explicarse sino por el odio racial. Es la «revancha blanca» de la que habló el comentarista de la CNN Van Jones en la noche electoral, y no hay duda de que para un segmento importante de los votantes de Trump es una fuerza feroz.

Buena parte de la rabia dirigida a Hillary Clinton durante la campaña tenía un origen igual de primario.

No solo estábamos ante una mujer aspirante a la presidencia, sino ante una que se identificaba con y era producto del movimiento de liberación de la mujer, y que no envolvía sus aspiraciones de poder con monerías ni recato. Como quedó patente con los cánticos histéricos de «¡Que la encarcelen!», hay mucha gente en Estados Unidos para los que resultaba sencillamente insoportable.

No soy nada entusiasta de algunas de las políticas preconizadas por Clinton. Pero no eran sus propuestas lo que despertaba el odio enconado que se le opuso: eso tenía raíces más profundas. Creo que resulta significativo que una de las primeras grandes controversias de la campaña la provocara el comentario de Trump de que a Megyn Kelly, por entonces presentadora de Fox News, que había osado hacerle una pregunta comprometida sobre comentarios sexistas anteriores, «le salía sangre de salva sea la parte». Aquel insulto de la peor estofa —que invocaba la idea ancestral de que la menstruación hace a las mujeres no aptas para la vida pública— fue un indicio temprano de que la furia ciega ante el hecho de que una mujer sacara los pies del tiesto que tienen asignado se convertiría en una de las líneas maestras de la campaña. También era una pista de qué conexión podían tener un *playboy* orgulloso como Trump y un mojigato sexual como Mike Pence (del que se dice que nunca come a solas con una colaboradora): la creencia compartida de que el cuerpo de las mujeres está para servir a los hombres, ya sea como objeto de satisfacción sexual o como máquina de hacer bebés. Y era un anticipo de las salas repletas de hombres blancos que pronto estarán tomando funestas decisiones sobre la salud y las libertades reproductivas de las mujeres.

La jerarquía de las vidas humanas

En las elecciones presidenciales de 2016 pudimos oír el rugir de hombres que creen que ellos y solo ellos tienen derecho a mandar (en público, y también en privado, en la intimidad de una habitación cerrada). Uno de los detalles más estremecedores acerca de los hombres que rodean a Trump y le han apoyado de forma más notoria es cuántos de ellos han sido acusados de golpear, acosar o abusar sexualmente de mujeres. La lista incluye a Steve Bannon (cuya exmujer declaró ante la policía que abusaba de ella verbal y físicamente; la denuncia fue desestimada porque la fiscalía no consiguió localizarla para que testificara ante un juez); a Andrew Puzder, que fue el primer candidato propuesto por Trump para la Secretaría de Trabajo, y cuya mujer alegó, según actas judiciales, que le causó lesiones permanentes tras «golpearla violentamente en la cara, el pecho, la espalda, los hombros y el cuello, sin que mediara causa ni provocación», aunque posteriormente se retractaría; Bill O'Reilly, por supuesto, uno de los adalides más poderosos de Trump en los medios de comunicación; y Roger Ailes, que trabajó como asesor de campaña de Trump después de que le obligaran a dejar Fox News tras ser acusado de acoso sexual por más de dos docenas de mujeres, muchas de ellas compañeras suyas en la cadena, y que, como el propio O'Reilly, negó luego las alegaciones. La lista, en fin, estaría incompleta sin el propio Trump, que ha sido acusado por numerosas mujeres, incluso ante los tribunales, de ataques y acoso sexuales (denuncias todas ellas que él niega), y cuya primera mujer, Ivana, juró en una declaración, según se publicó, que su marido la violó en 1989 (al igual que la exmujer de Puzder, luego se retractó).

No es que en el ala izquierda del espectro político anden escasos de predadores sexuales, pero nunca antes habíamos presenciado nada como la letanía de denuncias, acusaciones y silencios comprados que rodea al círculo de los más próximos a Trump. Sean cuales sean las acusaciones, siempre se estrellan contra un muro de desmentidos, de hombres poderosos que responden por otros hombres poderosos, enviando al mundo el mensaje de que no hay que creer a las mujeres. Tal vez nada de esto debiera sorprendernos, a la vista de cuál es la marca de Trump: él es el jefe que hace lo que le viene en gana, que coge cuanto quiere y a quien quiere; que se burla, denigra y humilla a quien quiere y cuando quiere. Eso es lo que vende el Mangante en Jefe. Y está claro que hay un mercado bastante amplio para ello.

El problema de los «votantes por el empleo»

Muchos de los votantes de Trump no se movilizaron en primer término por sentimientos de «revancha blanca» o «revancha masculina». Bastantes de ellos declaraban que habían votado a Trump porque les gustaba lo que decía del comercio internacional y del empleo, o porque querían expresar su rechazo a la «ciénaga» de las élites de Washington.

Pero hay un problema con todo eso. No puedes darle tu voto a una persona que está instigando abiertamente el odio por motivos de raza, género o discapacidad física a menos que, en alguna medida,

consideres que esos temas no tienen importancia. Que la vida de la gente que se ve expuesta a un peligro tangible a causa de esa retórica (y de las políticas que dimanan de ella) importa menos que tu vida y que la vida de la gente que se parece más a ti. No puedes hacerlo a menos que estés dispuesto a sacrificar a esas otras categorías de gente en aras de un beneficio que esperas obtener. Hablando en plata: puede que votar a Trump no sea necesariamente reflejo de un odio activo, pero, como mínimo, implica una indiferencia inquietante.

El resentimiento racial y de género que tan decisivo fue en la llegada de Trump al poder no es nada nuevo. Ha sido una constante a lo largo de la historia, creciendo o menguando con más o menos tensiones y provocaciones. Hay, no obstante, poderosas razones estructurales para que la versión de Trump de una táctica tan antigua alcance tal repercusión precisamente ahora, en este momento concreto. Algunas tienen que ver con los cambios en el estatus del hombre blanco, pero eso solo es una parte de la verdad. Lo que realmente le dio el triunfo a Trump fue que esa pérdida de estatus social se sumara a otras pérdidas de seguridad económica básica.

La gente que ha sufrido el impacto más fuerte de las políticas neoliberales, como el recorte de los servicios sociales y la desregulación bancaria, no son, ni por asomo, los votantes blancos de Trump. Estas políticas han comprometido mucho más el estatus financiero de las familias negras y latinas, y son las comunidades de color las que se han llevado la peor parte de los recortes en servicios.

Además, la otra cara de las políticas económicas neoliberales que excluyen a segmentos enteros de población de la economía formal ha sido una explosión del aparato estatal dedicado al control y la contención: policía militarizada, fronteras fortificadas, detención de inmigrantes y encarcelaciones masivas. En los cuarenta años transcurridos desde que se inició la revolución neoliberal, el número de personas que están entre rejas en Estados Unidos ha aumentado aproximadamente un 500 %; fenómeno que, de nuevo, afecta desproporcionadamente más a personas negras y morenas, aunque, evidentemente, también haya confinadas personas de raza blanca.

Hay que destacar, además, que las bases electorales de Trump no fueron mayoritariamente pobres; eran fundamentalmente de renta media, con una gran mayoría de votantes con ingresos entre cincuenta mil y doscientos mil dólares anuales (más concentrados en el extremo inferior de ese rango). Dado que son tantos los votantes de Trump que no están en la indigencia, hay quien argumenta que su voto no pudo estar motivado por tensiones económicas.

Pero ese razonamiento no tiene en cuenta un factor importante. Un análisis de la CNN de las encuestas a pie de urna concluyó que obtuvo un 77 % del voto entre quienes declararon que su situación financiera era «peor hoy» que cuatro años antes. En otras palabras, tal vez no les fuera mal en comparación con la media del país, pero muchos habían visto deteriorarse su situación. Y lo cierto es que su pérdida de estatus económico venía de bastante antes.

Inseguros en todos los frentes

A lo largo de las últimas tres décadas, y de forma más acelerada desde la crisis financiera de 2008, prácticamente todo el mundo salvo el 1 % ha ido perdiendo seguridad laboral, así como la débil red de seguridad con que pudiera contar con anterioridad. Eso supone que quedarse sin trabajo conlleva ahora mayores repercusiones respecto a la capacidad de sufragarse la atención sanitaria o conservar la vivienda. Este estado de cosas perjudica a los trabajadores blancos varones que votaron a Trump igual que a tantos y tantos otros. Por otra parte, debido a que los obreros votantes de Trump disfrutaban hasta hace relativamente poco de condiciones laborales considerablemente mejores —tenían acceso a empleos manufactureros bien pagados y con presencia sindical—, esa pérdida de estatus se percibe como más dramática.

Esto se ve reflejado en un sensible incremento del número de muertes entre los ciudadanos blancos de mediana edad sin titulación universitaria, a causa sobre todo de suicidios, sobredosis de medicamentos de prescripción médica y enfermedades relacionadas con el consumo de alcohol. Y es un fenómeno propio de la población blanca: los índices de mortalidad de estadounidenses negros e hispanos en horquillas demográficas similares se están reduciendo. Anne Case y Angus Deaton, los economistas de Harvard que detectaron esta tendencia ya en 1999 y firmaron el estudio de referencia sobre lo que denominaron «muertes por desesperación», explican esa discrepancia atribuyéndola a diferencias en las experiencias y expectativas previas, o a la frustración al ver que la vida no sale como se esperaba. Otra forma de ilustrarlo es esta: cuando un edificio empieza a derrumbarse, es la gente que vive en los pisos superiores la que cae desde más alto; es pura física.

A estas pérdidas se suma la incertidumbre —causa de enorme inquietud— asociada a vivir en una sociedad cambiante, con una creciente diversidad étnica y en la que las mujeres están ganando acceso a posiciones de poder. Una tendencia que forma parte del progreso hacia la igualdad y es el resultado de una lucha larga y denodada, pero que también implica que los hombres blancos están perdiendo a la vez seguridad económica (algo a lo que todo el mundo tiene derecho) y su sensación de disfrutar de un estatus privilegiado (al que nunca tuvieron derecho). Y antes de apresurarnos a condenar esta última forma de privilegio, no deberíamos perder de vista algo importante: no todas las formas de privilegio son ilegítimas. Todo el mundo tiene derecho a una vida digna. En los países ricos, no se considera que sea codicia o expresión de un privilegio inmerecido esperar una mínima seguridad del puesto de trabajo cuando uno lo ha desempeñado duramente durante décadas; o alguna certeza de que cuidarán de nosotros cuando seamos viejos, de que no nos veremos en la ruina a causa de una enfermedad, y de que nuestros hijos tendrán acceso a los medios necesarios para progresar. En una sociedad decente, la gente debería sentir que tiene derecho a esas cosas. Es un privilegio humano. Y sin embargo, la derecha lleva cuarenta años atacando con saña ese tipo de derechos, hasta el punto de que las expresiones *derecho a pensión* o *derecho a atención médica* se pronuncian con desprecio en Washington D. C.

Es esta compleja combinación de factores lo que permitió a Trump llegar y decir: «Yo seré el defensor de los atribulados trabajadores. Yo os devolveré vuestros empleos en las fábricas. Yo me desharé de esos tratados comerciales. Yo os reintegraré vuestro poder. Yo haré que volváis a ser hombres de verdad. Libres de meter mano a las mujeres sin tener que perder el tiempo haciendo preguntas estúpidas». ¡Ah!, y la más contundente de las promesas de Trump a sus bases: «Yo os libraré de la competencia de la gente de piel oscura, que será deportada o tendrá prohibida la entrada al país, que será encarcelada si lucha por sus derechos». En otras palabras, iba a devolver a los hombres blancos la seguridad que da estar por encima de los demás.

El poder de esa promesa explica en parte por qué la victoria de Trump fue como una *Batseñal* para todo tipo de sembradores de odio. El Southern Poverty Law Center ha informado de que solo en 2016 casi se triplicó el número de grupos antimusulmanes. En el mes siguiente a la elección de Trump, se registraron más de mil incidentes de odio racial contra personas de color. Srinivas Kuchibhotla, un inmigrante indio de treinta y dos años, fue asesinado a tiros en un bar de Olathe, Kansas, por un hombre blanco que, según se informó, le gritó antes de abrir fuego: «¡Largo de mi país!». En los dos primeros meses de 2017, fueron asesinados siete transexuales, lo que dio pie a que se pidiera una investigación criminal por delitos de odio.

El color de la piel y la conformidad de género están siendo determinantes, hasta extremos aterradores, de quién está o no físicamente a salvo en manos del Estado, quién está en riesgo de ser víctima de justicieros incontrolados, quién puede expresarse libremente sin sufrir acoso, quién puede cruzar una frontera sin estar aterrorizado o quién puede practicar su religión sin miedo.

El juego de la culpabilización de identidades

Por eso resulta corta de miras, además de peligrosa, la actitud de quienes piden a los progresistas que dejen de centrar la atención en «políticas identitarias» para concentrarse en cuestiones económicas y de clase, como si esos factores pudieran disociarse siquiera.

Despotricar contra las llamadas políticas identitarias o contra la corrección política es el pan de cada día en Fox News y Breitbart News, pero no son esos los únicos lugares desde donde se difunde el mensaje, y son críticas que no han hecho más que multiplicarse y elevar el tono desde las elecciones. La lección que parecen haber sacado muchos demócratas progresistas de la derrota de Hillary Clinton es que sus llamamientos directos a las mujeres y las minorías durante la campaña hicieron que los hombres blancos de clase trabajadora se sintieran olvidados por ella, lo que les habría hecho decantarse por Trump. Fue el profesor de la Universidad de Columbia Mark Lilla quien lo expresó de forma más destacada en un artículo publicado en *The New York Times* tras las elecciones. Criticaba a Clinton por haber «reclamado explícitamente el voto de los afroamericanos, los latinos, la comunidad LGTB y las mujeres a cada ocasión», lo que —añadía— fue un «error estratégico». Ese énfasis en los grupos tradicionalmente marginados y la «alarma moral por las identidades racial, de género y sexual […] ha distorsionado el mensaje del progresismo y le ha impedido convertirse en una fuerza unificadora capaz de gobernar». La unidad, según parece, exige que todas esas ruidosas minorías (que, entre todas, constituyen, de hecho, una abrumadora mayoría) bajen la voz en la denuncia de sus agravios particulares para que los demócratas puedan volver al mantra de la victoriosa campaña de Bill Clinton en 1992: «¡Es la economía, estúpido!».

Solo que esa es precisamente la conclusión que no hay que sacar de las elecciones de 2016. El fracaso de

Clinton no se debió al mensaje, sino a su historial. Concretamente, fue la estúpida política económica neoliberal, que abrazaron sin reservas ella, su marido y el *establishment* de su partido, lo que dejó a Clinton sin una oferta creíble que ofrecer a esos trabajadores blancos que habían votado a Obama (dos veces) y esta vez decidieron votar a Trump. Es verdad que los planes de Trump tampoco eran creíbles, pero al menos eran distintos.

En el mismo sentido, si hubo un problema con la insistencia de Clinton en las identidades de género, sexual y racial, fue que el marchamo de sus políticas identitarias no cuestiona el sistema que ha producido y fortificado esas desigualdades, sino que persigue únicamente hacer ese sistema más «inclusivo». O sea, que sí al matrimonio igualitario, al acceso al aborto y a los aseos para transexuales, pero vayamos olvidándonos del derecho a la vivienda, a un salario que permita mantener a una familia (Clinton se resistió a la reivindicación de un salario mínimo de quince dólares la hora), del derecho universal a la asistencia sanitaria o de cualquier otra cosa que exija una genuina redistribución de la riqueza de arriba abajo y que pudiera poner en cuestión el manual del neoliberalismo. Durante la campaña, Clinton se burló de «la engañifa de la teoría económica del derrame» de su rival [2], pero su propia filosofía defiende lo que podríamos denominar una «política identitaria de derrame»: retoquemos el sistema lo justo para dar cabida en los estratos superiores a unas cuantas personas de distinto género, color y orientación sexual, y esperemos entonces a que la justicia se derrame hasta llegar a todos los demás. Pero resulta que la teoría del derrame funciona más o menos igual de mal en el ámbito de la identidad que en el de la economía.

Esto lo sabemos porque ya se ha intentado. En tiempos recientes, ha habido victorias simbólicas históricas para la diversidad: una «primera familia» afroamericana, dos fiscales generales negros, Hollywood forzada a dar reconocimiento a directores y actores negros, presentadores de noticiarios de televisión o presidentes de grandes empresas, gais y lesbianas que han salido del armario, series televisivas de gran éxito centradas en personajes transexuales, un aumento general de la presencia de mujeres en puestos empresariales directivos, por nombrar solo unas cuantas. Estas victorias de la diversidad y la inclusión son importantes, cambian la vida de la gente y aportan puntos de vista que de otro modo seguirían ausentes. Fue de una importancia trascendental que toda una generación de chavales creciera viendo a Obama en el cargo con más poder del mundo. Y, sin embargo, este planteamiento del cambio de arriba abajo, si no va acompañado de unas políticas de abajo arriba que hagan frente a problemas sistémicos, como que haya escuelas en estado ruinoso o la falta de acceso a viviendas dignas, nunca va a conducir a una auténtica igualdad. Ni de lejos.

En Estados Unidos, los considerables avances de los últimos años en materia de mayor diversidad e inclusión por arriba se han producido en un momento en que también tenían lugar deportaciones en masa de inmigrantes y se agrandaba, de hecho, la brecha entre norteamericanos blancos y negros. Según el Urban Institute, entre 2007 y 2010 la riqueza media de las familias blancas cayó un 11 % (que es muchísimo), pero la de las familias negras se redujo un 31 %. En otras palabras, durante un periodo de enormes avances simbólicos, la desigualdad entre blancos y negros ha aumentado, no disminuido. Esto se debe en parte a que las familias negras fueron destinatarias de las hipotecas *subprime* (créditos hipotecarios de alto riesgo) en una proporción desmedida, por lo que resultaron mucho más afectadas cuando en 2008 se hundió el mercado.

Durante el mismo periodo, el número de varones negros jóvenes abatidos a tiros por la policía se mantuvo en niveles obscenos (cinco veces mayores que las cifras de hombres blancos en la misma horquilla de edad, según un estudio de *The Guardian*), y a menudo su muerte quedaba grabada en vídeo y, a fuego, en las impresionables mentes aún en desarrollo de muchos otros jóvenes. Es con este telón de fondo como el movimiento Black Lives Matter (Las Vidas de los Negros Importan) se ha convertido en el equivalente, para esta generación, del de los derechos civiles. Como ha escrito Keeanga-Yamahtta Taylor, autor de *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, «el *establishment* político negro, con Barack Obama a la cabeza, ha demostrado una y otra vez que era incapaz de llevar a cabo la más elemental de las tareas: mantener con vida a los chavales negros. Iban a tener que ocuparse de ello los propios jóvenes». En el mismo sentido, aunque son muchas las mujeres en posiciones de poder —no las suficientes aún, pero significativamente más que hace una generación—, las mujeres con un bajo nivel de ingresos trabajan más horas, y a menudo en varios empleos, sin que les dé más que para pagar las facturas (dos terceras partes de los trabajadores que cobran el salario mínimo son mujeres). En el informe global anual que elabora el Foro Económico Mundial sobre la brecha salarial de género, Estados Unidos bajó del vigésimo octavo puesto que ocupaba en 2015, hasta nada menos que el cuadragésimo quinto en 2016.

Mientras que los votantes de Trump reaccionaron ante su precariedad manifestando su rabia contra el mundo, muchos progresistas tradicionales parecen haber reaccionado desconectándose. Cuando Hillary

Clinton apelaba en cada mitin a grupos identificables, asegurando que se erigiría en defensora de todos ellos, la oferta resultaba demasiado tibia para concitar el respaldo masivo que necesitaba. De modo que, así como la política identitaria blanca engrosó las bases de Trump, la política identitaria de derrame de su rival le granjeó un planchazo. En estados decisivos como Iowa, Ohio y Wisconsin, Clinton atrajo entre un 15 % y un 20 % menos de votantes demócratas que Obama en 2012. Y esa caída en la participación del electorado progresista explica en gran medida que Trump consiguiera arañar su victoria electoral (pese a perder en número de votos).

Así que tal vez haya allí otra lección que sacar de las elecciones de 2016. El miedo al «otro» puede ser un factor de movilización para muchos votantes de partidos de ultraderecha, pero la «inclusión» del otro en un sistema intrínsecamente injusto no tiene el atractivo suficiente para derrotar a esas fuerzas. No fue lo bastante motivador para galvanizar a las desmoralizadas bases demócratas en 2016, ni para derrotar a los partidarios del Brexit en Gran Bretaña, y no hay motivos para creer que esa dinámica vaya a cambiar próximamente.

La tarea general que tenemos por delante no es, por tanto, fijar un orden de prioridades entre los diversos asuntos que nos ocupan —identidad frente a economía, raza frente a género— para que uno se imponga a todos los demás en una especie de competición interna en la jaula de la opresión, sino más bien entender e interiorizar cómo se entrelazan esas formas de opresión, potenciándose entre sí y levantando el complejo andamio que hizo posible que un matón cleptócrata echara mano al cargo más poderoso del mundo como si fuera una de las chicas de un club de estriptis.

«Capitalismo racial»

Este es un buen momento para recordar que lo de fabricar falsas jerarquías basadas en la raza y el género para imponer un sistema de clases despiadado viene de muy atrás. Nuestra moderna economía capitalista nació gracias a dos subsidios sumamente sustanciosos: el robo de tierras indígenas y el secuestro de personas africanas. Ambos requirieron la creación de teorías intelectuales que ordenaran jerárquicamente el valor relativo de las vidas y el trabajo humanos, situando a los hombres blancos por encima del resto. Estas teorías de la supremacía blanca (y cristiana), sancionadas por las iglesias y los Estados, hicieron posible que las civilizaciones indígenas fueran en la práctica «invisibles» para los exploradores europeos: eran percibidas visualmente pero no reconocidas como titulares de un derecho preexistente sobre la tierra; y que continentes enteros abundantemente poblados se calificaran legalmente como desocupados y sujetos por tanto a un absurdo juego basado en la regla de «Quien lo encuentre se lo queda».

Fueron esos mismos sistemas de jerarquización humana los que se aplicaron para justificar el secuestro en masa, el encadenamiento y la tortura de otros seres humanos para obligarlos a trabajar esas tierras robadas, lo que llevó al recientemente fallecido teórico político Cedric Robinson a describir la economía de mercado que dio lugar al nacimiento de Estados Unidos no como capitalismo sin más, sino como «capitalismo racial». El algodón que recolectaban los africanos esclavizados fue el combustible que alimentó el despegue de la revolución industrial. La capacidad de hacer de menos a la gente y a las naciones de piel oscura para justificar así la rapiña de sus tierras y de su trabajo sentó sus bases, y nada de ello habría sucedido de no ser por esas teorías de supremacía racial que dieron una pátina de respetabilidad legal a todo un sistema en quiebra moral. Dicho de otro modo, la economía siempre ha sido inseparable de la «política identitaria», al menos en países coloniales como Estados Unidos. Así que, ¿por qué habríamos de separarlas hoy?

Como afirma Michelle Alexander, abogada de derechos civiles, en su libro *The New Jim Crow* (*El color de la justicia* [3]), las políticas de jerarquía racial han sido cómplices omnipresentes del sistema de mercado en su evolución a lo largo de los siglos. Las élites estadounidenses han utilizado la raza a modo de cuña para, dice, «diezmar una alianza multirracial de personas pobres»; en primer lugar, ante las rebeliones de esclavos apoyadas por trabajadores blancos, luego con las leyes de Jim Crow [4], y más adelante en la llamada «guerra contra las drogas». Cada vez que estas coaliciones multiétnicas han reunido poder suficiente para amenazar al poder corporativo, se ha convencido a los trabajadores blancos de que sus verdaderos enemigos eran las personas de piel más oscura, que les robaban «sus» empleos o amenazaban sus vecindarios. Y no ha habido forma más efectiva de convencer a los votantes blancos para que apoyaran la retirada de subvenciones a escuelas y transporte público u otros beneficios sociales que decirles (por más que fuera mentira) que la mayoría de los beneficiarios de esos servicios eran personas de piel oscura, muchas de ellas «ilegales», que pretendían defraudar al sistema. En Europa, la instigación del miedo a que los inmigrantes se queden con los empleos, abusen de los servicios sociales y erosionen la cultura ha cumplido un papel

similar.

Ronald Reagan llevó esta táctica a su apogeo con el mito de que los cupones de alimentos los estaban obteniendo «reinas de los beneficios sociales» que vestían pieles, conducían Cadillacs y los usaban para financiar una cultura del delito. Y Trump no se quedó atrás en aquella histeria colectiva. En 1989, después de que cinco adolescentes negros y latinos fueran acusados de violar a una mujer blanca en Central Park, pagó un anuncio a toda página en varios diarios neoyorquinos pidiendo que volviera a implantarse la pena de muerte. Los cinco de Central Park serían finalmente absueltos gracias a las pruebas de ADN, y las sentencias que los condenaron, revocadas. Trump se negó a pedir disculpas y a retractarse de sus propuestas. No es de extrañar, por tanto, que su Departamento de Justicia, bajo la dirección del fiscal general Jeff Sessions, argumente ahora que los servicios sociales y las infraestructuras de ciudades como Nueva York y Chicago se están «derrumbando bajo el peso de la inmigración ilegal y los delitos violentos», desviando interesadamente la atención de los escasos esfuerzos que durante años han hecho las autoridades neoliberales, y con la pretensión de impedir que dichas ciudades se declaren «santuarios» para inmigrantes.

«Divide y vencerás»

En verdad, nada ha contribuido más a levantar nuestra actual distopía corporativa que los esfuerzos persistentes y sistemáticos por poner a los trabajadores blancos en contra de los negros, a los ciudadanos en contra de los inmigrantes y a los hombres en contra de las mujeres. El supremacismo blanco, la misoginia, la homofobia y la transfobia han sido las defensas más potentes de las élites contra una democracia genuina. Una estrategia de «divide y atemoriza», sumada a unas reglamentaciones cada vez más creativas que pongan trabas crecientes para que puedan votar las minorías, es la única forma de sacar adelante una agenda política y económica que beneficie a una mínima porción de la población.

La historia nos ha enseñado, además, que es mucho más probable que los movimientos supremacistas blancos y fascistas —aunque puedan estar siempre presentes en forma de rescoldos— den lugar a un incendio descontrolado en épocas de dificultades económicas persistentes y declive nacional. Esa es la lección de la República de Weimar en Alemania, que —asolada por la guerra y humillada por unas sanciones económicas punitivas— se convirtió en terreno abonado para el nazismo. Esa advertencia debería haber resonado a través de los siglos.

Tras el Holocausto, el mundo se unió en el intento de crear unas condiciones que impidieran que la lógica genocida volviera a instalarse jamás en el poder. Eso fue, junto a una considerable presión popular, lo que sentó las bases de unos programas sociales generosos por toda Europa. Las potencias occidentales abrazaron el principio de que la economía de mercado debe garantizar a los ciudadanos la suficiente dignidad para que no se lancen a buscar cabezas de turco o cedan a ideologías extremas.

Pero todo eso se ha desechado, y estamos permitiendo que hoy se reproduzcan unas condiciones que guardan similitudes inquietantes con las de la década de 1930. Desde la crisis financiera de 2008, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Comisión Europea y el Banco Central Europeo (BCE) —lo que se conoce como la «troika»— han forzado a un país tras otro a aceptar una «terapia de choque»: reformas del estilo de mercado a cambio de unos fondos de rescate que necesitaban desesperadamente. A países como Grecia, Italia, Portugal o incluso Francia, les decían: «Claro, claro que os vamos a rescatar, pero solo a cambio de vuestra humillación abyecta. Solo a cambio de que nos cedáis el control de vuestros asuntos económicos, solo si delegáis en nosotros todas las decisiones fundamentales, solo si privatizáis amplios sectores de vuestra economía, incluidas algunas que se consideran capitales para vuestra identidad, como vuestra riqueza en minerales. Solo si aceptáis recortes en los salarios, las pensiones y la atención sanitaria». Se da aquí una amarga ironía, porque el FMI se creó tras la Segunda Guerra Mundial con el mandato explícito de evitar el tipo de castigo económico que tanto resentimiento propició en Alemania al término de la Primera Guerra Mundial. Y, sin embargo, fue parte activa en el proceso que contribuyó a crear las condiciones para que ganaran terreno partidos neofascistas en Grecia, Bélgica, Francia, Hungría, Eslovaquia y tantos otros países. Nuestro actual sistema financiero está extendiendo la humillación económica por todo el mundo, precisamente con los mismos efectos sobre los que el economista y diplomático John Maynard Keynes prevenía hace un siglo, cuando escribió que si el mundo imponía a Alemania sanciones económicas punitivas, «la venganza, me atrevo a aventurar, no se hará esperar».

Comprendo el afán por reducir la explicación de la victoria de Trump a una causa o dos. Por decir que no es más que una expresión de las fuerzas más feas presentes en Estados Unidos, que nunca desaparecieron y saltaron rugiendo al primer plano en cuanto surgió un demagogo que se quitaba la máscara. Por decir que es puramente una cuestión racial, la furia ciega por la pérdida de los privilegios de los blancos. O por decir

que puede atribuirse exclusivamente al odio a las mujeres, dado que el mismo hecho de que Hillary Clinton pudiera ser derrotada por una figura tan vil e ignorante como Trump es una herida que, para un gran número de mujeres, costará sanar.

Pero reducir la crisis actual a solo uno o dos factores con exclusión de todos los demás no nos va a llevar más cerca de comprender cómo podemos vencer a esas fuerzas, ahora o en la próxima ocasión. Si no somos capaces de mostrar un poquito de curiosidad por cómo todos esos elementos —raza, sexo, clase, economía, historia, cultura— se han entrelazado para generar la crisis actual, seguiremos, en el mejor de los casos, encallados en el mismo punto en que estábamos antes de la victoria de Trump. Y no era un punto que ofreciera ninguna seguridad.

Porque, ya antes de Trump, teníamos una cultura que trata como basura tanto a las personas como al planeta. Un sistema que exprime a los trabajadores toda una vida de trabajo y luego los desecha sin protección alguna. Que trata a millones de personas, excluidas del acceso a oportunidades económicas, como desperdicios que hay que arrojar a las cárceles. Que trata al Gobierno como un recurso que explotar en pro del beneficio privado, dejando ruinas detrás. Que trata la tierra, el agua y la atmósfera que sostienen la totalidad de la vida como poco más que una cloaca sin fondo.

La ausencia de amor como política

El escritor e intelectual Cornel West decía que «la justicia es la apariencia que tiene en público el amor». A menudo pienso que el neoliberalismo es la apariencia que tiene en política la ausencia de amor. La apariencia que presenta es la de generaciones de niños, en su inmensa mayoría negros o morenos, criados en medio de un paraje desolado, desatendido. La apariencia de las escuelas infestadas de ratas de Detroit. La apariencia de las tuberías que destilan plomo y envenenan los tiernos cerebros de los niños de Flint. La apariencia de las hipotecas ejecutadas sobre hogares que se edificaron para que se cayeran a pedazos. La apariencia de hospitales donde se mata de hambre a los enfermos y que parecen más bien cárceles, y la de cárceles atestadas que son lo más parecido al infierno que ha hecho la humanidad. Es, muy como el propio Trump, la encarnación de la codicia y la inconsciencia.

Aunque nuestro sistema económico mundial le está fallando a la inmensa mayoría de la población del planeta, no nos falla a todos por igual. El odio que Trump y su equipo ayudan a dirigir a los más vulnerables no es un proyecto separado de su rapiña económica en nombre de los superricos, de su golpe de Estado corporativo: aquel hace posible este último. Su reprensible visión de la raza y del género sirve a un conjunto muy específico de objetivos desmedidamente rentables, como siempre ha sido el caso de cualquier odio identitario.

Por fortuna, las agrupaciones políticas de base que más rápido han crecido en nuestra época —desde el movimiento para acabar con la violencia contra las mujeres al movimiento en defensa de la vida de los negros, desde la reivindicación por los trabajadores de un salario digno a los movimientos en favor de los derechos de los indígenas y de la justicia climática— se muestran en contra de enfocar cada asunto separadamente. Han abrazado el planteamiento de «interseccionalidad» expresado por la activista feminista y de los derechos civiles Kimberlé Williams Crenshaw. El término implica identificar la forma en que múltiples asuntos —raza, género, nivel de renta, capacidad física, estatus de los inmigrantes, idioma— se entrelazan y solapan en la experiencia vital de un individuo, y también en el seno de las estructuras de poder.

La Administración de Trump no elige entre reforzar la ley y el orden, atacar los derechos reproductivos de las mujeres, propiciar una escalada de los conflictos en el extranjero, echar la culpa de los problemas a los inmigrantes, desatar una fiebre de los combustibles fósiles y desregular de cualquier otra forma la economía para favorecer a los superricos. Actúa en todos esos frentes (y algunos más) simultáneamente, a sabiendas de que todos se integran en el proyecto único de «hacer que América vuelva a ser grande».

Por eso mismo, cualquier oposición que aspire seriamente a enfrentarse a Trump, o a otras fuerzas de extrema derecha como él que surgen por todo el mundo, ha de entregarse a la tarea de recontar la historia de cómo hemos llegado aquí, a esta peligrosa situación. Una historia que muestre de forma convincente el papel desempeñado por las políticas de la división y de la separación. División racial. División de clases. División de sexos. División de la ciudadanía.

Y una falsa división entre la humanidad y la naturaleza.

Solo entonces se hará posible que nos unamos de verdad para ganarnos el mundo que necesitamos.

Capítulo 6

LA POLÍTICA ODIA EL VACÍO

HA HABIDO MUCHOS MOMENTOS lamentables en lo poco que llevamos de presidencia de Trump, desde cumbres balísticas a la luz de las velas en Mar-a-Lago hasta tuits iracundos publicados sin pasar por un filtro contra grandes almacenes[1]. Pero, desde el punto de vista de la resistencia, es difícil superar el bochorno de su primera jornada completa como presidente en ejercicio, el lunes siguiente a la toma de posesión, cuando un grupo de sonrientes líderes sindicales salió de la Casa Blanca para dirigirse a un corro de fotógrafos expectantes y declarar su lealtad a Donald Trump.

Sean McGarvey, presidente de la confederación norteamericana de sindicatos de la construcción (North America's Building Trades Unions), contó que Trump había llevado a la delegación, que representaba a más de media docena de sindicatos, a dar una vuelta por el Despacho Oval, y que les había manifestado un nivel de respeto que «solo podía calificarse de increíble». También recibió alabanzas de Doug McCarron, presidente de la United Brotherhood of Carpenters, quien describió el discurso inaugural de Trump —que a la mayoría de la gente le pareció una tormenta de belicosos tuits de viva voz— como «un gran momento para los trabajadores y trabajadoras».

Fue un espectáculo penoso. Trump ya estaba declarando la guerra a los trabajadores más vulnerables de la economía, y se hablaba de recortes presupuestarios tan draconianos que implicarían despidos masivos de empleados del sector público, como los conductores de autobús. ¿Qué hacían entonces aquellos dirigentes sindicales, que representaban a aproximadamente una cuarta parte de los trabajadores sindicados de Estados Unidos, violando el principio más sagrado del movimiento sindical, la solidaridad con otros trabajadores? Casi todos los sindicatos cuyos líderes habían visitado la Casa Blanca eran desde hace décadas fieles a los demócratas. ¿Por qué elegir este momento, con tanta gente pasándolo mal, para cubrir de elogios a Donald Trump?

Bueno, explicaron que su pacto con el diablo tenía que ver en parte con los planes de Trump en materia de energía, y la construcción de todos sus oleoductos y gasoductos. Y en parte también con la promesa de Trump de invertir en infraestructuras (aunque no se mencionó expresamente, es posible incluso que les sedujeran los 21.000 millones de dólares que se habla de gastar en el muro de la frontera con México). Pero el factor decisivo, según dejaron claro los líderes sindicales, era que por fin había un presidente que velaría por sus intereses frente al libre comercio.

Y es cierto que Trump no había perdido el tiempo en ese terreno. Aquel mismo día, poco antes de reunirse con la delegación sindical, firmó una orden ejecutiva por la que Estados Unidos se retiraba del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), un tratado comercial firmado por once países contra el que había embestido durante la campaña tildándolo de «violación de nuestro país». En la ceremonia de su firma, en la que Estados Unidos se retiró oficialmente del TPP, Trump declaró: «Es algo muy grande para los trabajadores de Estados Unidos».

A raíz de aquello, hubo gente que me escribió preguntando si no se trataba de un aspecto positivo de la presidencia de Trump. ¿Acaso no era bueno que los tratados comerciales que muchos progresistas llevaban décadas criticando se revocaran o, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), fueran a revisarse y renegociarse para «recuperar los puestos de trabajo»? Entiendo los deseos de verle aspectos positivos al caos cotidiano que se desarrolla en la Casa Blanca. Pero los planes de Trump respecto a los acuerdos comerciales no son uno de ellos.

Todo el asunto me recuerda a los halcones demócratas que respaldaron la invasión de Irak ordenada por George W. Bush porque coincidía con su deseo de liberar a los iraquíes de Sadam Huseín: el argumento de la «intervención humanitaria». Ni en las hojas de servicios de Bush y de Cheney ni en su visión del mundo había nada que sugiriera que la invasión y la ocupación de Irak fueran a tener algo de democrático o humanitario; y, ciertamente, la ocupación no tardó en dar lugar a campos de exterminio y tortura a cargo del Ejército estadounidense y sus contratistas, así como a una especulación de guerra descontrolada. De

modo que ¿qué hay en el historial de Trump, en el trato que ha dado a sus propios trabajadores, en los nombramientos que ha hecho, en las políticas procorporativas que ya ha impulsado, que pueda llevar a alguien a creer que la forma en que vaya a renegociar los tratados comerciales o «recuperar los puestos de trabajo» favorecerá de algún modo los intereses de los trabajadores o del medio ambiente?

En vez de confiar en que Trump se convierta por arte de magia en Bernie Sanders y elija ese terreno para erigirse en verdadero defensor de alguien que no tenga una relación directa con él, haríamos mejor en plantearnos de entrada algunas preguntas incómodas sobre cómo ha sido posible que una pandilla de plutócratas sin complejos, que desprecian abiertamente las reglas de la democracia, secuestren un asunto como el libre comercio corporativo.

La carrera hacia el abismo

Trump ha hecho del tema de los tratados comerciales su bandera por dos razones. En primer lugar, como quedó patente aquel día en la Casa Blanca, es una forma estupenda de robarle votos a los demócratas. El analista de derechas Charles Krauthammer —que no es precisamente un fan de los sindicatos— declaró en Fox News que la cordial cumbre sindical de Trump fue un «tremendo acto de latrocinio político».

La segunda razón es que Trump —que sabemos que se cree su propia propaganda de supernegociador— dijo que él podía negociar acuerdos mejores que sus predecesores. Pero ahí está la trampa: con «mejores» no quiere decir mejores para los trabajadores sindicados, ni desde luego mejores para el medio ambiente. Quiere decir mejores en el mismo sentido en que usa siempre el término *mejor*: mejores para él y para su imperio corporativo, mejores para los banqueros y los ejecutivos de las petroleras que componen su Administración. En otras palabras, las normas del comercio, si Trump se sale con la suya, están a punto de ponerse mucho más feas para la gente de a pie; y no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo.

No hay más que repasar lo que ha hecho Trump desde que asumió el cargo. El mismo día en que se cameló a los líderes sindicales con una visita guiada privada a la Casa Blanca, se reunió también con líderes empresariales y anunció un plan para recortar las reglamentaciones en un 75 % y rebajar los impuestos a las corporaciones en un 15 %. Son los trabajadores quienes pagan el precio de esas políticas. Sin reglamentaciones, sus trabajos se vuelven más inseguros, aumentan los accidentes laborales, y son los trabajadores los beneficiarios de los servicios que se recortan para permitir las rebajas fiscales a los ricos. Trump ya se ha desdicho de su promesa de garantizar que el oleoducto Keystone XL se construiría con acero estadounidense, un indicio temprano de la profundidad de su compromiso de «comprar productos estadounidenses, contratar trabajadores estadounidenses».

Tampoco faltan razones para sospechar que los planes de la Administración para volver a atraer la apertura de fábricas en el país se basarán en revocar gran parte de la protección que los sindicatos conquistaron a lo largo del siglo pasado, incluidas las garantías que aún subsisten del derecho a la negociación colectiva. Muchos de quienes rodean a Trump han ejercido una gran presión para poner más trabas a la organización sindical, especialmente con la mal llamada legislación del derecho al trabajo, y con la mayoría republicana en ambas cámaras legislativas, eso va a seguir siendo una prioridad.

La larga lista de regalos que ya ha hecho la Administración Trump a las corporaciones estadounidenses pone claramente de manifiesto que la estrategia del presidente para «hacer que América vuelva a ser grande» revitalizando su tejido industrial consiste en hacer que fabricar en América vuelva a ser *barato*. Sin el engorro de tanta reglamentación, con muchos menos impuestos a las corporaciones, con el ataque por tierra, mar y aire a la protección medioambiental, es indudable que los trabajadores estadounidenses estarán más cerca de poder competir en costes con los de países con salarios más bajos, como México.

Trump nos dijo todo lo que necesitábamos saber de su actitud para con los trabajadores con su primera opción para cubrir el cargo de secretario de Trabajo, el miembro del gabinete que supuestamente se encarga de proteger a la mano de obra estadounidense. Eligió a Andrew Puzder, cuya candidatura finalmente no salió adelante, pero era tan indignante que merece la pena recordarla como indicador de las intenciones de Trump. Puzder es el presidente de un imperio de restauración que comprende las cadenas de comida rápida Hardee's y Carl's Jr., y tiene fama, ampliamente reconocida, de ser uno de los patronos más abusivos del país. Se han presentado ante los tribunales docenas de denuncias que alegaban que su empresa y sus franquicias no pagaban a sus empleados las horas extras ni otros conceptos, lo que les ha costado millones de dólares en acuerdos extrajudiciales. Esto es lo que se conoce propiamente como «robo de salarios». También se ha explayado en público sobre las ventajas de trabajar con máquinas en vez de con trabajadores: «Nunca se cogen vacaciones, nunca llegan tarde a trabajar, nunca sufren accidentes por resbalones y caídas, ni presentan denuncias de discriminación por razón de edad, sexo o raza», declaró a

Business Insider. Su fortuna está valorada en 45 millones de dólares, y el líder de la oposición demócrata en el Senado, Charles Schumer, dijo de él que era «probablemente el candidato más contrario a los trabajadores» jamás propuesto. Lo que sugiere la admiración que Trump siente por él es que su verdadero plan para traer de vuelta a la industria consiste en suprimir derechos, retribuciones y protecciones en tal medida que trabajar en una fábrica sea lo más parecido a trabajar en Hardee's para Andrew Puzder. Dicho de otra forma, es un plan más para empobrecer a los vulnerables en beneficio de los escandalosamente ricos.

Lo que estamos presenciando no tiene aspectos buenos, se mire como se mire. Es el esprint final en la «carrera hacia el abismo» que quienes se oponen a esos tratados comerciales corporativos siempre han temido.

SÍ, ES POSIBLE EMPEORAR UN MAL TRATADO DE LIBRE COMERCIO

Trump no está pensando en eliminar aquellas partes de los tratados comerciales que son más lesivas para los intereses de los trabajadores; las que, por ejemplo, prohíben las políticas dirigidas a favorecer la producción local frente a la extranjera. O las que permiten a las corporaciones demandar a los gobiernos nacionales si introducen legislación (incluidas las leyes que persiguen la creación de empleo y la protección de los trabajadores) que ellas consideren que menoscaban injustamente sus beneficios.

En contra de las promesas de campaña de penalizar a las empresas que trasladen su producción fuera de Estados Unidos, el verdadero plan parece que consiste en ampliar la protección a las corporaciones que lo hagan. Y no son especulaciones. Transcurridos tan solo dos meses de la nueva presidencia, se filtró a los medios el borrador de una nota de la Administración al Congreso en que manifestaba su intención de renegociar el NAFTA. Según el análisis del Programa de Vigilancia del Comercio Mundial de Public Citizen, el plan de la Administración es recoger los peores elementos del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica e incorporarlos, incluso reforzados, al NAFTA, sin matizar siquiera las palabras que niegan a Estados Unidos el derecho a implementar normas que promuevan la compra de productos estadounidenses. En palabras de Lori Wallach, directora del Programa de Vigilancia del Comercio Mundial, «para quienes confiaban en la promesa de Trump de hacer el NAFTA *mucho mejor* para los trabajadores, es un puñetazo en los morros».

Una de las partes más insidiosas de muchos acuerdos comerciales es la protección agresiva que prestan a patentes y marcas registradas, que a menudo ponen fuera del alcance de los pobres medicamentos que salvan vidas y tecnologías esenciales. Los Trump han levantado un imperio mundial basado, fundamentalmente, en obtener la concesión de marcas registradas y licencias que luego protegen con ferocidad; de modo que lo que podemos esperar de los acuerdos referidos a la propiedad intelectual es que sean más dañinos, no menos.

La prueba más contundente de cuáles son los planes de Trump es la persona a la que ha elegido para supervisar la negociación de tratados comerciales. Su secretario de Comercio es Wilbur Ross, exbanquero e inversor de capital riesgo que amasó una fortuna comprando empresas y reestructurándolas para hacerlas más rentables, un logro que casi invariablemente pasa por despedir a trabajadores y trasladar la producción a países con mano de obra más barata. En 2004, por ejemplo, compró Cone Mills, una compañía textil estadounidense. Al cabo de menos de una década de reestructuración, fusiones corporativas y deslocalización, la mano de obra estadounidense en una fábrica de Carolina del Norte había caído de más de mil trabajadores a solo trescientos, mientras Ross expandía la producción a China y a México.

Poner a un director ejecutivo como Ross al frente del Departamento de Comercio es solo una muestra más de que estamos ante un golpe de Estado corporativo, que renuncia a cualquier apariencia de Gobierno mediador neutral, para poner directamente a las corporaciones a cargo de la fase final de la liquidación de la esfera y del interés públicos.

Si se llega a completar la ejecución de esa agenda, los trabajadores estadounidenses se encontrarán con que tienen menos protección que en cualquier otro momento desde la pesadilla dickensiana de la llamada edad de oro del capitalismo norteamericano (entre la década de 1870 y el cambio de siglo).

Pero la resistencia está fraguándose. Andrew Puzder se vio forzado a retirar su candidatura a la Secretaría de Comercio, debido en parte a que los empleados de sus restaurantes se organizaron de punta a punta del país. Y cuando Trump fue invitado a hablar ante una convención de dos mil miembros de la federación de sindicatos de la construcción, la misma organización que había cantado sus alabanzas en la Casa Blanca, un grupo de trabajadores decidió que ya estaban hartos de la actitud de sus sindicatos de hacerle la pelota al «multimillonario en jefe». Cuando Trump se dirigió a la sala, llena a reventar de

sindicalistas, se pusieron en pie, dieron la espalda al presidente y levantaron letreros en que se leía «#RESIST», hasta que fueron expulsados por el servicio de seguridad.

No todos los sindicatos han mordido el anzuelo de la estafa de la política comercial de Trump. La mayoría de los líderes sindicales, especialmente los que representan a colectivos laborales multirraciales —incluidos el sindicato de enfermería National Nurses United, los sindicatos del transporte y el sindicato Service Employees International Union, que reúne a casi dos millones de trabajadores de varios sectores— entienden que Trump supone una amenaza existencial para su movimiento, y se están organizando en consecuencia. Y sin embargo, la pregunta antes formulada sigue ahí: ¿cómo es posible que, de entrada, la a todas luces absurda postura de Trump de adalid de los trabajadores encontrara un público complaciente en una parte nada desdeñable del movimiento sindical estadounidense?

La respuesta tiene que ver en gran medida con el hecho de que los progresistas han cedido a la derecha buena parte de ese campo de batalla.

Un recuerdo para un poderoso movimiento mundial

A partir de la década de 1990, formé parte de un movimiento global que pretendía advertir de que los acuerdos corporativistas de libre comercio y el modelo de comercio mundial que se estaba implantando aceleradamente nos estaban llevando a un nivel de desposeimiento humano y destrucción medioambiental que se haría insostenible rápidamente. Era un movimiento multigeneracional que se extendió por docenas de países y de sectores, y que reunía a organizaciones sin ánimo de lucro, anarquistas radicales, comunidades indígenas, iglesias, sindicatos y otros grupos. Era caótico, ideológicamente rudimentario e imperfecto, pero también muy amplio y, durante un tiempo, lo bastante poderoso para apuntarse unas cuantas victorias relevantes.

De hecho, estaba muy cerca de ser, en algunos aspectos esenciales, el tipo de coalición de amplia base que se necesita ahora mismo para enfrentarse a la derecha pseudopopulista. Así que este parece un momento adecuado para ver qué lecciones pueden sacarse del auge de nuestro movimiento… y de su caída. Porque si ese movimiento hubiera sido capaz de traducir su poder en la calle en más victorias políticas, habría sido impensable que Trump y su Gobierno corporativo sacaran provecho de la rabia suscitada por unas reglas de comercio mundial injustas y pudieran envolverse en la bandera del «comercio justo».

Entre finales de la década de 1990 y principios de la de 2000, desde Londres a Génova, a Bombay, a Buenos Aires, a la ciudad de Quebec y a Miami, no hubo una sola reunión de alto nivel para promover la agenda económica neoliberal que se celebrara sin presencia de grandes contramanifestaciones. Es lo que pasó en Seattle durante una reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC), en que la ciudad quedó totalmente paralizada por las protestas, que consiguieron desbaratar las reuniones. Lo mismo volvió a ocurrir unos meses después en las reuniones anuales del FMI y del Banco Mundial en Washington, y en cumbres que pretendían impulsar el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), un acuerdo que se hubiera extendido desde Alaska a Tierra del Fuego. Y no era un movimiento desdeñable: en julio de 2001, llevó a casi trescientas mil personas a las calles de Génova durante una reunión del G8.

A diferencia de los actuales movimientos de la derecha ultranacionalista que despotrican contra el «globalismo», nuestro movimiento se preciaba de ser internacional e internacionalista, y se valía de la novedad de una Internet aún incipiente para organizarse con facilidad por encima de fronteras nacionales, tanto en línea como cara a cara. Sobre la base común de que aquellos acuerdos comerciales estaban acrecentando la desigualdad y propiciando el saqueo de lo público en todos nuestros países, reclamábamos la apertura de fronteras para las personas, la liberación de medicamentos, semillas y tecnologías cruciales de la protección restrictiva de las patentes, y un mayor control sobre las corporaciones.

En esencia, el movimiento perseguía una democracia profunda, desde el ámbito local al global, y se alzaba contra lo que solíamos llamar «el gobierno de las corporaciones»: un planteamiento que es hoy más necesario que nunca. Naturalmente, no era al comercio internacional a lo que nos oponíamos; las culturas siempre han intercambiado bienes por encima de las fronteras, y nunca dejarán de hacerlo. Nos oponíamos al modo en que las instituciones transnacionales estaban utilizando los tratados comerciales para globalizar políticas favorables a las corporaciones que resultaban extremadamente rentables para un grupo reducido de actores, pero que estaban devorando a toda velocidad gran parte de lo que antes pertenecía al ámbito de lo público y de la titularidad comunal: semillas, derechos sobre el agua, sanidad pública y tantas otras cosas.

Una de las primeras luchas que ejemplificaron lo que estaba en juego surgió en torno a la ciudad boliviana de Cochabamba y la corporación estadounidense Bechtel. En el marco del impulso a la

privatización de los servicios urbanos, Bechtel consiguió un contrato para gestionar el sistema local de suministro de agua. El resultado fue que el precio de este servicio de primerísima necesidad se disparó, y hasta se consideró ilegal recoger agua de lluvia sin un permiso especial. Los residentes en Cochabamba se alzaron en lo que se dio en llamar «la Guerra del Agua» y acabaron echando a Bechtel del país. Pero entonces Bechtel contraatacó demandando a Bolivia y reclamándole cincuenta millones de dólares en concepto de daños y lucro cesante. De forma que aunque el pueblo hubiera reivindicado sus derechos democráticos frente a esta corporación, siguió siendo vulnerable a reclamaciones desorbitadas ante los tribunales de comercio. Por eso considerábamos que la política comercial era una lucha tan fundamental entre democracia y oligarquía.

Cualquiera que haya seguido con atención los primeros meses de la presidencia de Trump, o haya advertido de qué gente se ha rodeado, sabe que no va a invertir esas tendencias, sino a acelerarlas.

«¡Camioneros y tortugas, juntos por fin!»

Uno de los grandes motivos de preocupación era que esos tratados comerciales estaban acarreando devastadoras pérdidas de puestos de trabajo, mientras que empresas como Ford y Toyota buscaban lugares cuanto más baratos mejor donde localizar su producción. Pero, en líneas generales, nuestra oposición no iba dirigida contra un proteccionismo al estilo de Trump; lo que pretendía era cortar de raíz lo que ya tenía las trazas de ser una carrera hacia el abismo, un nuevo orden mundial que estaba teniendo un impacto negativo en los trabajadores y en el medio ambiente en todos los países. Estábamos postulando un modelo de comercio mundial que partiera del imperativo de proteger a las personas y el planeta. Eso era entonces de importancia crucial, y ahora es urgente.

El movimiento estaba incluso empezando a ganar. Conseguimos que fracasara la propuesta del ALCA. Paralizamos las negociaciones de la OMC. Y el Banco Mundial y el FMI tuvieron que dejar de hablar abiertamente de «ajustes estructurales» (con lo que se refieren a imponer el neoliberalismo a los países pobres).

En retrospectiva, está claro que una de las razones por la que tuvimos éxito es que aparcamos nuestras diferencias y nos unimos por encima de sectores y de fronteras nacionales para luchar por un objetivo común. Hubo muchos conflictos en torno a qué táctica seguir, y ecologistas y sindicalistas seguían sin ponerse de acuerdo en muchos temas. A pesar de ello, sin embargo, las calles de Seattle vieron manifestarse a sindicatos como el de camioneros codo con codo con ecologistas bajo una pancarta en que se leía: «Camioneros y tortugas, ¡juntos por fin!».

Se había avanzado mucho desde que aquellos líderes sindicales festejaran a Trump en los jardines de la Casa Blanca.

Descabalgados por un shock

¿Qué demonios pasó, entonces?

La respuesta corta es: un shock. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S) y toda la época de la supuesta Guerra contra el Terror prácticamente barrieron del mapa a nuestro movimiento en Norteamérica y en Europa, una experiencia que me llevó a emprender una investigación sobre el uso (y los abusos) de las crisis que me viene ocupando desde entonces.

El movimiento, naturalmente, nunca llegó a desaparecer del todo, y muchas organizaciones y gente buena siguieron trabajando con plena dedicación en la denuncia de nuevos tratados comerciales injustos. En América Latina, las fuerzas de oposición llegaron al Gobierno en países como Bolivia y Ecuador, y organizaron sus propias redes de «comercio justo». Pero en docenas de países del norte globalizado, dejamos rápidamente de ser un movimiento de masas imposible de ignorar y capaz de alterar la agenda del debate público. Tras el 11 de septiembre de 2001, nos convertimos de golpe en blanco de las críticas de políticos y comentaristas de los grandes medios de comunicación, que ponían al mismo nivel a los alborotadores que se manifestaban en las calles contra el corporativismo (y sí, es cierto que hubo enfrentamientos con la policía y escaparates rotos) y a las fuerzas enloquecidas que habían orquestado los atentados del World Trade Center. Era una comparación ruin, carente de cualquier fundamento. Pero dio igual.

Nuestro movimiento siempre había sido como una carpa enorme: un «movimiento de movimientos», solíamos llamarlo (una expresión que ahora se reincorpora al léxico). Pero tras el 11-S, a amplios sectores

de la coalición les asustó la retórica del «Con nosotros o con los terroristas». Las organizaciones sin ánimo de lucro, que dependen de grandes fundaciones, temieron perder su financiación y se retiraron, al igual que algunos sindicatos clave. Casi de la noche a la mañana, la gente volvió a centrarse en sus objetivos particulares, y aquella notable (aunque imperfecta) alianza intersectorial, que había congregado a tanta gente bajo el paraguas de la lucha por la democracia, prácticamente desapareció. Esto creó un vacío que Trump y los partidos de ultraderecha europeos pudieron ocupar, explotando la rabia justificada por la pérdida de control en manos de instituciones transnacionales que no responden ante nadie, y dirigiéndola hacia los inmigrantes, los musulmanes y todo aquel que fuera un objetivo fácil, llevando así el proyecto del gobierno de las corporaciones a terrenos nuevos e inexplorados.

Muchos permanecieron activos durante este periodo, y se unieron a otras coaliciones amplias, pero, por comparación, estas eran raquíticas y tácticas: «Venzamos a Bush», «Paremos la guerra». El análisis en profundidad de las fuerzas económicas mundiales contra las que todos nos habíamos alzado al margen de qué partido estuviera en el poder se había perdido en buena medida.

Aquí un vacío, aquí Trump

Es importante no olvidar eso, porque hoy es muy real el riesgo de que volvamos a caer en los mismos errores: de unirnos en torno a exigencias de mínimo común denominador, como «*Impeachment* a Trump» o «Vota a los demócratas», y por el camino perder de vista las condiciones y las políticas que hicieron posible el ascenso de Trump y alimentan el crecimiento de partidos de extrema derecha por todo el mundo. Si algo aprendimos de los años de Bush es que con decir no no basta.

Nunca olvidaré que, a los pocos días de los atentados del 11-S, el *National Post* (un periódico de derechas canadiense) publicó un artículo con el titular «La antiglobalización es cosa de ayer». Les faltó tiempo para enterrar nuestro movimiento. Pero se equivocaban estrepitosamente: el peligro del que advertíamos no es en absoluto «cosa de ayer». El dolor y el desarraigo no desaparecieron solo porque los medios decidieran que era hora de hablar de terrorismo todos los días, todo el rato.

Al contrario, las crisis se han agravado, obligando a millones de personas a dejar sus hogares en busca de una vida mejor. Un estudio de 2017 realizado por el Center for Economic and Policy Research (CEPR) concluía que la tasa de pobreza en México ha aumentado desde la aplicación del NAFTA, de modo que ahora hay veinte millones más de pobres, un factor que promueve la emigración mexicana a Estados Unidos. Mientras, en Norteamérica y Europa, entre los trabajadores blancos crecía el enfado al ver que se ignoraban sus reivindicaciones. Esto abrió un espacio para que demagogos como Trump irrumpieran y desviaran la furia de los trabajadores lejos de plutócratas como él, que tan pingüe provecho habían sacado de las oportunidades de deslocalización abiertas por esos tratados, y la volcaran sobre los inmigrantes mexicanos, víctimas de las mismas políticas que estaban minando sus propias comunidades, de los mismos malos acuerdos.

Ese es el espacio que usurpó la campaña en favor del Brexit, bajo el eslogan «¡Recuperemos el control!». Y es a la misma furia a la que apela la francesa Marine Le Pen, del ultraderechista Frente Nacional, cuando dice a las masas que la globalización ha supuesto «que los esclavos fabriquen para vender a los parados». Por todo el mundo, fuerzas de extrema derecha ganan terreno a base de canalizar el poder de un nacionalismo nostálgico y la ira contra una burocracia económica lejana —ya sea Washington, el NAFTA, la OMC o la Unión Europea— y mezclarlo todo con el racismo y la xenofobia, ofreciendo una falsa ilusión de control al cargar contra los inmigrantes, denigrar a los musulmanes y degradar a las mujeres.

Es una combinación tóxica, y habría podido evitarse. Denunciar las crueldades de un sistema diseñado por los más ricos para servir a sus propios intereses es tarea que corresponde naturalmente a la izquierda. Pero la cruda verdad es que tras el 11-S, amplios sectores del lado más progresista del espectro político se asustaron, y eso dejó el espacio del populismo económico libre para el abuso. La política odia el vacío: si no se ha llenado de esperanza, habrá quien lo llene de miedo.

La buena noticia es que en los últimos dos años parece que está renaciendo por fin la coalición contra el libre comercio. En Europa —sobre todo en Alemania, Francia y Bélgica— ha habido recientemente un resurgir de la confluencia del sindicalismo y el ecologismo para oponerse a los tratados comerciales corporativistas con Estados Unidos y Canadá. Bernie Sanders, entretanto, denunciaba con fuerza el Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica, criticándolo ferozmente por ser «parte de una carrera global hacia el abismo para multiplicar los beneficios de las grandes corporaciones y Wall Street a base de

deslocalizar el empleo; socavar los derechos de los trabajadores; desmantelar la legislación laboral, medioambiental, sanitaria, de seguridad alimentaria y financiera; y permitir a las corporaciones denunciar nuestras leyes ante tribunales internacionales en vez de ante nuestro propio sistema judicial».

Si Sanders, con ese mensaje, se hubiera enfrentado a Trump, bien podría haberle restado una parte de los trabajadores blancos y latinos que acabaron votando al candidato republicano en 2016. Pero no fue Sanders quien se enfrentó a Trump; fue Hillary Clinton. Y con su largo historial de apoyo a ese tipo de tratados (que en algunos casos hasta negoció personalmente), carecía de credibilidad cuando los criticaba durante la campaña. Cada vez que lo intentaba era una nueva oportunidad para presentarla como el típico político poco de fiar.

Los peligros de ceder el terreno del populismo

Hubo quienes, hartos de sentirse traicionados, renegaron de los partidos centristas y votaron por quienes se presentaban a sí mismos como «ajenos al sistema» o «insurgentes», como el propio Trump. Y aún fueron más los que renegaron de los partidos, en general, y se quedaron en casa en las elecciones, desentendiéndose de la política electoral, convencidos de que todo el sistema está amañado y nunca va a ayudar a mejorar sus vidas. Donde más evidente fue este fenómeno es en las elecciones estadounidenses de 2016, en las que, pese a una cobertura informativa más omnipresente que nunca, pese a la presencia en la carrera de un demagogo extravagante y peligroso, y pese a la oportunidad de hacer historia aupando por primera vez a una mujer a la presidencia del país, unos noventa millones de estadounidenses con derecho a voto se encogieron de hombros y prefirieron quedarse en sus casas. Fueron muchos más los votantes potenciales que optaron por no votar —aproximadamente un 40 %— que los que decidieron hacerlo, ya por Hillary Clinton, ya por Donald Trump, que obtuvieron cada uno un respaldo en torno a un 25 % del total de electores. En una democracia, eso supone un grado abrumador de desentendimiento de la política.

Lo que nos lleva de nuevo a recordar a aquellos líderes sindicales en la Casa Blanca. Sí, fue un pacto con el diablo. Pero el simple hecho de que esos dirigentes obreros estuvieran dispuestos a alinearse con una Administración tan retrógrada como la de Trump refleja el olvido sistemático y el desdén por los trabajadores que ha caracterizado tanto a demócratas como a republicanos durante décadas.

No, no serán Oprah ni Zuckerberg quienes nos salven

A Trump, el camino a la Casa Blanca se lo asfaltaron en parte dos hombres muy queridos por muchos progresistas estadounidenses: Bill Clinton y Bill Gates. Eso puede sonar paradójico, pero me explicaré.

Donald Trump se plantó ante el mundo y proclamó que tenía una cualificación para ser presidente: «Soy rico». Para ser más precisos, dijo: «Parte de mi atractivo es que soy muy rico». Presentó su riqueza como prueba de que era «muy listo», y superior sin duda en cualquier aspecto. Tan mágicos eran los poderes que dimanaban del simple hecho de haber amasado tanto dinero (no sabemos cuánto exactamente) que sin duda compensarán su total falta de experiencia en política o de los más básicos conocimientos administrativos o históricos. Una vez instalado en el cargo, hizo extensiva esa lógica a otros miembros del club de los superricos y copó su gabinete de individuos cuyo único mérito para ejercer funciones públicas era su inmensa fortuna, a menudo heredada.

Sobre todo, Trump extendió la ecuación de la riqueza y sus poderes mágicos a miembros de su propia dinastía familiar, y confirió a su yerno Jared Kushner (un promotor inmobiliario que nació millonario) una cartera tan sobrecargada de graves responsabilidades que inmediatamente los medios lo convirtieron en un chiste. Tras hacer el recuento de sus deberes hasta el momento —negociar la paz en Oriente Medio, planificar la cumbre de Mar-a-Lago con China, supervisar las actividades estadounidenses en Irak, ordenar ataques con drones en Yemen, hacer que el Gobierno funcione de forma más parecida a una empresa—, el columnista Frank Bruni se preguntaba: «¿Por qué no le colgamos directamente una capa roja, le embutimos en licra, le pegamos una “S” estilizada en el pecho, y acabamos antes? SuperJared ha levantado el vuelo».

Sería tranquilizador que pudiéramos ceñir este complejo de multimillonario salvador al cerebro embarullado por Twitter de Trump, o a sus asesores de la Fundación Heritage, con su veneración aynrandiana [2] de la «libre empresa» y de los hombres que construyen cosas muy altas. Pero el hecho es que Trump y Kushner no son los primeros que han supuesto que su enorme riqueza los imbuye de superpoderes propios de los cómics de Marvel, ni los primeros a los que se ha jaleado en su delirio.

Desde hace ya dos décadas, las élites progresistas suelen volverse a la clase de los multimillonarios para

resolver los problemas que antes abordábamos con acción política y un sector público fuerte (un fenómeno que a veces se ha denominado *filantrocapitalismo*). Ejecutivos milmillonarios y celebridades —Bill Gates, Richard Branson, Michael Bloomberg, Mark Zuckerberg, Oprah Winfrey, y siempre, sin que se sepa muy bien por qué, Bono— reciben un trato propio no tanto de gente normal con algún talento en su campo (a los que resulta que se les da bien hacer mucho dinero) como de semidioses. La web Business Insider publicó en 2011 un *listículo* titulado «Las diez formas en que Bill Gates está salvando al mundo»: un destilado perfecto de los inmensos poderes y responsabilidades que se están delegando en —y proyectando sobre— esa diminuta camarilla y sus fundaciones benéficas.

La Fundación Gates por sí sola tiene un valor de 40.000 millones de dólares, lo que la convierte en la mayor organización benéfica del mundo. En sectores clave como la agricultura en África, las enfermedades infecciosas y el sistema educativo estadounidense, su poder rivaliza con el de las principales agencias de la ONU o del Gobierno estadounidense. Y sin embargo, pese a esa influencia sin precedentes, el funcionamiento interno de la fundación es llamativamente opaco; las decisiones las toman Bill, su mujer Melinda, su padre William Gates, y el también multimillonario Warren Buffett (una política de contratación nepotista digna de los Trump). Y no está de más recordar que Gates no siempre ha tenido esa imagen de salvador del mundo. En la década de 1990 se le consideraba de forma generalizada un villano corporativo, conocido por sus prácticas de contratación explotadoras y por haber levantado lo que parecía un monopolio predatorio del *software*. Luego, a la velocidad del rayo, se reinventó como superhéroe global, capaz de arreglar él solito las crisis sociales más inabordables. Poco importa que tuviera o no algún conocimiento específico de tales asuntos, o que muchas de las intervenciones de la Fundación Gates, recibidas como maná, hayan resultado enormemente contraproducentes.

Gates y sus colegas salvadores del mundo forman parte de lo que se ha dado en llamar «la clase Davos», por la Cumbre Económica Mundial que se celebra todos los años en la cima de una montaña de la ciudad suiza de ese nombre. Se trata de una red hiperconectada de millonarios de la banca y la tecnología, líderes electos que se encuentran a gusto entre esos intereses y famosos de Hollywood que le dan a todo el montaje una pátina de irresistible glamur. En la Cumbre de Davos de 2017, por ejemplo, Shakira habló de su labor benéfica en el ámbito de la educación en Colombia, y el célebre chef Jamie Oliver expuso su plan para combatir la diabetes y la obesidad. Gates, como siempre, tuvo un papel protagonista, y anunció la creación, junto con otros socios, de un nuevo fondo de 460 millones de dólares para combatir la expansión de enfermedades infecciosas.

El poder de la clase de Davos eclosionó en la década de 1990, con el presidente estadounidense Bill Clinton y el primer ministro británico Tony Blair como miembros fundadores. Finalizados sus respectivos mandatos, ambos siguieron involucrados. La Fundación Clinton organizó la Iniciativa Global Clinton, una especie de «Davos del río Hudson», por la que desfilaron una larga serie de oligarcas que, en vez de pagar sus impuestos a unos tipos justos, hacían públicos sus planes para arreglar el mundo por la pura bondad de sus corazones.

Para muchos, la Fundación Clinton era la encarnación de la fusión pública del Partido Demócrata —tradicionalmente, el de los trabajadores y los sindicatos— y los intereses de las mayores fortunas del mundo. Su misión puede resumirse así: hay ahora mismo tantísima riqueza privada desparramada por el planeta que cualquier problema del mundo, por grande que sea, puede resolverse convenciendo a los superricos de que hagan lo que es debido con la calderilla que les sobre. Naturalmente, los encargados de convencerlos de hacer sus buenas obras eran los Clinton, el no va más de las relaciones públicas y la negociación de tratos, con ayuda de un entorno de celebridades de primera fila.

A los involucrados, todo esto les parecería sin duda virtuoso. Y sin embargo, para multitud de gente de todo el mundo, toda la clase Davos vino a simbolizar la idea de que el éxito era una fiesta a la que ellos no estaban invitados, e intuían que aquella riqueza y aquel poder pujantes estaban relacionados de algún modo con sus deudas y su impotencia cada vez mayores, y con la creciente precariedad del futuro de sus hijos. El hecho de que políticos que prometieron defender los intereses de los trabajadores estuvieran tan entrampados con la clase Davos no hizo más que acrecentar su rabia. La polémica surgida cuando Barack Obama aceptó cuatrocientos mil dólares por un discurso ante un público de Wall Street hay que entenderla en este contexto.

Trump no se presentó con el apoyo del club de Davos (de hecho, explotó la rabia contra ellos). Y muchos de los integrantes de ese mundo glamuroso de tendencia progresista están horrorizados con su presidencia. Pero los precedentes sentados por aquel buenismo de alta montaña explican en parte que fuera concebible, de entrada, que Trump se presentara a las elecciones, y que millones de estadounidenses le entregaran el gobierno a un hombre cuyo único mérito era su riqueza. Esto no se refiere únicamente a quienes

depositaron en las urnas la papeleta de Trump. Muchos de nosotros, que nunca le habríamos votado, nos hemos acostumbrado sin darnos cuenta a la idea de que el simple hecho de que alguien tenga una nutrida cuenta corriente (o muchas, y algunas de ellas en paraísos fiscales) significa de algún modo que valen para cualquier cosa. Y lo cierto es que gobiernos de todos los colores vienen confiando tan contentos a un grupito de personajes acaudalados cada vez más asuntos de los que solían considerarse objetivos de la acción política pública.

La alegación de Trump de que él sabe cómo arreglar el país porque es rico no es más que un eco burdo y vulgar de una idea peligrosa que oímos repetir desde hace años: que Bill Gates puede acabar con los problemas de África. O que Richard Branson y Michael Bloomberg pueden solucionar el cambio climático.

El punto de inflexión: el rescate de la banca

La brecha que separa a la clase Davos de todos los demás no ha hecho más que agrandarse desde la década de 1980. Pero, para mucha gente, el punto de inflexión se produjo con la crisis financiera de 2008.

Tras décadas de imponer a la gente una austeridad devastadora, los secretarios del Tesoro y los ministros de Economía y Hacienda de pronto se sacaron de la manga billones de dólares para rescatar a los bancos; la gente vio cómo sus gobiernos imprimían enormes sumas de dinero. Habían renunciado a un montón de cosas —pensiones, buenos salarios, colegios decentes— y de pronto resultaba que, en contra de lo que aseguraba Margaret Thatcher, había otras alternativas. De la noche a la mañana, se encontraron con que los gobiernos pueden interferir con el mercado de mil maneras, y cuentan al parecer con recursos ilimitados para echarte un cable, siempre y cuando seas lo bastante rico. En ese momento, el mundo entero comprendió que le habían mentido.

Las implicaciones de ese quitarse las caretas aún resuenan. La ira que siembra la agitación entre los electores de un extremo a otro del espectro político no obedece únicamente a lo mucho que se ha perdido. Tiene que ver también con lo injusto de todo el asunto, con saber que las dolorosas pérdidas de nuestra época no se están repartiendo, que la clase Davos nunca se preocupó de verdad por cuidar de quienes estaban en la base de la montaña.

Esto significa que derrotar a la rampante derecha pseudopopulista no es una pura cuestión de estrategia electoral, que no basta con encontrar a los candidatos adecuados. Exige estar dispuesto a entablar una batalla de ideas —durante las elecciones y, lo que es más importante, entre elecciones— que desmonte la visión del mundo, corrosiva y profundamente bipartidista, basada en la adoración de la riqueza, que fue lo que causó en primer término la indignación del electorado.

A menos que los progresistas aprendan a apelar a la rabia justificada ante los grotescos niveles de desigualdad que se dan ahora mismo, la derecha va a seguir ganando. No va a venir ningún superhéroe iluminado a salvarnos de los malos instalados en el poder. Ni Oprah, ni Zuckerberg ni Elon Musk.

Vamos a tener que salvarnos nosotros mismos, uniéndonos como nunca lo hemos hecho. Y en 2016 vislumbramos brevemente esa posibilidad.

Capítulo 7
APRENDER A AMAR EL POPULISMO ECONÓMICO

BERNIE SANDERS ES EL ÚNICO candidato a presidente de Estados Unidos al que siempre he apoyado abiertamente. Nunca me he sentido del todo cómoda respaldando a un candidato en concreto. Hice una excepción en 2016 porque, por primera vez desde que tengo edad de votar, había un candidato en las primarias del Partido Demócrata que hablaba sin rodeos de afrontar la triple crisis del neoliberalismo, la desigualdad económica y el cambio climático. El despegue fulgurante de su campaña en ese contexto, en el que no podía acusársele de distraer o dividir el voto (aunque muchos lo intentaran de todas formas) es lo que la hizo diferente. Bernie no era un candidato de la protesta; en cuanto arrancó una victoria inesperada en New Hampshire, se le abrió el cielo. De pronto, estaba claro que, contra los pronósticos de todos los analistas (incluida yo misma), Sanders tenía posibilidades reales de vencer a Hillary Clinton y convertirse en el candidato presidencial del Partido Demócrata. Al final, ganó en más de veinte estados, con trece millones de votos. Tratándose de alguien que se define como un socialista democrático, aquello suponía un giro del mapa político de proporciones sísmicas.

Muchas encuestas nacionales indicaban que Sanders tenía más posibilidades de derrotar a Trump que Clinton (aunque eso podría haber cambiado si hubiera ganado las primarias y tenido que afrontar una arremetida general de la derecha). Bernie tenía un perfil increíblemente adecuado para este momento de indignación popular y rechazo a las políticas del *establishment*. Era capaz de apelar directamente a la irritación por la corrupción política institucionalizada, pero desde un punto de vista progresista, con proximidad genuina y sin malicia personal. Eso es muy raro. Defendía políticas que hubieran puesto coto a los desmanes de la banca y hecho que la educación volviera a ser accesible. Despotricaba contra la injusticia de que nunca se hubiera exigido responsabilidades a los banqueros. Y, tras toda una vida de dedicación a la política, nunca le habían salpicado escándalos de corrupción. Eso es más raro aún. Precisamente porque Bernie estaba lo más lejos que cabe imaginar del mundo reluciente de los *realities* con famosos, habría sido difícil encontrar un contrapunto mejor a Trump y los excesos del decorado de Mar-a-Lago.

Durante la campaña, una de las primeras imágenes que se hicieron virales fue una de Sanders en un avión, con su pelo cano revuelto, encajonado en un asiento normal de clase turista. Enfrentar a un candidato de ese estilo a un hombre que viaja en su *jet* privado con grandes letras doradas en los laterales habría supuesto la campaña del siglo. Y está claro que a la gente le sigue atrayendo ese contraste: transcurridos dos meses del mandato de Trump, una encuesta de *Fox News* reveló que Sanders era el político mejor valorado de todo el país.

Si merece la pena recordar estos hechos es porque cuando un candidato o candidata se presenta y demuestra que, con el respaldo y los apoyos adecuados, tiene opciones realistas de vencer, merece la pena averiguar qué es lo que se lo impidió, para que no volvamos a caer en los mismos errores. Porque en 2016 hubo —casi— una opción transformadora en la oferta electoral, y es perfectamente posible que vuelva a haberla la próxima vez.

EL MIEDO A LA REVUELTA DE LAS MASAS (¿Y A LOS PELOS REVUELTOS?)

Ahora no estamos discutiendo si la gente debía o no haber votado a Hillary en vez de a Trump. Hablamos de si se podía haber presentado a un candidato que no solo fuera más capaz de derrotar a Trump, sino de enfrentarse a las fuerzas subyacentes que potenciaron el ascenso de Trump. En mi opinión, la tragedia de Trump ya no es que ahora esté dirigiendo Estados Unidos un hombre que representa todo lo peor de cuanto puede producir la cultura, concentrado en un ser humano; es que el país tuvo al alcance de la mano la posibilidad política mejor y más esperanzadora surgida en lo que llevo de vida, por imperfecto que sea Sanders, y justo en el momento en que el reloj del clima va a dar la medianoche.

¿Por qué, entonces, no consiguió conectar con votantes suficientes para saltar a la cabeza?

No se me escapa que los neoliberales acérrimos del Partido Demócrata no querían a Sanders. Sanders suponía una amenaza para todo su modelo, y su populismo económico causaba una enorme incomodidad en muchas altas esferas. Así que no voy a perder tiempo volviendo ahora sobre cómo el Comité Nacional Demócrata saboteó la campaña de Bernie, intercambiando información y estrategias con el entorno de Clinton al servicio de ese objetivo. Pero su campaña también recibió ataques virulentos de gente que es progresista. Hubo quienes miraron a los ojos a un candidato que prometía mejorar material y sustancialmente la vida de los trabajadores de todo el país y convertir la lucha contra el cambio climático en la misión de una generación, y prefirió apoyar a Clinton, la candidata de un *statu quo* indefendible.

La hostilidad a Bernie Sanders de tantos progresistas estadounidenses poderosos, y la determinación de frenarle cuando entró en una racha victoriosa, resultaban preocupantes y reveladoras a un tiempo. Porque a menudo les hemos oído decir que, aunque personalmente respalden políticas más radicales para combatir la desigualdad, no vale la pena defender esas políticas porque el electorado estadounidense es demasiado conservador y procapitalista y nunca las apoyará. Así que respaldan a candidatos del *establishment* en nombre del pragmatismo, decantándose por la persona con más posibilidades de vencer frente a los republicanos.

Y sin embargo, Bernie demostró que posturas descartadas hasta ahora por demasiado radicales para cualquiera que no estuviera en la izquierda marginal (como la sanidad pública universal, y la escisión de los bancos, y el perdón de las deudas estudiantiles, y la matriculación universitaria gratuita, y dejar los combustibles fósiles en el subsuelo e ir a por el ciento por ciento de energías renovables) eran muy populares en el país más capitalista del mundo, donde las apoyaban millones de personas. Demostró que un cambio verdaderamente transformador no era una quimera, después de todo. Por otra parte, la opción considerada «segura» —Hillary Clinton— resultó ser una opción muy peligrosa.

¿La revolución de quién?

Averiguar por qué Sanders no logró galvanizar a un número significativo de intelectuales de izquierda y de importantes movimientos sociales que no estaban encantados, ni mucho menos, con Clinton y los demócratas del *establishment* es una tarea urgente. Algunos dieron un tibio apoyo a Sanders, o decidieron no respaldar a ninguno de los candidatos en liza, convencidos de que ninguno se había ganado su voto, y que la «revolución política» de Sanders no era realmente la suya.

Aunque yo sí apoyé a Bernie, reconozco que había motivos legítimos para que muchas mujeres y personas de color se decantaran por otra opción. Aunque Clinton creyó que sus guiños a las políticas identitarias podían servir de sucedáneo de un cambio sustancial del modelo económico, a menudo daba la impresión de que Sanders pensaba que sus propuestas económicas bastarían para cubrir las necesidades e historias específicas de los negros, las mujeres y otros colectivos tradicionalmente marginados. Sí, tuvo que hacer frente a calumnias y reproches injustos en ese terreno. Pero la lección más importante que podemos extraer es que, sin los puntos débiles de Bernie en los capítulos de raza y género, podría haber ganado, por más que el *establishment* del Partido Demócrata estuviese empeñado en frenarle. Hubiera ganado si hubiese convencido a más mujeres de mediana o avanzada edad de que entendía lo importantes que son los derechos reproductivos, y lo precario que es aún su reconocimiento, y de que se hacía una perfecta idea de lo urgente que es atajar la epidemia de violencia de género. En estados clave como Pensilvania y Nueva York, le hubiera bastado para vencer con ganarse el voto de la mitad de los votantes negros. Pero para conseguirlo, habría tenido que saber establecer, de forma clara y convincente, la relación entre las desigualdades económicas más profundas del país y el persistente legado de la esclavitud, las leyes de Jim Crow y la discriminación financiera y habitacional.

Ta-Nehisi Coates, en un artículo para la revista *The Atlantic*, señalaba que cuando llegaba el momento de abordar ese legado, el coraje y la radicalidad de que Sanders hacía gala cuando hablaba de Wall Street parecía esfumarse de golpe. Cuando le preguntaban si era partidario de algún tipo de reparación por la esclavitud, desechaba la idea por políticamente poco práctica y por innecesariamente *divisiva*, y decía que hacer grandes inversiones en comunidades de color tendría el mismo efecto. Pero, como acertadamente subrayaba Coates, todo el atractivo de la candidatura de Sanders estribaba en que ensanchaba los límites de lo que se considera políticamente posible; así que ¿dónde quedaba esa osadía cuando el tema era la igualdad racial? «El espectáculo de un candidato socialista oponiéndose a las indemnizaciones por ser *divisivas* (para la mentalidad estadounidense, hay pocas etiquetas políticas más divisivas que *socialista*) solo era comparable a la inverosimilitud de que Sanders se hiciera pasar por pragmático», escribía Coates (pese a sus fuertes críticas, Coates declaró públicamente que votaría a Sanders en las primarias, por ser «la mejor

opción que tenemos, de las que hay en liza»).

Michelle Alexander, la autora de *El color de la justicia*, se posicionó firmemente en contra de Clinton durante las primarias, alegando que su historial en cuestión de justicia penal y bienestar social ponía de manifiesto que no se merecía el voto negro. Pero también optó por no apoyar públicamente a Sanders. Según me dijo a mí, el mensaje más imperioso en las elecciones de 2016 era este: «Si los progresistas creen que a la larga ganarán sin necesidad de comprometerse de forma significativa con la población negra ni tomarse más en serio la historia racial, más les vale llamar rápidamente a Elon Musk y empezar a hacer planes para instalarse en Marte, porque en este planeta sus posibilidades se irán al garete [1] ».

Es un mensaje que debemos aprender rápidamente. Porque si los candidatos populistas siguen errando el tiro y el Partido Demócrata sigue presentando candidatos del *establishment* en vez de a ellos, todo lleva a pensar que podemos esperar que una derecha cada vez más belicosa siga ganando las elecciones.

UN CÓCTEL TÓXICO EN TODO EL MUNDO

Trump bramaba: «Todo va fatal». Y Clinton respondía: «Todo va genial; solo hacen falta algunos pequeños ajustes aquí y allá para lograr una mayor inclusión». Su eslogan de fin de campaña fue «*Love trumps hate*» («El amor puede más que el odio», haciendo un pequeño juego de palabras con el nombre de su contrincante). Pero el amor no iba a bastar para convencer al electorado; le hacía falta algo más contundente para darle un empujoncito, algo como la justicia.

Como candidata, Hillary Clinton no estaba en situación de hablar de la creciente indignación popular que define estos tiempos. Había tomado parte en la negociación de acuerdos comerciales como el TPP, que muchos consideran una amenaza; en la primera Administración Clinton se desregularon la banca y los mercados derivados, preparando el terreno para el crac financiero (sin que ella se pronunciara nunca en contra de aquella jugada, y más adelante cobró sustanciosos honorarios como conferenciante de esa misma banca). Y así trató luego de capitalizar el descontento popular…, con el resultado de todos conocido.

En ausencia de una alternativa progresista, Trump tenía las manos libres para conectar con los votantes escépticos diciéndoles: «Noto vuestro sufrimiento. Os han jorobado, pero bien». Durante la campaña, canalizó parte de esa rabia hacia las corporaciones que habían promovido esas políticas; pero de eso ya casi no se habla. La mayoría de sus iras las dirigió a los diversos espantajos racistas que conjuró: los inmigrantes que vienen a violaros, los musulmanes que vienen a poneros bombas, los activistas negros que no respetan a nuestros hombres uniformados, y el presidente negro que lo puso todo patas arriba.

La campaña del Brexit tiró de ese mismo cóctel tóxico de dificultades económicas reales y auténtico desgaste de la democracia, combinados con una reivindicación de empoderamiento identitario. Y así como Hillary Clinton fue incapaz de dar una respuesta convincente al falso populismo económico de Trump, la campaña del Bremain, contraria al Brexit, no supo dar respuesta a Nigel Farage y su UKIP cuando dijeron que la gente había perdido el control de sus vidas y que los servicios públicos estaban insuficientemente financiados (aunque la solución que proponían no podía sino empeorar las cosas).

La principal lección del Brexit y de la victoria de Trump es que los líderes que el electorado ve como representantes del fallido *statu quo* neoliberal no son rivales para los demagogos y neofascistas. Solo un programa progresista, audaz y auténticamente redistributivo puede ofrecer verdaderas respuestas a la desigualdad y a las crisis de la democracia, canalizando al mismo tiempo la indignación popular hacia quien la merece: aquellos que se han beneficiado sin medida de la salida a subasta de toda riqueza pública: la contaminación de la tierra, el agua y el aire; y la desregulación del ámbito financiero.

Tenemos que tener esto presente la próxima vez que se nos invite a dar nuestro apoyo a un candidato en unas elecciones. En esta época de desestabilización, suele ocurrir que los políticos del *statu quo* no estén a la altura de esos objetivos. Por otra parte, las opciones que a primera vista pueden parecer radicales, y hasta un poco arriesgadas, pueden resultar las más pragmáticas en esta época tan volátil.

Y partiendo de la consideración de que nuestro planeta está en un proceso de calentamiento descontrolado, no está de más recordar que un cambio político y económico radical es nuestra única esperanza de cambiar nuestro entorno físico.

Pase lo que pase, los próximos años van a ser de una gran inestabilidad. Así que antes de concentrar la atención en cómo ganarnos el mundo que queremos y necesitamos, hemos de prepararnos para la próxima ola de crisis desencadenadas desde la Casa Blanca de Trump, una serie de shocks que bien podrían resonar por todo el mundo.

TERCERA PARTE

CÓMO PODRÍAMOS IR A PEOR: LOS SHOCKS QUE SE AVECINAN

> La historia es importante. Si desconoces la historia, bien podrías haber nacido ayer. Y si naciste ayer, cualquiera que se encuentre en una posición de poder te puede decir lo que quiera, y tú no tendrás forma de comprobarlo.
>
> HOWARD ZINN
> *Nadie es neutral en un tren en marcha*
> (documental de Deb Ellis y Denis Mueller, 2004)

Capítulo 8

MAESTROS DEL DESASTRE: PUENTEAR LA DEMOCRACIA

EN OCASIONES, mientras ejercía de reportera en zonas de catástrofe, me ha sobrevenido la inquietante sensación de que lo que estaba presenciando no era una crisis momentánea que ocurría en un lugar concreto, sino un vislumbre de nuestro futuro colectivo, un avance del destino que nos espera a menos que demos un volantazo y cambiemos de dirección. A menudo, cuando oigo a Trump hablar con el evidente deleite que lo invade cuando siembra un ambiente de caos y desestabilización, pienso: «Esto ya lo he visto antes; lo he visto en esos extraños momentos en los que parecía que un portal hacia nuestro futuro colectivo se abría ante mí».

Experimenté uno de esos momentos en Nueva Orleans después del huracán *Katrina*, mientras veía cómo una horda de contratistas militares privados llegaba a la ciudad inundada en busca de maneras de beneficiarse de la catástrofe incluso cuando miles de residentes, abandonados por su Gobierno, eran tratados como criminales peligrosos por el mero hecho de intentar sobrevivir.

Otra ventana igualmente distópica se abrió ante mí en Bagdad en el año 2003, poco después de la invasión. En ese momento, la ocupación estadounidense había dividido la ciudad en dos. En el centro, tras enormes muros de hormigón y detectores de bombas, se encontraba la Zona Verde, un pedacito de Estados Unidos instalado en Irak en el que los bares servían alcohol duro, había restaurantes de comida rápida, gimnasios y una piscina que siempre parecía una fiesta. Y luego, más allá de los muros, se extendía una ciudad reducida a escombros por las bombas, donde los hospitales solían quedarse sin electricidad y donde la violencia entre las facciones iraquíes y las fuerzas de ocupación estadounidenses estaba totalmente fuera de control. Esa era la Zona Roja.

Por aquel entonces, la Zona Verde era el feudo de Paul Bremer, antiguo ayudante de Henry Kissinger y director de la consultoría de este, a quien George W. Bush había nombrado enviado especial de Estados Unidos en Irak; al no haber ningún Gobierno nacional establecido, su posición básicamente le convirtió en el líder supremo de Irak. El imperio de Bremer estaba completamente privatizado: Bremer, con botas militares de combate y traje impecable, iba siempre acompañado de una falange de mercenarios vestidos de negro que actuaban bajo las órdenes de la ya desaparecida empresa Blackwater, y la propia Zona Verde era gestionada por Halliburton —una de las empresas más importantes de prestación de servicios en yacimientos petrolíferos, que anteriormente había sido dirigida por el entonces vicepresidente del Gobierno Dick Cheney—, junto con toda una red de empresas privadas.

Cuando los oficiales estadounidenses hacían incursiones fuera de la Zona Verde (o «Ciudad Esmeralda», como la llamaban algunos periodistas), lo hacían en convoyes blindados en los que soldados y mercenarios apuntaban en todas direcciones con sus ametralladoras, guiados por la ética del «Dispara primero, pregunta después». Se suponía que todo ese arsenal era para liberar a los iraquíes de a pie, quienes no tenían más protección que la proporcionada por las milicias religiosas a cambio de lealtad. El mensaje que esos convoyes transmitían era alto y claro: algunas vidas importan mucho más que otras.

Desde las entrañas de la fortaleza de la Zona Verde, Bremer decretaba una ley tras otra para reconvertir Irak en una economía modélica de libre mercado. Ahora que lo pienso, se parecía mucho a la Casa Blanca de Donald Trump, y los propios decretos también. Por ejemplo, Bremer ordenó la implementación de un impuesto fijo del 15 % (muy similar a la propuesta de Trump), que todos los activos propiedad del Estado debían subastarse rápidamente (Trump se lo está planteando), y que el tamaño del Gobierno debía reducirse radicalmente (de nuevo, igual que Trump). Llevaba un ritmo frenético. Bremer, con la vista puesta en los yacimientos de combustibles fósiles de Irak y otros lugares, estaba decidido a cambiar el país antes de que los iraquíes votaran y pudieran opinar sobre cómo sería su futuro tras la «liberación».

En un episodio especialmente surrealista, Bremer y el Departamento de Estado recurrieron a un grupo de asesores rusos que, en su país, habían experimentado funestamente con la «terapia del shock económico», la histeria liberalizadora y privatizadora infestada de corrupción que dio lugar a la infame

oligarquía del país. En la Zona Verde, los visitantes —entre los que se encontraba Yegor Gaidar, conocido como el *Doctor Shock* de Rusia— aleccionaban a los políticos iraquíes nombrados por Estados Unidos sobre la importancia de reconstruir la economía íntegra y drásticamente, sin dudar, antes de que la población de Irak se recuperara de la guerra. De haber tenido voz y voto, los iraquíes jamás habrían aceptado estas políticas y, de hecho, con el tiempo terminaron rechazando muchas de ellas. La situación de crisis extrema fue lo único que hacía que el plan de Bremer fuera concebible.

De hecho, la abierta determinación de Bremer de sacar a concurso los activos estatales de Irak con el pretexto de la crisis contribuyó en gran medida a confirmar la percepción generalizada de que la invasión tenía más que ver con liberar la riqueza de Irak para el beneficio de las empresas extranjeras que con liberar al pueblo del despotismo. La violencia estalló por todo el país. El Ejército de Estados Unidos y sus contratistas privados respondieron con más violencia, más shocks. Una insondable cantidad de dinero desapareció en el agujero negro de la economía de los contratistas, y pasó a conocerse como «los millones perdidos de Irak».

Sin embargo, la impecable fusión del poder corporativo con la guerra abierta no fue lo único que me recordaba al futuro distópico tantas veces imaginado por la ciencia ficción y las películas de Hollywood. También estaba el claro procedimiento mediante el cual se usaban las crisis para forzar políticas que nunca habrían sido posibles en tiempos de normalidad. Fue en Irak donde desarrollé la premisa para *La doctrina del shock*. En un principio, el libro se iba a centrar únicamente en la guerra de Bush, pero entonces advertí la presencia de las mismas tácticas (y los mismos contratistas como Halliburton, Blackwater y Bechtel, entre otros) en zonas de catástrofe por todo el mundo. Primero había una fuerte crisis —un desastre natural, un ataque terrorista— y luego venía el bombardeo de políticas corporativistas. A menudo, la estrategia de la explotación de la crisis se discutía abiertamente, sin necesidad de oscuras teorías de la conspiración.

Al profundizar en el tema, me di cuenta de que esta estrategia llevaba más de cuarenta años siendo la silenciosa aliada de la imposición del neoliberalismo. Observé que las «tácticas de shock» siguen un patrón claro: se espera a que ocurra una crisis (o, en algunos casos, como en Chile o Rusia, se ayuda a instigarla), se declara un momento de lo que a veces se denominan «políticas extraordinarias», se suspenden algunos o todos los estándares democráticos y, sin dilación, se impone la lista de deseos de las corporaciones. Al investigar constaté que, si los líderes políticos la envuelven de la suficiente histeria, prácticamente cualquier situación tumultuosa puede adoptar dicha función amortiguadora. Podría tratarse de un hecho tan radical como un golpe militar, pero la crisis económica de un mercado o una crisis presupuestaria también podrían servir. Por ejemplo, en plena hiperinflación o frente al colapso de los bancos, las élites gobernantes del país a menudo conseguían convencer a una población aterrorizada de la necesidad de atacar los servicios de protección social o de pagar desorbitados rescates para ayudar al sector financiero privado, ya que, según ellos, la alternativa era un apocalipsis económico total.

El manual del Doctor Shock

La primera vez que se emplearon las tácticas de shock al servicio del neoliberalismo fue a principios de la década de 1970 en Sudamérica, y todavía hoy se siguen utilizando para obtener concesiones de «libre mercado» en contra de la voluntad popular.

Lo hemos visto recientemente, antes de la llegada de Trump, en ciudades de Estados Unidos como Detroit y Flint, donde una inminente quiebra municipal se convirtió en el pretexto para disolver la democracia local y nombrar a una serie de «gestores de emergencia». Está ocurriendo en Puerto Rico, donde la perenne crisis de la deuda ha servido para implementar la Junta de Supervisión y Administración Financiera, un mecanismo para la aplicación de severas medidas de austeridad —incluyendo los recortes de las pensiones y el cierre masivo de escuelas— al cual nadie puede pedir que rinda cuentas. Se está usando también en Brasil, donde al sumamente cuestionable proceso de destitución de la presidenta Dilma Rousseff en 2016 siguió la implementación de un régimen no electo y absolutamente proempresarial que ha congelado el gasto público durante los próximos veinte años, impuesto estrictas medidas de austeridad y empezado a vender aeropuertos, centrales eléctricas y demás activos públicos en un arranque privatizador.

Y está ocurriendo de forma muy descarada bajo la presidencia de Donald Trump. Durante la campaña presidencial no contó a la clamorosa multitud que pretendía recortar los fondos para el programa de servicio de comidas a domicilio (*Meals on Wheels*), una fuente de alimentación vital para ancianos y discapacitados, ni reconoció que iba a intentar despojar a millones de estadounidenses de su seguro médico. Dijo todo lo contrario, igual que en muchas otras cuestiones.

Desde que asumió la presidencia, no ha permitido que la sensación de caos y crisis amainara. Son tantas

las crueldades y tan rápidas y sañudas que no es de extrañar que a muchos les cueste mantenerse en pie. Presenciar el *tsunami* de decretos procedente del Despacho Oval —siete órdenes ejecutivas durante sus primeros once días completos y once memorandos presidenciales emitidos durante el mismo periodo— ha sido como estar delante de una de esas máquinas que lanzan pelotas de tenis. Puede que los contrincantes logren batear una o dos veces, pero al final todos terminamos recibiendo pelotazos en la cara sin parar. Incluso la creencia de muchos (¿o acaso esperanza?) de que Trump no terminará su mandato aumenta el vértigo colectivo: no hay nada en la situación actual que sea estable o estático, y desde esta posición resulta muy difícil diseñar estrategias u organizarse.

Se suspende la democracia hasta nuevo aviso

Los últimos cincuenta años demuestran cómo los gobiernos han usado la estrategia de la doctrina del shock deliberada y eficazmente para vencer la resistencia democrática a políticas extremadamente perjudiciales. Y es que necesitan algún tipo de estrategia para evadir la democracia, porque muchas políticas neoliberales son tan impopulares que la población las rechaza coherentemente tanto en las urnas como en la calle. Y no les falta razón: tal como demuestra el colosal acaparamiento (y ocultación) de enormes riquezas por parte de una pequeña clase global de verdaderos oligarcas, los únicos que se benefician de estas drásticas reestructuraciones sociales son una pequeña minoría, mientras que la mayoría ve cómo su nivel de vida se estanca o empeora, incluso en los periodos de rápido crecimiento económico. Por esta razón, los que están decididos a implementar dichas políticas no son amigos del gobierno de la mayoría ni de las libertades democráticas, sino que más bien los ven como un obstáculo y una amenaza.

Naturalmente, no todas las políticas neoliberales son impopulares. Las bajadas de impuestos (para la clase media y los trabajadores pobres, no así para los más ricos) y la idea de la reducción de los trámites burocráticos sí agradan (al menos en teoría). Aunque, en general, a la gente le gusta que sus impuestos se inviertan en el sistema sanitario público, en agua potable, en colegios públicos de calidad, en lugares de trabajo seguros, en las pensiones y en otros programas para atender a los ancianos y a los desfavorecidos. Los políticos que pretenden recortar o privatizar este tipo de protecciones y servicios básicos no se equivocan al guardarse de incluir sus planes en sus programas electorales. Lo más frecuente es que las campañas de los políticos neoliberales prometan que bajarán los impuestos y reducirán el malgasto de dinero público a la vez que protegerán los servicios básicos y, luego, bajo el amparo de algún tipo de crisis (ya sea real o exagerada) y aparentemente reticentes y con reparos, decir que, lamentablemente, no nos queda otra opción que ir a por tu Seguridad Social.

Hay que hacerlo rápido y todo a la vez

En resumen, los impulsores acérrimos del libre mercado o «libertarios» (como los multimillonarios hermanos Koch se describen a sí mismos) gravitan hacia los momentos de cataclismo porque la realidad no apocalíptica es un terreno inhóspito para sus ambiciones antidemocráticas.

Ser rápidos es de suma importancia, ya que los periodos de shock son temporales por naturaleza. Igual que Bremer, los líderes ebrios de shock y los que los financian procuran seguir el consejo que Maquiavelo da en *El príncipe*: «Las injurias deben perpetrarse todas al a vez, a fin de que sintiéndolas menos, ofendan menos». La lógica es bastante sencilla: las personas reaccionan ante los cambios secuenciales o graduales; en cambio, si se les acribilla con decenas de cambios provenientes de todos los flancos a la vez, lo esperable es que la población no tarde en sentirse agotada y sobrepasada y termine tomándose la amarga medicina (recordemos que Poland, en su descripción de la terapia del shock, dice que transcurre en «años de perro»).

La doctrina del shock causó controversia cuando se publicó en 2007. En este libro, cuestioné la versión de color de rosa de la historia con la que muchos hemos crecido: la versión según la cual los mercados liberalizados y la democracia avanzaron de la mano durante la segunda mitad del siglo XX. Pero resulta que la realidad es mucho más desagradable: la forma extremista del capitalismo que ha reconfigurado el mundo durante este periodo —a la que el Nobel en Economía Joseph Stiglitz ha calificado de «fundamentalismo de mercado»— a menudo solo ha podido avanzar en contextos en los que la democracia se había suspendido y las libertades individuales habían sufrido profundas restricciones. En algunos casos, se mantuvieron controladas las poblaciones sublevadas mediante el uso de la violencia extrema, incluyendo torturas.

El economista Milton Friedman, ya fallecido, tituló su libro más famoso *Capitalismo y libertad*, y en él presentaba la liberación de las personas y la liberación de los mercados como las dos caras de la misma

moneda. A pesar de ello, el primer país en poner en práctica las ideas de Friedman sin adulterar no fue una democracia, sino el Chile inmediatamente posterior al golpe de Estado apoyado por la CIA que derrocó al presidente socialista democráticamente electo Salvador Allende y puso en el poder a un dictador de extrema derecha, el general Augusto Pinochet.

No ocurrió por accidente; sencillamente, esas ideas eran demasiado impopulares como para ser implementadas sin la ayuda de un déspota de mano dura. Es sabido que, cuando Allende ganó las elecciones de 1970, Richard Nixon bramó: «Haced que la economía grite». Con Allende asesinado durante el sangriento golpe de Estado, Friedman aconsejó a Pinochet que fuera firme en lo referente a la transformación económica y le recomendó que usara el enfoque que él había bautizado como «tratamiento de shock». Siguiendo el consejo del reconocido economista y sus antiguos alumnos (conocidos en Sudamérica como «los Chicago Boys»), Chile sustituyó su sistema de enseñanza pública por cupones y escuelas chárter, convirtió la sanidad en un sistema de pago por servicio y privatizó las guarderías y los cementerios (e hizo otras muchas cosas que los republicanos estadounidenses llevan décadas persiguiendo). Y recordemos: todo esto ocurrió en un país en el que la población se oponía especialmente a estas políticas, puesto que, antes del golpe, había votado democráticamente por políticas socialistas.

Durante este periodo se instauraron otros regímenes similares en varios países de Sudamérica. Destacados intelectuales de la zona establecieron una relación directa entre los tratamientos de shock económico que empobrecieron a millones de personas y la epidemia de tortura sufrida por cientos de miles de personas en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil que creían en una sociedad más justa. Tal como dijo el fallecido historiador Eduardo Galeano: «¿Cómo mantener esta desigualdad si no a través de descargas eléctricas?».

A Sudamérica se le administró una dosis especialmente alta de estas formas hermanas de shock, aunque la mayoría de transformaciones hacia el «mercado libre» no fueron tan sangrientas. Las transiciones políticas radicales como el colapso de la Unión Soviética o el fin del *apartheid* en Sudáfrica también usaron desconcertantes pretextos para sendas transformaciones económicas neoliberales. Sin duda, el facilitador más frecuente ha sido la crisis económica a gran escala, empleada una y otra vez para exigir campañas radicales de privatización, liberalización y recortes de las redes de Seguridad Social. Pero, en realidad, cualquier shock puede servir, incluyendo las catástrofes naturales que requieren reconstrucciones a gran escala y, por tanto, abren la puerta a la transferencia de territorio y recursos de los vulnerables a los poderosos.

LO CONTRARIO A LA DECENCIA

La mayoría de personas se sienten totalmente desconcertadas ante este tipo de explotación de las crisis, y con razón. La doctrina del shock representa todo lo opuesto a la forma en que las personas decentes, cuando actúan según su propio criterio, tienden a reaccionar ante un trauma generalizado; es decir, ofreciendo ayuda. Pensemos en la asombrosa cifra de 3.000 millones de dólares americanos que se recaudaron mediante donaciones privadas tras la catástrofe del terremoto que sacudió Haití en 2010, o en los millones ofrecidos en respuesta al seísmo de 2015 en Nepal o al *tsunami* que azotó Asia en 2004. Estos desastres, como muchos otros, provocaron gestos de extraordinaria generosidad por parte de personas de todo el mundo. Miles y miles de personas de a pie donaron dinero y colaboraron como voluntarios.

La historiadora y escritora estadounidense Rebecca Solnit ha escrito con gran elocuencia sobre el hecho de que los desastres sacan lo mejor de nosotros. Es en momentos como estos en los que presenciamos algunas de las muestras más conmovedoras de ayuda mutua y solidaridad. Tras el *tsunami* de 2004 en Sri Lanka y a pesar de décadas de guerra civil entre etnias, los musulmanes salvaron a sus vecinos hindúes, y los hindúes salvaron a sus vecinos budistas. En la Nueva Orleans inundada por el *Katrina*, las personas arriesgaban sus propias vidas para rescatar y ayudar a sus vecinos. Cuando el huracán *Sandy* pasó por Nueva York, una impresionante red de voluntarios se desplegó por toda la ciudad con el nombre Occupy Sandy —derivado del movimiento Occupy Wall Street— para servir cientos de miles de raciones de comida, ayudar a vaciar más de mil hogares y proporcionar ropa, mantas y atención médica a miles de personas necesitadas.

El objetivo de la doctrina del shock es anular el impulso humano de ayudar para poder aprovecharse de la vulnerabilidad de los demás con la idea de maximizar la riqueza y las ventajas de una selecta minoría.

Es de lo más siniestro.

El arte de la usurpación

La lógica de la doctrina del shock encaja perfectamente con la visión que Trump tiene del mundo. No tiene ningún reparo en ver la vida como una lucha para dominar a los demás, y además lleva una cuenta obsesiva de quién va ganando. Su enfoque de las negociaciones, que él mismo admira tanto, siempre incluye las mismas preguntas: «¿Cuál es el máximo provecho que puedo sacar de este acuerdo? ¿Cómo puedo explotar las debilidades de mi adversario?».

En un momento de especial franqueza, en el programa *Fox & Friends*, en 2011, explicó un trato que hizo con el exlíder de Libia Muamar el Gadafi: «Le alquilé un terreno. Me pagó más por una noche de lo que valía por uno o dos años, y luego no le dejé usar el terreno. Eso es lo que deberíamos estar haciendo. No quiero usar la palabra *joder*, pero le jodí. Eso es lo que tendríamos que hacer».

Si Trump solo impusiera condiciones predatorias en sus tratos con dictadores despreciables, pocas lágrimas se derramarían. Pero esta es su actitud en todas las negociaciones. En *Think Big* [*Piensa a lo grande*], uno de sus manuales sobre cómo ser como él, describe su filosofía de negociación de esta forma: «Muchos te dirán que un buen trato es uno en el que todos ganan. Patrañas. En un buen trato, tú ganas y el otro no. Aplastas a tu oponente y te vas habiendo conseguido algo mejor».

Este despiadado entusiasmo por explotar las debilidades de los demás ha configurado la carrera de Trump como constructor y es un atributo que comparte con muchos miembros de su Administración. Y resulta preocupante por lo que nos dice sobre el ambiente de caos que su equipo parece estar sembrando de manera consciente, pero también, y esto es todavía más alarmante, por lo que nos dice sobre hasta qué punto serían capaces de explotar cualquier crisis de mayor magnitud que esté por venir.

Hasta ahora, Trump ha construido una atmósfera de crisis interminable en gran medida mediante su conocida retórica rimbombante (ha descrito ciudades como «carnicerías», «infestadas de crimen», cuando en realidad el índice de crímenes violentos lleva décadas disminuyendo en todo el país; ha repetido hasta la saciedad una narrativa prefabricada sobre una oleada de criminalidad por parte de la comunidad inmigrante; y, siempre que ha podido, ha insistido en que Obama ha destruido el país). Sin embargo, puede que pronto disponga de nuevas crisis mucho más reales que explotar, puesto que la crisis es la consecuencia lógica de las políticas que está impulsando en todos los frentes.

Teniendo esto en cuenta, merece la pena repasar detenidamente las formas en las que Trump y su equipo han explotado momentos de crisis en el pasado para lograr sus objetivos económicos y políticos. Entender su historial hará que lo que sea que nos depare el futuro resulte menos chocante y, en última instancia, nos ayudará a resistir sus ya cansinas tácticas.

Una carrera forjada en el shock

En Estados Unidos, la revolución neoliberal empezó en la ciudad de Nueva York a mediados de la década de 1970. Hasta ese momento, la ciudad había sido un experimento atrevido, aunque imperfecto, de una democracia social que ofrecía los servicios públicos más generosos del país, desde bibliotecas hasta transporte público y hospitales. Pero en 1975, los recortes federales y estatales, combinados con una recesión nacional, empujaron a Nueva York al borde de una quiebra total, y la crisis se aprovechó para rehacer la ciudad completamente. Bajo el amparo de la crisis se implementaron toda una serie de medidas brutales de austeridad, contratos blindados con los ricos y privatizaciones, lo que convirtió a la ciudad por tantos amada en el templo de las finanzas especulativas, el consumo de lujo y el aburguesamiento continuo que hoy conocemos.

En *Fear City* [*Ciudad del miedo*], un libro de reciente publicación sobre este poco conocido episodio del pasado de Estados Unidos, la historiadora Kim Phillips-Fein documenta meticulosamente cómo la reconstrucción a la que se sometió la ciudad de Nueva York en la década de 1970 fue el preludio de lo que habría de provocar una oleada a nivel mundial que nos ha dejado un mundo claramente dividido entre el 1 % y el resto, y en ningún lugar esto resulta más acusado que en la ciudad que Donald Trump considera su hogar. Y se trata de una historia en la que Trump tiene un papel tan importante como poco halagador.

En 1975, sin ninguna ayuda procedente del presidente Gerald Ford, parecía tan probable que la ciudad más grande y famosa de Estados Unidos fuera a quebrar que el periódico de Nueva York *Daily News* salió con un escueto titular: «Ford a la ciudad: muérete». En ese momento, Trump tenía veintinueve años y todavía trabajaba a la sombra de su acaudalado padre, quien había amasado su fortuna construyendo viviendas de marcada sencillez en el extrarradio de Nueva York, y cuyo trato sistemáticamente discriminatorio como propietario contra la comunidad afroamericana era notorio.

Trump siempre había soñado con dejar su huella en Manhattan, y vio su gran oportunidad en la crisis de la deuda. Su momento llegó en 1976, cuando el famoso hotel Commodore, un emblemático edificio histórico en el centro de la ciudad, anunció que las cuantiosas pérdidas que estaba sufriendo podrían provocar su cierre. La posibilidad de que este icónico edificio se quedara vacío aterrorizó al gobierno de la ciudad, ya que ello transmitiría un mensaje de decadencia urbana y mermaría el nivel de ingresos por impuestos de la ciudad. Necesitaban un comprador rápidamente, y la desesperación era tal que un programa de la televisión local describió la situación diciendo que «A buen hambre no hay pan duro».

Y aquí es donde entra Trump, capitalista del desastre en ciernes. Asociado con la Corporación Hyatt, Trump planeaba sustituir la clásica fachada de ladrillos del Commodore por una «piel nueva» de vidrio reflectivo y reabrirlo con el nombre de hotel Grand Hyatt (esto fue en el breve periodo anterior a que el futuro presidente de Estados Unidos empezara a insistir en que todas sus construcciones llevaran su nombre). Fue capaz de extraer unas condiciones extraordinarias de una ciudad en crisis. En palabras de Phillips-Fein:

> Se permitió que Trump comprara la propiedad a la compañía ferroviaria por 9,5 millones de dólares. Luego, se la vendería a Urban Development Corporation (UDC) por un dólar. Finalmente, UDC le alquiló la propiedad a Trump y a la Corporación Hyatt durante noventa y nueve años, lo que permitía a los constructores pagar unos impuestos muy por debajo de la tasa normal durante cuatro décadas y, por lo tanto, supuso unos beneficios extraordinarios valorados en millones de dólares (hasta 2016, la exención tributaria de Trump le ha costado a la ciudad de Nueva York 360 millones de dólares en impuestos no recaudados).

Sí: ese pago inicial de 9,5 millones de dólares permitió a Trump obtener un beneficio de exención tributaria derivada de la propiedad valorado en 360 millones (y suma y sigue). El nuevo hotel era un engendro, hasta el punto de que un crítico de arquitectura lo describió como «la visión de la vida urbana de un forastero». En otras palabras, era típico de Trump, un hombre que intentaría convencer a todo el mundo de que Estados Unidos coincidía con la imagen del país que un oligarca ruso podría adquirir viendo cintas de vídeo pirateadas de las telenovelas de los ochenta *Dinastía* y *Dallas*. Tal como dice Phillips-Fein:

> A Donald Trump y a los constructores que explotaron la desesperación de la ciudad para construir sus torres les importaba poco el resto de Nueva York. El hecho de que invirtieran millones de dólares en financiar proyectos de construcción en lugar de restablecer los servicios públicos o impulsar la recuperación en los barrios pobres y de clase trabajadora de la ciudad jamás les supuso un conflicto moral.

Lo llamativo de esta historia no es solo que un joven Trump se aprovechara de la catástrofe económica de Nueva York para impulsar su propia fortuna, extrayendo condiciones depredadoras de un ayuntamiento en crisis; también lo es que aquel no fue un contrato cualquiera, sino el que permitió a Trump emerger de la sombra de su padre y, sin lugar a dudas, le convirtió en actor por méritos propios. Trump usó el shock para forjar su carrera, ya que fueron las oportunidades de beneficio únicas propiciadas por los momentos de crisis las que la configuraron. Desde sus primeros pinitos, su posición con respecto a la esfera pública fue que solamente existía para ser saqueada, para enriquecerle.

Desde entonces, jamás ha abandonado esta actitud. Recordemos que el 22 de septiembre de 2011, poco después de la caída de las Torres Gemelas, Trump concedió una entrevista a una cadena de radio en la que no pudo evitar mencionar que, ahora que las Torres ya no estaban, él era el propietario del edificio más alto del centro de Manhattan. Había cadáveres en las calles, el Bajo Manhattan parecía una zona de guerra y, a pesar de ello, y solo mínimamente presionado por los entrevistadores, Trump estaba pensando en la ventaja de su marca.

Cuando pregunté a Phillips-Fein sobre las lecciones que había extraído al estudiar las acciones de Trump durante la crisis de la deuda de Nueva York, me habló del miedo. Dijo que existía «un profundo miedo a la quiebra, al futuro. Y es el tipo de miedo que de verdad hace posibles los recortes del momento, y favorece la sensación de que lo primero que la ciudad necesita es un salvador». Desde las elecciones de 2016, ha reflexionado mucho sobre esta cuestión. «El miedo puede hacer que cosas que parecen políticamente imposibles de pronto se perciban como la única alternativa posible. Por eso creo que esa es una de las cosas contra las que tenemos que luchar en este momento, y debemos encontrar formas de resistir esa sensación arrolladora de miedo y caos, y encontrar formas de solidaridad que la contrarresten».

Es un buen consejo, especialmente teniendo en cuenta que Trump se ha rodeado de una hueste de oportunistas de las crisis de primera categoría.

CONOZCAMOS AL GABINETE DEL CAPITALISMO DEL DESASTRE

Los miembros más experimentados del equipo de Trump han estado involucrados directamente en algunos de los ejemplos más atroces de la doctrina del shock de los últimos tiempos. Hagamos un breve repaso de sus hazañas (que, teniendo en cuenta cuántos ejecutivos de Goldman Sachs han sido nombrados por Trump, no será en absoluto exhaustivo):

El beneficio del cambio climático y de la guerra

Rex Tillerson, secretario de Estado de Estados Unidos, ha construido su carrera, en gran medida, aprovechando la rentabilidad y la inestabilidad de la guerra. Exxon Mobil se benefició del encarecimiento del petróleo causado por la invasión de Irak en 2003 más que cualquier otra compañía petrolífera. También había explotado la Guerra de Irak directamente al desafiar al consejo del Departamento de Estado y firmar un contrato de exploración en el Kurdistán iraquí, una jugada que, al dejar al Gobierno central de Irak al margen, podría haber desencadenado una guerra civil abierta, y que sin duda alguna favoreció el conflicto interno.

En su posición como presidente ejecutivo de Exxon Mobil, Rex Tillerson también encontró maneras de beneficiarse del desastre. Como hemos visto, como ejecutivo del gigante del combustible fósil, dedicó su carrera a trabajar para una empresa que, a pesar de las investigaciones realizadas por sus propios equipos científicos sobre la realidad del cambio climático provocado por los humanos, decidió financiar y difundir información errónea e investigaciones científicas basura sobre el cambio climático. Mientras tanto, según una investigación de *Los Angeles Times*, Exxon Mobil (tanto antes como después de la fusión de las empresas que la componían) se esforzó mucho en encontrar la forma de beneficiarse y protegerse de la misma crisis sobre la que estaba sembrando dudas. Y lo hizo explorando las extracciones en el Ártico (que, gracias al cambio climático, se estaba descongelando), rediseñando un gasoducto en el mar del Norte para ajustarlo a la subida del nivel del mar y a las tormentas de gran magnitud, y haciendo lo mismo para una nueva plataforma petrolífera situada en la costa de Nueva Escocia.

En 2012, en un evento público, Tillerson admitió que el cambio climático estaba ocurriendo, pero lo que dijo a continuación fue revelador: como «especie», los humanos siempre se han adaptado. «También nos adaptaremos a esto. Nos adaptaremos a los cambios en los patrones climáticos que mueven las zonas de producción agrícolas de un lado a otro».

No le falta razón: los humanos se adaptan cuando su tierra deja de producir comida. Y, para hacerlo, migran. Dejan sus hogares y buscan lugares en los que vivir y poder alimentar a sus familias. Pero, como bien sabe Tillerson, no vivimos en un momento en el que los países abran sus fronteras alegremente para recibir a personas hambrientas y desesperadas. De hecho, ahora trabaja para un presidente que ha tildado a los refugiados de Siria —un país en el que la sequía sirvió de acelerante para las tensiones que desembocaron en una guerra civil— de ser los caballos de Troya del terrorismo. Trabaja para un presidente que implementó un veto migratorio que, de no haber sido bloqueado por los tribunales, habría prohibido la entrada a Estados Unidos a los migrantes sirios. Trabaja para un presidente que, hablando de los niños sirios que buscan asilo, dijo: «Soy capaz de mirarlos a la cara y decirles: "No podéis venir"». Trabaja para un presidente que no ha cambiado de parecer ni siquiera después de ordenar el lanzamiento de misiles en Siria, supuestamente conmovido por los terribles impactos de un ataque con armas químicas sobre los niños y «preciosos bebés» sirios (pero que no está lo suficientemente conmovido como para acoger a esos mismos niños y a sus padres); para un presidente que ha anunciado que pretende hacer que el seguimiento, la vigilancia, la encarcelación y la deportación de inmigrantes se convierta en un rasgo característico de su Administración.

Y entre bastidores esperan, pacientemente, muchos otros miembros del equipo de Trump que disponen de las habilidades necesarias para sacar provecho de todo ello.

El beneficio de las prisiones

Desde el día de las elecciones y el final del primer mes de Trump en la presidencia, el valor de las acciones de las dos empresas de prisiones privadas más importantes de Estados Unidos (CoreCivic —la antigua Corrections Corporation of America— y GEO Group) se han duplicado, subiendo un 140 % y un 98 %, respectivamente.

¿Por qué no iban a hacerlo? De la misma forma que Exxon aprendió a sacar provecho del cambio climático, estas empresas forman parte de la creciente industria de las prisiones privadas, la seguridad y la

vigilancia privadas, una industria que ve las guerras y la migración —ambas muy a menudo relacionadas con las presiones climáticas— como emocionantes oportunidades de crecimiento para sus negocios. En Estados Unidos, la Agencia de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) encarcela hasta 34.000 inmigrantes que considera que están en el país de forma ilegal en un día cualquiera, y el 73 % de ellos son recluidos en prisiones privadas. No es de extrañar, pues, que las acciones de estas empresas se dispararan al salir Trump elegido. Y no tardaron en tener todavía más razones para estar contentas: una de las primeras cosas que Jeff Sessions hizo como fiscal general de Trump fue rescindir la decisión de la Administración Obama de alejarse de las cárceles con afán de lucro hacia una población carcelaria «pública».

El beneficio de la guerra y la vigilancia

Trump nombró vicesecretario de defensa a Patrick Shanahan, un ejecutivo de Boeing que, en un momento dado, se había encargado de vender armamento costoso al Ejército de Estados Unidos, incluyendo helicópteros Apache y Chinook. También supervisaba el programa de defensa de misiles balísticos de Boeing, una parte de su actividad que puede proporcionar beneficios enormes si las tensiones internacionales se siguen intensificando bajo el mandato de Trump.

Todo esto forma parte de una tendencia mucho más amplia. Tal como Lee Fang escribió en *The Intercept* en marzo de 2017, «el presidente Donald Trump ha convertido las puertas giratorias en un arma al nombrar a contratistas y *lobbies* de la industria de defensa para posiciones clave del Gobierno, mientras procura aumentar rápidamente el presupuesto de defensa y de los programas de seguridad nacional. […] Hasta ahora, al menos quince funcionarios vinculados económicamente con contratistas militares han sido propuestos o nombrados».

No hace falta decir que las puertas giratorias no son nada nuevo. Al retirarse, los mandamases del Ejército siempre terminan trabajando o colaborando con empresas armamentísticas. La novedad es la gran cantidad de generales con lazos lucrativos con contratistas militares a quienes Trump ha nombrado para puestos ministeriales encargados de asignar fondos, incluyendo los fondos derivados de su plan de incrementar el gasto en el Ejército, el Pentágono y el Departamento de Seguridad Nacional en más de 80.000 millones de dólares en tan solo un año.

La magnitud de la industria de la seguridad nacional y de la vigilancia también ha cambiado. Dicho sector creció de forma exponencial tras los ataques del 11-S, cuando la Administración Bush anunció que se iba a embarcar en una «Guerra contra el Terror» eterna y que se iban a externalizar todos los servicios que fuera posible subcontratar. Un sinfín de empresas nuevas con ventanas de cristales tintados brotaron como si se tratara de champiñones venenosos en los arrabales de Virginia y a las afueras de Washington D. C., mientras que otras que ya existían anteriormente, como Booz Allen Hamilton, se expandieron a nuevos territorios por estrenar. Daniel Gross, en un artículo para la revista *Slate* de 2005, plasmó el espíritu de lo que muchos llamaron la *burbuja de la seguridad*: «Es probable que la seguridad nacional haya alcanzado el punto en el que se encontraban las inversiones en Internet en 1997. En ese momento, solo había que poner una *e* delante del nombre de tu empresa para ver cómo la oferta pública inicial subía como la espuma. Ahora ocurre lo mismo con la palabra *fortaleza*».

Todo esto significa que muchas de las personas que Trump ha nombrado provienen de empresas especializadas en funciones que, no hace tantos años, habría sido inimaginable externalizar. Por ejemplo, el jefe de gabinete del Consejo de Seguridad Nacional es el teniente general retirado Keith Kellogg. Entre las muchas funciones que Kellogg ha desempeñado en sus colaboraciones con contratistas de Defensa, desde que se unió al sector privado, está la que ejerció con Cubic Defense. Según la empresa, dirigió «el negocio de entrenamiento de combate sobre el terreno y la expansión de la base de clientes de la empresa a nivel internacional». Si eras de los que pensaba que el «entrenamiento de combate» era algo que los ejércitos solían llevar a cabo por su cuenta, estabas en lo cierto.

Hay algo que llama la atención sobre los contratistas nombrados por Trump: cuántos de ellos provienen de empresas que ni siquiera existían antes del 11-S. L1 Identity Solutions (especializada en biometría), Chertoff Group (fundada por el director de Seguridad Nacional de Bush, Michael Chertoff), Palantir Technologies (empresa de vigilancia y gestión de macrodatos cofundada por Peter Thiel, el multimillonario de PayPal y patrocinador de Trump), entre muchas otras. Las empresas de seguridad se apoyan fuertemente en la rama militar y de inteligencia del Gobierno para obtener empleados. Ahora, con Trump, un grupo enorme de *lobbies* y empleados procedentes de estas empresas está migrando de vuelta al Gobierno, desde donde muy probablemente sigan presionando para promover todavía más oportunidades de monetizar la

caza de esas personas a las que el presidente Trump gusta llamar «hombres malos».

Es una combinación muy peligrosa. Si se coge a un grupo de personas que obtienen un beneficio directo de las guerras en curso y se coloca en el corazón del Gobierno, ¿quién abogará por la paz? Desde luego, la idea de que una guerra pueda terminar de forma definitiva parece una bonita reliquia de lo que, durante los años de Bush, fue desestimado por ser una «mentalidad previa al 11 de septiembre».

El beneficio de la crisis económica

Los lazos entre el Gobierno de Estados Unidos y el mundo empresarial se remontan al año 1776 (varios de los padres fundadores provenían de familias adineradas dueñas de plantaciones). La puerta giratoria lleva girando desde entonces, sin que importe si el inquilino del Despacho Oval es demócrata o republicano. Con Trump, la diferencia radica, como en tantas ocasiones, en el volumen y el descaro.

En el momento de escribir esto, Donald Trump ha nombrado a cinco ejecutivos —antiguos o en activo— de Goldman Sachs para cargos superiores en su Administración, entre los que se cuentan Steven Mnuchin como secretario del Tesoro; James Donovan (antiguo director ejecutivo de Goldman Sachs) como vicesecretario del Tesoro; Gary Cohn (antiguo presidente de Goldman) como director del Consejo Económico Nacional de Estados Unidos; y Dina Powell (antigua directora de inversiones de impacto de Goldman) como asesora sénior de iniciativas económicas de Estados Unidos. Incluso Steve Bannon trabajó en Goldman. Y todo esto sin tener en cuenta al elegido por Trump para liderar la Comisión de Valores e Intercambio, Jay Clayton, quien trabajó como abogado de Goldman en contratos valorados en miles de millones de dólares, y cuya mujer es asesora de patrimonios en la empresa.

Nombrar a todos estos miembros de Goldman es especialmente descarado, dado el gusto de Trump por invocar a la banca en sus ataques contra sus adversarios. En uno de sus típicamente despiadados ataques contra su rival republicano Ted Cruz, dijo que Goldman tenía un «control completo y total sobre él. Igual que tiene un control total sobre Hillary Clinton».

También resulta sumamente inquietante por lo que nos dice sobre la disposición de la Administración a explotar los shocks económicos que podrían darse bajo su tutela. De todos los bancos de inversión más importantes de Wall Street que se encontraban en el corazón de la crisis de las hipotecas de alto riesgo de 2008, Goldman Sachs estaba entre los más predatorios. Y es que, además de contribuir enormemente a inflar la burbuja de las hipotecas mediante instrumentos financieros complejos, en plena crisis cambió de dirección y presuntamente apostó contra el mercado de las hipotecas, con lo que ganó miles de millones. En 2016, el Departamento de Justicia de Estados Unidos ordenó al banco pagar una compensación de 5.000 millones de dólares —la compensación más costosa que Goldman había pagado jamás— por esta y otras malas praxis. En 2010, accedió a pagar una nueva multa de 550 millones de dólares —la multa más elevada jamás pagada por una empresa de Wall Street en los entonces setenta y seis años de historia de la Comisión de Valores e Intercambio— por su papel en la crisis financiera.

El senador demócrata Carl Levin, presidente del subcomité del Senado de 2010 que investigó a Goldman Sachs con motivo de la crisis financiera, resumió así sus fechorías:

> Las pruebas demuestran que Goldman antepuso sus propios intereses y beneficios a los intereses de sus clientes y nuestras comunidades en repetidas ocasiones. […] Goldman Sachs no se limitó a ganar dinero, sino que lo hizo a expensas de la expectativa razonable de sus clientes de que el banco no vendería productos que no quisiera que funcionaran, y que no existía conflicto de intereses económicos alguno entre la empresa y los clientes a los que había prometido servir. Las acciones de Goldman demuestran que la empresa solía considerar a sus clientes no como clientes valiosos, sino como objetos mediante los que obtener un beneficio. Esto es relevante porque, en lugar de prosperar cuando sus clientes prosperaban, Goldman Sachs prosperó cuando sus clientes perdieron dinero.

Incluso entre el elenco de antiguos miembros de Goldman, Steven Mnuchin destaca por su propensión a explotar las desgracias ajenas en su propio beneficio. Tras el colapso de Wall Street en 2008, y en plena crisis de las ejecuciones hipotecarias, Mnuchin adquirió un banco de California. Lo rebautizó con el nombre de OneWest, y con él se granjeó el sobrenombre del *Rey de las Ejecuciones Hipotecarias*, ya que consta que recaudó 1.200 millones de dólares del Gobierno como ayuda para cubrir las pérdidas provocadas por las ejecuciones hipotecarias y desahució a decenas de miles de personas entre 2009 y 2014. Un intento de ejecución hipotecaria concernió a una mujer de noventa años que acumulaba un retraso de veintisiete céntimos en el pago de su hipoteca.

Estas despiadadas prácticas causaron controversia en la audiencia de confirmación de Mnuchin en su toma de posesión como secretario del Tesoro, aunque no la suficiente como para que los republicanos

votaran en su contra. Ron Wyden, senador demócrata de Oregón, dijo entonces que «durante la etapa del señor Mnuchin como director ejecutivo, el banco demostró que era capaz de dejar a más personas vulnerables en la calle con más rapidez que nadie», y siguió a la carga afirmando que «OneWest llevó a cabo ejecuciones hipotecarias en masa, igual que las fábricas chinas producen en serie los trajes y corbatas de Trump».

El beneficio de los desastres naturales

Y luego tenemos al vicepresidente Mike Pence, al que muchos ven como el adulto en la desorganizada habitación de Trump. Sin embargo, es precisamente Pence, el exgobernador de Indiana, quien posee el historial más perturbador en materia de explotación obstinada del sufrimiento humano.

Cuando se anunció que Mike Pence iba a ser el compañero de candidatura de Donald Trump, pensé: «Conozco ese nombre, lo he visto en alguna parte». Y entonces me acordé. Fue uno de los protagonistas de una de las historias más chocantes que he cubierto jamás: la desastrosa batalla campal capitalista que siguió al *Katrina* y a la inundación de Nueva Orleans. Las acciones de Mike Pence como especulador del sufrimiento humano son tan abominables que merece la pena profundizar en ellas, puesto que dicen mucho sobre lo que podemos esperar de esta Administración en los momentos de crisis extrema.

EL PLAN DE ACCIÓN DEL *KATRINA*

Antes de profundizar en el papel de Pence, es importante recordar que, aunque el huracán *Katrina* suele calificarse de «catástrofe natural», no hubo nada de natural en la forma en la que afectó a la ciudad de Nueva Orleans. Cuando el *Katrina* alcanzó la costa del Misisipi en agosto de 2005, había pasado de ser un huracán de categoría 5 a uno de categoría 3, todavía considerado devastador. Pero para cuando llegó a Nueva Orleans, ya había perdido la mayor parte de su fuerza y había vuelto a bajar de categoría, esta vez a la de «tormenta tropical».

Este dato es relevante porque una tormenta tropical no debería haber podido abrirse paso a través de las barreras antiindundaciones de Nueva Orleans. Sin embargo, el *Katrina* logró entrar porque los diques que protegen la ciudad no resistieron. ¿Por qué? Ahora sabemos que, a pesar de haber sido advertido del riesgo en repetidas ocasiones, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército había permitido que los diques cayeran en estado de abandono. Esta falta de atención respondió a dos factores principales.

Uno de ellos fue la marcada indiferencia hacia las vidas de las personas negras pobres, cuyos hogares en el Distrito 9 fueron los más afectados por la negligencia que supuso no reparar los diques. Este hecho se enmarca dentro del abandono generalizado de las infraestructuras públicas en todo el país provocado directamente por décadas de políticas neoliberales. Y es que cuando se libra una guerra por sistema contra la idea misma de la esfera pública y el bien público, es natural que la espina dorsal pública de la sociedad —carreteras, puentes, diques, redes de abastecimiento de agua— caiga en tal estado de deterioro que con poco baste para que termine de desmoronarse. Cuando se recortan los impuestos hasta el punto de que no hay dinero para invertir en casi nada, excepto en la Policía y en el Ejército, ocurren estas cosas.

La infraestructura física no fue lo único que falló en la ciudad, especialmente para sus residentes más pobres, quienes, como en tantas otras ciudades de Estados Unidos, son mayoritariamente afroamericanos. Los sistemas humanos de respuesta ante catástrofes también fallaron, lo que constituyó la segunda gran fractura. La rama del Gobierno federal que se encarga de responder en momentos de crisis nacional de esta índole es la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, y los gobiernos estatales y municipales también tienen un papel fundamental en cuanto a planes de acción y de evacuación. Absolutamente todos los estratos del Gobierno fallaron.

La Agencia Federal de Gestión de Emergencias tardó cinco días en facilitar agua y comida a la población de Nueva Orleans que se encontraba en el estadio Superdome, habilitado como refugio de emergencia. Las imágenes más desgarradoras mostraban a personas que, varadas en los tejados de las casas y de los hospitales, sostenían carteles en los que se leía la palabra AYUDA mientras veían cómo los helicópteros pasaban de largo. Se ayudaban unos a otros como podían: se rescataban en canoas y botes, compartían la comida. Pusieron en práctica esa hermosa capacidad humana que es la solidaridad y que tan a menudo se intensifica en los momentos de crisis. Por su lado, las autoridades hicieron todo lo contrario. Siempre recordaré las palabras de Curtis Muhammad, coordinador de derechos civiles en Nueva Orleans durante muchos años, quien dijo de esta experiencia: «Nos convenció de que nadie velaba por nosotros».

Este abandono se desarrolló de una forma profundamente desigual, y las líneas divisorias discurrieron

por los surcos de las diferencias de raza y de clase. Muchas personas pudieron abandonar la ciudad por sus propios medios: se subieron al coche, se dirigieron a un hotel seco y, desde allí, llamaron a sus agentes de seguros. Otros se quedaron porque creyeron que las defensas contra las inundaciones resistirían. Pero muchos otros se quedaron porque no tenían otra opción: no tenían coche, estaban demasiado débiles para conducir o, simplemente, no supieron cómo reaccionar. Ellos eran los que necesitaban que el sistema de evacuación y socorro funcionara, pero no tuvieron esa suerte. Era como estar de vuelta en Bagdad, donde algunos se refugiaban en sus Zonas Verdes privadas mientras muchos otros se quedaban desamparados en la Zona Roja, donde lo peor todavía estaba por llegar.

Abandonados en la ciudad, sin agua y sin comida, los más necesitados hicieron lo que cualquiera habría hecho en su situación: coger provisiones de las tiendas. Fox News y otros medios de comunicación aprovecharon la ocasión para tachar a la población negra de Nueva Orleans de «saqueadores peligrosos» que no tardarían en invadir las partes secas y blancas de la ciudad, así como los suburbios y ciudades colindantes. En las paredes de los edificios aparecieron pintadas en las que se leía: «Se disparará a los saqueadores». Se instalaron controles para atrapar a las personas de las partes inundadas de la ciudad. En el puente Danziger, la Policía abrió fuego contra los residentes negros que avistaban (cinco de los agentes implicados terminaron declarándose culpables, y la ciudad compensó a las familias afectadas en ese caso y otros dos similares posteriores al *Katrina* con 13,3 millones de dólares). Mientras tanto, había grupos de justicieros blancos armados que patrullaban las calles buscando, tal como dijo un residente en un reportaje escrito por el periodista de investigación A. C. Thompson, que expuso la situación, «la oportunidad de cazar negros». Por lo visto, en la Zona Roja todo vale.

Yo estuve en Nueva Orleans y vi con mis propios ojos la intensidad de la presencia policial y militar, por no mencionar a las fuerzas de seguridad privadas de empresas como Blackwater que llegaban directamente de Irak. Se parecía mucho a una zona de guerra, donde los pobres y los negros —cuyo único crimen era intentar sobrevivir— estaban en el punto de mira. Cuando la Guardia Nacional llegó para organizar la evacuación total de la ciudad, lo hizo con una agresividad y crueldad difíciles de comprender. Los soldados apuntaban con sus ametralladoras a los residentes mientras estos se subían a los autobuses, sin proporcionarles información alguna sobre adónde los llevaban. Con frecuencia se separaba a los niños de sus padres.

Lo que vi durante la inundación me dejó perpleja; pero lo que vi después del *Katrina* me turbó todavía más. Mientras la ciudad se tambaleaba y sus residentes se dispersaban por todo el país, incapaces de proteger sus propios intereses, surgió un plan para imponer a toda velocidad una lista corporativista de deseos. Milton Friedman, a sus noventa y tres años de entonces, escribió un artículo para *The Wall Street Journal* en el que dijo lo siguiente: «La mayoría de los colegios de Nueva Orleans están en ruinas, igual que los hogares de sus alumnos. Los niños están desperdigados por todo el país. Es una tragedia, a la vez que una oportunidad para reformar drásticamente el sistema educativo».

En la misma línea, Richard Baker, el entonces congresista republicano de Luisiana, declaró: «Por fin hemos limpiado Nueva Orleans de sus viviendas públicas. Nosotros no pudimos hacerlo, pero Dios sí». Yo me encontraba en un refugio de evacuación cerca de Baton Rouge cuando Baker hizo tal declaración. Las personas con las que hablé se quedaron anonadadas. Imagina que te ves obligado a dejar tu hogar, a dormir en un camastro en un centro de convenciones cavernoso, y que luego descubres que las personas que supuestamente te representan dicen que la situación ha sido una especie de intervención divina (porque parece ser que Dios tiene debilidad por los bloques de pisos).

Baker logró su deseada «limpieza» de viviendas públicas. En los meses posteriores a la tormenta, después de quitar del medio a los residentes de Nueva Orleans —así como sus incómodas opiniones, su riqueza cultural y sus fuertes arraigos—, miles de viviendas públicas, muchas de las cuales mostraban solo daños mínimos a causa de la tormenta gracias a que se encontraban en puntos altos de la ciudad, fueron demolidas y sustituidas por bloques de pisos y casas adosadas cuyo precio resultaba inalcanzable para la mayoría de los que habían vivido allí previamente.

Y aquí es donde Mike Pence entra en escena. Cuando el *Katrina* asoló Nueva Orleans, Pence era el presidente del poderoso y fuertemente ideológico Republican Study Committee (RSC, Comité de Estudio Republicano), un caucus de legisladores conservadores. El 13 de septiembre de 2005, apenas catorce días después de que se agrietaran los diques, y con algunas zonas de Nueva Orleans todavía inundadas, el comité convocó una fatídica reunión en las oficinas de la Fundación Heritage en Washington D. C. Liderado por Pence, el grupo redactó una lista de «ideas favorables al mercado libre para responder ante el huracán *Katrina* y al alto coste del gas», un conjunto de treinta y dos pseudopolíticas de asistencia, todas ellas extraídas directamente del manual del capitalismo del desastre.

Lo que más llama la atención es el compromiso de librar una guerra sin cuartel contra las normas del trabajo y la esfera pública, lo que resulta amargamente irónico, dado que fue precisamente el fracaso de la infraestructura pública lo que convirtió el *Katrina* en una catástrofe humana. Otro aspecto notable es la determinación de aprovechar cualquier oportunidad para fortalecer la posición de la industria del petróleo y del gas. La mencionada lista de ideas incluye recomendaciones para «suspender con carácter inmediato las leyes de salario Davis-Bacon vigentes en las zonas de catástrofe» (en relación a la ley que obliga a los contratistas federales a pagar un salario mínimo); «convertir toda la zona afectada en una zona de libre empresa sujeta a un impuesto fijo»; y «derogar o no aplicar las regulaciones ambientales restrictivas [...] que obstaculizan la reedificación».

El presidente Bush implementó muchas de esas recomendaciones en la misma semana, aunque la presión a la que fue sometido terminó obligándole a reinstaurar las normas de trabajo. Otra de las recomendaciones abogaba por proporcionar a los padres cupones que pudieran usar en colegios privados y escuelas chárter (colegios con ánimo de lucro subvencionados con dinero recaudado de impuestos), una jugada que encaja a la perfección con la visión de Betsy DeVos, la persona elegida por Trump para ocupar el cargo de secretaria de Educación. En el plazo de un año, Nueva Orleans se convirtió en el sistema de enseñanza más privatizado de Estados Unidos.

Pero eso no fue todo. A pesar de que los científicos especializados en el medio ambiente han establecido una relación directa entre la creciente intensidad de los huracanes y el aumento de las temperaturas de los océanos, ello no impidió que Pence y su comité apelaran al Congreso para que derogara las regulaciones medioambientales en la costa del Golfo, autorizara la construcción de nuevas refinerías de petróleo en Estados Unidos y diera luz verde a las «extracciones en el Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico». Es demencial. Después de todo, estas mismas medidas son la mejor forma de aumentar las emisiones de gases de efecto invernadero, que constituyen el factor de origen humano con mayor impacto en el cambio climático y provocan tormentas todavía más brutales. Y, aun así, fueron inmediatamente defendidas por Pence, y más adelante adoptadas por Bush, so pretexto de responder a un huracán devastador.

Merece la pena detenernos brevemente para desentrañar las implicaciones de todo esto. El huracán *Katrina* se convirtió en una catástrofe en Nueva Orleans a causa de la combinación de unas condiciones climatológicas extremas, posiblemente relacionadas con el cambio climático, y una infraestructura pública insuficiente y abandonada. Es indiscutible que las supuestas soluciones propuestas por el grupo entonces capitaneado por Pence iban a ser responsables de exacerbar el cambio climático y debilitar la infraestructura pública todavía más. Pero, por lo visto, tanto él como sus compañeros simpatizantes del «mercado libre» estaban resueltos a llevar a cabo todas las acciones que, sin duda alguna, provocarán nuevos *Katrinas* en el futuro.

Y ahora Mike Pence está en posición de trasladar esta visión al resto de Estados Unidos.

Barra libre para los cleptócratas

La industria petrolífera no fue la única en beneficiarse del huracán *Katrina*. Inmediatamente después de la tormenta, la cuadrilla de los contratistas de Bagdad al completo —Bechtel, Fluor, Halliburton, Blackwater, CH2M Hill y Parsons, esta última infame a causa del chapucero trabajo que había llevado a cabo en Irak— aterrizó en Nueva Orleans. Su objetivo era singular: demostrar que los servicios privatizados que habían proporcionado en Irak y Afganistán también tenían cabida en el mercado nacional y, de paso, procurarse contratos sin licitación valorados en un total de 3.400 millones de dólares.

Afloraron incontables controversias, demasiadas como para repasarlas todas aquí. A menudo se daba el caso de que la experiencia en la materia no tenía nada que ver con la adjudicación de los contratos. Fijémonos, por ejemplo, en la empresa a la que la Agencia Federal de Gestión de Emergencias pagó 5,2 millones de dólares para que se encargara de la crucial tarea de construir un campo base destinado a los trabajadores de emergencias en el barrio periférico de Saint Bernard, en Nueva Orleans. La construcción se retrasó hasta el punto de no llegar a terminarse jamás. Al investigar el caso, se supo que el contratista, Lighthouse Disaster Relief, era, de hecho, un grupo religioso. «Lo más parecido que había hecho antes fue organizar un campamento para los jóvenes de mi iglesia», confesó el director de Lighthouse, el pastor Gary Heldreth.

Cuando los subcontratistas se hubieron lucrado a todos los niveles, apenas quedó nada para los que estaban llevando a cabo el trabajo. El escritor Mike Davis investigó cómo la Agencia Federal de Gestión de Emergencias pagó a Shaw 175 dólares por pie cuadrado [0,09 metros cuadrados] para instalar lonas azules en los tejados dañados, aunque las lonas las proporcionaba el Gobierno. Después de quedarse su parte, los

subcontratistas pagaron a los trabajadores que instalaron las lonas con sus propias manos la irrisoria cantidad de dos dólares por pie cuadrado. «En otras palabras, todos los niveles de la cadena alimenticia de los contratistas están grotescamente sobrealimentados, excepto el eslabón más bajo, donde de verdad se lleva a cabo el trabajo». Estos supuestos «contratistas» —igual que la Organización Trump— son pura farsa: extraen el beneficio y luego estampan su firma en servicios de mala calidad o inexistentes.

En noviembre de 2005, el Congreso —controlado por los republicanos— anunció que, para compensar por las decenas de miles de millones que se habían invertido en empresas privadas mediante contratos y exenciones tributarias, iba a recortar 40.000 millones de dólares del presupuesto federal. Entre los programas que se destriparon se encontraban los préstamos universitarios, Medicaid (el programa de seguros de salud del Gobierno para gente necesitada) y los cupones de comida. Es decir, que las personas más pobres de Estados Unidos subvencionaron la bonanza de los contratistas por partida doble: primero, cuando la campaña para subsanar los daños causados por el huracán *Katrina* se transformó en apoyos financieros corporativos no regulados que no proporcionaron ni empleos decentes ni servicios públicos funcionales; y, segundo, cuando los pocos programas de asistencia directa para atender a desempleados y trabajadores pobres de todo el país fueron reducidos a cenizas para pagar unas facturas infladas.

Nueva Orleans es el plan de acción para el capitalismo del desastre diseñado por el actual vicepresidente y por la Fundación Heritage, el *think tank* de extrema derecha al que Trump ha asignado gran parte del presupuesto de su Administración. En última instancia, la respuesta ante el *Katrina* provocó que el índice de apoyo de George W. Bush cayera en picado, una bajada que terminaría arrebatando la presidencia a los republicanos en 2008. Nueve años después, habiendo recuperado los republicanos el control del Congreso y de la Casa Blanca, no es difícil imaginar que este experimento de privatización de la respuesta ante catástrofes podría ser adoptado a escala nacional.

La presencia de Policía altamente militarizada y de soldados privados armados en Nueva Orleans cogió a muchos por sorpresa. Desde entonces, dicho fenómeno se ha expandido exponencialmente: vemos a las fuerzas policiales locales de todo el país provistas de pies a cabeza con equipamiento de calidad militar, incluyendo tanques y drones, y cómo las empresas de seguridad privadas suelen proporcionar formación y apoyo. Teniendo en cuenta la cantidad de contratistas de defensa y militares privados que ocupan cargos de importancia en la Administración Trump, cabe esperar que todo esto no haga más que seguir creciendo con cada nuevo shock.

La experiencia del *Katrina* también se erige en una seria advertencia para aquellos que mantienen la esperanza de que Trump cumpla su promesa de invertir un billón de dólares en infraestructuras. Con dicha inversión se repararán algunas carreteras y puentes, y se creará empleo (aunque, como veremos en el capítulo 10, muchos menos de los que se crearían si se invirtiera en una infraestructura verde con el propósito de dejar atrás los combustibles fósiles). Es también importante destacar que Trump ha declarado que sus planes pasan por minimizar el uso del sector público a favor de colaboraciones entre el sector público y el privado, las cuales tienen un historial nefasto de corrupción y podrían derivar en salarios muy por debajo de los que podrían proporcionarse mediante verdaderos proyectos de obras públicas. Dados el historial de Trump como empresario y la función de Pence dentro de la Administración, sobran los motivos para temer que esta costosa inversión en infraestructuras termine convirtiéndose en una cleptocracia al estilo *Katrina*, con un Gobierno de ladrones y la camarilla de Mar-a-Lago quedándose enormes cantidades del dinero del contribuyente.

Nueva Orleans nos pinta un panorama descorazonador de lo que podemos esperar que ocurra cuando llegue el próximo shock. Pero, desgraciadamente, dista mucho de ser una imagen completa: todavía hay muchas más cosas que la actual Administración podría intentar forzar al amparo de una crisis. Y, para poder resistir a los shocks, también debemos prepararnos para ellas.

Capítulo 9
La lista de tareas tóxica: Qué se puede esperar cuando se espera una crisis

En el Nueva Orleans posterior al *Katrina*, algunos de los actores clave que ahora forman filas junto a Trump mostraron hasta dónde están dispuestos a llegar para diezmar la esfera pública y promover los intereses de los constructores, contratistas privados y empresas petrolíferas. Y, ahora mismo, se encuentran en posición de implantar el modelo *Katrina* en todo el país.

Hay algo que hace que esta constelación de capitalistas del desastre sea todavía más inquietante, y es que, aunque Trump ha logrado perpetrar un daño considerable en sus primeros meses en la presidencia, los tribunales y el Congreso le han dificultado las cosas en repetidas ocasiones. Y muchos de los puntos más radicales de la lista de deseos de su Administración todavía están por proponerse. Por ejemplo, su secretaria de Educación, Betsy DeVos, ha dedicado su vida a promover un sistema de educación privado como el que se implementó en Nueva Orleans tras el *Katrina*. Muchas de las personalidades que rodean a Trump luchan fervientemente por desmantelar la Seguridad Social, y algunos sienten el mismo fervor en su aversión hacia la libertad de prensa, los sindicatos y las manifestaciones políticas. El propio Trump ha sopesado en público la posibilidad de llevar «a los federales» a ciudades como Chicago para que lidien con la delincuencia y, durante la campaña electoral, prometió prohibir la entrada a todos los musulmanes a Estados Unidos, y no solo a los originarios de los países incluidos en sus particulares listas personales. Su fiscal general, Jeff Sessions, se ha mostrado muy crítico sobre los «decretos de consentimiento» de los departamentos de Policía, una importante medida que permite al Departamento de Justicia y a los tribunales federales intervenir en las fuerzas policiales locales y estatales en caso de identificar un patrón de abusos (como, por ejemplo, una serie de tiroteos contra personas negras desarmadas). El argumento de Sessions es que estos mecanismos de rendición de cuentas «pueden minar la moral de los agentes», lo que afectaría a su capacidad de luchar contra el crimen (ningún dato respalda dicha afirmación).

Los patrocinadores más ricos de la campaña de Trump y, en general, de la extrema derecha —los multimillonarios hermanos Koch y la familia Mercer— tienen la vista puesta en eliminar las restricciones en la financiación de la política y en acabar con las leyes que exigen transparencia sobre el gasto de dicho capital privado. Bajo el pretexto de estar luchando contra una crisis de «fraude electoral» inventada, también prestan su apoyo a ciertos grupos que se han dedicado a promover medidas que dificultan todavía más el acceso al voto a personas de nivel adquisitivo bajo y a las minorías, como, por ejemplo, normas que obligan a presentar un documento de identidad con fotografía para votar (algunas versiones de estas iniciativas ya habían sido implementadas al menos en treinta y dos estados antes de que Trump fuera elegido). De lograrse este doble objetivo, la financiación de los republicanos será tan superior a la de la oposición progresista, y se dificultará tanto el acceso a las urnas a los votantes de esta última, que el golpe maestro corporativo que Trump representa podría ser permanente.

Materializar esta visión antidemocrática íntegramente no es factible dadas las circunstancias actuales. Sin la presencia de una crisis, los tribunales obstaculizarían el proceso, y también lo harían los varios gobiernos federales controlados por los demócratas y, en el caso de algunos de los sueños más sádicos de Trump —como reintroducir las torturas—, incluso el Congreso podría oponerse.

Pero el plan sigue ahí, a la espera. Por eso, el autor y periodista Peter Maass, en un artículo para *The Intercept*, describió el Gobierno de Trump como «una pistola cargada que se disparará con el mínimo roce» o, en otras palabras, con la mínima crisis. Tal como Milton Friedman escribió hace mucho, «solo una crisis —real o percibida— da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que esa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes y mantenerlas vivas y activas hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable». Mientras los *preparacionistas* acumulan latas de comida y agua para afrontar un posible cataclismo, estos otros acumulan ideas asombrosamente

antidemocráticas.

Por lo tanto, las preguntas que debemos hacernos son qué desastre o serie de desastres podrían cumplir una función facilitadora y qué puntos de la lista de tareas tóxicas es más probable que asomen la cabeza ante estas primeras oportunidades.

Ha llegado el momento de prepararnos para el desastre.

ESTADOS DE EMERGENCIA, ESTADOS DE EXCEPCIÓN

Durante la campaña electoral, algunos pensaron que los elementos más manifiestamente racistas del programa de Trump eran parte de un discurso diseñado para provocar a las bases, y no algo que de verdad pretendiera llevar a cabo. En la primera semana de Trump en la presidencia, cuando impuso un veto migratorio a siete países de mayoría musulmana, esa reconfortante esperanza se desvaneció. Y la respuesta fue inmediata. Miles y miles de personas de algunas de las principales ciudades de Estados Unidos salieron de sus casas y se dirigieron en tropel a los aeropuertos para exigir que se revocara la prohibición y que los viajeros a los que se había retenido fueran puestos en libertad. Los taxistas de Nueva York se negaron a cobrar las carreras desde o hacia el aeropuerto JFK, los políticos y abogados locales se personaron en el aeropuerto en masa para ayudar a las personas detenidas y un juez federal intervino para bloquear el veto. Cuando Trump modificó ligeramente su orden ejecutiva y la emitió de nuevo, otro juez se interpuso en su camino.

El episodio fue toda una demostración de poder de resistencia y de valentía judicial, y había mucho que celebrar. Pero no podemos olvidar que un ataque terrorista en Estados Unidos podría proporcionar un pretexto a la Administración para hacer caso omiso de este tipo de resistencia. Lo más probable es que lo hicieran rápidamente, clasificando de amenaza a la «seguridad nacional» las manifestaciones y las huelgas que bloquean las calles y los aeropuertos, y luego usarían este mismo pretexto para perseguir a los organizadores de las manifestaciones, vigilándolos, deteniéndolos y encarcelándolos. Muchos recordamos muy vivamente el ambiente del «Con nosotros o con los terroristas» que se vivió tras el 11-S, pero no hace falta que nos vayamos tan lejos para analizar el funcionamiento de estas dinámicas.

Inmediatamente después de los ataques terroristas perpetrados en Westminster, Londres, en marzo de 2017, cuando un conductor arrolló a un grupo de viandantes, asesinando deliberadamente a cuatro personas e hiriendo a decenas, el Gobierno conservador enseguida declaró que cualquier expectativa de privacidad en las comunicaciones digitales pasaba a considerarse como una amenaza a la seguridad nacional. En declaraciones a la BBC, la secretaria de Interior Amber Rudd dijo que la encriptación de extremo a extremo proporcionada por programas como WhatsApp es «totalmente inaceptable». Asimismo, dijo que se iban a reunir con las principales empresas tecnológicas «para pedirles que colaboren con nosotros» y les dieran acceso a sus plataformas mediante puertas traseras.

En 2015, en Francia, tras los ataques coordinados que acabaron con la vida de ciento treinta personas en París, el Gobierno de François Hollande declaró un «estado de emergencia» por el que las manifestaciones políticas quedaban prohibidas. Estuve en Francia una semana después del terrible acontecimiento y me llamó la atención que, a pesar de que los objetivos de los atacantes habían sido un concierto, un estadio de fútbol, restaurantes y otros símbolos de la vida cotidiana parisina, lo único que se había prohibido era la actividad política en las calles. Los conciertos multitudinarios, los mercados de Navidad y los eventos deportivos —el tipo de lugares que podían considerarse objetivos probables de futuros ataques— prosiguieron con toda normalidad.

En los meses que siguieron, el decreto del estado de emergencia se extendió una y otra vez hasta llegar a sobrepasar el año. Actualmente se prevé que siga vigente al menos hasta julio de 2017: es la nueva normalidad. Y todo ello con un Gobierno de centroizquierda y en un país que cuenta con una larga tradición de huelgas y manifestaciones disruptivas. Habría que ser muy ingenuo para pensar que Donald Trump y Mike Pence perderían un minuto para aprovecharse de cualquier ataque perpetrado en Estados Unidos para ir mucho más lejos. Debemos estar preparados para que exploten los shocks relacionados con la seguridad y los conviertan en excusas para prender y encarcelar a grandes cantidades de personas pertenecientes a las comunidades que la Administración ya tiene en el punto de mira: inmigrantes sudamericanos, musulmanes, organizadores del movimiento Black Lives Matter, activistas ecologistas. Todo es posible. Y, bajo el pretexto de desatar las manos de los agentes de Policía, Sessions tendría la excusa que necesitaba para deshacerse de la supervisión federal de la Policía local y estatal.

Desgraciadamente, nada garantiza que, tras un ataque, los jueces se opongan a Trump tan valientemente como lo hicieron inmediatamente después de su toma de posesión. Por mucho que se posicionen como

árbitros neutrales, los tribunales no son inmunes a la histeria pública. Y no hay duda de que el presidente se aprovecharía de cualquier ataque terrorista en el país para culpar a los tribunales. Lo dejó meridianamente claro cuando, a la luz de la derogación de su primer veto migratorio, tuiteó: «No me puedo creer que un juez pueda poner nuestro país en tal peligro. Si pasa algo, cúlpenle a él y al sistema judicial».

El retorno de Prince

Trump no ha escondido su interés por la tortura. «La tortura funciona —dijo durante la campaña—, solo un idiota diría lo contrario». También prometió llenar Guantánamo de nuevos «tipos malos»: «Creedme, lo vamos a llenar».

Desde un punto de vista legal, no le será fácil. Desde que la Administración de George W. Bush encontrara vacíos legales para seguir la senda del sadismo, los tribunales norteamericanos se han encargado de ponérselo difícil a las administraciones venideras que pretendan tomarle el relevo, y el Senado también ha hecho lo propio al aprobar una enmienda en 2015 que establece claramente que todas las técnicas de interrogación deben seguir el *Manual de campo del Ejército de Estados Unidos*.

Sin embargo, si el país se encontrara al borde de una crisis de seguridad lo suficientemente grave, no hay motivos para esperar que la Cámara y el Senado, controlados por los republicanos, denegaran a la Casa Blanca los poderes que pudiera exigir. Y Mike Pompeo, el director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) designado por Trump, ha mostrado una postura abierta y alarmantemente retrógrada. Después de afirmar categóricamente en su audiencia de confirmación que no permitiría que las tácticas de tortura regresaran, más tarde volvió sobre el tema para añadir: «Si los expertos consideraran que la ley vigente fuera un impedimento para reunir la información esencial para proteger el país, querría conocer dichos impedimentos y saber si existe alguna recomendación apropiada para cambiar la ley vigente». También ha exigido la revocación de las limitadas restricciones en la vigilancia digital impuestas tras las revelaciones de Edward Snowden.

Por desgracia, y a pesar de no contar con el beneplácito del Congreso o de la CIA, si una Administración está resuelta a quebrantar la ley, logrará encontrar la forma de hacerlo. Lo más probable es que Trump encargue el trabajo sucio a contratistas privados; no en vano, el fundador de Blackwater, Erik Prince (quien, casualmente, es hermano de la secretaria de Educación Betsy DeVos) ha estado asesorando a Trump bajo cuerda. El periodista de investigación Jeremy Scahill, autor de un laureado libro sobre Blackwater, informa de que Prince no solamente donó 100.000 dólares a un comité de acción política simpatizante de Trump, sino que además asesoró activamente al equipo de transición «en cuestiones relacionadas con la inteligencia y la defensa, incluyendo la propuesta de candidatos para los departamentos de Defensa y de Estado». Asimismo, *The Washington Post* publicó en abril un artículo en el que se exponía:

> Los Emiratos Árabes Unidos habían concertado una reunión secreta en enero entre el fundador de Blackwater, Erik Prince, y un ciudadano ruso del entorno del presidente Vladimir Putin en un supuesto esfuerzo por establecer un canal de comunicación extraoficial entre Moscú y el presidente electo Donald Trump, según informan autoridades norteamericanas, europeas y árabes. El encuentro se celebró alrededor del 11 de enero, nueve días antes de la investidura de Trump, en las islas Seychelles en el océano Índico, según las citadas autoridades.

Según informó el *Post*, Prince «se presentó como un enviado no oficial de Trump». Mediante un portavoz, Prince afirmó que la información era «completamente falsa. Dicho encuentro no tuvo nada que ver con el presidente Trump».

El involucramiento de Prince en todo esto resulta preocupante por razones que van más allá del descubrimiento de un nuevo vínculo entre el equipo de Trump y Rusia. Tras una larga sucesión de demandas e investigaciones (en 2014, un jurado federal norteamericano declaró culpables a cuatro empleados de Blackwater a los que se acusaba, entre otros cargos, de asesinato en primer grado en una masacre en la plaza Nisour de Bagdad que acabó con la vida de diecisiete personas), Prince intentó cambiar el nombre de Blackwater y finalmente terminó vendiéndola. Ahora tiene una empresa nueva: Frontier Services Group. Se ha subido al carro de la histeria colectiva antiinmigrantes que se está propagando por todo el mundo, y vende sus servicios argumentando que son la forma más eficaz de evitar que los inmigrantes crucen las fronteras. En Europa, esgrime el argumento de que, si se contrata a su empresa para que opere en Libia, los países lograrán «proteger sus fronteras, evitando así que los migrantes lleguen al Mediterráneo». En un artículo para *Financial Times* de principios de 2017, Prince explicó que, de implementarse su plan, «los contrabandistas de migrantes no tendrán dónde esconderse: serán detectados,

detenidos y transportados mediante una combinación de operaciones por tierra y aire»; todo bien privatizado y bien lucrativo.

El resurgimiento de Prince es un recordatorio de que existen muchas puertas traseras pensadas para sortear las disposiciones constitucionales. Y Trump, igual que otros líderes, puede recurrir a empresas como la de Prince para contratar servicios de vigilancia, interrogatorios y controles fronterizos extremadamente robustos.

NO LES HACE FALTA UN PLAN

Algunos han advertido de que Trump tiene tanto que ganar en una situación de miedo y confusión intensos y una indiferencia tan descarada hacia la verdad, que podemos esperar que su Administración maquine sus propias crisis. Aunque no sería prudente descartar nada cuando se trata de este grupo de personas, lo cierto es que las conspiraciones nefarias no hacen ninguna falta. Después de todo, el enfoque temerario e incompetente de Trump del Gobierno tiene mucho de fábrica de desastres.

Fijémonos en las declaraciones públicas incendiarias de la Administración y sus políticas sobre musulmanes y «terrorismo islámico radical». Una década y media después del inicio de la llamada Guerra contra el Terror, nadie debería escandalizarse ante la siguiente obviedad: este tipo de acciones y de retórica aumentan las posibilidades de una respuesta violenta de forma exponencial. Actualmente, los que advierten de este peligro más enérgicamente no son los activistas antiguerra ni antirracismo, sino personalidades importantes de las comunidades militares y de inteligencia y el *establishment* de la política exterior. Arguyen que la percepción de que Estados Unidos está en guerra con el islam como credo y contra los musulmanes como grupo es un regalo para los extremistas que buscan racionalizar los ataques violentos contra soldados y civiles norteamericanos. Daniel L. Byman, un experto de la Brookings Institution que colaboró en la investigación conjunta de los comités de inteligencia del Senado y de la Cámara de Representantes sobre el 11-S, lo describe así: «Las acciones y la retórica de Trump dan credibilidad a la narrativa de los yihadistas sobre la existencia de una guerra entre civilizaciones».

Según consta, el Estado Islámico ya se ha referido a la primera orden ejecutiva antimusulmana sobre la migración como un «veto bendito» que los ayudará a reclutar luchadores. El Ministro de Exteriores iraní advirtió de que el veto sería un «regalo para los extremistas». Incluso el propio asesor de Seguridad Nacional de Trump, el teniente general H. R. McMaster, ha dicho que el frecuente uso de la expresión «terrorismo islámico radical» por parte de Trump es poco útil porque, dice, los terroristas son «no islámicos». Pero no ha cambiado nada. Trump parece resuelto a hacer todo lo posible para reforzar el mensaje de la guerra santa.

La idea de que Trump no es consciente de sus provocaciones suena tan falsa como cuando afirma no saber que su retórica racista haya generado un caldo de cultivo para los crímenes de odio.

EL SHOCK DE LA GUERRA

Explotar el clima de miedo con tal de embarcarse en una guerra abierta en el extranjero es la forma más nefasta que tienen los gobiernos de reaccionar de forma desmesurada ante los ataques terroristas. Que el objetivo esté o no relacionado con los ataques terroristas no es especialmente relevante: Irak no fue responsable del 11-S y aun así fue invadido.

La mayoría de los objetivos más probables de Trump se encuentran en Oriente Medio. La lista incluye (aunque, por supuesto, puede crecer en cualquier momento): Siria; Yemen, donde Trump ya ha aumentado la cantidad de ataques con drones; Irak, donde los ataques mortales con víctimas civiles también van en aumento; y, el más peligroso, Irán. Naturalmente, luego está Corea del Norte. De hecho, en una visita a la zona desmilitarizada que separa Corea del Norte de Corea del Sur, el secretario de Estado, Tillerson, declaró que «todas las opciones están sobre la mesa», negándose a descartar un ataque militar preventivo en respuesta al ensayo de misiles del régimen de Corea del Norte. A esto siguió la demostración de fuerza de Trump al anunciar el despliegue inmediato de un grupo de combate de la Marina de Estados Unidos que incluía dos destructores, un crucero de misiles guiados y un portaaviones de propulsión nuclear en la península de Corea (para el bochorno de la Administración, el portaaviones fue fotografiado a miles de kilómetros de distancia, rumbo justo en la dirección opuesta, para llevar a cabo ejercicios conjuntos con la Marina australiana). Y, para acompañar a sus acciones, Trump tuiteó, en un alarde de testosterona, que si China no intervenía, «¡resolveremos el problema sin ellos!». Mientras tanto, los medios de comunicación

estatales de Corea del Norte declararon, para el horror de muchos, que el país estaba preparado para lanzar un ataque nuclear «en territorio estadounidense».

Trump ha hecho un llamamiento abierto a una nueva «carrera armamentística» nuclear, un llamamiento que no se oía desde la década de 1980. Se sabe que ha preguntado a sus asesores en política exterior en repetidas ocasiones por qué Estados Unidos no puede usar armas nucleares, sin acabar de comprender, por lo visto, el principio de la represalia. Y uno de los patrocinadores económicos más importantes de Trump, Sheldon Adelson, ha hablado sobre la necesidad de amenazar a Irán con un ataque nuclear «en mitad del desierto, donde no alcance a nadie…, excepto a algunas serpientes de cascabel. Y luego les decimos: "¿Lo habéis visto? El próximo irá al corazón de Teherán. Vamos en serio"». Adelson aportó 5 millones de dólares a la investidura de Trump, convirtiéndose en la donación de este tipo más elevada de la historia.

Con esto no quiero decir que una guerra nuclear sea probable. Pero, teniendo en cuenta el poco tiempo que Trump lleva en la presidencia, el grado de intensificación militar que ya estamos presenciando resulta escalofriante y extrañamente caótico. Tal como demostró su prematuro despliegue del arma convencional más potente del arsenal de Estados Unidos (la *massive ordnance air blast* —MOAB, la llamada «madre de todas las bombas»—), Trump ha tomado el gusto a mostrar al mundo su poder. De ahí que Mijaíl Gorbachov, quien abogó por el desarme desde su posición de líder soviético, escribiera en la revista *Time* que, en este momento, «la amenaza nuclear vuelve a parecer real. Las relaciones entre las grandes potencias han ido de mal en peor durante los últimos años. Los defensores del rearme armamentístico y del complejo militar industrial se frotan las manos». Y esto lo dijo antes de que Trump subiera la apuesta ante Corea del Norte.

Existen muchas razones por las que el séquito de Trump, especialmente todos los que han salido directamente del sector de la defensa, podrían decidir que una mayor intensificación militar es necesaria. Como ya vimos con el bombardeo sobre Siria que el presidente ordenó en abril de 2017 —el cual, según algunos expertos, fue ilegal, ya que se ordenó sin la aprobación del Congreso—, Trump logró la cobertura mediática más positiva de su mandato: los halcones liberales le adularon con tanto fervor como sus apasionados seguidores de la cadena Fox. Mientras tanto, su círculo más inmediato enseguida señaló los ataques como la prueba de que no existían relaciones inapropiadas entre la Casa Blanca y Rusia. «Si se ha conseguido algo con lo de Siria, ha sido validar el hecho de que no existen vínculos con Rusia», declaró Eric, el hijo de Trump de treinta y tres años, a *The Daily Telegraph* (acaso revelando sin querer que la decisión de llevar a cabo el bárbaro ataque respondía a algo más que a la compasión por los «preciosos bebés»).

Las guerras de Exxon

Hay otra razón por la que esta Administración podría apresurarse a explotar una crisis de seguridad para iniciar una nueva guerra o intensificar un conflicto existente: no hay manera más rápida y efectiva de subir el precio del petróleo, especialmente si la violencia afecta a las reservas de petróleo que se suministran al mercado mundial.

En este sentido, la relación entre el secretario de Estado, Rex Tillerson, y Exxon Mobil, uno de los gigantes del petróleo que se beneficiaría más directamente de la subida de los precios, resulta especialmente inquietante. Sí, es cierto que Tillerson aceptó desinvertir en la empresa y abstenerse de participar en cualquier decisión que estuviera directamente relacionada con Exxon Mobil durante un año. Pero sus vínculos con la empresa siguen siendo sólidos. Y es que Tillerson dedicó a Exxon cuarenta y un años de su vida, es decir, toda su carrera profesional, y además Exxon aceptó compensarle con un paquete de jubilación valorado en nada más y nada menos que 180 millones de dólares; no sería extraño que una cantidad tan elevada (especialmente teniendo en cuenta el sonado declive de la fortuna de la empresa bajo su liderazgo) pudiera despertar cierto sentimiento de gratitud en el secretario de Estado (¿qué otro sentimiento se podría albergar hacia una corporación que compensara su marcha con 180 millones de dólares?). En palabras de Tom Sanzillo, director de finanzas en el Instituto para la Economía Energética y el Análisis Financiero: «Puedes sacar al chico de Exxon, pero no sacarás a Exxon del chico».

Asimismo, a pesar de que Tillerson pueda abstenerse de participar en las decisiones relacionadas con infraestructuras en las que Exxon Mobil tiene un claro interés (como la aprobación del oleoducto Keystone XL), no se puede abstener de las numerosas decisiones en materia de política exterior que podrían afectar al precio del petróleo, decisiones que podrían suponer miles de millones en beneficios para la empresa. De hacerlo, tendría que abstenerse de cualquier discusión sobre conflictos militares en regiones ricas en petróleo, o de cualquier conversación directa con los líderes de los petroestados. Y ya hemos visto

que Tillerson no tiene intención alguna de hacerlo.

La relación entre la guerra y los precios del petróleo no es hipotética. Cuando los precios del petróleo bajan, la inestabilidad aumenta en países dependientes del petróleo como Venezuela y Rusia. Por otro lado, cuando estalla un conflicto en países que disponen de activos petrolíferos importantes —como Nigeria o Kuwait—, el precio del petróleo se dispara porque los mercados anticipan una contracción del suministro (incluso se registró una pequeña subida en el precio del petróleo cuando Trump ordenó el ataque con misiles sobre Siria en abril). «Existe una correlación directa entre los precios del petróleo y los conflictos», explica Michael Klare, profesor de Estudios de Paz y Seguridad Mundial en el Hampshire College. Prueba de ello es la invasión de Irak en 2003, que contribuyó a una subida desorbitada del precio del petróleo, que pasó de los treinta dólares por barril al inicio de la invasión a superar los cien dólares en 2008. A su vez, esto provocó el bum de la inversión en arenas bituminosas y la estampida hacia el Ártico. Y esta dinámica podría repetirse. Una guerra que desconecte las grandes reservas de petróleo estatales o que debilite considerablemente el poder de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) podría dar pie a una verdadera bonanza para las grandes petroleras. Exxon Mobil, con sus grandes reservas de arenas bituminosas y proyectos de gran magnitud pendientes en el Ártico ruso, tendría mucho que ganar.

La única persona que obtendría un mayor beneficio de este tipo de inestabilidad probablemente sea Vladimir Putin, el presidente de un enorme petroestado que lleva inmerso en una crisis económica desde la caída del precio del crudo. Rusia es el mayor exportador de gas natural del mundo y el segundo mayor exportador de petróleo (después de Arabia Saudí). Putin recibió la subida de los precios con los brazos abiertos: antes de 2014, el 50 % de los ingresos presupuestarios de Rusia provenían del petróleo y del gas.

Pero cuando los precios se desplomaron, el Gobierno de pronto echó en falta cientos de miles de millones de dólares, lo que provocó una catástrofe económica que se cobró un enorme coste humano. Según el Banco Mundial, en 2015 los salarios reales cayeron casi un 10 % en Rusia; la divisa rusa, el rublo, fue depreciada alrededor de un 40 %; y la población clasificada como pobre pasó de 3 millones a más de 19 millones. Putin se hace el fuerte, pero esta crisis económica le hace vulnerable en casa.

Esto ha dado pie a que muchos especulen con que la implicación militar de alto riesgo de Rusia en Siria está en parte motivada por el deseo de volver a subir los precios del petróleo. Esta teoría ha sido prominentemente planteada por Alexander Temerko, un empresario de derechas británico natural de Ucrania que trabaja en la industria del petróleo. En 2015, Temerko escribió lo siguiente en *The Guardian*:

> Una guerra prolongada en Oriente Medio serviría a los intereses de Putin perfectamente. Cuanto más se enraíce y se extienda el conflicto, más probable será la subida del petróleo y del gas a nivel mundial, lo que le ayudaría a liderar la recuperación económica del país y a invalidar las sanciones.
>
> Así pues, el objetivo final de Putin es abrir paso a tiempos mejores mientras apoya un sistema que se aprovecha del patriotismo y de la solidaridad de las personas. Su plan maestro es que los ingresos esenciales procedentes del petróleo y del gas se recuperen para ganarse así la lealtad de 140 millones de rusos.

Eso es simplificar demasiado los hechos: existen otras razones que justifican la presencia de Putin en Siria, incluyendo su deseo de tener acceso a los puertos del país y, potencialmente, a sus yacimientos de petróleo y de gas; además, la guerra siempre es una buena forma de distraer la atención sobre las desgracias que se tienen en casa.

También se ha hecho mucho ruido sobre el colosal trato entre Exxon Mobil y la empresa petrolera pública rusa Rosneft para perforar en el Ártico. Putin se vanaglorió diciendo que el trato estaba valorado en medio billón de dólares, pero las sanciones que la Administración de Obama impuso a Rusia lo desbarataron. Aun así, es sumamente probable que, a pesar de las posiciones contrarias de ambas partes en lo referente a Siria, Trump levante dichas sanciones y allane el camino para que se lleve a cabo el acuerdo, lo que estimularía rápidamente la debilitada fortuna de Exxon Mobil (algunos meses después de que Trump asumiera la presidencia, la empresa solicitó la exención de las sanciones impuestas por Estados Unidos y le fue denegada).

No obstante, aunque se levanten las sanciones, todavía hay un factor que obstaculizaría el desarrollo del proyecto: el bajo precio del petróleo. Tillerson hizo el trato con Rosneft en 2011, cuando el precio del petróleo había alcanzado el desorbitado precio de ciento diez dólares por barril. Su primer compromiso era explorar en el mar al norte de Siberia en busca de petróleo bajo unas arduas y heladas condiciones de extracción. Desde la caída del precio del petróleo, otras grandes empresas petrolíferas, incluyendo Shell y la francesa Total, han retirado sus proyectos de perforación en el Ártico, en parte por los altos costes provocados por el ambiente helado (se estima que el precio de equilibrio de la perforación en el Ártico se encuentra alrededor de cien dólares por barril, si no más). Esto significa que, aunque Trump levantara las

sanciones, no tendría sentido que Exxon y Rosneft siguieran adelante con su proyecto, a menos que los precios del petróleo subieran lo suficiente. En otras palabras: ambas partes tienen motivos importantes y complejos para querer que el precio del petróleo vuelva a dispararse.

Precisamente por eso tenemos que tener muy claro que la inestabilidad y la incertidumbre no es algo que los miembros centrales de la Administración de Trump y los que la rodean teman; al contrario, muchos de ellos la recibirán con los brazos abiertos. Trump se ha rodeado de maestros del caos, desde Tillerson hasta Mnuchin. Y el caos tiene un largo historial de provocar la subida del precio del petróleo. Si sube hasta ochenta dólares por barril o más, la lucha por desenterrar y quemar los combustibles fósiles más contaminantes, incluidos los que se encuentran bajo los hielos que se están deshaciendo, volverá a imponerse. La recuperación de los precios desataría una histeria generalizada por la extracción de alto riesgo de combustibles fósiles ricos en carbono, desde el Ártico hasta las arenas bituminosas. De permitirse todo lo anterior, la última oportunidad de evitar un cambio climático catastrófico nos sería definitivamente arrebatada.

En otras palabras: evitar la guerra y el caos climático son, en el sentido más literal, la misma causa.

LOS SHOCKS ECONÓMICOS

De la misma forma que es impensable que Trump no fuera consciente de que sus acciones y su retórica antimusulmana aumentarían las posibilidades de ataques terroristas, sospecho que muchos miembros de la Administración de Trump son plenamente conscientes de que su delirio por la liberalización financiera hace que shocks y desastres de otras naturalezas también sean más probables. Trump ha anunciado sus planes de desmantelar la Ley Dodd-Frank, la más importante introducida después del colapso bancario de 2008. Dodd-Frank no era lo suficientemente severa, pero su ausencia permitirá que Wall Street vuelva a perder la cabeza, inflando nuevas burbujas que indefectiblemente terminarán explotando, creando así nuevos shocks económicos.

El equipo de Trump es consciente de ello, pero no les preocupa, ya que el beneficio que se podría extraer de esas burbujas del mercado es demasiado tentador. Además, saben que, puesto que los bancos no llegaron a dividirse, siguen siendo demasiado grandes como para hundirse, lo que significa que si acontece otro derrumbe se los rescatará de nuevo, igual que ocurrió en 2008 (de hecho, Trump emitió una orden ejecutiva para la revisión de la parte de la Ley Dodd-Frank que estaba específicamente diseñada para evitar que los contribuyentes tuvieran que soportar los costes de un rescate similar, lo que no es un buen presagio, teniendo en cuenta la gran cantidad de antiguos ejecutivos de Goldman encargados de elaborar la política de la Casa Blanca).

No cabe duda de que algunos miembros de la Administración ven cómo algunas deseadas políticas se abrirían ante ellos como consecuencia de un buen shock en el mercado —o, ya puestos, un par—. Durante la campaña, Trump sedujo a los votantes con la promesa de no tocar la Seguridad Social o Medicare. Pero dicha promesa podría ser insostenible dados los profundos recortes de impuestos que se avecinan. Una crisis económica daría a Trump una conveniente excusa para abandonar sus promesas. Inmersos en un momento que se vendería al público como un Apocalipsis económico, Betsy DeVos podría llegar a tener la oportunidad de cumplir su sueño de sustituir los colegios públicos por un sistema basado en cupones y escuelas chárter.

La cuadrilla de Trump tiene una larga lista de deseos formada por políticas que no se prestan a la normalidad. Por ejemplo, en los albores de la nueva Administración, Mike Pence se reunió con el gobernador de Wisconsin, Scott Walker, para que le explicara cómo había logrado arrebatar a los sindicatos del sector público el derecho a la negociación de los convenios ya en 2011 (una pista: utilizó la excusa de la crisis fiscal del estado, lo que llevó al columnista de *The New York Times* Paul Krugman a declarar que «la doctrina del shock se ha hecho patente» en Wisconsin).

La situación es clara: es muy probable que no presenciemos el barbarismo económico de esta Administración en todo su esplendor durante el primer año, sino que aparecerá más adelante, cuando las inevitables crisis presupuestarias y shocks del mercado se pongan de manifiesto. Entonces, con el pretexto de rescatar al gobierno y tal vez a la economía en todo su conjunto, la Casa Blanca empezará a tachar los puntos más candentes de su lista de deseos corporativa.

LOS SHOCKS CLIMÁTICOS

Igual que es indudable que las políticas de seguridad nacional y economía de Trump generarán e intensificarán cualquier crisis, los pasos de la Administración dirigidos a aumentar la producción de combustibles fósiles, invalidar la mayor parte de las leyes medioambientales del país y tirar el Acuerdo de París sobre el clima por la ventana allanan el camino para nuevos accidentes industriales a gran escala, sin mencionar las futuras catástrofes climáticas. Existe un lapso de tiempo de aproximadamente una década desde el momento en que el dióxido de carbono se libera a la atmósfera hasta que se percibe el consiguiente calentamiento total, lo que significa que es probable que las peores consecuencias climáticas provocadas por las políticas de esta Administración no se adviertan hasta que ya no esté en el poder.

Dicho esto, ya hemos provocado tanto calentamiento que ningún presidente podría llegar al fin de su legislatura sin tener que afrontar ninguna catástrofe climática. De hecho, Trump no llevaba ni dos meses como presidente cuando tuvo que gestionar los tremendos incendios de las Grandes Llanuras que provocaron tantas muertes de ganado que un ganadero describió la situación como «nuestro huracán *Katrina*».

Trump no mostró particular interés en los incendios, y ni siquiera les dedicó un tuit. Pero en cuanto la primera gran tormenta azote una costa, veremos una reacción muy distinta por parte de un presidente que conoce bien el valor de la propiedad frente al mar y a quien nunca ha importado otra cosa que construir para el 1 %. Lo preocupante, naturalmente, es que se repita la estafa del *Katrina* y los «miles de millones perdidos» de Irak, puesto que los contratos asignados con prisas son ideales para la corrupción, y los evacuados y los trabajadores son los que terminan pagando las consecuencias.

UNA RESPUESTA LUJOSA ANTE LAS CATÁSTROFES

Sin embargo, es más que probable que la mayor acentuación de la era de Trump esté relacionada con los servicios de respuesta ante catástrofes diseñados específicamente para los ricos, lo que un titular de la revista *New Yorker* recientemente llamó «preparaciones para el fin del mundo para los superricos». Mientras escribía *La doctrina del shock*, esta industria todavía estaba en sus comienzos, y algunas empresas pioneras no lograron sobrevivir. Por ejemplo, escribí sobre una aerolínea de corta vida llamada Help Jet establecida en el West Palm Beach que Trump tanto adora. Durante su existencia, Help Jet ofrecía toda una gama de servicios de rescate de lujo a cambio de una cuota de suscripción.

Cuando se avecinaba un huracán, Help Jet enviaba limusinas a recoger a sus miembros, los alojaba en complejos de golf y balnearios de cinco estrellas en algún lugar seguro, y luego se los llevaba rápidamente en *jets* privados. «Sin colas, sin aglomeraciones. Una experiencia de primera clase que convierte un problema en unas vacaciones», rezaban los anuncios de la empresa. «Disfruta del placer de ahorrarte la pesadilla propia de las evacuaciones en caso de huracán». La ventaja de la perspectiva nos dice que Help Jet, lejos de haber juzgado mal el nicho de mercado de estos servicios, simplemente se había adelantado a su tiempo. Actualmente, en Nueva York existen complejos residenciales de lujo que han empezado a ofrecer a los potenciales residentes una serie de servicios exclusivos y privados en caso de catástrofe: desde iluminación de emergencia, pasando por bombas de agua y generadores privados y hasta compuertas de cuatro metros. Un complejo de pisos de Manhattan presume de sus lavaderos herméticamente sellados al «estilo submarino», por si otro huracán *Sandy* azotara la costa. Los campos de golf de Trump también se están intentando preparar. En Irlanda, el hotel Trump International Golf Links ha solicitado la construcción de un muro de cuatro metros de altura y tres kilómetros de longitud para proteger la propiedad costera de la subida del nivel del mar y las cada vez más frecuentes tormentas peligrosas.

En un reportaje para la revista *The New Yorker*, Evan Osnos explicó recientemente que los *preparacionistas* de Silicon Valley y Wall Street que más en serio se toman la posibilidad de una alteración en el clima y un colapso social están adquiriendo espacio en búnkeres subterráneos en Kansas (protegidos por mercenarios fuertemente armados) y construyendo casas a las que huir en terrenos elevados en Nueva Zelanda. No hace falta decir que, para llegar, necesitas tu propio avión privado: es la Zona Verde definitiva.

En el lado de los más extremistas encontramos al multimillonario cofundador de PayPal Peter Thiel, quien contribuyó con grandes donaciones a la campaña de Trump y forma parte de su equipo de transición. Thiel se unió a una iniciativa llamada The Seasteading Institute, cofundada por Patri Friedman (el nieto de Milton) en 2008. El propósito de Seasteading es que las personas adineradas puedan, en un futuro, formar estados-nación totalmente independientes en mar abierto, protegidos de la subida del nivel del mar y enteramente autosuficientes. Tal como dice el manifiesto del movimiento, todo aquel que no esté dispuesto a pagar impuestos u obedecer la normativa, solo deberá «votar con el barco». Últimamente se ha advertido una falta de interés en el proyecto por parte de Thiel, ya que cree que la logística necesaria para construir

estados-nación flotantes «no es del todo factible», pero la iniciativa sigue en marcha.

Lo más preocupante del fenómeno *preparacionista* de lujo (además de lo extraño que resulta) es que los suntuosos planes de evacuación de los ricos van en detrimento de la motivación de conservar las infraestructuras de respuesta en caso de catástrofes pensadas para auxiliarnos a todos, al margen de los ingresos de cada uno, que es precisamente la misma dinámica que provocó el desmesurado e innecesario sufrimiento que se vivió en Nueva Orleans durante el *Katrina* (los *preparacionistas* se refieren a FEMA —las siglas en inglés de Agencia Federal de Gestión de Emergencias— con la frase *Foolishly Expecting Meaningful Aid*, que viene a significar «Esperando Ayuda como Idiotas», una broma que solo resulta graciosa si dispones de los recursos necesarios para pagar tu propia evacuación al contado).

Esta infraestructura anticatástrofe de dos niveles está avanzando a una velocidad alarmante. En estados con predisposición a los incendios como California o Colorado, las compañías de seguros ofrecen un servicio de «conserjería» a sus clientes exclusivos: cuando los incendios amenazan sus mansiones, la compañía envía un equipo de bomberos privados para que apliquen una capa ignífuga protectora. Y, mientras tanto, la esfera pública sigue deteriorándose.

California nos da una pista de hacia dónde estamos yendo. El estado nutre sus cuerpos de bomberos con más de cuatro mil quinientos reclusos, quienes cobran un dólar por hora cuando se desata un incendio y arriesgan sus vidas mientras luchan contra el fuego, y unos dos dólares al día cuando están de vuelta en el campamento. Algunas estimaciones apuntan a que California se ahorra aproximadamente mil millones de dólares al año gracias a este programa, lo que nos da una idea de lo que ocurre cuando se mezclan las políticas de austeridad con la encarcelación masiva y el cambio climático.

YO NO TENGO CALOR, ¿Y TÚ?

El repunte de la prevención de lujo ante las catástrofes también implica que los grandes ganadores de nuestra economía tendrán cada vez menos razones para acogerse a los exigentes cambios en las políticas necesarios para evitar un futuro todavía más caliente y propenso a las catástrofes, lo que podría explicar la determinación que muestra la Administración de Trump para hacer todo lo que esté en su mano para acelerar la crisis climática.

Hasta el momento, gran parte del debate sobre las revocaciones de Trump en materia de medio ambiente se ha centrado en las supuestas desavenencias entre las personas de su círculo más inmediato que rechazan activamente la ciencia del cambio climático, entre los que se cuentan Scott Pruitt, director de la Agencia de Protección Medioambiental, y el propio Trump, y quienes admiten que los humanos estamos contribuyendo al calentamiento del planeta, como Rex Tillerson e Ivanka Trump. Pero eso es olvidarse de lo fundamental: lo que todo el entorno de Trump comparte es la confianza de que a ellos, a sus hijos y, de hecho, a toda su clase, no les va a pasar nada, y que su riqueza y contactos los protegerán del peor de los shocks que esté por llegar. Sí, puede que pierdan algunas de sus propiedades frente al mar, pero, a fin de cuentas, no será nada que no puedan cambiar por una mansión nueva en la montaña.

Lo importante no es lo que afirmen creer sobre la ciencia del cambio climático; lo importante es que ninguno de ellos parece mostrar ningún tipo de preocupación sobre el cambio climático. Las primeras catástrofes están ocurriendo mayoritariamente en las partes pobres del planeta con poblaciones no blancas. Y para cuando de pronto una catástrofe azote alguna nación occidental rica, la clase pudiente cada vez cuenta con más formas de comprar una seguridad relativa. A principios de la legislatura de Trump, el congresista republicano Steve King causó gran controversia al tuitear: «No podemos restaurar nuestra civilización con bebés de otros»; un comentario muy revelador en muchos sentidos. Al Partido Republicano no le preocupa el cambio climático porque hay una gran cantidad de personas en posiciones de poder que claramente piensan que serán «los bebés de otros» los que asumirán los riesgos, unos bebés que no importan tanto como los suyos. Puede que no todos sean negacionistas del cambio climático, pero a casi ninguno le preocupan las catástrofes.

Esta indiferencia es indicativa de una tendencia extremadamente inquietante. En una era caracterizada por una desigualdad económica cada vez mayor, gran parte de la cohorte de la élite se está rodeando de murallas, y no solo físicas, sino también psicológicas, para desligarse mentalmente del destino colectivo del resto de la raza humana. Este secesionismo de la especie humana (aunque solo tenga lugar en sus cabezas) les da libertad para ignorar la imperiosa necesidad de reaccionar al cambio climático y para concebir maneras todavía más predatorias de beneficiarse de las catástrofes e inestabilidades presentes y futuras.

Nos estamos precipitando hacia el futuro que vislumbré en Nueva Orleans y en Bagdad hace tantos años. Un mundo dividido en Zonas Verdes y Zonas Rojas y centros clandestinos de detención para todos aquellos

que no cooperen. Un mundo encaminado hacia una economía del estilo Blackwater en la que los actores privados se benefician de la construcción de muros, de la vigilancia de la población, de la seguridad privada y de los controles fronterizos privatizados.

Un mundo de Zonas Verdes y Zonas Rojas

Así es como se está dividiendo el mundo a una velocidad alarmante. Europa, Australia y Norteamérica están erigiendo fortalezas fronterizas cada vez más elaboradas (y privatizadas) para evitar la entrada a personas que huyen para salvar sus vidas. Personas que, muy a menudo, huyen como consecuencia directa de las presiones desencadenadas fundamentalmente por los propios continentes fortificados, ya sea mediante acuerdos comerciales predatorios, guerras o catástrofes ecológicas intensificadas por el cambio climático.

La «crisis migratoria» pone nerviosos a muchos, pero las crisis que provocan las migraciones parecen no preocuparles tanto. Desde 2014, se estima que trece mil personas se han ahogado en el mar Mediterráneo intentando llegar a las costas europeas, y nadie garantiza la seguridad de los que logran llegar. Al enorme campamento de migrantes de Calais, en Francia, se le puso el sobrenombre de «la Jungla», un eco de cómo se clasificó de «animales» a las personas desamparadas en el contexto del *Katrina*. A finales de 2016, justo antes de que Trump saliera elegido, el campamento de Calais fue demolido.

Con todo, el Gobierno de Australia es el que más se ha ensañado al tratar la desesperación humana como si de un contagio se tratara. Desde 2012 y durante cinco años consecutivos, los barcos ocupados por migrantes que se dirigían hacia la costa australiana han sido sistemáticamente interceptados en el mar, y sus ocupantes enviados a campos de detención remotos en las islas de Nauru y Manus. Numerosas declaraciones describen las condiciones de los campos como sinónimas de tortura. Pero el Gobierno se encoge de hombros. Después de todo, la gestión de los campos de detención no es responsabilidad del Gobierno, sino —naturalmente— de contratistas privados con fines lucrativos.

Las condiciones en Nauru son tan degradantes que, en 2016, dos refugiados se prendieron fuego a sí mismos en la misma semana en un intento de abrir los ojos al mundo ante la gravedad de su situación. No funcionó. El primer ministro Malcolm Turnbull sigue rechazando las exigencias de muchos australianos de acoger a refugiados en su extenso país. «No podemos ponernos lacrimógenos», dice, afirmando: «[Los australianos] debemos ser muy claros y firmes en nuestro objetivo nacional».

Casualmente, Nauru es una de las islas del Pacífico más vulnerables al aumento del nivel del mar. Lo más probable es que los propios residentes, tras presenciar cómo su hogar se ha convertido en una prisión para personas que huían de zonas de guerra como Somalia o Afganistán, se vean obligados a migrar. Es otro destello de un futuro que ya está aquí: los refugiados climatológicos de mañana son contratados para ser los guardias de prisiones de hoy.

Aviones a reacción, drones y barcos

Todo esto resulta especialmente irónico porque el cambio climático ya ha agravado muchos de los conflictos responsables de las migraciones. Por ejemplo, antes de que estallara la guerra civil en Siria, el país atravesaba una de las sequías más severas jamás registradas que obligó a aproximadamente un millón y medio de personas a trasladarse dentro del país. Muchos ganaderos desplazados se establecieron en la ciudad fronteriza de Daraa, donde casualmente se desató el alzamiento sirio en 2011. La sequía no fue el único detonante de las tensiones, pero muchos analistas, incluyendo al antiguo secretario de Estado John Kerry, están convencidos de que fue un factor decisivo.

De hecho, si hacemos una lista de los focos de conflicto actuales más intensos —desde los más sangrientos campos de batalla de Afganistán y Pakistán hasta Libia, pasando por Yemen, Somalia e Irak—, es evidente que, casualmente, son algunos de los lugares más cálidos y secos del planeta. El arquitecto israelí Eyal Weizman ha situado en un mapa los objetivos de los ataques occidentales con drones y ha hallado una «coincidencia asombrosa». Los ataques se concentran intensamente en regiones en las que la precipitación media anual es de unos doscientos milímetros; es tan poco que hasta la más ínfima alteración en el clima podría provocar una sequía. En otras palabras: estamos bombardeando los lugares más secos del planeta, que, casualmente, resultan ser también los más desestabilizados.

En un informe del Ejército de Estados Unidos publicado por el Centro de Análisis Navales hace una década se explicaba la cuestión sin rodeos: «Siempre se ha asociado Oriente Medio con dos recursos naturales: el petróleo (por su abundancia) y el agua (por su escasez)». En lo referente al petróleo, al agua y

a la guerra en Oriente Medio, ciertos patrones se han evidenciado con el tiempo. En primer lugar, los reactores de combate persiguen la abundancia de petróleo en la región, provocando escaladas de violencia y desestabilidad. Después, aparecen los drones occidentales, que observan muy de cerca la escasez del agua a medida que la sequía se mezcla con el conflicto. Y, de la misma forma que las bombas aparecen por el petróleo y los drones aparecen por la sequía, los barcos aparecen por ambos; barcos repletos de refugiados que huyen de sus hogares asolados por la guerra y por la falta de agua en los lugares más secos del planeta.

Y la misma capacidad para subestimar la humanidad del «otro», la que justifica las muertes y las heridas de civiles provocadas por las bombas y los drones, se está practicando sobre las personas de esos barcos (o que llegan en autobús o a pie), considerando su seguridad como una amenaza y su huida desesperada como una especie de ejército invasor.

El drástico crecimiento del nacionalismo de derechas, del racismo contra los negros, de la islamofobia y de la supremacía blanca pura y dura de la última década no se puede separar de la vorágine de reactores y drones, barcos y muros. La única forma de justificar estos indefendibles niveles de desigualdad es entregándose a las teorías de jerarquía racial que nos cuentan la historia de que las personas que se quedan fuera de la Zona Verde global se merecen su suerte, como cuando Trump etiqueta a los mexicanos de violadores y «hombres malos», y a los refugiados sirios como terroristas de incógnito; o cuando la famosa miembro del Partido Conservador de Canadá Kellie Leitch propone que se evalúen los «valores canadienses» de los inmigrantes; o cuando toda una sucesión de primeros ministros australianos justifican sus siniestros campos de detención como una alternativa «humanitaria» a morir en el mar.

Así es como se manifiesta la desestabilización global en sociedades que nunca se han enfrentado a sus crímenes fundacionales; países que han insistido en que la esclavitud y la apropiación de tierras indígenas no fueron más que defectos de un pasado del que, dichos defectos aparte, se enorgullecen. Y es que casi nada podría superar el modelo de Zonas Verdes y Zonas Rojas de la economía de las plantaciones de esclavos, con sus cotillones en la casa del amo a escasos metros de las torturas perpetradas en los campos, y todo ello en las tierras indígenas brutalmente arrebatadas sobre las que se construyó la riqueza de Norteamérica.

Lo que se está haciendo patente es que las mismas teorías de jerarquía racial que justificaron las violentas apropiaciones de entonces con la excusa de construir la era industrial están ahora resurgiendo de manera visible en tanto que el sistema de riqueza y bienestar que construyeron empieza a desintegrarse en múltiples frentes a la vez.

Trump es solo una manifestación temprana y mezquina de esa desintegración. Pero ni está solo ni será el último.

La crisis de la imaginación

Al buscar una palabra para describir las enormes discrepancias en los privilegios y la seguridad de los que se encontraban en la Zona Verde y la Zona Roja de Irak, los periodistas solían terminar recurriendo a *ciencia ficción*. Y es que lo era. Una ciudad amurallada donde la minoría rica lleva una vida relativamente lujosa, mientras fuera las masas luchan entre sí por salvar sus vidas: esta es, básicamente, la premisa inicial de cualquier película distópica de hoy en día, desde *Los juegos del hambre*, donde un decadente Capitolio se enfrenta a las desesperadas colonias, hasta *Elysium*, en la que una elitista estación espacial con apariencia de balneario sobrevuela una favela en ruinas y letal. Se trata de una visión estrechamente ligada a las religiones occidentales dominantes, con sus grandiosas historias sobre enormes inundaciones que limpian el mundo y sobre los pocos elegidos destinados a empezar de nuevo. Es la historia de grandes incendios que lo arrasan todo, que hacen arder a los descreídos y se llevan a los justos a una ciudad vallada en el cielo. Hemos imaginado colectivamente el fin de nuestra especie en el que unos ganan y otros pierden tantas veces que, ahora, una de nuestras tareas más urgentes es aprender a imaginar otros finales posibles para la historia de la humanidad, finales en los que podamos unirnos en tiempos de crisis, en lugar de dividirnos, y abrir las fronteras en lugar de construir otras nuevas.

Porque todos somos ya conscientes de dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos. Estamos en una senda que lleva a un mundo repleto de *Katrinas*, un mundo que confirma todas nuestras peores pesadillas sobre catástrofes. Aunque existe una floreciente subcultura de ciencia ficción utópica, la larga lista de libros y películas distópicos dirigidos al gran público actualmente imaginan una y otra vez el mismo futuro dividido en Zonas Verdes y Zonas Rojas. Pero el objetivo del arte distópico no es actuar como un GPS temporal que muestre nuestro inevitable destino; su objetivo es avisarnos, abrirnos los ojos, para que, al ver dónde nos lleva esta peligrosa senda, podamos decidir dar un volantazo.

«Tenemos en nuestro poder construir un nuevo mundo». Lo dijo Thomas Paine hace muchos años, resumiendo a la perfección el sueño de escapar del pasado que constituye tanto el proyecto colonial como el sueño americano. Sin embargo, lo cierto es que no tenemos el poder divino de la reinvención, nunca lo hemos tenido. Debemos convivir con los desbarajustes y los errores que hemos cometido, dentro de los límites de lo que nuestro planeta puede soportar.

Lo que sí está en nuestras manos es cambiarnos a nosotros mismos, intentar corregir viejos errores y enmendar nuestra relación con los demás y con el planeta que compartimos. Es precisamente esta misión sobre la que se fundamenta la resistencia al shock.

CUARTA PARTE

CÓMO PODRÍAN MEJORAR LAS COSAS

> Está en el horizonte […]. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se aleja diez pasos más. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré.
>
> Entonces ¿para qué sirve la utopía? Para eso: para caminar.
>
> EDUARDO GALEANO
> *Las palabras andantes*, 1995

Capítulo 10

CUANDO A LA DOCTRINA DEL SHOCK LE SALE EL TIRO POR LA CULATA

EN LA ETAPA FINAL de mi adolescencia, mi madre sufrió una serie de apoplejías debilitantes provocadas por un tumor cerebral. La primera fue un shock total y absoluto, ya que era más joven de lo que soy yo ahora, y era física y profesionalmente activa. En cuestión de minutos, pasó de estar montando en bici a estar ingresada en la UCI neurológica, incapaz de moverse o de respirar sin ayuda de un respirador.

Hasta que mi madre sufrió el primer ataque, fui una adolescente bastante difícil: estaba distanciada de mis padres, era salvaje con mis amigos y mentía compulsivamente. Lo único que me salvaba era que llevaba bien los estudios, pero el ambiente en casa era, como poco, tenso.

En el instante en el que la vida de mi madre cambió para siempre, yo también lo hice. Descubrí que era capaz de ser útil. De ser cariñosa (¡yo!). Maduré de golpe. Tras la cirugía cerebral, fue recuperando cierta movilidad, aunque nunca llegó a recuperarse del todo. Ver cómo se adaptó a una vida distinta como persona discapacitada me enseñó mucho sobre el poder que tienen las personas para encontrar nuevas reservas de energía.

Es cierto que, en los episodios de crisis, algunas personas pueden dar un paso atrás. Lo he visto muchas veces. Cuando se está en estado de shock y se siente que se ha desbaratado nuestra concepción del mundo, muchas personas pueden volverse infantiles y pasivas, y confiar demasiado en otras que están encantadas de aprovecharse de esa confianza. Pero también sé, gracias a la experiencia de mi familia ante una situación traumática, que la reacción contraria también se da. Las crisis pueden hacer que maduremos, evolucionemos y dejemos las tonterías a un lado inmediatamente.

LA RESISTENCIA, LA MEMORIA Y LOS LÍMITES DEL «NO»

Esto también es válido para sociedades enteras. Ante un trauma o una amenaza común, las comunidades a veces se unen en actos desafiantes de sensatez y madurez. Existen precedentes, y los primeros indicios nos llevan a pensar que está volviendo a ocurrir.

La Administración de Trump está persiguiendo a enormes sectores de la población a la vez: decenas de millones de afectados por las propuestas de recortes presupuestarios, activistas por los derechos civiles, artistas, tribus indígenas, inmigrantes, científicos del cambio climático… Su beligerancia militar y su incendiaria posición ante el cambio climático son ataques que van mucho más allá de las fronteras de Estados Unidos y tienen el objetivo de hacer la guerra contra la estabilidad global y la habitabilidad del planeta. Es evidente que, como ya hicieron muchos otros terapeutas del shock antes que ellos, Trump y sus secuaces están convencidos de que esta estrategia basada en el «todo a la vez» abrumará a sus adversarios y los obligará a dispersarse y a correr de aquí para allá hasta que terminen rindiéndose, abatidos por el agotamiento o la frustración.

A pesar de haber funcionado con frecuencia en el pasado, la estrategia de la guerra relámpago no deja de ser bastante arriesgada. El peligro de provocar conflictos en tantos frentes a la vez reside en que, si no se logra desmoralizar a los adversarios, es muy probable que se unan.

El mismo día que Trump firmó el permiso por el que el oleoducto Keystone XL quedaba aprobado, Mekasi Camp Horinek, miembro de la Nación Ponca, compartió una versión de esta teoría con la periodista Alleen Brown:

> Quiero agradecer al presidente todas las nefastas decisiones que está tomando, sus desacertados nombramientos para el gabinete y que haya despertado a un gigante dormido. Personas que nunca antes se habían defendido, que nunca se habían hecho oír, que nunca se habían implicado, ahora están indignadas. Quiero dar las gracias al presidente Trump por su racismo, por su sexismo, por hacer que todas las personas de esta nación nos hagamos oír y nos unamos.

CUANDO ARGENTINA DIJO «NO»

Las tácticas del shock, al depender del desconcierto que los rápidos movimientos causan sobre el público, suelen surtir justo el efecto contrario al deseado en lugares en los que se conserva una fuerte memoria colectiva sobre episodios anteriores en los que el miedo y el trauma se utilizaron para minar la democracia. Dichos recuerdos se convierten en una especie de amortiguador contra el shock, ya que proporcionan a las poblaciones unos puntos de referencia compartidos que les permiten poner nombre a lo que está ocurriendo y oponer resistencia.

Aprendí esta lección al vislumbrar otro tipo de futuro en las calles de Buenos Aires hace más de quince años. A finales de 2001 y principios de 2002, Argentina se encontraba bajo el yugo de una crisis económica tan grave que dejó al mundo entero perplejo.

En la década de 1990, el país se abrió a la globalización corporativa con tanta rapidez y esmero que el FMI lo ponía como ejemplo. Los icónicos logotipos de bancos globales, cadenas hoteleras y restaurantes estadounidenses de comida rápida relucían en el horizonte de Buenos Aires, y sus centros comerciales eran tan modernos y lujosos que solían ser comparados con París. En portada, la revista *Time* proclamó que la economía argentina era un «milagro».

Y entonces, el derrumbe. El Gobierno, inmerso en una vertiginosa crisis de la deuda, intentó imponer una nueva ronda de medidas de austeridad económica, y los resplandecientes bancos globales tuvieron que tapar las ventanas y las puertas con tablones para evitar que los clientes se precipitaran al interior para retirar todos sus ahorros. Hubo manifestaciones por todo el país. En los barrios residenciales, los supermercados (propiedad de cadenas europeas) fueron saqueados. Y, en medio de esta caótica situación, Fernando de la Rúa, el entonces presidente de Argentina, apareció en televisión, con la cara brillante por el sudor, para anunciar que el país estaba siendo atacado por «grupos enemigos del orden que intentan sembrar discordia y violencia». Declaró el estado de sitio de treinta días, lo que le procuró el poder necesario para suspender toda una serie de garantías constitucionales, entre ellas la libertad de prensa, y ordenó que nadie saliera de casa.

Muchos argentinos interpretaron las palabras del presidente como el preludio de un golpe de Estado, lo que demostró que el presidente había calculado terriblemente mal. La población de todas las edades conocía la historia del país, incluyendo el hecho de que el pretexto que se había usado para justificar el brutal golpe de Estado perpetrado por el Ejército en 1976 había sido, precisamente, la necesidad de restaurar el orden público contra enemigos internos. La Junta Militar permaneció en el poder hasta 1983, y durante esos años se llevó la vida de treinta mil personas.

Movidos por la determinación de no perder su país de nuevo, e incluso mientras De la Rúa seguía en televisión ordenando a la población que se quedara en sus hogares, decenas de miles de personas se reunieron en la famosa plaza del centro de Buenos Aires, la plaza de Mayo. Muchas de ellas golpeaban cacerolas y sartenes con cucharas y tenedores en una protesta sin palabras, pero ensordecedora contra las instrucciones del presidente. Los argentinos no estaban dispuestos a renunciar a sus libertades básicas en el nombre del orden. No de nuevo, no esta vez.

Y, entonces, la multitud encontró su voz, y un grito de rebeldía se levantó por encima de las abuelas y los alumnos de instituto, los repartidores en motocicleta y los trabajadores de fábrica desempleados, y se dirigió a los políticos, a los banqueros, al FMI, a cualquier otro «experto» que afirmara tener una fórmula mágica para asegurar la prosperidad y estabilidad de Argentina: «¡Que se vayan todos!». Los manifestantes permanecieron en la calle incluso después de que varios manifestantes murieran en enfrentamientos con la Policía. La cifra de personas que perdieron la vida en todo el país ascendió a más de veinte. El caos era tal que el presidente se vio obligado a levantar el estado de sitio y a huir del Palacio Presidencial en helicóptero. Ante el nombramiento de un nuevo presidente, el pueblo se alzaba y le rechazaba con desprecio, una vez tras otra, llegando a cambiar de presidente hasta tres veces en tres semanas.

Mientras tanto, sobre los escombros de la democracia de Argentina, empezó a ocurrir algo extraño y maravilloso: los vecinos sacaban la cabeza por las puertas de sus pisos y de sus casas y, ante la ausencia de un liderazgo político o de un Gobierno estable, empezaron a hablar los unos con los otros. A pensar juntos. Un mes más tarde, ya había aproximadamente doscientas cincuenta «asambleas barriales» solo en el centro de Buenos Aires. Similar a Occupy Wall Street, pero por todas partes. Las calles, los parques y las plazas estaban abarrotadas de reuniones en las que la gente se quedaba hasta bien entrada la madrugada planeando, discutiendo, testificando y votando sobre infinitas cuestiones, desde si Argentina debería pagar sus deudas externas hasta la fecha de la próxima manifestación, o cómo apoyar a un grupo de trabajadores que habían convertido su fábrica abandonada en una cooperativa democrática.

Muchas de estas primeras asambleas tenían tanto de terapia de grupo como de reunión política. Los participantes hablaban del aislamiento que sentían en una ciudad de trece millones de habitantes. Los académicos y los comerciantes se disculpaban por no haberse cubierto las espaldas unos a otros, los publicistas admitieron que solían menospreciar a los trabajadores desempleados de las fábricas, asumiendo que se merecían su suerte, sin llegar a imaginar nunca que la crisis llegaría a afectar a las cuentas bancarias de la cosmopolita clase media. Y las disculpas sobre los errores del presente pronto abrieron paso a emotivas confesiones sobre hechos que acontecieron durante la dictadura. Presencié cómo un ama de casa se puso en pie y admitió públicamente que, tres décadas atrás, cuando se enteró del enésimo secuestro de un hermano o esposo por parte de la Junta, aprendió a cerrar su corazón al sufrimiento, diciéndose: «Por algo será». Trataban de entender, todos juntos, cómo habían llegado a perder tanto en el pasado, y entablaron relaciones para evitar que esos errores volvieran a repetirse jamás.

Desde abajo, reescribieron la historia de una nación.

Los cambios políticos que surgieron del levantamiento de Argentina estaban muy lejos de ser utópicos. El Gobierno que terminó restaurando la democracia, liderado por Néstor Kirchner primero y luego por su mujer Cristina, leyó a la perfección lo que ocurría en las calles y supo canalizar el espíritu y las exigencias suficientes como para presidirlo durante más de una década con un mandato progresista (aunque perjudicado por los escándalos). Hasta hoy, se suceden los debates sobre cómo se podría haber sacado más provecho de ese momento político único si los movimientos populares hubieran tenido un plan listo para poder asumir el poder y gobernar de otra forma. Lo que es innegable es que, al resistirse a los planes de austeridad de De la Rúa y desobedeciendo sus órdenes de quedarse en casa, los argentinos se salvaron de años de sangría económica [1].

Cuando España dijo «NO»

Otro ejemplo de cómo la memoria histórica puede convertirse en un potente amortiguador del shock se dio cuatro años más tarde en España. El 11 de marzo de 2004, diez bombas estallaron en trenes de cercanías y estaciones de trenes en Madrid, asesinando a casi doscientas personas. Al tratarse de un ataque en un sistema de transporte usado prácticamente por todos los madrileños, la sensación de que cualquiera podría ser la siguiente víctima se propagó rápidamente por toda la ciudad, igual que ocurriría en París, más de una década después, cuando una serie de ataques simultáneos aterrorizó a la ciudad.

Las investigaciones oficiales concluyeron que los ataques habían sido perpetrados por una célula terrorista inspirada por Al Qaeda supuestamente en represalia por la participación de España en la invasión de Irak liderada por Estados Unidos. Sin embargo, el entonces presidente del Gobierno español, José María Aznar, apareció en televisión inmediatamente para instar a los españoles a culpar a los separatistas vascos y —en un extraño sinsentido— a que apoyaran su impopular decisión de participar en la Guerra de Irak. «No hay negociación posible ni deseable con estos asesinos que tantas veces han sembrado la muerte por toda la geografía de España. Y que nadie se llame a engaño: solo con firmeza podremos lograr que acaben los atentados», declaró Aznar.

Tras el 11-S, muchos en Estados Unidos —incluyendo la mayor parte de los medios de comunicación— percibieron la narrativa del «Con nosotros o con los terroristas» de George W. Bush y Dick Cheney como la prueba de un liderazgo sólido, que proporcionaba nuevos y enormes poderes para luchar contra lo que habría de convertirse en la eterna «Guerra contra el Terror» (el presidente autócrata de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan, logró algo todavía más draconiano tras el fracaso de un intento de golpe de Estado en 2016, y luego se aseguró nuevos poderes de gran alcance por medio de un referéndum). Y, aun así, cuando Aznar intentó aplicar una táctica parecida sobre la población española en luto, no fue recibida como una prueba de un liderazgo firme, sino como una aciaga señal del resurgimiento del fascismo. «Seguimos oyendo los ecos de Franco», dijo el prominente editor de periódicos José Antonio Martínez Soler, quien fue perseguido por la dictadura de Francisco Franco, la cual aterrorizó al país durante treinta y seis años. «Con cada acto, con cada gesto, con cada frase, Aznar le decía al pueblo que él tenía razón, que era dueño de la verdad y que quien estaba en desacuerdo con él era su enemigo».

Durante los dos días siguientes, recordando un tiempo en el que el miedo había gobernado el país, los españoles salieron a la calle en masa, diciendo «no» al miedo y al terrorismo, pero también a las mentiras del Gobierno y a la Guerra de Irak. Y todo ello ocurrió en la víspera de las elecciones generales, y los votantes aprovecharon la oportunidad para derrotar a Aznar y votar por un partido que prometía sacar a las tropas españolas de Irak. Fue la memoria colectiva de España de sus shocks pasados lo que la hizo resistente a los nuevos.

El 11-S y los peligros del olvido oficial

El 11 de septiembre de 2001, cuando dos aviones se estrellaron contra el World Trade Center de Nueva York y un tercero se abalanzó contra el Pentágono, el país que atacaron carecía del tipo de memoria colectiva del horror que se tenía en España y Argentina. Eso no quiere decir que la historia de Estados Unidos no haya sufrido traumas en el pasado. El propio país se fundó sobre las bases del terrorismo de Estado: desde el genocidio de los pueblos indígenas hasta la esclavitud, pasando por los linchamientos y los encarcelamientos masivos, el trauma siempre ha estado presente, hasta el día de hoy. Además, muy a menudo, los shocks y las crisis han sido aliados de abusos todavía mayores. Tras la Guerra Civil, la promesa de la redistribución de tierras como indemnización económica por la manumisión de esclavos no tardó en romperse. La crisis financiera de 1873, conocida como el Gran Pánico, consolidó todavía más la excusa de que la economía estaba demasiado debilitada y el país demasiado dividido, y en lugar de enmendar los errores previos, se instauró un reino del terror contra los esclavos libertos del Sur. Durante la Gran Depresión y en el contexto del pánico económico, hasta dos millones de mexicanos y estadounidenses de origen mexicano fueron expulsados. Tras los ataques de Pearl Harbor, aproximadamente ciento veinte mil estadounidenses japoneses (dos tercios de los cuales habían nacido en Estados Unidos) fueron encarcelados en campos de internamiento; asimismo, en Canadá, prácticamente toda la ciudadanía canadiense japonesa fue perseguida e internada por la fuerza.

Vemos, pues, que tras el 11-S el problema no fue que en Estados Unidos nunca se hubieran explotado los acontecimientos traumáticos con el fin de minar la democracia y los derechos humanos. El problema fue que los acontecimientos traumáticos de su pasado estaban mucho más asimilados por las comunidades a las que habían afectado específicamente que por la sociedad en su conjunto: no forman parte de una narrativa nacional compartida que bien podría haber ayudado a todos los estadounidenses a ver la diferencia entre unas medidas de seguridad razonables y unos líderes que se aprovechan del miedo para promover sus políticas oportunistas.

Por eso la Administración Bush fue capaz de explotar el shock del trauma del 11-S sin miramientos para atacar las libertades civiles en su país y hacer la guerra fuera de él, justificando sus acciones con información que ahora sabemos manipulada. Por eso el abandono y la violencia perpetrados por el Estado durante y después del *Katrina* no sorprendió demasiado a los residentes afroamericanos de la ciudad, mientras que tantísimos estadounidenses blancos lo consideraron inaudito.

La división entre los que se sorprendieron por la victoria de Trump y los que la veían venir siguió la misma pauta racial.

La resistencia al shock en Estados Unidos

Una cosa que ha quedado clara desde que Trump asumió la presidencia es que el recuerdo de lo mucho que se explotó el terror tras el 11-S sigue vivo. A pesar de que Trump y sus seguidores se han esforzado al máximo para usar la táctica del miedo —a los musulmanes, a los mexicanos, a los guetos violentos— para controlar y dividir a la población, el tiro les ha salido por la culata en repetidas ocasiones. Desde que Trump saliera elegido, una gran multitud de personas ha participado en acciones y reuniones políticas por primera vez en sus vidas y se ha volcado para mostrar solidaridad hacia las personas que han sido catalogadas como «el otro».

Empezó el primer día de la nueva Administración. En la investidura de Trump, pequeños grupos que representaban a distintos movimientos —desde la justicia climática hasta Black Lives Matter— ocuparon las intersecciones de varias calles para bloquear el acceso a la ceremonia. Al día siguiente se convocó la Marcha de las Mujeres: seiscientas ciudades se sumaron, convirtiendo la marcha en la manifestación coordinada de mayor envergadura en la historia de Estados Unidos y congregando aproximadamente a 4,2 millones de personas en las calles. Y aunque las organizaciones de mujeres importantes y activistas ya establecidas ayudaron en la organización y la logística, la idea original la tuvo una abogada jubilada ya abuela de Hawái, quien dijo a algunas decenas de amigos a través de Facebook: «Creo que deberíamos marchar».

Yo participé en la Marcha de Washington D. C., rodeada de familiares y amigas, y me sorprendió ver que, aunque la mayoría éramos mujeres, decenas de miles de hombres también se habían unido para defender los derechos de sus parejas, madres, hermanas, hijas y amigas. Y aunque al principio algunos pudieran haber pensado que marchaban exclusivamente para defender el derecho de las mujeres a tomar decisiones sobre sus propios cuerpos y para reclamar igualdad salarial, no tardaron en descubrir que, en esta nueva era, los derechos de las mujeres abarcan mucho más, incluyendo el derecho de las mujeres

negras a ser libres de la violencia policial, y el derecho de las mujeres inmigrantes a ser libres del miedo a ser deportadas, y el derecho de las mujeres trans a ser libres del odio y de la humillación. Y la declaración de intenciones rezaba: «Esta marcha es el primer paso hacia la unificación de nuestras comunidades, sobre la base de nuevas relaciones, para generar un cambio desde las bases».

Este mismo espíritu de unidad se ha manifestado en las ocasiones en las que la Administración ha hecho de comunidades específicas su objetivo, o como reacción a la oleada de crímenes de odio que ha contribuido a desatar. Este nuevo activismo alcanzó su punto álgido de visibilización después de que Trump emitiera su primer veto migratorio contra los musulmanes, y decenas de miles de personas —de todos los credos y de ninguno— tomaron las calles y los aeropuertos para declarar: «Todos somos musulmanes», «Dejadlos entrar».

Uno de los países afectados por el veto migratorio fue Yemen. En Nueva York, las familias estadounidenses yemeníes —dueñas de muchos de los colmados de la ciudad, conocidos como «bodegas»— se organizaron rápidamente. Esta comunidad no se caracteriza por ser especialmente activa políticamente, y tampoco está representada por grandes organizaciones o sindicatos. Y, aun así, en cuestión de días, la ciudad vivió su primera «huelga de bodegas»; más de mil tiendas permanecieron cerradas y algunos tenderos decidieron reunirse para orar en la calle. Miles de familiares, amigos y clientes salieron a la calle para mostrar su apoyo.

Los grupos religiosos han opuesto una resistencia especialmente activa ante las tácticas basadas en el «divide y vencerás». Por ejemplo, cuando algunos cementerios judíos fueron vandalizados en San Luis y Filadelfia, un grupo de organizaciones islámicas recolectaron más de ciento sesenta mil dólares —llegando a octuplicar su objetivo inicial— para ayudar a pagar las reparaciones. Y cuando un nacionalista blanco abrió fuego en una mezquita en la ciudad de Quebec en enero de 2017, llevándose la vida de seis personas e hiriendo a otras diecinueve, la propia provincia y todas las regiones de Canadá reaccionaron de forma muy potente, organizando decenas de homenajes y vigilias, muchas de ellas delante de mezquitas, desde Vancouver hasta Toronto o Iqaluit.

Incluso en una atmósfera de miedo y división, las pequeñas acciones también pueden hacer valer nuestra humanidad compartida. Los seguidores de Trump lanzaron una agresiva campaña de difamación en Internet contra la estadounidense palestina Linda Sarsour, una de las organizadoras de la Marcha de las Mujeres de Washington, acusándola de simpatizar con el terrorismo y de ser antisemita. Este tipo de afirmaciones son precisamente el tipo de ataques que arruinaron las vidas y carreras de muchas personas tras el 11-S. Pero esta vez no funcionó: la contracampaña #IStandWithLinda, que surgió casi instantáneamente, fue tan grande y ruidosa que prácticamente enterró todas las calumnias. Y cuando los agentes antiinmigración detuvieron a Daniel Ramírez Medina —un joven de veinticuatro años que había llegado de niño a Estados Unidos desde México con sus padres—, se lanzó una campaña para que fuera puesto en libertad que logró sacarlo del centro de detención estatal de Washington en el que había pasado seis semanas bajo custodia.

A mayor escala, cientos de ciudades y condados (así como colegios, campus, iglesias y restaurantes) han dado un paso al frente para declararse «santuarios» para los inmigrantes que la Administración de Trump pretende deportar. El movimiento de los santuarios (iniciado antes de las elecciones de 2016) se inspira en la creencia de que, si se unen, las comunidades pueden tratar de evitar que se ejecuten deportaciones en su presencia. Sin embargo, como muchos han dicho, con ello a menudo no se evita que la Policía y las autoridades fronterizas lleven a cabo redadas y separen a las familias. Por eso, la American Civil Liberties Union, que recaudó casi ochenta millones de dólares en donativos por Internet en los tres primeros meses después de las elecciones, ha estado coordinando una campaña para presionar a los gobiernos estatales y de las ciudades para que adopten una serie de nueve políticas básicas destinadas a proteger a los inmigrantes de los planes de Trump. En tan solo un mes, más de mil comunidades se pusieron manos a la obra para empujar a las fuerzas policiales competentes en su zona para que suscribieran dichos compromisos (hay que decir que la lista de exigencias ha sido criticada por no profundizar lo suficiente).

También han surgido muchas acciones pensadas para destacar la interdependencia que existe entre los ciudadanos y los inmigrantes, la misma que la xenofobia creciente pretende negar. En febrero de 2017, trabajadores de numerosos sectores y ciudades participaron en el Día Sin Inmigrantes para poner de relieve lo mucho que la economía estadounidense depende de las personas a las que Trump pretende echar del país. Tal como uno de los organizadores de los actos del día dijo a un periodista: «Queremos cerciorarnos de que la gente comprende que esta ciudad dejaría de funcionar si no estuviéramos aquí para construir, cocinar o limpiar» (después de que doce empleados de restaurantes en Oklahoma fueran despedidos por participar en la manifestación, al menos dos restaurantes cercanos se ofrecieron inmediatamente para contratarlos).

La venganza de la realidad

Otra característica distintiva de la era Trump es su lucha contra los hechos: no contentos con clasificar a la prensa de «enemiga del pueblo», también han eliminado toda información científica de las páginas web del Gobierno y se ha implementado un veto *de facto* sobre cualquier discusión sobre el cambio climático a través de los canales de comunicación oficiales del ejecutivo. Como respuesta, han surgido varias iniciativas creativas para defender la realidad objetiva. Unos días después de la investidura, la cuenta de Twitter del Parque Nacional Badlands fue la primera en desmarcarse de las medidas drásticas contra la ciencia impuestas por la Administración, y para ello tuiteó datos sobre la acidificación de los océanos y el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera. Los mensajes se eliminaron al poco de ser publicados, pero para entonces ya habían desatado una tendencia de cuentas de Twitter inconformistas.

A la luz de la misteriosa desaparición de los estudios científicos de las páginas del Gobierno ha surgido un esfuerzo internacional conjunto para evitar que dicha información caiga en el agujero de la memoria. Poco después de la victoria de Trump, Internet Archive, una biblioteca digital sin ánimo de lucro establecida en San Francisco y que ha dedicado las dos últimas décadas a conservar contenidos web para el acceso del público (cuyo archivo ya contiene cientos de miles de millones de páginas web), anunció que tenía previsto encontrar un servidor en Canadá para guardar copias de seguridad de la información proveniente de Estados Unidos. En los días anteriores a la investidura de Trump se celebraron actos de «rescate de información» en varias ciudades en las que investigadores y voluntarios comprometidos se reunieron para hacer copias de seguridad de informaciones publicadas en la web de la Agencia de Protección Ambiental y en otras páginas. Y, en febrero de 2017, doscientos defensores de la información se reunieron en un hackatón celebrado en la Universidad de Berkeley para ayudar a salvar el conocimiento generado por instituciones públicas como el Departamento de Energía o los programas de ciencias de la Tierra de la NASA.

La comunidad científica suele mostrarse reacia a implicarse en el activismo político, puesto que defender la misma cuestión que se está investigando puede interpretarse como una prueba de parcialidad. Es una precaución comprensible, pero a la vista de los ataques directos por parte de la Administración Trump contra la realidad científica y sus claros intentos de suprimir cualquier investigación que no le convenga, muchos científicos han llegado a la conclusión de que deben posicionarse. La famosa primatóloga Jane Goodall ha descrito los ataques contra la ciencia como una «llamada» que apela a la comunidad científica a actuar.

Por eso, en el Día de la Tierra de 2017, decenas de miles de científicos participaron en la Marcha por la Ciencia en Washington, mientras más de cuarenta mil participaron en sendas marchas en Chicago y Los Ángeles, por nombrar las más importantes de las más de seiscientas marchas que se organizaron por todo Estados Unidos y en otros sesenta y ocho países. «Si no podemos hablar de los hechos abiertamente —declaró un biólogo de Stanford al periódico *The Guardian*—, ¿cómo puede sobrevivir la democracia, cuya base es el debate público y la confianza en las verdades sociales? Por eso nos manifestamos» (uno de los cánticos que más se oyó fue: «¿Qué queremos? Investigación basada en evidencias. ¿Cuándo la queremos? Tras la revisión por pares»). Una semana después, cientos de miles de personas nos reunimos en el calor abrasador de Washington (mientras cientos de marchas satélite ocurrían en muchos otros lugares), tras una pancarta que rezaba: «Clima, empleo y justicia». Esta vez no se exigía simplemente el respeto por la ciencia, sino también que se coloque en la base de una transformación económica y social valiente y urgente.

Esta oleada de resistencia temprana nos ha enseñado que las barreras que definen quién es y quién no es «activista» u «organizador» se están viniendo abajo. Personas que jamás habían participado en nada político ahora organizan actos multitudinarios. Muchos están descubriendo que, independientemente de su especialización, ya sean abogados o empleados de un restaurante, poseen una serie de características clave con las que pueden contribuir en esta emergente red de resistencia. Y al margen de dónde vivan o trabajen, ya sea en un laboratorio o en un colmado, o en un bufete de abogados, o en sus propios hogares, ellos tienen el poder, si se organizan con otros, de poner palos en las ruedas de un sistema peligroso.

Al mismo tiempo, muchos de nosotros nos estamos dando cuenta de que, si queremos estar a la altura de la urgencia y la magnitud del momento que estamos viviendo, necesitamos remediar nuestra carencia de ciertas habilidades y conocimientos sobre historia, sobre cómo cambiar el sistema político e incluso sobre cómo cambiarnos a nosotros mismos. Esto ha dado pie a que, además de campañas y manifestaciones altamente visibles, también haya habido un aumento en la educación popular. Para muchos, el primer paso es reaprender cómo funciona la democracia. Cuando los alumnos de la Universidad de Harvard anunciaron

el lanzamiento de una «Escuela de Resistencia», tanto en línea como presencial, dirigida a dotar a los organizadores principiantes de «las herramientas necesarias para contraatacar a nivel federal, estatal y local», más de cincuenta mil personas —provenientes de los cincuenta estados— se inscribieron.

En los días posteriores a la elección de Trump, un puñado de antiguos miembros del Congreso demócrata redactaron un documento de Google de veinticuatro páginas en el que sintetizaron las lecciones que aprendieron al ver cómo el Tea Party había desafiado la política de Obama distrito por distrito. Lo llamaron *La guía indivisible*. En los primeros cien días de la presidencia de Trump, se formaron más de siete mil secciones del movimiento Indivisible, la mayoría de las cuales no estaba integrada por curtidos activistas, sino por profesores de colegio y jubilados enfurecidos al ver que sus representantes electos estaban ayudando a implementar las políticas de Trump. Más que un manual de instrucciones sencillo sobre la democracia desde las bases, *La guía indivisible* y el activismo que surgió de ella han ofrecido, en palabras de un miembro de Indivisible de Virginia y organizador primerizo: «No solamente una comunidad política, sino una comunidad que se preocupa por ti, en la que lo que nos une es que compartimos un sentido de responsabilidad civil hacia un sistema que se está yendo a pique».

Por otro lado, existe un deseo creciente entre la comunidad blanca de hacer más por desafiar los prejuicios raciales propios, en nuestras comunidades y en nuestras familias. Grupos como Showing Up for Racial Justice han observado un aumento repentino en el interés en sus cursos y talleres. La Asociación Árabe-Americana de Nueva York y otros grupos similares están dando cursos en los que nunca faltan asistentes sobre cómo intervenir eficazmente ante los crímenes de odio y el acoso racial.

Mientras tanto, a medida que la Administración preparaba el terreno para recortar los fondos destinados a los refugios para mujeres y a programas de planificación familiar y de violencia de género, las recolectas de fondos por parte de las bases se dispararon. El programa de planificación familiar Planned Parenthood informó de que había recibido la impresionante cantidad de 260.000 donaciones solo en el mes posterior a las elecciones; cerca de la cuarta parte de las contribuciones se hicieron en nombre de Mike Pence (durante la campaña electoral, el vicepresidente había dicho que quería que la decisión histórica del Tribunal Supremo conocida como Roe contra Wade fuera enviada «al montón de cenizas de la historia [2] »).

Todas estas muestras de solidaridad y de unión reflejan el hecho de que, tras décadas de política compartimentada en silos, cada vez más personas entienden que solo podrán vencer el trumpismo si colaboran los unos con los otros, ya que ningún movimiento podrá ganar por sí solo. El truco es mantenerse unidos y cubrirse las espaldas mutuamente más que nunca. Por esa razón, más de cincuenta grupos progresistas provenientes de una vertiginosa variedad de causas recibieron el inicio de las audiencias para la ratificación del gabinete de Trump con una declaración de «resistencia unida», con el compromiso público de «actuar para apoyarnos mutuamente, hacernos responsables los unos de los otros y actuar juntos en solidaridad, ya sea en las calles, en las instituciones de poder o en nuestras comunidades, día tras día. Si vienen a por uno de nosotros, vienen a por todos».

Tampoco podemos permitirnos limitar nuestra visión a un ámbito concreto. Tal como Angela Davis dijo en la conclusión de su conmovedor discurso en la Marcha de las Mujeres en Washington: «Los próximos 1.459 días de Administración Trump serán 1.459 días de resistencia: resistencia en el terreno, resistencia en las aulas, resistencia en el trabajo, resistencia en nuestro arte y en nuestra música. Esto es solo el principio, y en palabras de la inimitable Ella Baker: “Los que creemos en la libertad no descansaremos hasta conseguirla”».

La negativa a dejarse intimidar por Trump ha cruzado las fronteras de Estados Unidos y se ha extendido por toda Norteamérica. Al anunciarse el veto migratorio contra los musulmanes, miles de canadienses liderados por grupos musulmanes y defensores de los derechos de los inmigrantes actuaron enseguida, exigiendo que Canadá se convirtiera en un refugio seguro para los migrantes y refugiados a los que se negara la entrada a Estados Unidos. También existe un floreciente movimiento de apoyo para recibir a la creciente comunidad de inmigrantes que huye de Estados Unidos y cruza hacia Canadá a pie, incluso con temperaturas bajo cero (y que trae consigo espeluznantes historias sobre la pérdida de los dedos de pies y manos a causa de la congelación).

La legislación canadiense sobre los refugiados considera Estados Unidos como un país «seguro» y, por tanto, no se trata de un lugar legítimo del que huir para buscar asilo en Canadá. Pero muchos exigen ahora al Gobierno canadiense —por medio de peticiones y manifestaciones— que se modifiquen estas regulaciones. Tal como destacó una carta enviada por un grupo de profesores de Derecho, las acciones de Trump «reflejan el mismo racismo, xenofobia y alarmismo nativista que el régimen internacional para la protección de los refugiados pretende contrarrestar».

Mientras tanto, en México, decenas de miles de personas se han manifestado en más de una decena de ciudades contra las políticas de inmigración de Trump y contra sus difamaciones contra le etnia mexicana. Fuera de Norteamérica, la presión también es patente. En el Reino Unido, cerca de dos millones de personas firmaron una petición oficial para evitar la visita oficial de Trump a Gran Bretaña (por lo visto, Trump exige ser transportado en la carroza de oro de la reina). También existe un creciente movimiento internacional que apela a los gobiernos a imponer sanciones comerciales contra Estados Unidos por violar los compromisos de reducción de emisiones establecidos en el Acuerdo de París sobre el cambio climático. Y el movimiento para minar la marca Trump también está en auge, con su convocatoria global a las empresas que alquilan espacio en alguna de sus torres y varias campañas para empujar a los constructores a que descarten incluir el nombre Trump en los horizontes de las ciudades.

… Y EN TODO EL MUNDO

Prácticamente todos los países tienen un movimiento de nacionalismo blanco o neofascista propio contra el que luchar, y hay muchos indicios de que la resistencia está en aumento. En Europa, la respuesta negativa contra los inmigrantes ha dado lugar a multitudinarias manifestaciones por todo el continente —desde Berlín hasta Helsinki— para insistir en que los migrantes son bienvenidos. En Barcelona, más de cien mil personas respondieron a la convocatoria de su nueva alcaldesa (antigua activista por el derecho a la vivienda) y marcharon por las calles bajo el lema «*Volem acollir*» («Queremos acoger»).

Han surgido muchas organizaciones populares dedicadas a proporcionar ayuda directa en los ámbitos en los que el Gobierno ha fracasado. Cuando los grandes grupos de migrantes empezaron a llegar a Grecia en 2015, se encontraron con un pueblo que había «soportado cinco años de tratamiento de shock de austeridad, había visto cómo se degradaba su vida y cómo se desvanecían sus derechos sociales, políticos y laborales», en palabras del sociólogo Theodoros Karyotis. Y, con todo, en lugar de proteger con recelo lo poco que les quedaba, los griegos mostraron un «derroche de solidaridad» al recibir a los migrantes. Miles de ellos abrieron las puertas de sus casas a los refugiados, en los campos de refugiados se repartieron millones de raciones de comida casera, se dispensó asistencia sanitaria gratuita en clínicas gestionadas por las comunidades y se habilitó el almacén de una fábrica gestionada por los propios trabajadores como punto de recogida de donaciones, como ropa y comida para bebés.

En Alemania, al conocerse las chapuceras opciones de alojamiento que se habían propuesto para los migrantes, entre las cuales había gimnasios de colegios, edificios de oficinas y almacenes vacíos, barracones militares e incluso un antiguo campo nazi de trabajos forzados, la población organizó un «Airbnb para refugiados» mediante el cual se asignaban habitaciones libres en casas particulares a las familias migrantes que necesitaban un lugar seguro en el que quedarse. Esta iniciativa se ha extendido a trece países. En mi país existe un extraordinario movimiento a favor de los refugiados que consiste en el mecenazgo que miles de canadienses proporcionan a las familias sirias: los canadienses asumen responsabilidades económicas y personales para cubrir las necesidades de los recién llegados durante un año, mientras se ajustan a un idioma, una cultura y un clima totalmente nuevos para ellos. *The New York Times* lo describió como «el programa de reasentamiento más cercano del mundo».

Es de lo más alentador ver que, a pesar de que las primeras suposiciones apuntaban a que la victoria de Trump podría dar lugar a una oleada de victorias electorales de extrema derecha, en algunos países parece que está ocurriendo todo lo contrario. Ante las repulsivas acciones de la Administración Trump, algunos electorados están decidiendo poner fin a esta tendencia. Antes de las elecciones de Holanda de marzo de 2017, muchos predijeron la victoria de Geert Wilders y su profundamente antiislámico y xenófobo Partido por la Libertad. Sin embargo, el apoyo a Wilders cayó en picado y el partido gobernante consiguió la mayoría de los escaños. Pero el mayor ganador de las elecciones fue el partido ecologista Green Left, que pasó de tener cuatro escaños a catorce. Su líder, Jesse Klaver, de ascendencia marroquí e indonesia, basó su campaña en un mensaje antirracista muy claro. El día de las elecciones, Klaver aconsejó a otros políticos europeos que se enfrentan al resurgimiento del populismo y del racismo de derechas: «No intentéis engañar al pueblo. Defended vuestros principios. Sed honestos. Sed prorrefugiados. Sed proeuropeos… Detener el populismo es posible».

Muchos siguieron su consejo en Francia tan solo un par de meses más tarde, aunque finalmente no fue suficiente. Ante la amenaza de la victoria de la ultraderechista Marine Le Pen, muchos retiraron su apoyo a los candidatos centristas por miedo a que se repitiera el escenario de Clinton contra Trump, y dieron su

apoyo al candidato popular de izquierdas Jean-Luc Mélenchon. Con su campaña contra el libre comercio y a favor de la paz y un programa electoral que incluía medidas para una redistribución económica radical, empezó a atraer a multitudes de hasta setenta mil personas, mucho mayores que las de cualquier otro candidato. Contra todo pronóstico, Mélenchon —a quien inicialmente se atribuía tan solo el 9 % del apoyo de los votantes— logró un 19,6 % de los votos en la primera vuelta, lo que le situó a solo dos puntos porcentuales de llegar a la vuelta final. En la votación final, Emmanuel Macron, antiguo banquero neoliberal, derrotó a Marine Le Pen, aunque su extremista partido logró un recuento histórico de votos. Y aproximadamente una tercera parte del electorado decidió expresar su descontento con Le Pen y Macron absteniéndose o invalidando sus papeletas. Mientras tanto, en España, dos candidatas con fuertes raíces en movimientos sociales han ganado las carreras por la alcaldía en Barcelona y Madrid, y han empezado a implementar políticas concretas para acoger a los refugiados, combatir la indigencia y luchar contra la contaminación a la vez.

¿Sobrevivirá la solidaridad a un shock de gran magnitud?

Estas reacciones suponen un gran avance con respecto al desmesurado éxito de las políticas del «divide y vencerás» posteriores al 11-S. Hasta ahora, las tácticas del shock impulsadas por Trump no han logrado desorientar a la oposición, más bien lo contrario: están abriendo los ojos de la gente en Estados Unidos y en todo el mundo. Pero, evidentemente, las nuevas alianzas surgidas en Estados Unidos todavía no han tenido que enfrentarse a una crisis de seguridad grave o a un estado de emergencia. La prueba definitiva consistirá en ver si las muestras de coraje y de solidaridad que hemos estado presenciando se mantienen cuando se diga a la población que se encuentra en peligro inminente y que la persona que hizo estallar una bomba la semana pasada podría ser miembro del grupo con el que se están solidarizando.

Sin embargo, existen razones para creer que muchas de las relaciones construidas en esta etapa temprana serán lo suficientemente sólidas como para compensar el miedo que de un modo inevitable se propaga durante un estado de emergencia. Si Trump intenta usar una crisis para implementar medidas draconianas a la fuerza, esta resistencia emergente estará lista para alzarse y actuar como barrera humana para decir: «No, esta vez no».

Capítulo 11

CUANDO NO BASTÓ CON DECIR NO

ESTE ES EL QUID de la cuestión: decir que no a las tácticas del shock no suele bastar para detenerlas; hace falta algo más. Aprendí esta lección el año después de la publicación de *La doctrina del shock*, cuando Wall Street sufrió su peor crisis desde el Crac de 1929.

En 2008 vimos con nuestros propios ojos cómo la crisis financiera —la consecuencia directa de la avaricia desenfrenada del sector financiero— fue explotada en todo el mundo, pero especialmente en el sur de Europa, para extraer estrictas concesiones de la gente común al más puro estilo de la doctrina del shock. Los europeos resistieron estas cínicas tácticas con una tenacidad y un coraje asombrosos (mucho más allá de cualquier cosa que hayamos visto hasta ahora en los Estados Unidos de Trump). Ocuparon plazas y permanecieron en ellas durante meses. Hubo huelgas generales que paralizaron ciudades enteras y, en algunos casos, incluso votaron para echar a los sinvergüenzas del poder. Fuera de Europa, en Túnez, el detonante que dio paso a una oleada de alzamientos en la llamada Primavera Árabe fue la repentina subida en los precios de la comida.

Uno de los eslóganes que se oía en las calles durante este periodo, surgido en Italia y luego repetido en Grecia y en España, fue: «¡No pagaremos vuestra crisis!». Millones de personas entendieron que esto era lo que se les estaba pidiendo. Les estaban endosando las facturas de los banqueros, obligándolos a pagar por sus pecados con un coste de vida más alto y salarios más bajos. Y dijeron que no. Alto y claro, las multitudes se negaron.

Pero en la gran mayoría de los casos, negarse no fue suficiente, y los castigos económicos seguían sucediéndose. En ocasiones, las manifestaciones populares lograban detener alguna medida de austeridad especialmente atroz. Los estudiantes de Quebec lucharon contra una subida de las matrículas en 2012 de forma muy parecida a como los estudiantes chilenos lucharon por arreglar un sistema educativo roto en 2011. Pero las políticas de austeridad siguieron su curso.

Lo más importante es que esta oleada de manifestaciones y ocupaciones no produjo un cambio fundamental en el modelo económico que nos pueda apartar del camino que lleva directamente a un mundo de Zonas Verdes y Zonas Rojas. Cuando los fracasos del modelo actual se nos revelaron de una forma mucho más espectacular que en cualquier momento desde la Gran Depresión, no aprovechamos la oportunidad colectivamente para tomar el timón de la historia y cambiar de dirección.

La responsabilidad de cambiar de ruta es colectiva, no se puede culpar a ninguna persona concreta ni a un partido político de los caminos que se han tomado. Pero los errores posteriores al colapso financiero de 2008 más acusados se cometieron en Estados Unidos, puesto que una extraordinaria cantidad de factores parecía haberse alineado más a favor de un cambio transformador que de uno gradual. Por eso resulta pertinente repasar ese momento de crisis con cierta profundidad, no para culpabilizar a nadie, sino para entender cómo desaprovechamos una grieta en el sistema político que tan raramente se abre, y para que no repitamos los mismos errores cuando nos sobrevenga el próximo shock económico.

Situémonos a principios de 2009. Barack Obama entraba en la Casa Blanca como el primer presidente afroamericano, un reproche decisivo a los ocho años de Bush. Le había resultado fácil ganarse el voto popular, y durante los dos años siguientes, sus compañeros demócratas controlarían el Congreso.

Obama disponía de una clara autoridad democrática para hacer algo más que intentar arreglar una economía hecha añicos. En los tres meses previos a su investidura, el país había perdido casi dos millones de empleos, y el año 2009 se presentaba desalentador. La idea de arremeter contra Wall Street era increíblemente popular (y sigue siéndolo) porque las grandes instituciones financieras que habían derribado la economía global eran las culpables de que tanta gente hubiese perdido sus hogares y trabajos, y visto cómo todos sus ahorros se evaporaban. Los banqueros no tenían defensores, ya que sus ejecutivos se habían escondido. Durante la campaña electoral, Obama había hablado con firmeza sobre cómo iba a restaurar la economía en favor del «duro trabajo y el sacrificio de Main Street [los ciudadanos de a pie]» mientras se

enfrentaba a la «avaricia e irresponsabilidad de Wall Street».

La nueva Administración también tenía autoridad para luchar contra la crisis del cambio climático. Tras ocho años de negación y obstruccionismo por parte de George W. Bush, Obama había prometido poner precio al carbón y crear cinco millones de empleos verdes gracias a inversiones importantes, entre otras, en energías renovables y vehículos híbridos. Cuando Obama ganó las primarias demócratas, dijo a una multitud vitoreante que ese día sería recordado como el momento en el que la subida del nivel del mar se había ralentizado y el «planeta empezaba a curarse». Es cierto que los detalles flojeaban, pero no se trataba de unas elecciones cualesquiera, y no hay duda de que contaba con la autoridad democrática para ser firme.

Cuando los bancos se arrodillaron

Al mirar atrás, resulta realmente asombroso el poder económico que Obama y los demócratas concentraron en ese corto periodo antes de perder el Congreso. Primero, tenían vía libre para diseñar un programa de estímulo para reconstruir Main Street y para hacerla tan ancha como fuera necesario. Tras décadas de inclementes recortes en las inversiones sociales, de pronto había un consenso generalizado sobre la necesidad de que el Gobierno federal sacara la economía de la recesión. El plan de estímulo terminó siendo de 800.000 millones de dólares, una impactante suma, aunque, en el momento, fue ampliamente criticada por ser demasiado pequeña.

Y esa no fue la única herramienta que Obama tuvo para llevar a cabo sus promesas de reconstruir Main Street. Los bancos estaban de rodillas, recibiendo billones de dólares de dinero público en rescates directos y garantías de crédito, y tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo se debatía acaloradamente sobre qué deberían exigir los gobiernos a cambio de salvar a los bancos de las consecuencias de su propia avaricia. ¿Deberían poner un límite a los salarios de los ejecutivos? ¿Reinstaurar la Ley Glass-Steagall de la época de la Depresión que separaba los bancos comerciales de los de inversión? ¿Meter a los directores generales responsables de la crisis global en la cárcel? ¿Nacionalizar los bancos con carácter permanente y gestionarlos como bienes públicos? Hoy en día, algunas de estas ideas pueden parecer radicales, pero merece la pena recordar que estas discusiones tuvieron lugar en 2009, incluso en publicaciones tan serias como *Financial Times*. Debates similares surgieron sobre el destino de las grandes empresas del sector automovilístico, que también recurrían a Washington en busca de rescates. Dos de las tres empresas más importantes —General Motors y Chrysler— tuvieron que declararse en bancarrota ese mismo año, y fueron sometidas al control del Gobierno.

Alejemos la imagen e imaginemos lo que podría haber sido y no fue. Obama disponía de la autoridad electoral necesaria para implementar un cambio real, tenía en sus manos un cheque en blanco para diseñar un paquete de estímulos, y tenía la oportunidad de imponer unos cambios muy necesarios en dos sectores tambaleantes de la economía de Estados Unidos: los bancos y las empresas automovilísticas.

Imaginemos que los demócratas hubieran usado la autoridad de la que dispusieron en 2009 y 2010 para exigir a los bancos y a los gigantes de la automoción una reestructuración seria y sustancial a cambio de seguir financiando su rescate. Imaginemos que Obama, al que se eligió por sus promesas de reconstruir Main Street, de resolver el problema del cambio climático y de estabilizar la economía, hubiese tratado a los sectores bancario y automovilístico como componentes de una visión unificada para resucitar la economía mientras, por otro lado, combatía la desigualdad y el cambio climático.

Concretemos. ¿Qué habría pasado si se hubiese obligado a las empresas automovilísticas a que se reestructuraran para poder fabricar los vehículos necesarios para un futuro con bajas emisiones de carbono, como coches eléctricos, autobuses eléctricos y trenes ligeros? Durante la crisis financiera se perdieron dos millones de empleos en el sector de la producción, y cientos de fábricas se vieron obligadas a cerrar. ¿Qué habría pasado si, en lugar de permitir las pérdidas de empleo y los cierres, se hubiesen reacondicionado y reequipado dichas fábricas? En la Segunda Guerra Mundial se llevó a cabo una transformación industrial similar, cuando las fábricas estadounidenses se emplearon para responder a las necesidades de la guerra.

Habría sido caro, sí; pero se podría haber exigido a los bancos que invirtieran una parte razonable del dinero de su rescate en proporcionar los créditos necesarios para llevar a cabo dicha transformación industrial (la realidad fue otra: se quedaron con todo el dinero). Y el dinero para estimular la economía se podría haber invertido en ayudar a los trabajadores a que recibieran la formación necesaria para participar plenamente en la transición, construyendo así infraestructuras públicas —redes de transporte y eléctricas— de la misma economía verde. El gasto de Obama en infraestructuras incluía un apoyo significativo a la energía verde y a los proyectos verdes, pero las infraestructuras limpias del futuro, incluyendo el transporte público y el tren ligero, perdieron terreno frente a las infraestructuras sucias del pasado, tales como las

autopistas. También malgastaron casi todas las oportunidades que habían surgido de los rescates de los bancos y de las empresas automovilísticas; a pesar de todos sus errores, la actitud de Washington era firme: los bancos saben más, las compañías automovilísticas saben más, nuestro trabajo es simplemente hacer que estas industrias se recuperen lo antes posible para que puedan volver al trabajo como siempre con modificaciones menores.

La revolución del empleo que nunca ocurrió

Este camino que no se siguió importa porque, ahora mismo, uno de los obstáculos más importantes que impiden la posibilidad de una acción firme contra el cambio climático es que las empresas de combustibles fósiles han logrado posicionarse como las únicas capaces de crear empleos bien pagados y de proporcionarnos electricidad. Y Obama y los demócratas tuvieron la oportunidad de enterrar esta afirmación de una vez por todas.

En el mismo periodo, otros países sí enterraron dicha afirmación. Durante la pasada década, el Gobierno alemán ha tratado la economía verde como la forma principal de resucitar su sector fabril. En el proceso, ha creado cuatrocientos mil puestos de trabajo, y ahora el 30 % de la energía del país proviene de fuentes renovables. Y no olvidemos que Alemania es, de lejos, la economía más sólida de Europa. Su transición energética sigue estando incompleta, ya que aún depende excesivamente del carbón, y el Gobierno alemán ha infligido crueles medidas de austeridad sobre otros países mientras ha preferido otras vías para su propio país. Pero si Estados Unidos hubiese seguido el modelo de industria nacional de Alemania, se encontraría tan avanzada en el camino hacia una economía basada en las energías renovables que Trump habría sido incapaz de deshacerla, por muchas órdenes ejecutivas que firmara. Y ¿quién sabe? Los nuevos empleos en el sector de la producción y la mejora de las infraestructuras podrían haber bastado para evitar su victoria.

Desde luego, todos estos cambios y reestructuraciones habrían exigido una extraordinaria determinación y firmeza. Obama, de haber adoptado un enfoque transformador en lo referente a los bancos y las empresas automovilísticas fallidas y al indomable sector energético al llegar al poder, se habría enfrentado a un contragolpe atroz y difícil de soportar. Le habrían pintado de comunista, de ser el Hugo Chávez de Estados Unidos. Por otro lado, su mandato de cambio generalizado, así como el derroche de buena voluntad con la que su elección fue recibida, fueron acompañados por una combinación de poderes económicos tan poco común que bien le habría permitido marcar el comienzo de una nueva era de justicia económica y estabilidad climática.

El hecho de que Estados Unidos no aprovechara ese momento no es un error que pueda atribuirse solamente a los demócratas. Durante los primeros años de Obama en la presidencia, la mayoría de organizaciones progresistas —aliviadas de haberse librado por fin de Bush y encantadas de gozar de la atención del partido gobernante por primera vez en diez años— confundieron el acceso con el poder. Por consiguiente, el tipo de presión externa que ha hecho palanca sobre las mayores victorias políticas en el pasado brilló por su ausencia durante el primer mandato de Obama. Al margen de algunos intrépidos intentos, se echó en falta una coalición progresista unida que presionara a Obama para que sacara más partido del momento histórico único en el que estaba inmerso y que le empujara a cumplir con lo que cabía esperar en cuanto a empleo, justicia racial, limpieza del aire y del agua y mejores servicios. Craso error. Tal como el gran (y añorado) historiador Howard Zinn escribió una vez: «Lo importante no es quién esté sentado en la Casa Blanca, sino quién hace las sentadas: en las calles, en los comedores, en los pasillos de las instituciones, en las fábricas. Quién protesta, quién ocupa las oficinas y se manifiesta. Estas son las cosas que determinan lo que ocurre».

La conclusión es que, como teóricos y organizadores, en 2009 no estábamos listos; fuimos demasiados los que esperamos que el cambio viniera desde arriba. Y para cuando la mayoría nos dimos cuenta de lo insuficiente que había sido ese cambio, la ventana se había cerrado y el Tea Party ya estaba ganando terreno.

Recordemos los saltos del pasado

Antes de que la política de la doctrina del shock se convirtiera en la norma en la década de los ochenta, era frecuente que las crisis que innegablemente habían surgido de la avaricia financiera y de las acciones ilícitas de las corporaciones despertaran reacciones muy dispares. De hecho, provocaron algunas de las victorias progresistas más trascendentales de la historia moderna.

En Estados Unidos, tras la carnicería de la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud, la comunidad negra y sus aliados radicales ejercieron presión para obtener justicia económica y mayores derechos sociales. Lograron grandes victorias, como por ejemplo la educación pública para todos los niños, aunque todavía tendría que pasar un siglo hasta terminar con la segregación en los colegios.

El monstruoso incendio de 1911 en la fábrica de Triangle Shirtwaist Company en la ciudad de Nueva York que se cobró la vida de 146 jóvenes obreros inmigrantes, sirvió para convertir en activistas a cientos de miles de trabajadores, que, con el tiempo, lograron que se modificara el código laboral estatal, se limitaran las horas extras, se impusieran nuevas regulaciones sobre el trabajo infantil y se avanzara en materia de seguridad y prevención de incendios.

El ejemplo más significativo es que el New Deal fue posible únicamente gracias a la respuesta colectiva de las bases ante el Crac de 1929. La oleada de huelgas que tuvo lugar a mediados de la década de 1930 —la rebelión de los camioneros y la huelga general de Mineápolis, el parón total de los estibadores en la Costa Oeste de ochenta y tres días de duración, y las huelgas y sentadas en las fábricas de automóviles en Flint— consolidaron el poder de los sindicatos industriales y obligaron a los empresarios a compartir mucha más riqueza con sus trabajadores. En este mismo periodo, como respuesta al sufrimiento provocado por la Gran Depresión, los movimientos masivos exigieron programas sociales de gran alcance, como la Seguridad Social y el seguro de desempleo (programas de los que se excluía a la mayoría de afroamericanos y trabajadoras). En la misma época, se implementaron estrictas regulaciones en el sector financiero, en detrimento de unos márgenes lucrativos hasta entonces ilimitados. En todo el mundo industrializado, las presiones de los movimientos sociales crearon las condiciones necesarias para la creación de programas como el New Deal, caracterizado por una ambiciosa inversión en la infraestructura pública —servicios públicos, sistemas de transporte y viviendas, entre otros—, en una escala comparable a lo que la crisis medioambiental requiere en la actualidad (igual que las ruinas de la Segunda Guerra Mundial proporcionaron otro catalizador del mismo tamaño).

En 1969, un derrame de petróleo tiñó de negro las maravillosas playas de Santa Bárbara, California. Para el medio ambiente fue el equivalente al Crac de 1929, un shock que movió a muchos a exigir un cambio profundo. Muchas de las leyes más estrictas sobre la protección del aire, el agua y las especies en peligro de extinción de Norteamérica se remontan a la ira popular que estalló en respuesta a esta catástrofe.

En todos estos casos hubo una crisis demoledora que sirvió para despertar a la población y abrir paso a una legislación apropiada que dio lugar a una sociedad más justa y segura, gracias, en gran parte, al enorme esfuerzo de los organizadores que llevaban años preparando el terreno antes de que los shocks azotaran a la sociedad. Las reformas logradas distaban mucho de ser perfectas, no eran transformaciones a gran escala, pero aun así fueron las responsables directas de la construcción de gran parte de la red de la Seguridad Social moderna, así como de las estructuras reguladoras que protegen a tantos trabajadores y la salud pública. Además, para implementar dichas medidas, las autoridades no necesitaron recurrir a engaños; gozaban de tanta aceptación entre los votantes que no hizo falta esconderlas bajo la máscara de una crisis, sino que fueron exigidas con firmeza por movimientos sociales potentes. En lugar de subvertirse, la democracia se había intensificado.

¿Por qué aquellas crisis provocaron cambios tan visionarios, mientras que las más recientes —el *Katrina*, la debacle de las hipotecas de alto riesgo, la catástrofe de la plataforma petrolífera Deepwater Horizon de BP— nos han dejado tan pocas políticas públicas progresistas?

Cuando la utopía nos echa una mano

He aquí una teoría: la interacción entre los sueños idealistas y las victorias terrenales siempre ha estado en el centro de los momentos de transformación profunda. Los avances logrados para los obreros y sus familias tras la Guerra Civil y durante la Gran Depresión, así como en materia de derechos civiles y medio ambiente en los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, no fueron meras reacciones ante una crisis u otra. Fueron reacciones a crisis que *ocurrieron en momentos en los que las personas se atrevieron a soñar a lo grande*, alto y claro, en público, con auténticas explosiones de imaginación utópicas.

Los trabajadores en huelga de la Gilded Age (periodo conocido en español como «la edad chapada en oro») de finales del siglo XIX, enfurecidos por las enormes fortunas que algunos estaban amasando a expensas de los trabajadores oprimidos, se inspiraron en la Comuna, el movimiento que logró que la clase trabajadora de París gobernara la ciudad durante meses. Soñaban con una «mancomunidad cooperativa», un mundo en el que el trabajo fuera un elemento más de una vida equilibrada en la que se dispusiera de tiempo para dedicar al ocio, a la familia y al arte. Las obras de ficción utópica socialista, incluyendo

Mirando atrás, de Edward Bellamy, encabezaron las listas de las más vendidas (al contrario que actualmente, puesto que la ficción distópica clásica —*1984*, de George Orwell, *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood y *Eso no puede pasar aquí*, de Sinclair Lewis— reapareció en las listas de más vendidos a partir de la toma de posesión de Trump). Los organizadores de la clase obrera durante la Gran Depresión estaban versados en Marx y W. E. B. Du Bois, cuya visión era la de un movimiento panobrero capaz de unir a los oprimidos para transformar un sistema económico injusto. Tal como el historiador Robin D. G. Kelley ha escrito, el final del siglo XIX fue un periodo de impulso para «los movimientos radicales, con líderes negros, birraciales, democráticos y populistas».

Lo mismo ocurre con las victorias conquistadas con tanto esfuerzo en la época de los derechos civiles. Fue el maravilloso sueño del movimiento —articulado en la oratoria de Martin Luther King Jr. o en el espíritu del Comité Coordinador Estudiantil No Violento—, que logró crear el espacio necesario e inspirar a las bases para que se organizaran, lo que finalmente llevó a lograr victorias tangibles. A finales de los años sesenta y principios de los setenta, un fervor utópico similar —surgido de la revuelta contracultural, en la que los jóvenes lo cuestionaron prácticamente todo— sentó las bases de los avances en materia de feminismo, homosexualidad y medio ambiente que habrían de seguir.

Nunca está de más recordar que el presidente Roosevelt adoptó el New Deal en un momento en el que el activismo progresista y de izquierdas era tan potente que las políticas del New Deal —que hoy serían consideradas radicales— parecían ser la única forma de evitar una revolución a gran escala. Y no se trataba de una amenaza vacía. Cuando Upton Sinclair, autor de la relevadora novela *La jungla*, se presentó a gobernador de California en 1934, lo que se vivió fue la versión de la campaña de Bernie Sanders de su época. Sinclair era partidario de una interpretación más de izquierdas del New Deal, aduciendo que terminar con la pobreza pasaba por que el Estado costeara la financiación completa de las cooperativas de trabajadores. Sumó casi novecientos mil votos, pero se quedó a las puertas del cargo (si no te explicaron este episodio en la clase de historia, seguramente no sea casualidad; tal como el novelista checo Milan Kundera observó notoriamente: «La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido»).

Atrapados en Matrix

Para cuando el fiasco financiero de 2008 empezó a manifestarse, la imaginación utópica ya se encontraba severamente atrofiada. Mucha gente era consciente de que la respuesta apropiada ante la crisis era la indignación moral, y que regalar miles de millones a los bancos, negarse a procesar a los responsables y pedir a los desfavorecidos y a los ancianos que pagaran unos costes excesivos era una aberración.

Y, sin embargo, a las generaciones que habían crecido en el neoliberalismo les costó imaginar algo, lo que fuera, pero algo que fuera distinto de lo único que habían conocido. Es posible que el poder de la memoria también influyera. Cuando los trabajadores se sublevaron contra las depravaciones de la era industrial, muchos conservaban recuerdos vívidos de otro modelo de economía. Otros luchaban activamente para proteger un estilo de vida existente, ya fuera la granja familiar que peligraba ante codiciosos acreedores o los pequeños negocios artesanales que estaban siendo arrasados por el capitalismo industrial. Al haber conocido algo distinto, eran capaces de imaginar —y luchar por— un futuro radicalmente mejor. Incluso aquellos que jamás han conocido otra cosa que no sea la esclavitud y el *apartheid* han sido tremendamente creativos a la hora de buscar caminos —a menudo por medio de formas artísticas clandestinas— de alimentar y mantener con vida el sueño de la libertad, el autogobierno y la democracia. Tal como el novelista ganador del Premio Pulitzer Junot Díaz observó poco después de las elecciones de 2016, prediciendo los duros tiempos que se avecinaban:

> Los que descendemos de antepasados que fueron tenidos y criados como animales conocemos el futuro demasiado bien, porque, en parte, es nuestro pasado. Y sabemos que fue luchando, contra todo pronóstico, como los que no teníamos nada, ni siquiera nuestros verdaderos nombres, transformamos el universo. Nuestros ancestros lo lograron con muy poco, y nosotros, que tenemos más, debemos hacer lo mismo.

Es precisamente esta capacidad de imaginar, la habilidad de concebir un mundo completamente distinto del actual, lo que ha brillado por su ausencia desde que el grito de «no» empezó a oírse por todo el mundo en 2008. En Occidente, la memoria popular de cualquier otro tipo de sistema económico es escasa. Algunas culturas y comunidades concretas —especialmente las comunidades indígenas— se han esforzado por mantener vivos los recuerdos y modelos de modos de vida distintos que no se basan en la posesión de la tierra ni en la eterna obtención de beneficios. Pero la mayoría de los que no pertenecemos a esas tradiciones

nos encontramos totalmente inmersos en la *Matrix* del capitalismo, lo que hace que, por mucho que exijamos pequeñas mejoras de nuestras condiciones actuales, imaginar algo completamente distinto nos resulte especialmente difícil.

En parte, esta es la razón por la que los movimientos que surgieron —desde el «movimiento de las plazas» europeo hasta el Occupy Wall Street e incluso la revolución de Egipto— fueran muy claros en su «no»: no a la codicia de los banqueros, no a la austeridad y, en Egipto, no a la dictadura. Pero muy a menudo faltó una visión clara y cautivadora del mundo que se esperaba más allá de ese «no».

Y, en su ausencia, los shocks siguieron sucediéndose.

Con la supremacía blanca y la misoginia desbocadas, con el mundo balanceándose al borde del colapso ecológico, con los últimos vestigios de la esfera pública a punto de ser asolados por el capital, es evidente que no basta con dibujar una línea en la arena y decir «Hasta aquí». Sí, debemos dibujar esa línea, pero *también* debemos trazar un camino creíble e inspirador que nos lleve hacia un futuro diferente. Y ese futuro no puede ser el punto en el que estábamos antes de que Trump llegara (o, en otras palabras, el mundo que nos dio a Trump). Ese futuro tiene que ser un escenario que nunca antes hayamos visto.

Para imaginar ese escenario debemos reivindicar la tradición utópica que motivó tantos otros movimientos sociales trascendentales en el pasado. Debemos tener el valor de esbozar un mundo diferente, un mundo que, aunque solo exista en nuestras mentes, nos dé fuerzas para combatir en batallas que podemos ganar. Porque, tal como Oscar Wilde escribió en 1891: «Un mapa del mundo que no incluya Utopía no es digno de ser mirado, puesto que deja fuera el único país en el que la humanidad siempre desembarca. Y una vez desembarcada, la humanidad otea el horizonte y, al ver un país mejor, zarpa de nuevo».

El viaje requiere algo más que hablar y escribir sobre el futuro que queremos; debemos construirlo a medida que avanzamos.

Este es un principio que vi en acción (y en oración, y en canto) en Standing Rock.

Capítulo 12

LAS LECCIONES DE STANDING ROCK: ATREVERSE A SOÑAR

MENOS DE UN MES después de que Trump saliera elegido, fui a Standing Rock, Dakota del Norte. La previsión del tiempo auguraba una fuerte tormenta de nieve; los copos ya caían cuando llegamos, y las bajas colinas y el cielo cargado compartían el mismo color blanco.

Unos días antes, el gobernador había anunciado sus planes de desalojar los campamentos en los que miles de «protectores del agua» se habían reunido a las afueras de la reserva siux de Standing Rock para oponerse a la construcción del oleoducto Dakota Access. La empresa estaba resuelta a construirlo debajo del lago Oahe, la única fuente de agua potable de la tribu siux de Standing Rock, así como bajo otra sección del río Misuri que abastece de agua a 17 millones de personas. Los líderes de la tribu argumentaban que, de quebrarse el oleoducto, su pueblo se quedaría sin agua y sus lugares sagrados serían profanados. El eslogan del movimiento en lengua lakota, que resonó por todo el mundo, era «*Mni Wiconi*», «El agua es vida».

Tras meses de confrontaciones con las fuerzas de seguridad privadas y los fuertemente militarizados cuerpos policiales, ahora que Trump estaba de camino a la Casa Blanca, el gobernador parecía pensar que tenía vía libre para aplastar el movimiento mediante el uso de la fuerza. Llevaba meses asestando golpes —aproximadamente, unas setecientas cincuenta personas habían sido detenidas al concluir el desalojo de los campamentos— y, cuando llegué, Standing Rock ya se había convertido en el escenario de la represión estatal más violenta de la historia reciente de Estados Unidos. Al emitirse la orden de desalojo, muchos dijeron que el 5 de diciembre de 2016 iba a ser la última concentración en Standing Rock, y yo, igual que muchos otros, me había desplazado hasta allí para unirme a ellos.

Hubo un acontecimiento inesperado: un convoy de más de dos mil veteranos del Ejército también aparecieron en Standing Rock para apoyar a los siux, listos para enfrentarse a sus compañeros uniformados si fuera necesario. Los veteranos dijeron que habían jurado «servir y proteger» la Constitución. Y, tras ver las imágenes que mostraban a los pacíficos indígenas protectores del agua siendo brutalmente atacados por perros de seguridad y recibir cañonazos de agua a temperaturas bajo cero, disparos con bolas de goma y balas de plástico, y ser rociados con espray de pimienta, este grupo de veteranos decidió que su deber de protección ahora les exigía enfrentarse al Gobierno que un día los mandó a la guerra.

Cuando llegué, la red de campamentos contaba ya aproximadamente con diez mil personas que dormían en cientos y cientos de tiendas de campaña, tipis y yurtas. Decenas de niños bajaban en trineo por una pendiente nevada. El campamento principal era un hervidero de actividad tranquila, pero sin pausa. Los cocineros voluntarios servían comida a miles de personas, y durante todo el día llegaban camiones con productos frescos. Jóvenes realizadores de audiovisuales, músicos conocidos internacionalmente y actores de Hollywood compartían mensajes continuamente sobre los últimos acontecimientos para explicar el dramatismo del enfrentamiento a sus cuantiosos seguidores. Seminarios sobre descolonización y no violencia se impartían en las tiendas más grandes y en el interior de una cúpula geodésica. Un grupo de personas tocaban el tambor alrededor del fuego sagrado, ocupándose de las llamas, vigilando que nunca se extinguieran.

Más abajo, los veteranos recién llegados estaban montando su campamento a una velocidad asombrosa, poniendo en práctica las habilidades que habían perfeccionado en los campos de batalla de Afganistán, Irak y, algunos, en Vietnam. Me asaltó el pensamiento de que la última vez que había pasado tanto tiempo rodeada de personal del Ejército estadounidense fue en Bagdad, donde jóvenes hombres y mujeres ataviados con ese mismo uniforme fueron enviados a ocupar un país que casualmente poseía una de las reservas de crudo más grandes del mundo. Después de haber sido llamados tantas veces a proteger la riqueza del petróleo y del gas, y a hacer la guerra contra los pueblos indígenas de su propio país y de otros, era extremadamente conmovedor ver que estos soldados norteamericanos habían ido hasta allí, voluntariamente y desarmados, para unirse a la lucha de los indígenas para detener el enésimo proyecto —contaminador de agua y desestabilizador del medio ambiente— vinculado a los combustibles fósiles.

Una de las primeras conversaciones que mantuve en Standing Rock fue con la legendaria lakota LaDonna Brave Bull Allard, la anciana que, en muchos sentidos, inició la resistencia al abrir el primer campamento en su tierra, el Sacred Stone Camp («Campamento de la Piedra Sagrada»). Eso fue en abril de 2016. Y ahí seguía ocho meses después, con el brillo de los ojos intacto, sin mostrar ni una pizca de cansancio a pesar de estar haciendo de madre a miles de personas que habían llegado de todo el mundo para formar parte de este movimiento histórico.

Me contó que el campamento se había convertido en un hogar y en una comunidad para cientos de personas, primero, y luego para miles. También se había convertido en un hospital de campaña para los que habían sido heridos por la Policía y para aquellos que se sentían físicamente amenazados por lo que la victoria de Trump ya había empezado a provocar.

Aprender viviendo

Brave Bull Allard, historiadora oficial de la tribu siux de Standing Rock, dijo que, por encima de todo, el campamento se había convertido en una escuela para los jóvenes indígenas que buscaban una conexión más profunda con su cultura, viviendo en la tierra y los ritos, y para los no indígenas que habían entendido que ese momento requería unas habilidades y unos conocimientos de los que la mayoría carecemos.

«Mis nietos no se pueden creer lo poco que saben los blancos», me dijo entre carcajadas, pero sin intención alguna de juzgar. «Vienen corriendo: "¡Abuela! ¡Los blancos no saben cortar leña! ¿Podemos enseñarles?". Y yo les digo: "Sí, enseñadles"». La propia Brave Bull Allard enseñó pacientemente a cientos de visitantes lo que ella consideraba habilidades básicas de supervivencia: a usar la salvia como desinfectante natural, a mantenerse calientes y secos en las salvajes tormentas de Dakota del Norte («todo el mundo necesita al menos seis lonas», dijo severamente).

Me contó que había comprendido que, aunque detener la construcción del oleoducto era crucial, en esta convergencia se estaba fraguando algo de mayor valor si cabe. Dijo que los campamentos se habían convertido en un lugar en el que los indígenas y los no indígenas estaban aprendiendo a vivir en comunión y comunidad con la tierra. Y, para ella, enseñar las habilidades técnicas no era lo único importante. También era importante exponer a los visitantes a las tradiciones y a las ceremonias que se habían mantenido vivas a pesar de cientos de años de ataques genocidas cometidos contra el pueblo indígena y su cultura. Me contó que esta era la razón por la que las tradiciones habían sobrevivido a los ataques. «Sabíamos que este día iba a llegar: la unión de todas las tribus. […] Estamos aquí para proteger la tierra y el agua. Por eso estamos vivos todavía. Para hacer exactamente lo que estamos haciendo. Para ayudar a la humanidad a responder a la pregunta más urgente de todas: ¿cómo podemos volver a vivir con la tierra de nuevo, y no en su contra?».

Y este aprendizaje no puede esperar, dijo, porque las alteraciones del clima ya están ocurriendo. Si los no indígenas no empiezan a aprender cómo cuidar de los sistemas de sustento de la vida de la Tierra, acabaremos cocidos. Con esto en mente, Brave Bull Allard veía los campamentos y pensaba que esto era solo el principio. Después de vencer al oleoducto, dijo, los siux de Standing Rock debían convertirse en un modelo de energía limpia y estilo de vida sostenible.

Muchas figuras relevantes de Standing Rock comparten la visión de un movimiento que no se limite a resistir, sino que además modele y muestre el camino que debemos seguir. Entre ellos, el miembro del consejo tribal de los siux de Standing Rock, Cody Two Bears. Ataviado con una sudadera roja con la palabra *Warrior* escrita en letras negras, habló sobre los albores de la presencia de los europeos en esas tierras, cuando sus ancestros enseñaron a los visitantes a sobrevivir en un clima arduo y desconocido. «Les enseñamos a sembrar la tierra, a mantenerse calientes, a construir hogares comunales». Pero nunca dejaron de llevarse cosas, de la tierra y del pueblo indígena. Y Two Bears dice que ahora «las cosas están empeorando. Por eso los primeros habitantes de estas tierras tienen que volver a enseñar al país a vivir. Siendo limpios, siendo *renovables*, aprovechando las bendiciones que el Creador nos ha proporcionado: el sol y el viento. Vamos a empezar en las tierras nativas. Y vamos a enseñar al resto del país a vivir».

La era de los protectores

En Standing Rock, me encontré a mí misma reflexionando sobre lo que significa ser protector. Los líderes de este movimiento habían insistido, desde el primer día, en que no eran «manifestantes» con ganas de alboroto, sino «protectores del agua» resueltos a detener un problema de una naturaleza muy distinta. Y

entonces aparecieron los veteranos con sus camisetas de «servir y proteger», quienes habían decidido que, con tal de cumplir su juramento, debían ponerse en primera línea para defender los derechos de los primeros pueblos del continente. Y yo reflexioné sobre mi propio deber de proteger a mi hijo, a mis amigos, a los niños que están por venir, del escabroso futuro que les estamos dejando.

El papel de protector, si cae en las manos equivocadas, puede resultar fatal. En momentos de crisis, hay hombres fuertes que lo asumen con demasiada facilidad, proclamando que van a proteger al rebaño del mal, sin pedir nada más que poder absoluto y obediencia ciega a cambio. Sin embargo, el espíritu de protección que se instaló en el campamento no tenía nada que ver con esa figura patriarcal todopoderosa. Esta protección provenía del conocimiento profundo de la fragilidad humana, y no era el tipo de protección unidireccional y pasiva que tan mal puede terminar. Esta protección era recíproca y desdibujaba toda separación: el agua, la tierra y el aire nos protegen a todos; lo mínimo que podemos hacer es protegerlos (¿o protegernos?) cuando algo los (¿o nos?) amenacen. Cuando los presentes en Standing Rock se enfrentaron con los tanques blindados y los antidisturbios, cantando «*Mni Wiconi*», dieron voz a ese principio fundamental: protejamos el agua, porque el agua nos protege a todos.

Ese mismo sentimiento de vulnerabilidad y reciprocidad también guio la presencia de los veteranos. El anterior 5 de diciembre, la Administración Obama había denegado el permiso para la construcción del oleoducto bajo el embalse de la tribu. Esa noche se celebró una «ceremonia del perdón» en la reserva. Durante horas, cientos de veteranos formaron una fila para implorar el perdón de los ancianos por los crímenes cometidos contra los pueblos indígenas durante siglos por parte de las instituciones militares a las que ellos habían servido.

Wesley Clark Jr., uno de los principales organizadores de la delegación de veteranos presentes en Standing Rock, empezó diciendo:

> Muchos de nosotros, y yo en concreto, provenimos de unidades que os han atacado durante muchos años. Vinimos. Luchamos contra vosotros. Os arrebatamos vuestras tierras. Firmamos tratados que luego rompimos. Robamos minerales de vuestras colinas sagradas. Incrustamos las caras de nuestros presidentes en vuestra montaña sagrada. Luego os quitamos todavía más tierras, y luego a vuestros hijos, y luego intentamos […] eliminar la lengua que Dios os dio, que el Creador os dio. No os respetamos, contaminamos vuestra tierra, os hemos hecho daño de muchas maneras, pero hemos venido a pediros perdón.

El camino a través de la rabia

Entre lágrimas y envueltos en humo de salvia, sentimos el tacto de la historia. Y de algo más: el de una forma de lidiar con la rabia y el duelo que no se basaba únicamente en las quejas. Y que ocurriera tan pronto, después de unas elecciones tan divisorias y crudas, fue un tremendo alivio. Durante semanas, las pantallas que ocupan demasiado espacio en mi vida habían sido sepultadas por esa furia implacable, tragadas por rabiosos debates circulares sobre quién, o qué, era el culpable único y verdadero del embrollo en el que estamos metidos. «Trump ha ganado por culpa del racismo presente en Norteamérica, y punto», decían algunos. «No, ha sido por culpa del elitismo de los demócratas corporativos; Bernie lo habría arreglado todo», clamaban otros. «No, ha ganado por culpa del capitalismo, que es el mayor problema de todos; el racismo y la supremacía blanca son secundarios». «No, la política identitaria es lo que nos ha destruido, por quejicas y separatistas». «No, ha sido la misoginia, malditos imbéciles». «No, ha sido la industria de los combustibles fósiles y su determinación de sacar un beneficio enorme sin tener en cuenta lo mucho que están desestabilizando el planeta». Se dijeron cosas muy sensatas, pero lo llamativo era que el objetivo raramente pasaba por cambiar opiniones o encontrar puntos en común. El objetivo era ganar la discusión.

Y, entonces, en cuestión de minutos, el veneno se evaporó. De pronto, esas peleas tenían tan poco sentido como construir un oleoducto debajo de la fuente de agua potable de esta comunidad (el mismo que originalmente debía atravesar la ciudad de mayoría blanca de Bismarck, donde fue ampliamente rechazado por cuestiones de seguridad). En los campamentos, rodeados por personas que se habían enfrentado a las industrias más poderosas del mundo, la idea de que existía algún tipo de rivalidad entre todos esos asuntos se desvaneció. En Standing Rock, estaba muy claro que el problema era un *todo*, un único sistema. El problema era el capitalismo ecocida y su determinación de embutir un oleoducto a través del río Misuri sin que el consentimiento o el cambio climático importaran un bledo. Era el sofocante racismo que permitía que se hiciera en Standing Rock lo que se había considerado imposible en Bismarck y que se tratara a los protectores del agua como si fueran una plaga que eliminar a base de cañonazos de agua en un frío glacial. El capitalismo moderno, la supremacía blanca y los combustibles fósiles eran hebras de una misma trenza,

inseparables. Y se habían entretejido unas con otras justo allí, en ese pedazo de tierra helada.

Tal como la gran escritora y organizadora Anishinaabe Winona LaDuke escribió sobre el careo: «Este es un momento en el que los derechos corporativos extremos y el racismo extremo se afrontan con coraje, oración y determinación». Esta lucha no tiene fronteras; en todo el mundo, las personas que llevan a cabo la sagrada tarea de proteger ecologías frágiles de los ataques de la industria se enfrentan a guerras sucias. Según un informe de la organización protectora de los derechos humanos Global Witness, «más de tres personas fueron asesinadas semanalmente en 2015 mientras defendían sus tierras, bosques y ríos, de industrias destructivas. […] Cada vez es más común que las comunidades que oponen resistencia se encuentren en la línea de fuego de la seguridad privada de las empresas, las fuerzas del Estado y un floreciente mercado de asesinos a sueldo». Se estima que un 40 % de las víctimas son indígenas.

Desde las elecciones venía deseando que se celebrara algún tipo de reunión en la que pensadores y organizadores progresistas pudieran diseñar estrategias, unirse y encontrar la manera de sobrevivir a los bombardeos diarios de Trump durante los próximos cuatro años, es decir, el tipo de conversación que había sido tan bruscamente interrumpida en Australia el día/noche de las elecciones. Imaginaba que se desarrollaría en una universidad, en amplias salas. No esperaba encontrar ese espacio en Standing Rock. Pero fue precisamente allí donde lo encontré, en la combinación de reacción y contemplación presente en los campamentos, y en el constante aprendizaje basado en la práctica promovido por Brave Bull Allard y muchos otros líderes.

Al final, el movimiento de Standing Rock no logró detener la construcción del oleoducto; al menos, no de momento. En una flagrante violación de los tratados y de los derechos sobre la tierra, Trump revocó la decisión de Obama con carácter inmediato y autorizó que la compañía —flanqueada por una cantidad ingente de Policía militarizada— metiera la tubería por debajo del lago Oahe sin el consentimiento de los siux de Standing Rock. Mientras escribo estas líneas, el petróleo fluye por debajo del embalse de agua potable de la comunidad, y el oleoducto podría reventar en cualquier momento. Esta atrocidad se está impugnando en los tribunales, y se está ejerciendo una gran presión sobre los bancos que financiaron el proyecto. De momento, ya se han retirado unos ochenta millones de dólares de los bancos que invirtieron en el oleoducto.

Pero el petróleo sigue corriendo.

Nunca olvidaré la experiencia de estar en el campamento principal cuando llegó la noticia, tras meses de resistencia, de que la Administración Obama finalmente había denegado el permiso para construir el oleoducto. Casualmente, me encontraba con Tokata Iron Eyes, una chica de trece años terriblemente sensata y a la vez alegre de Standing Rock que había ayudado a arrancar el movimiento contra el oleoducto. Con el móvil en la mano, lista para grabar su respuesta en vídeo, le pregunté qué sentía ante la noticia. «Que he recuperado mi futuro», dijo, y se echó a llorar. Yo también lloré.

Gracias a Trump, Tokata ha perdido, una vez más, esa sensación de seguridad. Y, aun así, su acción no ha podido ni logrado despojarnos del profundo aprendizaje que adquirimos durante todos esos meses sobre el terreno. El modelaje de una forma de resistencia que con una mano dijo «no» a una amenaza inminente mientras con la otra trabajaba incansablemente para construir el «sí» que es el mundo que anhelamos y necesitamos.

Capítulo 13

EL MOMENTO DE DAR EL SALTO: PORQUE A PEQUEÑOS PASOS NO SE VA A ACABAR CON ESTO

«NO PODEMOS SEGUIR pidiendo a nuestros miembros que se sacrifiquen. Están perdiendo demasiado. Necesitan los empleos que ofrece el oleoducto: tenemos que ofrecerles algo.»

La súplica anterior la hizo el representante de un sindicato muy importante, muchos de cuyos miembros pertenecen al sector del petróleo y del gas en Canadá.

Sentados en un gran círculo, sesenta personas escuchaban y se revolvían en sus sillas. Lo que decía era indiscutible. Todo el mundo tiene derecho a un trabajo digno. Y los empleados de los sectores energéticos están sufriendo mucho.

Pero los presentes en la sala también sabían que justificar otro oleoducto más no dependía de las negociaciones con los ecologistas; era un intento de negociar con la ciencia y la química condenado al fracaso. Es imposible seguir construyendo nuevas infraestructuras para el combustible fósil y tener alguna posibilidad de mantener las temperaturas a un nivel remotamente seguro.

Entonces, Arthur Manuel, intelectual indígena altamente respetado y antiguo jefe de la Nación Secwepemc en la Columbia Británica, tomó la palabra. Se inclinó hacia delante, miró al líder del sindicato a los ojos y dijo prácticamente en un susurro: «¿Cree que ustedes son los únicos que han tenido que sacrificarse? ¿Tiene usted idea de cuánto dinero y cuántos empleos ofrecidos por empresas de petróleo, gas y explotación minera ha rechazado mi pueblo? Decenas de millones de dólares. Lo hacemos porque hay cosas más importantes que el dinero».

Fue como si todos los presentes estuvieran aguantando la respiración. Fue uno de los varios intercambios desgarradoramente honestos que tuvieron lugar en el curso de una conferencia de dos días en Toronto, en mayo de 2015. En la sala había líderes y organizadores provenientes desde Haida Gwaii, en la Costa Oeste, a Halifax, en la Costa Este, que representaban a movimientos transversales, con un enorme espectro de asuntos e identidades.

Nos habíamos reunido para detectar las conexiones existentes entre las crisis a las que nos enfrentamos y para tratar de esbozar una visión holística del futuro que resolviera muchos de los desafíos que se cruzan a la vez. Igual que en Standing Rock, cada vez más gente está empezando a ver y a hablar sobre estas conexiones, señalando, por ejemplo, que los intereses económicos que más promueven las guerras, tanto en casa como en el extranjero, son precisamente las fuerzas más responsables del calentamiento global. Y que la precariedad económica de la que hablaba el representante sindical, y los ataques a los derechos de los indígenas sobre la tierra y sobre el propio planeta a los que se refirió Arthur Manuel (fallecido de repente a principios de 2017), también emanan del mismo punto: un sistema de valores corrosivo que antepone el beneficio al bienestar de las personas y del planeta. El mismo que ha permitido que la persecución del dinero haya corroído el sistema político en Estados Unidos hasta el punto de posibilitar que un grupo de plutócratas plagados de escándalos pudieran lograr el control de la Casa Blanca.

Las conexiones que existen entre la gran cantidad de emergencias que compiten por nuestro tiempo y atención son claras, incluso manifiestas. Y, aun así, respondiendo a todo un abanico de razones —la presión de los inversores, el ansia de lanzar campañas «clicables», el miedo a parecer demasiado radical y, por tanto, estar condenado al fracaso—, muchos hemos aprendido a cortar esas conexiones naturales y trabajar sobre asuntos aislados o silos. Los grupos antiausteridad raramente hablan sobre el cambio climático. Los grupos concentrados en el cambio climático apenas denuncian las guerras o las ocupaciones. Dentro del movimiento ecologista, escasean demasiado las conexiones que se establecen entre las armas que se cobran las vidas de personas negras en las calles de ciudades como Ferguson y Ottawa, y el aumento del nivel del mar y las devastadoras sequías que destruyen las patrias de las personas negras o de piel oscura en todo el mundo. Pocas veces se establece una relación entre los hombres poderosos que creen tener el derecho de usar y abusar del cuerpo de las mujeres y la noción generalizada de que las personas tienen el derecho de

hacer lo mismo con el planeta.

Muchas de las crisis a las que nos enfrentamos son síntomas de la misma enfermedad subyacente: una lógica basada en la dominación que trata a muchas personas, e incluso a la propia Tierra, como si fueran desechables. Nos unía la convicción de que la persistencia de esas desconexiones, de esta forma de pensar «por compartimentos», es la causante de que los progresistas estén perdiendo terreno en prácticamente todos los frentes y tengan que pelear por conseguir migajas, cuando todos sabemos que el momento histórico presente exige un cambio transformador. Estas divisiones y compartimentaciones —la vacilación a la hora de identificar los *sistemas* a los que nos enfrentamos— nos están arrebatando todo nuestro potencial y han logrado convencer a demasiadas personas de que las soluciones duraderas siempre estarán fuera de nuestro alcance.

También nos unía la convicción de que superar esas divisiones —encontrar y fortalecer las hebras que pasan por nuestros problemas y movimientos— es nuestra misión más urgente. Estábamos convencidos de que esas conexiones darán lugar a la coalición progresista más grande y más potente que hayamos visto en décadas, una coalición no solamente capaz de abordar los síntomas de un sistema fallido, sino de enfrentarse incluso al propio sistema. Nuestro objetivo, lejos de ser modesto, era intentar trazar el esquema del mundo que no queremos, sí, pero también del que anhelamos.

La diversidad de la sala dio lugar a muchas conversaciones duras. Pero después de largas y tristes historias sobre colaboraciones fallidas y demasiada confianza traicionada, la dureza es a lo que se llega cuando las personas por fin deciden abrir un hueco para soñar juntas. Es fácil pensar que imaginar el mundo que queremos es todo diversión y facilidades, cuando, en realidad, es la tarea más difícil de todas. Pero resulta que también es nuestra única esperanza. Como hemos visto, Trump y su séquito tienen el propósito de hacer retroceder al mundo en todos los frentes a la vez, y solo tendremos la oportunidad de contrarrestar una fuerza de esa magnitud si disponemos de una visión antagónica que nos haga avanzar en muchos frentes. Nuestro intento de esquematizar todos estos proyectos transversales empezó en Canadá, pero forma parte de una conversación internacional —en Estados Unidos, Reino Unido, Australia, por toda Europa y en otros lugares— en la que cada vez más personas llegan a la misma conclusión: es el momento de unirse alrededor de un proyecto común capaz de combatir el veneno político que se está extendiendo por nuestros países. Decir «no» no basta: es hora de atreverse a llevar unos cuantos «síes» por bandera.

La hora del shock del pueblo

Desde el descalabro financiero de 2008, he dado muchas vueltas a qué debería ocurrir para que por fin extraigamos una auténtica respuesta progresista popular a estas crisis a las que nos enfrentamos.

Hubo un momento en el que pensé que las informaciones basadas en datos científicos sobre el cambio climático —si llegáramos a comprenderlos— podrían ser ese catalizador. Después de todo, nada demuestra con mayor claridad que el sistema actual está fallando: si se permite que todo siga como siempre, territorios cada vez más extensos del planeta dejarán de ser habitables para la vida humana. Y, como hemos visto, responder de forma eficaz al cambio climático exige tirar a la basura el manual de economía corporativista que hemos estado siguiendo —lo cual es una de las razones principales por las que tantas ideologías de derechas niegan la realidad del cambio climático—. Por eso me parecía que, así como los periodos posteriores al Crac de 1929 y a la Segunda Guerra Mundial se convirtieron en momentos de grandes transformaciones sociales, la crisis climática —es decir, la amenaza a la existencia de la humanidad— también podría convertirse en la oportunidad del siglo para implementar un cambio social y económico.

La urgencia de la crisis del clima también nos da algo que puede resultar muy útil a la hora de lograr grandes cambios: una fecha límite sólida e inquebrantable basada en datos científicos. Porque, insisto, se nos ha acabado el tiempo. Llevamos tantas décadas mirando a las musarañas que se nos ha acabado el tiempo. Lo que significa que, si queremos tener la oportunidad de evitar un calentamiento catastrófico, tenemos que iniciar una transición económica y política *ahora mismo*.

Pero es evidente que el cambio climático no funciona como un colapso financiero o una guerra. A excepción de los cada vez más frecuentes huracanes y tormentas, el calentamiento es un proceso lento, lo que lo hace peligrosamente susceptible de ser relegado al subconsciente y escondido tras emergencias diarias más evidentes. Precisamente por eso, lo que hizo que nos reuniéramos en ese encuentro en la primavera de 2015 no fue solamente el cambio climático, sino algo que estaba acaparando muchas portadas: el colapso de los precios del petróleo, un verdadero quebradero de cabeza para Exxon Mobil, Rex Tillerson y Vladimir Putin. En Canadá, donde el Gobierno había apostado muy fuerte por el petróleo de arenas bituminosas de Alberta, la repentina caída del precio había supuesto un duro revés económico. Los

inversores se alejaban de las arenas bituminosas, cientos de miles de trabajadores perdían sus empleos, y nadie tenía un plan B, ni para crear empleo ni para aumentar los ingresos públicos.

Durante años, a los canadienses se nos había dicho que debíamos escoger entre un medio ambiente saludable o una economía fuerte, y ahora parecía que no teníamos ni lo uno ni lo otro. Se habían talado y contaminado grandes extensiones de Alberta para poder extraer el crudo, se habían violado sin piedad los derechos a la tierra de los indígenas, y la economía se estaba viniendo abajo. Y se estaba hundiendo precisamente porque habíamos invertido demasiado en una mercancía cuyo precio subía y bajaba como en una montaña rusa que nadie parecía poder controlar.

Eso fue lo que nos llevó a algunos a plantear la idea de un encuentro nacional, preguntándonos si, tal vez, el colapso del precio del petróleo combinado con la urgencia de la crisis climática podría servir como catalizador para la profunda transformación social y económica que tan necesaria es en tantos sentidos. Empezamos a imaginar que podríamos aprovechar la conexión entre las crisis superpuestas para promover políticas que mejoraran enormemente las vidas de las personas, cerraran la brecha entre los ricos y los pobres, crearan una gran cantidad de empleos no contaminantes y bien pagados, y estimularan la democracia de pies a cabeza. Sería todo lo contrario a la doctrina del shock. Sería la doctrina del pueblo, un golpe dado desde abajo.

Así que enviamos una carta cuyo encabezamiento rezaba: «Del shock de los precios al cambio energético», e invitamos a líderes de todo el país a sentarse en círculo durante dos días y atreverse a soñar. Comparto lo que sucedió a continuación con la esperanza de que la experiencia resulte útil en un momento en el que tantos estamos buscando formas de tender puentes para salvar la distancia que nos separa.

UN PROGRAMA ELECTORAL SIN PARTIDO

Respondieron a nuestra invitación con su asistencia dirigentes de federaciones y sindicatos laborales, directores de importantes grupos ecologistas, líderes feministas e indígenas icónicos, organizadores y teóricos centrados en los derechos de los migrantes, la tecnología abierta, la justicia alimentaria, la vivienda y la religión, entre otros. El hecho de que pudiéramos reunir a tantos actores con tan pocas semanas de antelación reflejaba la comprensión compartida de que se trataba de una apertura política poco común, no muy distinta de la crisis financiera de 2008. La diferencia era que, esta vez, no estábamos dispuestos a desaprovechar la oportunidad.

El otro factor que confería urgencia al encuentro era que la campaña electoral federal se acercaba. El Partido Conservador, liderado por el grandísimo defensor del petróleo Stephen Harper, llevaba una década en el poder, pero el país estaba empezando a cambiar de idea, y el horizonte político tenía posibilidades de cambiar. Aun así, a esas alturas de la campaña, ningún partido político había logrado fascinar a los votantes con una visión distinta del país. En lo referente al cambio climático, los dos principales partidos de la oposición —los liberales centristas de Justin Trudeau, y el Nuevo Partido Democrático de centro-izquierda — hacían campañas convencionales que hablaban de nuevos oleoductos para arenas bituminosas, que no consideraban ni el colapso de los precios ni la crisis climática desde un punto de vista honesto.

Así las cosas, decidimos que, en nuestro encuentro, haríamos algo que los movimientos del país no habían intentado durante décadas: participar en unas elecciones nacionales redactando un «programa popular» que tratara de reflejar las necesidades no de un distrito electoral concreto, sino las de muchos distritos a la vez.

Creímos que sería una buena oportunidad para empezar a reparar nuestra relación con el planeta y de cerrar las heridas coloniales y raciales que se remontan a la fundación del país.

También teníamos algo más en mente: el modo de vida que está provocando la desestabilización climática y económica también está creando otras crisis. Está dando lugar a una epidemia de ansiedad y desesperación, evidenciada por factores desde el aumento de la dependencia de medicamentos con receta hasta los altos índices de suicidio, desde la violencia al volante hasta la adicción a la tecnología. Así que decidimos imaginar qué es lo que necesitamos para que las comunidades sean más felices y saludables, y si podrían esas mismas cosas hacer del mundo un lugar más sano.

En otras palabras: aspirábamos a mucho. En nuestro interior, sentíamos que era lo único moralmente aceptable que podíamos hacer; ninguno de los presentes, fuera cual fuera su causa —migración, indigencia, derechos a la tierra de los indígenas, cambio climático…—, estábamos acostumbrados a situaciones en las que hubiera tanto en juego.

El objetivo era concebir una visión tan concreta e inspiradora que los votantes pudieran, desde un punto de vista práctico, matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, podrían ir a las urnas para votar contra lo que

no querían (el desastroso Gobierno del momento), y, por otro, tendrían un espacio, aunque fuera de la política electoral, para decir «sí» (añadiendo sus nombres a nuestro programa popular o demostrando su apoyo en público) a una visión que esperábamos que reflejara lo que muchos quieren.

Pensamos que, si conferíamos al programa el ímpetu necesario, podría llegar a ejercer cierta presión sobre los representantes electos. Pero, para ello, primero debíamos acordar los puntos del documento, algo que no iba a resultar sencillo.

Conexiones, no rivalidades

Ciertos principios básicos rigieron ese primer encuentro, algunos de ellos tácitos, otros no. El primero era que no estaba permitido recurrir al «Mi crisis es más grave que la tuya» ni decir que, dada la inminencia y el alcance de la crisis climática, se le debía dar prioridad sobre la lucha contra la pobreza o el racismo u otros problemas importantes. En lugar de clasificar los problemas según su importancia, partimos de la premisa de que vivimos en una época en la que las muchas crisis existentes se entrecruzan, y puesto que todas son urgentes, no podemos permitirnos resolverlas por separado. Lo que necesitamos son soluciones *integradas*, ideas concretas para reducir radicalmente las emisiones mientras creamos un gran número de empleos sindicalizados y hacemos verdadera justicia ante aquellos que han sido maltratados y excluidos por culpa de la actual economía extractiva.

Otro principio básico era que el conflicto respetuoso es sano además de necesario al entrar en territorio desconocido. Si discutimos, es que estamos avanzando.

Muchos grupos y personas presentes en la sala hablaron sobre el hecho de que las coaliciones que habían formado en el pasado se habían basado en decir «no»: no a un mezquino tratado comercial corporativista, no a una política de austeridad severa, no a un político especialmente indignante, no a los oleoductos y no al *fracking*. Nos dimos cuenta de que ya hacía mucho desde la última vez que la parte progresista del espectro político se unió para decir «sí», y mucho menos para decir que sí a una rompedora nueva visión para la economía futura. Así pues, era inevitable que surgieran conflictos, especialmente porque, como todos los encuentros, el nuestro era imperfecto y a menudo faltaba justo la persona que debería haber estado.

También hubo momentos fáciles y de ilusión, en los que las ideas para una «transición justa» fluían a borbotones. Las pizarras estaban abarrotadas de sugerencias y preguntas:

- Cuidado infantil gratuito y de calidad.
- Conducir menos.
- Trabajar menos, más música y jardines y familia.
- Trenes de alta velocidad. Pavimentos solares.

También tuvimos en cuenta cuestiones que sabíamos que no podíamos resolver en dos días, pero sobre las que seguiremos reflexionando durante años:

- Si no abordamos el tema de la propiedad, ¿cómo podemos avanzar hacia una justicia equitativa?
- ¿Cómo desprendernos de la idea de que lo que poseemos es lo que nos protege? La seguridad proviene de la comunidad, de la solidaridad. La seguridad se basa en la solidez de mis lazos, no en mis posesiones.
- ¿Cómo construir un sector público para que nosotros, el *público*, nos sintamos parte de él? Todos deberíamos albergar cierto sentimiento de propiedad en relación con las viviendas y los recursos públicos.
- ¿Cómo asegurarnos de que el trabajo informal y no retribuido relacionado con los cuidados, el trabajo doméstico y el cuidado de la tierra se reconozca y valore en una transición justa?
- ¿Cómo debería ser un salario básico garantizado?
- No se puede desligar la justicia climática de la descolonización. ¿Qué tipo de compensaciones podemos idear para los más afectados por las industrias extractivas y el cambio climático?

Y, mientras tanto, miles de refugiados seguían abandonando sus hogares en busca de un lugar seguro. Siempre tuvimos presente que…

- Los migrantes no observan la crisis climática. Están inmersos en ella.

LIDERAR CON VALORES, NO CON POLÍTICAS

Mi papel en todo esto era escuchar atentamente las conversaciones mantenidas durante los dos días, detectar temas comunes y elaborar un primer borrador que todo el mundo tendría la ocasión de revisar. Fue el encargo más complicado de mi vida como escritora (si ya me cuesta escribir con otra persona, hacerlo con sesenta fue todo un reto). Sin embargo, surgieron algunos temas comunes muy claros y pude redactar una síntesis.

Uno de esos temas era que el sistema actual está basado en la toma y la extracción sin límites, en coger tanto como sea posible. Nuestra economía toma todo lo que puede de los trabajadores, exigiéndoles cada vez más, en unos plazos también cada vez más ajustados, a pesar de que las empresas ofrecen cada vez menos seguridad y salarios más bajos a cambio. Muchas de nuestras comunidades están siendo empujadas hacia el mismo punto de quiebra: los colegios, los parques, el transporte y otros servicios llevan muchas décadas viendo cómo se les arrebataban los recursos, a pesar de que los residentes tengan cada vez menos tiempo para suplir su ausencia. Y, por supuesto, todos formamos parte de un sistema que abusa sin cesar de la abundancia de la tierra, no protege sus ciclos de regeneración y se preocupa peligrosamente poco por dónde descarga su contaminación, ya sea en sistemas de agua que sostienen la vida o en la atmósfera que mantiene nuestro sistema climático en equilibrio.

Al escuchar todas esas historias —sobre trabajadores a los que se despide tras toda una vida de servicio, sobre inmigrantes que se enfrentan a una detención indefinida en condiciones deplorables, sobre el conocimiento y la cultura indígenas que son ignorados y atacados—, a todos nos quedó claro que un sistema adicto a los beneficios a corto plazo y a la riqueza está inherentemente obligado a tratar a las personas y al planeta como si fueran recursos que hay que explotar hasta el límite, o como basura de la que hay que deshacerse donde no podamos verla, ya sea en las profundidades del océano o en las profundidades de una celda.

En cambio, cuando los presentes hablaban del mundo que querían, las palabras *cuidado* y *cuidar* surgían una y otra vez: cuidar de la tierra, de los sistemas vivos del planeta, de los demás. A medida que avanzaban las conversaciones, esa concepción se convirtió en un marco en el que todos encajaban: la necesidad de pasar de un sistema basado en la apropiación continua —de la naturaleza y del otro— a una cultura basada en el cuidado, en el principio de que si cogemos algo, nos preocupamos y damos algo a cambio. Un sistema en el que todo el mundo es valorado y no se trata ni a las personas ni a la naturaleza como si fueran desechables.

Actuar desde el cuidado y el consentimiento, y no desde la extracción y por la fuerza, se convirtió en el hilo conductor del borrador, empezando por el respeto por el conocimiento y los derechos inherentes de los pueblos indígenas, los primeros cuidadores de la tierra, del agua y del aire. A pesar de que muchos (yo incluida) al principio pensamos que nos habíamos reunido para elaborar una lista de objetivos políticos, pronto nos dimos cuenta de que el cambio de valores —y, por lo tanto, de moralidad— era el eje del mapa que intentábamos trazar.

Todos los detalles de las políticas emanaban de ese cambio. Por ejemplo, cuando hablamos de *empleos verdes*, la imagen que suele venirnos a la cabeza es la de un señor con casco instalando un panel solar. Y sí, ese es un tipo de empleo verde, y además es muy importante. Pero no es el único. Cuidar de las personas mayores y de los enfermos no contamina. Hacer arte, prácticamente tampoco; ni enseñar o cuidar niños. Y sin embargo, estos trabajos, mayoritariamente llevados a cabo por mujeres, tienden a estar infravalorados y mal pagados, y suelen ser el blanco de los recortes de los fondos públicos. Así que decidimos ampliar deliberadamente la definición tradicional de empleos verdes para que incluyera todo trabajo que resulte útil y enriquecedor para las comunidades y que no consuma demasiado combustible fósil. Tal como apuntó un participante: «La enfermería es energía renovable. La enseñanza es energía renovable». En resumidas cuentas: tratamos de demostrar que una economía basada en la destrucción se podía sustituir por una economía basada en el amor.

LÍNEAS ROJAS

Intentamos abarcar todas las cuestiones posibles que reflejaran ese cambio de valores que la gente estaba pidiendo (desde acoger a muchos más inmigrantes hasta poner fin a los acuerdos comerciales que nos obligan a escoger entre el «crecimiento» o proteger el medio ambiente y crear empleo en la zona). Pero también decidimos resistir la tentación de hacer listas interminables que incluyeran todas las peticiones imaginables. En lugar de eso, hicimos hincapié en el marco que nos mostraba las interconexiones existentes

entre tantos de los desafíos —y sus soluciones—, porque ese mismo marco podía ser ampliado en cada lugar o comunidad que aplicara esta visión.

Dicho esto, había ciertas demandas propias de los distintos grupos presentes que debían formar parte del programa. Para los participantes indígenas, era esencial reclamar la implementación íntegra de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, que dice que no se puede construir en el territorio de los pueblos nativos sin su «consentimiento previo, libre e informado». Para los activistas ecologistas, debía quedar claro que no se podían construir nuevas infraestructuras para los combustibles fósiles. Para los sindicalistas, era crucial que los trabajadores no solo se formaran para nuevos empleos verdes, sino que además debían convertirse en participantes democráticos de su propia formación.

Para muchos de los presentes existía una gran línea roja: el rechazo de la nostalgia. El programa no podía convertirse en un recuerdo idealizado de un país que siempre había recurrido a la usurpación de tierras y a la exclusión económica y social de muchas comunidades de color. La inspiración debía surgir de la imagen de un futuro diseñada entre todos. Ellen Gabriel, una de las coautoras del borrador y conocida activista por los derechos de los indígenas de la provincia Kanehsatà:ke en Quebec, dijo que, para ella, el proceso representaba el «renacimiento de la humanidad». Renacimiento, que no resurrección.

Christina Sharpe, catedrática de Inglés en la Universidad Tufts, autora del impactante libro *In the Wake* [*En la estela*] sobre los ecos actuales del comercio de esclavos, participó recientemente en una charla inspirada por el programa e hizo una advertencia importante sobre este asunto: la misión, dijo, era «conectar sin fracasar». Es decir, que aunque podamos y debamos buscar puntos en común y de unidad entre experiencias y problemas radicalmente distintos, no podemos dejar que se convierta en una amalgama indescifrable de tópicos populistas. La integridad de los movimientos individuales, las particularidades de las experiencias de cada comunidad, deben reflejarse y protegerse, incluso cuando nos reunimos para tratar de tejer una visión unificada.

Todos a una

En cierto sentido, la pregunta que nos hicimos fue: ¿cuáles son las cualidades que más valoramos en las personas? La respuesta abarcaba la generosidad, la hospitalidad, la cercanía y la sabiduría. Y cuando nos preguntamos qué apariencia toman esas mismas cualidades al ser expresadas en público, en forma de política, llegamos a la conclusión de que una de las cosas que se desprende de dichas cualidades es el acogimiento. Y ello implica promover una cultura que acoge a los necesitados, en lugar de recibirlos con miedo y suspicacia; una cultura que valora a los mayores y el conocimiento que han acumulado a lo largo de sus vidas, así como las formas de conocimiento muy anteriores a esta invención tan reciente que es Canadá.

Bianca Mugyenyi, una de las coordinadoras de la organización que surgió del encuentro, resume así dicho principio en lo referente al clima y a la migración:

> Los flujos de refugiados que estamos presenciando son un indicio de lo que ha de venir. El cambio climático y la migración están íntimamente relacionados, y en las próximas décadas seremos testigos de desplazamientos masivos de personas causados por la subida del nivel del mar y el clima extremo en todo el mundo. Esta es la cuestión a la que nos enfrentamos: ¿vamos todos a una? Creemos que, cuando se presenta la oportunidad, la mayoría sí lo siente así. Lo vemos una y otra vez en momentos de crisis, cuando la gente se alza en defensa de los miembros de sus comunidades, pero también en defensa de perfectos desconocidos. Pero es esencial que las políticas de inmigración y de fronteras y los sistemas de apoyo social estén a la altura. El salto es que dialoguemos con la mejor versión de nosotros mismos.

Compensaciones energéticas

Actualmente, la energía que usamos la mayoría es propiedad de un grupo muy reducido de corporaciones que la generan para el beneficio de sus accionistas. Su objetivo principal, su deber fiduciario, es generar el máximo beneficio posible, lo que explica por qué la mayoría de empresas energéticas se muestran tan reacias al cambio hacia las renovables. Nosotros nos preguntamos qué pasaría si la energía que usamos fuera propiedad de los ciudadanos de a pie y se controlara democráticamente. ¿Qué pasaría si cambiáramos la naturaleza de la energía y también la estructura de su propiedad?

Decidimos que no querríamos adquirir energía renovable de Exxon Mobil o Shell, ni siquiera si nos la ofrecieran; querríamos que la propiedad de la generación de la energía recayera en el público, en las comunidades o en las cooperativas energéticas. Si todos somos dueños democráticos de los sistemas

energéticos, podremos invertir los beneficios derivados de ella para construir servicios sociales necesarios en zonas rurales, pueblos y ciudades, como guarderías, centros para mayores, centros cívicos y sistemas de transporte (en lugar de gastarlos, por ejemplo, en paquetes de jubilación de 180 millones de dólares para personas como Rex Tillerson). Este giro hacia la energía controlada por las comunidades fue implementado por primera vez en Dinamarca en la década de 1980, con políticas que promovían y subvencionaban las granjas eólicas de propiedad cooperativa, y ha sido adoptado a gran escala en Alemania (aproximadamente la mitad de las instalaciones de energía renovable de Alemania se encuentran en terrenos de ganaderos, de grupos de ciudadanos, y hay casi nueve mil cooperativas energéticas; en el año 2000, en Dinamarca, aproximadamente el 85 % de las turbinas eólicas del país eran propiedad de pequeñas entidades, como granjeros o cooperativas). Ambos países han demostrado que este modelo genera unos inmensos beneficios sociales y que es compatible con una transición muy rápida. Algunos días, las granjas eólicas de Dinamarca generan mucha más energía de la que necesitan, así que exportan el excedente a Alemania y a Suecia.

Nos inspiramos en estos modelos —así como en los cientos de miles de empleos que habían creado—, pero también en otros ejemplos provenientes de Estados Unidos, en los que, a través de redes como la Climate Justice Alliance (la Alianza por la Justicia Climática), algunas comunidades de color de rentas bajas luchan para garantizar que los lugares que sufren las peores consecuencias de la contaminación y del abandono sean los *primeros* en beneficiarse de la transición hacia las energías limpias a gran escala. En Canadá encontramos los mismos patrones: nuestra dependencia colectiva de la energía sucia durante los últimos dos siglos se ha ensañado especialmente con las personas más pobres y vulnerables, en su mayoría indígenas e inmigrantes. Personas cuyas tierras han sido arrebatadas y envenenadas por la extracción. Personas que conviven en sus barrios con las refinerías y centrales energéticas más contaminantes. Por eso, además de reclamar una «democracia energética» siguiendo el modelo de Alemania, pusimos la justicia compensatoria en el centro de la transición energética, reclamando así que los indígenas y otras comunidades severamente afectadas (como los barrios de inmigrantes en los que las plantas de carbón han emponzoñado el aire) sean los primeros de la cola a la hora de recibir fondos públicos para que puedan ser dueños y controlar sus propios proyectos de energías verdes, de forma que los empleos, los beneficios y las capacidades se queden en sus comunidades.

Una transición basada en la justicia también implica que los empleados de los sectores más contaminantes —muchos de los cuales han sacrificado su propia salud en minas de carbón y refinerías de petróleo— deben convertirse en participantes de pleno derecho y democráticos. El principio que nos guiaba era que ningún trabajador se quedase atrás.

En resumen, nuestro plan defendía que, mientras cambiamos nuestro país desde los cimientos para hacerlo más limpio, también se nos presenta la oportunidad histórica de hacerlo mucho más justo. A la vez que nos apartamos de los combustibles fósiles, podemos empezar a reparar el terrible daño perpetrado contra los pueblos indígenas; reducir drásticamente las desigualdades económicas, raciales y de género; eliminar los flagrantes dobles raseros que afectan a los trabajadores inmigrantes; y crear un montón de empleos estables y bien pagados en los sectores verdes, en la descontaminación de la tierra y del agua, y en las profesiones de los cuidadores. Los niños tendrían la oportunidad de crecer más sanos porque no respirarían aire tóxico; se podría proporcionar una vida comunitaria más sana a nuestra sociedad, cada vez más envejecida; y pasaríamos menos tiempo atrapados en atascos, no trabajaríamos tantas horas y podríamos dedicar más tiempo a nuestros amigos y familiares. En otras palabras, seríamos una sociedad más feliz y equilibrada, y la definición de la felicidad se desligaría del ciclo infinito del consumo sin fin subyacente a la lógica de las marcas (y que alimentó el ascenso de Donald Trump). A nosotros nos sonaba bien y —de una forma muy poco canadiense— hasta nos atrevimos a anhelar que el manifiesto se convirtiera en un modelo para otras alianzas de gran alcance más allá de las fronteras de nuestro país.

SÍ, PODEMOS PERMITIRNOS SALVARNOS

Éramos conscientes de que el mayor obstáculo al que debería enfrentarse nuestra plataforma era la fuerza de la lógica de la austeridad: ese mensaje que durante décadas nos han transmitido de que los gobiernos siempre están arruinados, o sea, que para qué molestarnos en soñar con una sociedad verdaderamente justa. Con esta idea en mente, trabajamos codo con codo con un equipo de economistas para ver cómo se podrían aumentar los beneficios para costear nuestro plan.

Los instrumentos clave incluían: la eliminación de las subvenciones para combustibles fósiles (valoradas en unos 775.000 millones de dólares a nivel global); recibir una parte justa de los enormes beneficios del sector financiero mediante la implementación de una tasa de transacción (que podría suponer 650.000

millones de dólares a nivel global, según el Parlamento Europeo); aumentar los cánones de la extracción de combustibles fósiles; subir los impuestos a las corporaciones y a los más ricos (lo que daría mucho margen, ya que tan solo con un impuesto del 1 % a los multimillonarios se podrían recaudar 45.000 millones de dólares a nivel global, según las Naciones Unidas); un impuesto progresivo sobre el carbono (se estima que un impuesto de 50 dólares por cada tonelada métrica de monóxido de carbono emitida en los países desarrollados podría recaudar 450.000 millones anualmente); y recortes en la inversión militar (si se recortara un 25 % de los presupuestos militares de los diez mayores inversores en gasto militar del mundo, se liberarían hasta 325.000 millones de dólares, según las cifras aportadas por el Instituto de Investigación para la Paz de Estocolmo). Muy a nuestro pesar, decidimos no reclamar el cierre de los paraísos fiscales, que podrían haber sido la mayor fuente potencial de ingresos de todas.

Las cifras no mienten: el dinero para llevar a cabo esta gran transición está ahí, solo necesitamos gobiernos que tengan arrestos para perseguirlo.

En resumen, esa era nuestra visión; invertir en aquellos sectores que mejoren nuestra calidad de vida de forma tangible y que abran paso a sociedades más solidarias, en lugar de despedazarlas en el nombre de una crisis que se han inventado y a la que han llamado *austeridad*. Y estábamos comprometidos con integrar la justicia en todos y cada uno de los aspectos de la transición.

Lo opuesto al «arte de la negociación»

Al recordar el proceso de elaboración del borrador, me doy cuenta de que no podría alejarse más del estilo «A ver cómo te exprimo» del arte de la negociación de Trump. Nadie logró absolutamente todo lo que quería, ni tampoco lo pretendió. Hubo grandes desacuerdos, pero todo el mundo hizo concesiones para poder lograr un documento final; nadie salió mal parado. Este toma y daca reflejaba los principios y los valores que surgieron de las conversaciones: si el objetivo es dejar atrás una sociedad basada en el abuso y el agotamiento de los recursos en pos de una sociedad basada en la asistencia y la renovación, entonces todas nuestras relaciones tienen que brotar de esos mismos principios de reciprocidad y cuidado, porque las relaciones entre nosotros son el recurso más valioso del que disponemos. Y eso es lo contrario de intimidarnos mutuamente hasta que uno termina sometiéndose.

Decir sí al «sí»

Tras unas semanas de tira y afloja sobre la redacción, teníamos en nuestras manos un borrador final del programa con el que casi todos los asistentes del encuentro original se sentían cómodos (el texto completo aparece al final de este libro). También acordamos el título: el *Manifiesto «Dar el Salto»: llamamiento a favor de una Canadá basada en el cuidado mutuo y de la Tierra*. Escogimos la palabra *salto* porque levanta un desafiante dedo corazón a los modelos incrementales centristas, esos que se autodenominan *cautos*, pero en realidad resultan sumamente peligrosos en una etapa tan tardía de la crisis del cambio climático como en la que nos encontramos. El espacio entre el punto en el que estamos y el punto al que tenemos que llegar es tan dilatado, y tenemos tan poco tiempo, que los pequeños pasos no valen: es necesario dar el salto.

Mi pareja, Avi Lewis, uno de los coautores del documento, lo expresó de esta forma:

> La escala del plan del *Salto* es acorde con la escala de la crisis. Y, para muchos de nosotros, supone una especie de alivio cósmico: por fin aparece una lista de exigencias que realmente reconoce lo mucho y lo rápido que debemos cambiar. El *Salto* suena honesto porque no considera que la crisis climática sea un problema técnico que deban resolver los ingenieros, sino que la considera como la crisis de un sistema y de una filosofía económica. El *Salto* identifica el origen de la crisis del clima, que no es otro que la lógica económica que impera en nuestros días: el extractivismo para alimentar un crecimiento perpetuo arraigado en un consumo cada vez mayor. […] Este grado de cambio asusta, pero es honesto. Y, en su interior, la gente sabe que este es el tipo de cambio que necesitamos.

Antes de hacerlo público, pedimos a muchas organizaciones y figuras públicas respetadas que fueran los firmantes iniciales del manifiesto. Y, uno tras otro, nos decían: «Sí. Así es como queremos ser. Presionemos a los políticos. Al diablo con el centrismo precavido». Una gran cantidad de iconos nacionales se posicionaron a nuestro lado sin dudar: Neil Young; Leonard Cohen (entonces aún seguía con nosotros); el novelista Yann Martel nos envió un mensaje que decía que «en cada plaza debería haber un pregonero que voceara» el programa.

Se trataba de un documento poco frecuente que podía ser suscrito por grandes organizaciones como

Greenpeace y Oxfam, el Sindicato Canadiense de Empleados Públicos (el más grande del país), el director del Congreso Laboral Canadiense (el sindicato de los sindicatos), así como por grupos verdaderamente populares como la sección de Black Lives Matter de Toronto y la sección de No One Is Illegal del territorio del pueblo salish de la costa, y la organización de acción social con más socios del país, el Consejo de Canadienses. Entre los primeros suscriptores había simpatizantes de todos los partidos y de ninguno. Todos compartían la creencia de que si los partidos políticos principales no ofrecían al electorado un proyecto que se ajustara a las diferentes crisis a las que nos enfrentamos, entonces dicho proyecto debería surgir fuera de la política electoral.

A los pocos días de la publicación del *Salto*, miles de personas —pronto decenas de miles— ya se habían sumado, y más de doscientas organizaciones habían dado su apoyo. Estábamos estupefactos. Ya no había duda alguna de que, tras décadas de luchar contra lo que no querían —oleoductos para petróleo bituminoso, dinero en política, tratados de comercio corporativos, inversiones draconianas en defensa—, muchísimas personas estaban preparadas para unirse y apoyar el mundo que sí quieren. Tal efusión me recordó un eslogan que oí por primera vez en Argentina durante una campaña electoral escandalosa: «Nuestros sueños no caben en vuestras urnas». Eso era precisamente lo que decían todas estas personas al firmar el *Salto*: sí, votaré en este sistema electoral profundamente defectuoso y restringido, pero no os confundáis, mi voto no refleja el mundo que quiero. El *Salto* estaba creando un espacio en el que poner de manifiesto que, actualmente, la política electoral casi nunca refleja al mismo tiempo los sueños y las necesidades más urgentes de un gran número de personas (pero en Canadá, en Estados Unidos y en todo el mundo, el quid será llevar esos sueños a las papeletas con una estrategia ganadora lo antes posible…).

Hacer la caja añicos

La prensa corporativa reaccionó de formas muy variadas, desde la confusión (cómo puede haber programa sin partido, por qué lanzarlo en plena campaña electoral) hasta la furia. Uno de los periódicos nacionales de Canadá afirmó que el país basado en el cuidado mutuo y del planeta que exigía el *Salto* era una «locura»; otro lo consideró «un suicidio nacional».

No nos sorprendió. Éramos conscientes de que nuestra propuesta no cabía en la caja de lo que se considera políticamente posible en las discusiones convencionales. Y es que lo que pretendemos con el *Salto* —no se puede ser más explícito— es hacer esa caja añicos. Porque si en la caja no hay sitio para la seguridad e incluso la supervivencia de nuestra especie, quiere decir que esa caja está muy, pero que muy mal hecha. Si lo que se considera políticamente posible hoy es lo que nos relegará a un futuro de caos climático pasado mañana, entonces debemos cambiar lo que es políticamente posible.

Y era evidente que muchos estaban de acuerdo. A pesar del periodismo dominante mistificado, la gente seguía firmando, seguían pidiéndonos carteles del *Salto* para colocar en sus jardines, seguían organizando secciones locales del *Salto* en sus ciudades, pueblos, universidades y sindicatos. Y seguían haciéndonos llegar fotografías de formaciones, sentadas y manifestaciones del *Salto*, y hasta las grabaciones de las canciones que estaba inspirando. Una encuesta nacional reveló que una clara mayoría de simpatizantes de los tres partidos de centro y centro-izquierda —los liberales, el Nuevo Partido Democrático (NDP) y el Partido Verde— estaban de acuerdo con las demandas centrales del *Salto*. Incluso el 20 % de los conservadores dijeron que lo apoyaban.

Finalmente, los canadienses votaron para echar a Stephen Harper, pero el gran perdedor de las elecciones fue el NDP, el partido de centro-izquierda. Su campaña había sido extremadamente precavida y los liberales de Justin Trudeau (quienes compensaron su carencia de detalles específicos con una deslumbrante y progresista estrategia de relaciones públicas) hicieron una maniobra magistral por la izquierda y los dejaron atrás. Unos meses más tarde, en la convención del NDP, un grupo de delegados jóvenes lideraron una revuelta interna: convencidos de que el partido podría haber ganado de haber sido más atrevido, apelaron a los delegados a apoyar oficialmente el espíritu del *Manifiesto «Dar el Salto»*. La resolución fue aprobada, en lo que fue un raro ejemplo de un partido político de primera línea que entra siquiera a tener en cuenta un programa diseñado por movimientos sociales externos.

El «Salto» vivo

En los meses que han transcurrido desde su aparición, el *Salto* se ha convertido en un proyecto vivo y en constante evolución apoyado por una creciente comunidad de simpatizantes que enriquecen y revisan el

trabajo hecho continuamente. Nuestro equipo también colabora estrechamente con organizadores de todo el mundo que están iniciando experimentos similares, como el grupo de Australia con el que me reuní en la víspera de la victoria electoral de Trump, una coalición de partidos verdes europeos que han escrito su propio manifiesto inspirado en el *Salto*, o comunidades que desde Nunavut en el Ártico hasta el Golfo de México y el Bronx en Estados Unidos están explorando la manera de adaptar el marco del documento a sus necesidades y crisis más urgentes. Incluso hay una comunidad de «saltadores» en prisión: en una institución penitenciaria para chicos adolescentes juzgados como adultos en Connecticut, un grupo de alumnos encarcelados ha estado estudiando de qué forma una transición hacia la independencia de los combustibles fósiles basada en la justicia podría formar parte de un proceso que ayudara a los jóvenes a mantenerse alejados de la cárcel.

Mi ejemplo favorito de lo que nuestro equipo ahora llama «el *Salto* vivo» tiene que ver con el sindicato canadiense de los empleados de Correos. Como muchos otros en todo el mundo, han tenido que soportar las presiones empeñadas en cerrar sus lugares de trabajo, limitar el reparto de correo e incluso vender parte del servicio postal público a la empresa FedEx. En otras palabras: la austeridad y privatización de siempre. Pero, en lugar de luchar por conseguir el mejor trato posible bajo una lógica errónea, trabajaron con el equipo del *Salto* y otro grupo llamado Amigos de los Servicios Públicos para elaborar un plan visionario para que todas las oficinas de Correos del país se convirtieran en un centro local para la transición verde.

La propuesta, llamada Delivering Community Power (Repartiendo Energía en la Comunidad), integra la demanda planteada por el sindicato desde hace mucho tiempo de implementar la banca postal, y reimagina las oficinas de Correos como una red del siglo XXI que los residentes puedan usar para cargar sus vehículos eléctricos; tanto personas como negocios podrían sortear a los grandes bancos para pedir un crédito y abrir una cooperativa energética; y los empleados de Correos no se limitarían únicamente a repartir cartas: también entregarían productos cultivados en la zona y estarían pendientes de las personas mayores. En otras palabras, se convertirían en cuidadores y en trabajadores climáticos; y todo ello con vehículos eléctricos y fabricados en Canadá.

Al principio, el equipo del *Salto* recibimos muchas presiones para que creáramos nuestro propio partido o presentáramos candidatos en partidos existentes, usando el manifiesto como programa. Nos resistimos a todo ello, ya que queríamos proteger las raíces del movimiento y no queríamos tener que responder ante ningún partido. Hoy, la vitalidad del *Salto*, especialmente tras la elección de Trump, reside en las personas que, dentro y fuera de Canadá, están usándolo cada vez más como una base para el trabajo que hacen en sus comunidades y para sus programas electorales. Por ejemplo, en Thunder Bay, una ciudad en el norte de Canadá dedicada tradicionalmente a la explotación forestal, un grupo del *Salto* de la zona ha decidido presentar una lista de candidatos para el Ayuntamiento. Han redactado su propia versión del manifiesto y la están usando para describir cómo se podría convertir la ciudad en un centro de fabricación limpia a la vez que combate la indigencia y defiende los derechos a la tierra de los indígenas. Y, en marzo de 2017, durante una reñida campaña por la representación del estado en Pensilvania, la reconocida activista por la vivienda y contra la pobreza Cheri Honkala prometió crear «una plataforma derivada del *Manifiesto "Dar el Salto"*», citando la necesidad de abordar las «crisis del cambio climático, de la igualdad y del racismo a la vez».

LA UTOPÍA VUELVE POR PETICIÓN POPULAR

El *Salto* es parte de un cambio en el clima político actual en el que muchos se están dando cuenta de que el futuro depende de nuestra capacidad de unirnos a pesar de las diferencias y de que aquellos que tradicionalmente han sido más excluidos por el sistema deben asumir el liderazgo. La política compartimentada en silos —en la que cada uno pelea desde su rincón sin establecer ninguna conexión entre las muchas dificultades que nos apremian y sin tener una idea clara de los conceptos y valores que deben configurar los cimientos morales del futuro que queremos— ya no da más de sí.

Admitir este hecho no significa que, de pronto, resistir los ataques muy concretos —contra las familias, contra los cuerpos de las personas, contra las comunidades, contra los derechos individuales— sea opcional. No hay opción, debemos resistir; igual que no tenemos otra opción que presentar candidatos progresistas e insurgentes en todos los niveles de gobierno, desde el federal hasta el consejo escolar de los colegios en los barrios. En los próximos meses y años, va a ser más necesario que nunca que apliquemos las tácticas de resistencia descritas en este libro: las manifestaciones en las calles, las huelgas, las batallas judiciales, los santuarios, la solidaridad transversal sin tener en cuenta la raza, el género y la identidad sexual de las personas; todas van a ser esenciales. Y vamos a tener que seguir presionando a las instituciones para que dejen de invertir en compañías que obtienen sus beneficios mediante distintas formas de desposesión, desde

las industrias de combustibles fósiles, pasando por las cárceles, hasta la guerra y la ocupación. E incluso si ganáramos todas y cada una de estas luchas de resistencia —cosa que sabemos que no ocurrirá—, todavía seguiríamos en el mismo sitio en el que estábamos antes de que la extrema derecha empezara a subir, sin expectativas reales de resolver las causas subyacentes de las crisis sistémicas de las que Trump no es más que un síntoma virulento.

Muchos de los líderes y organizadores principales de los movimientos de hoy son muy conscientes de ello y están planeando y actuando en consecuencia. Alicia Garza, una de las fundadoras de Black Lives Matter, dijo en la víspera de la investidura de Trump que, tras cinco años de crecimiento de los movimientos sociales:

> Ya sea Occupy Wall Street, el movimiento DREAM o Black Lives Matter […], albergo la esperanza de que todos esos movimientos se unan para convertirse en la poderosa fuerza que podemos llegar a ser, y que gobernará este país de verdad. Ese es mi objetivo, y espero que todos los demás lo compartan.

Muchos lo comparten y demuestran así que el tipo de ensoñación utópica que tanto hemos echado de menos en los movimientos sociales de las últimas décadas se está reavivando. Cada vez más, las demandas más urgentes e inmediatas —salario de 15 dólares por hora, el fin de los asesinatos policiales y de las deportaciones, el impuesto sobre el carbono— se están fusionando con las llamadas a un futuro que no es simplemente mejor que el presente violento e insostenible, sino que, de hecho, es… maravilloso.

En Estados Unidos, el ejemplo más valiente e inspirador de este utopismo es el Vision for Black Lives, un programa de políticas de gran alcance que el movimiento Black Lives Matter lanzó en el verano de 2016. Nacido de la coalición de más de cincuenta organizaciones dirigidas por personas negras, el programa afirma: «Rechazamos las soluciones falsas y creemos que podemos lograr una transformación completa de los sistemas actuales, que anteponen el beneficio a las personas y hacen que a muchos nos sea imposible respirar». Más adelante sitúan los disparos policiales y la encarcelación masiva en el contexto de un sistema económico que ha declarado la guerra a las comunidades negras y de piel oscura, poniéndolas en la línea de fuego de la pérdida de empleo, los recortes en servicios sociales y la contaminación ambiental. Todo ello ha provocado que muchas personas se hayan exiliado de la economía formal, hayan estado en el punto de mira de una Policía cada vez más militarizada y hayan sido «almacenadas» en cárceles superpobladas. El programa plantea una serie de propuestas concretas, entre ellas retirar la financiación a las prisiones, sacar a la Policía de los colegios y desmilitarizarla. También expone un plan de reparaciones por la esclavitud y la discriminación sistémica, que incluye la formación universitaria gratuita y la condonación de los préstamos estudiantiles. Hay mucho más —casi cuarenta políticas en total, desde los cambios en el código tributario hasta la escisión de los bancos—. La revista *Atlantic* dijo del programa —lanzado en plena campaña presidencial— que «es más riguroso incluso que los programas de algunos partidos políticos».

En los meses posteriores a la investidura de Trump, el movimiento Black Lives Matter desempeñó un papel crucial para estrechar relaciones entre movimientos y logró reunir a decenas de grupos bajo el lema «La mayoría». La nueva formación empezó llevando a cabo una serie de emocionantes acciones durante todo un mes, entre el 4 de abril (el aniversario del asesinato del doctor Martin Luther King) y el May Day, el 1 de mayo. Por todo el país, había manifestaciones que clamaban: «Combatid el racismo, subid los sueldos», y relacionaban la justicia racial con la campaña de los trabajadores —de rápido crecimiento— que exigía un salario mínimo de 15 dólares por hora, y denunciaba el aumento de los ataques contra los inmigrantes. «En el contexto de la presidencia de Trump —dice la nueva coalición— es imperativo que promulguemos una visión auténtica y colectiva de la justicia económica y la justicia laboral para todos».

Y en junio de 2017, miles de activistas de distintos distritos se van a dar cita en Chicago para la Segunda Cumbre Popular Anual, organizada por la National Nurses United, para seguir debatiendo un «proyecto popular» de gran alcance. Por otro lado, se están fraguando varias convergencias estatales similares, en Míchigan y Carolina del Norte, donde Moral Mondays lleva años reuniendo a varios movimientos. Tal como uno de sus fundadores, el reverendo William Barber, dijo: «Hay que construir un movimiento, no un momento. […] Creo que todos estos movimientos —Moral Mondays, Fight for $15, Black Lives Matter— dan pie a albergar la esperanza de que las personas se van a levantar, no van a amilanarse».

Como hemos visto en Canadá, la crisis climática nos empuja a imponer plazos ajustados e inflexibles a los planes de transformación política. Una coalición potente e inclusiva llamada New York Renews está presionando con mucha fuerza al estado para que la transición hacia las energías renovables sea completa en 2050. Si más estados de Estados Unidos adoptan objetivos tan ambiciosos como este, y otros países también (Suecia, por ejemplo, se ha marcado el 2045 como fecha límite para la neutralidad de carbono), los intentos más perversos de Trump y Tillerson podrían no ser suficientes para llevar al planeta al caos

climático.

Estamos empezando a vislumbrar un verdadero camino hacia el futuro, en el que nuevas formaciones políticas se unirán, desde su creación, a la lucha de la justicia económica partiendo de un riguroso análisis de cómo el racismo y la misoginia se utilizan como poderosas herramientas para forzar un sistema que enriquece todavía más a los que ya son escandalosamente ricos mediante la explotación de las personas y del planeta. Estas formaciones podrían convertirse en el hogar de millones de personas que se están sumando al activismo y se están organizando por primera vez para tejer una coalición multirracial e intergeneracional unida por un proyecto compartido para la transformación.

Los planes que se están construyendo para vencer al trumpismo, sea cual sea su origen, van mucho más allá de encontrar a un salvador progresista que se presente a presidente para luego ofrecerle un apoyo ciego. Al contrario: las comunidades y los movimientos se están uniendo para configurar las políticas centrales que los políticos que buscan nuestro apoyo deben adoptar.

Los programas populares se están convirtiendo en los líderes que los políticos van a tener que seguir.

Conclusión
UNA MAYORÍA SOLIDARIA, AL ALCANCE

Este momento requiere optimismo; dejemos el pesimismo para tiempos mejores.

JEAN-CLAUDE SERVAIS

ABRÍ EL LIBRO con la palabra *shock* porque es la que utilizaron muchas personas para describir lo que sintieron el día de las elecciones y han sentido después. Pero a medida que reflexionaba sobre el término, mientras escribía estos últimos meses, empecé a dudar de que fuera el más preciso para este contexto.

El estado de shock se produce cuando se interrumpe una historia, cuando no tenemos ni idea de lo que ocurre. Pero en estas páginas hemos visto muchos casos que demuestran que Trump no supone una ruptura en absoluto, sino más bien la culminación —la conclusión lógica— de un montón de cuentos peligrosos que nuestra cultura lleva mucho tiempo contándonos. Que la codicia es buena. Que el mercado manda. Que en la vida lo que importa es el dinero. Que los hombres blancos son mejores que el resto. Que la naturaleza está ahí para que la saqueemos. Que las personas vulnerables se merecen su suerte y que el 1 % se merece sus torres de oro. Que todo lo público o comunal es siniestro y no vale la pena protegerlo. Que el peligro nos rodea y solo deberíamos cuidar de los nuestros. Que no hay alternativas a nada de esto.

Puesto que para muchos de nosotros esos cuentos forman parte del aire que respiramos, lo cierto es que Trump no debería haber supuesto un shock. Un presidente multimillonario que presume de que puede agarrar a las mujeres por los genitales mientras califica a los mexicanos de «violadores» y se burla de los discapacitados es la expresión lógica de una cultura que concede unos niveles escandalosos de impunidad a los superricos, que está consumida por la competitividad del «todo para el ganador» y en la que la lógica de la dominación predomina en todos los niveles. Deberíamos haberlo visto venir. Y, de hecho, muchos de los que han sufrido en sus carnes el racismo y la misoginia occidental llevan mucho tiempo viéndolo venir.

Así pues, quizá el sentimiento que se escondía tras lo que muchos han llamado «shock» era, en realidad, terror. Para ser precisos, el terror que nos invade al reconocernos al leer ficción distópica o ver buenas películas distópicas. Todas las historias de este género toman tendencias actuales y las desarrollan hasta su conclusión lógica, y luego usan esa conclusión como un espejo y nos preguntan: «¿Te gusta lo que ves? ¿De verdad quieres seguir por este camino?». Estos espeluznantes futuros son terroríficos precisamente porque *no* son un shock: no rompen nuestras historias subyacentes, sino que las terminan. He empezado a pensar que deberíamos ver al primer presidente de Estados Unidos de la telerrealidad forrado de armas nucleares de forma similar, como una ficción distópica en la vida real. Trump es un espejo que no solo refleja a Estados Unidos, sino al mundo entero. Si no nos gusta lo que vemos —y es evidente que a muchísimos no nos gusta—, está claro qué debemos hacer.

No solo debemos cuestionar a Trump, sino también los cuentos que inevitablemente lo fabricaron. No basta con considerarle una persona despiadada y alarmantemente ignorante, por mucho que lo sea. Debemos plantar cara a las tendencias profundamente arraigadas que le premiaron y le exaltaron hasta convertirle en la persona más poderosa del mundo. A los valores que nos han vendido a través de la telerrealidad, a los manuales de cómo hacerse rico rápidamente, a los salvadores multimillonarios, a los filantrocapitalistas. A los mismos valores que han provocado la destrucción de las redes de la Seguridad Social, disparado las cifras de reclusos, normalizado las violaciones, implantado tratos comerciales antidemocráticos, subido el nivel de los mares y privatizado la respuesta ante las catástrofes, y todo ello en un mundo de Zonas Verdes y Zonas Rojas.

Dicho esto, tal vez no sea malo —puede que sea hasta sano— que Trump nos provoque un pequeño shock. ¿Por qué? Porque las historias que lo fabricaron siempre fueron rebatidas. Siempre hubo otras

historias; historias que insistían en que el dinero no es lo único importante, y que el destino de uno está entretejido con el de los demás y con el de la salud del resto del mundo natural. Las fuerzas que Trump representa siempre han tenido que reprimir esas otras historias, más antiguas y evidentemente más verdaderas, para que las suyas pudieran prevalecer sobre tanta intuición y evidencia.

La persistencia de estas otras historias debería recordarnos que, aunque Trump sea la culminación lógica del sistema neoliberal actual, el sistema neoliberal actual no es la única culminación lógica de la historia de la humanidad. Precisamente por eso, parte del trabajo que debemos hacer ahora —una parte muy importante— es que no nos baste con resistir. Que no baste con decir «no». Naturalmente, todo eso hay que hacerlo; pero también necesitamos proteger con uñas y dientes nuestro espacio para soñar y planear un mundo mejor. Y no es un capricho: es una parte vital de la derrota del trumpismo.

Matar al Trump que llevamos dentro

Puede que suene extraño, pero el ascenso de Trump también me ha supuesto otro tipo de conflicto interior: me he decidido a matar a mi Trump interior. Ya hemos visto cómo el nuevo régimen en Washington ha llevado a muchas personas a tratar de entender y superar nuestros propios sesgos y prejuicios latentes, los que nos han dividido en el pasado. Este trabajo interior es absolutamente necesario para poder unirnos en la resistencia y en la transformación.

Hay más formas, a menudo ignoradas, de plantar cara definitivamente al Trump que llevamos dentro: son esos pequeños detalles de nuestras costumbres que revelan ciertos tintes trumpistas (que quede claro: no estoy diciendo que estas omisiones nos hagan a todos responsables del resultando de las elecciones de 2016; no se trata de quién votó a quién y por qué). Quizá sea la parte de nosotros en la que la capacidad de concentración se limita a ciento cuarenta caracteres y que tiende a confundir «seguidores» con amigos. Quizá sea la parte que ha aprendido a vernos como marcas en el mercado en lugar de como a personas en comunidades. O la parte que ve a las personas que hacen un trabajo similar al nuestro como productos rivales que compiten por una cuota de mercado escasa, en lugar de como potenciales aliados en una lucha en la que se necesitan los talentos de todos (dado que la presidencia de Trump es la culminación de la imagen corporativa basada en una lógica colonial desdeñable, quizá vaya siendo hora de desterrar esta percepción). O quizá sea la parte que no puede evitar unirse a la multitud para avergonzar y atacar a personas con las que no estamos de acuerdo, a veces incluso mediante descalificaciones personales y crueles, y con una intensidad nuclear. Y so pena de exponerme al riesgo más que real de los tipos de ataques que estoy describiendo, ¿acaso no es posible que este hábito se parezca demasiado, aunque admitirlo nos incomode, al Tuitero en Jefe?

O quizá sea la parte que espera que un multimillonario aparezca a lomos de un caballo para rescatarnos, uno amable y generoso, preocupado por el cambio climático y defensor del empoderamiento de las chicas. Un multimillonario salvador liberal se nos puede antojar muy distinto de Trump, pero la fantasía sigue equiparando la riqueza con los superpoderes; de nuevo, el parecido con el Ministerio de Mar-a-Lago es suficiente como para incomodarnos.

El hecho de que algunos de estos impulsos e historias estén muy arraigados en nuestro interior no nos convierte en malas personas. Se debe a que muchos de nosotros vivimos en sistemas que nos repiten una y otra vez que no hay suficientes recursos para todos, y que lo mejor será que nos abramos paso a codazos, cueste lo que cueste. Consciente o inconscientemente, cualquiera que consuma y produzca contenidos estará nadando en las aguas culturales de la telerrealidad y de la marca personal y de los mensajes que fragmentan nuestra atención: las mismas aguas que crearon a Donald Trump. Naturalmente, esta piscina fétida tiene varias partes, y algunas no tienen salvavidas y son mucho más propicias para contraer enfermedades transmitidas por el agua, pero aun así es muy difícil salirse del todo. Ser conscientes de ello nos ayudará a esclarecer nuestra misión: para tener la esperanza de cambiar el mundo, primero tenemos que tener la voluntad de cambiarnos a nosotros mismos.

La buena noticia es que, a medida que nos *destrumpifiquemos* —ya sea decidiendo dedicar algunas horas más a la semana a nuestras relaciones personales cara a cara, ya sea dejando de lado parte de nuestro ego para contribuir al bien común de un proyecto, ya sea reconociendo el valor de todo aquello que no se puede comprar ni vender—, nos sentiremos más felices. Y eso es lo que nos ayudará a seguir en una lucha cuyo final no alcanzamos a ver y a la que sin duda tendremos que dedicarnos durante toda nuestra vida.

Hay que elegir

Hay dos formas de luchar contra el auge global de la demagogia de extrema derecha. Está la opción propia del *establishment*, abrazada por los partidos de centro de todo el mundo y que promete algo más de cuidado infantil, una mayor representación de las mujeres y las personas de color en las altas esferas y puede que un puñado de paneles solares más. Pero esta opción también trae consigo la tradicional lógica de austeridad, la misma fe ciega en los mercados, la misma ecuación en la que el consumo infinito es igual a felicidad, las mismas tiritas en las heridas abiertas.

Hay muchas razones que explican por qué esta visión limitada está resultando tan escandalosamente inútil a la hora de detener el ascenso de la extrema derecha en todo el mundo, pero la principal es que su propuesta no es, ni de lejos, lo suficientemente satisfactoria. No se preocupa por abordar las reivindicaciones reales y legítimas que sobrealimentan la búsqueda de chivos expiatorios, ni tampoco ofrece a las personas más amenazadas por el auge de la derecha la esperanza suficiente de un futuro mejor. Una sociedad aquejada de desigualdad extrema, tendencias neofascistas desenmascaradas y un clima en decadencia está claramente enferma, y el neoliberalismo, siendo uno de los mayores promotores de estas crisis, es una medicina totalmente desacertada. No ofrece más que un «no» apocado a las fuerzas responsables y carece de un «sí» por el que merezca la pena luchar.

Muchos de nosotros estamos más que listos para adoptar un enfoque distinto: un «sí» cautivador que proporcione un plan que ofrezca mejoras tangibles en el día a día, que no tema a palabras tan poderosas como *redistribución* y *reparación*, y que pretenda plantar cara a la fórmula de la «buena vida» de la cultura occidental basada en la eterna proliferación de comodidades consumistas cada vez más aisladas, sin tener en cuenta los límites del planeta o lo que de verdad nos lleva a una realización personal plena.

Y tal vez deberíamos agradecer a Trump que nos haya ayudado a encontrar esta nueva ambición, al menos en parte. El descaro de su golpe corporativista ha contribuido en gran medida a hacer que el cambio sistémico se perciba más como necesario. Si los ansiosos titanes de la industria norteamericana pueden hacer cola detrás de este hombre —a pesar de sus repulsivos odios, su venalidad, vanidad y vacuidad—, y si Wall Street puede aplaudir sus planes para dejar que el planeta se queme y que los ancianos se mueran de hambre, y si tantos medios de comunicación pueden alabar que decidiera ordenar ataques con misiles de crucero mientras tomaba pastel de chocolate y describir la acción como «presidencial», es natural que como consecuencia muchas personas estén llegando a la conclusión de que no quieren ser parte de este sistema. La exaltación de las figuras más viles a las posiciones más elevadas, la cultura de la máxima extracción, del tomar y desechar por sistema, ha alcanzado una especie de punto crítico. No hay duda alguna de que ahora debemos plantar cara a esta cultura, y no política por política, sino desde la raíz.

Al ver las candidaturas y partidos de izquierdas insurgentes de Estados Unidos, Francia y otros lugares, es evidente que no se trata de políticos ni de programas perfectos que lo tienen todo pensado. Algunas de las figuras que han liderado estas candidaturas tienen un discurso más propio del pasado que del futuro, y las campañas que han construido han tendido a no reflejar la diversidad de los países que pretenden gobernar, o al menos no lo suficiente. Aun así, el hecho de que estas candidaturas improbables y flamantes formaciones políticas se queden a tan solo un paso del poder —dejando a los encuestadores y analistas del *establishment* boquiabiertos— demuestra un hecho muy importante, uno que ha sido denegado y suprimido durante las muchas décadas en las que el neoliberalismo ha dominado el discurso público: el cambio, la transformación progresiva, es «popular», y mucho más de lo que muchos nos habríamos atrevido a imaginar hace apenas uno o dos años.

Esto es lo que tenemos que meternos en la cabeza: el hechizo del neoliberalismo se ha roto, el peso de las experiencias vividas y una montaña de pruebas lo han desintegrado. Lo que durante décadas fue indecible, ahora lo dicen en voz alta candidatos que consiguen millones de votos: «Matrículas universitarias gratuitas», «Duplicar el salario mínimo», «Producir un ciento por ciento de energías renovables tan rápidamente como lo permita la tecnología», «Desmilitarizar la Policía», «La cárcel no es lugar para los jóvenes», «Los refugiados son bienvenidos», «La guerra provoca inseguridad para todos». Y la multitud clama a su favor. Con tanto apoyo, ¿qué será lo próximo? ¿Reparaciones por el esclavismo y el colonialismo? ¿Un Plan Marshall para combatir la violencia contra las mujeres? ¿La abolición de las cárceles? ¿Cooperativas democráticas de trabajadores como núcleo de un programa de empleo verde? ¿Dejar de usar el «crecimiento» para medir el progreso? ¿Por qué no? La barrera intelectual que durante tanto tiempo ha constreñido la imaginación progresista yace pisoteada en el suelo.

Las casi victorias de la izquierda de los últimos dos años no son derrotas. Son las primeras sacudidas de una realineación profundamente ideológica en la cual una mayoría progresista podría emerger e igualar en relevancia geopolítica el ascenso del autoritarismo y del neofascismo que encontramos a la derecha del espectro político. Lo cierto es que las debilidades y los tropiezos de los candidatos de izquierdas no deberían

hacernos perder la esperanza, sino todo lo contrario. Significa que podemos construir una carpa política mucho mayor: solo hace falta que, con cuidado y entre todos, coloquemos los pilares adecuados desde el primer día. Muchos líderes de distintos movimientos dicen que un muy buen comienzo sería aceptar la premisa de que la creciente desigualdad económica y la catástrofe climática no se pueden separar de los sistemas que siempre han clasificado la vida humana basándose en la raza y el género, a la vez que la capacidad de enfrentar a las poblaciones las unas contra las otras apoyándose en el color de la piel, el credo y la sexualidad ha sido el arma indiscutiblemente más poderosa con la que se ha protegido y prolongado este peligroso orden. Y si la formación política que tenga las agallas de decir todo esto también dispone de un plan sólido para humanizar y democratizar las nuevas tecnologías y el comercio global, ganará terreno a la derecha rápidamente y se sentirá menos como una reliquia nostálgica y más como un camino hacia un futuro fascinante nunca antes transitado. Una campaña así, profundamente inclusiva y vanguardista, podría resultar invencible.

Si todo esto te suena excesivamente optimista, recuerda: actualmente, el número de personas que se unen a movimientos políticos en Estados Unidos supera de largo todas las expectativas de los organizadores. Las marchas —por los derechos de las mujeres, contra las deportaciones y en defensa de las vidas de la comunidad negra— están alcanzando cifras récord. La asistencia a reuniones políticas progresistas, conferencias, ayuntamientos, asambleas…, supera el aforo máximo cada vez. Algo muy potente está en ciernes, y cualquiera que afirme saber hasta dónde puede llegar todo esto merece la misma confianza que las encuestas que decían que Trump nunca ganaría y que el Brexit fracasaría. Construir una amplia carpa en la era de las políticas compartimentadas en silos requiere mucho esfuerzo a la vez que voluntad de plantar cara a muchas desgarradoras historias desde la franqueza antes de poder empezar a avanzar. Y es que, en un momento como el actual, en el que unas aterradoras posibilidades se contraponen con un potencial tan fértil, ¿qué opción nos queda, más que intentarlo, más que dar el salto en cuanto aparece una nueva oportunidad?

Por ejemplo, tras el primer intento fallido por parte de los republicanos de desmantelar el programa de sanidad de Obama, el movimiento que reclamaba una sanidad pública universal se disparó por todo el país, y de pronto muchos le vieron mucho más sentido a la posibilidad de una sanidad para todos que en muchas décadas. Ahora, la presión está enfocada en que el modelo se implemente en grandes estados como California al margen de lo que ocurra en Washington.

A medida que los planes de Trump se vayan topando con su asombrosa incompetencia a la hora de ejecutarlos, irán surgiendo nuevas oportunidades. Podemos esperar un reajuste de placas tectónicas similar si el NAFTA se abre a la negociación. Las acciones de Trump serán una amarga decepción para sus simpatizantes de clase trabajadora, pero el hecho mismo de reabrir un acuerdo que nos dijeron que quedaba sellado para siempre también será una oportunidad para que los sindicatos y los ecologistas den un paso al frente con un proyecto de comercio verdaderamente justo y recaben su apoyo entre la población. Cada una de estas rendijas —y habrá muchas— será una oportunidad de concretar la forma que una alternativa real al populismo de derechas puede y debe tomar; supondrá la concreción de un punto dentro de un auténtico programa popular.

Un último recordatorio: los capitalistas del desastre de Trump controlan una parte muy poderosa del Gobierno de Estados Unidos, pero no lo controlan todo. No tienen potestad sobre las decisiones de las ciudades ni de los estados. Ni siquiera pueden controlar la mayoría de acciones del Congreso. Desde luego, no tienen potestad sobre las universidades ni sobre las instituciones religiosas o los sindicatos. Ni (por ahora) sobre los tribunales. Tampoco sobre lo que hacen otras naciones soberanas. Y no controlan lo que hagamos como individuos ni como grupos en todo el mundo.

Precisamente porque lo que está ocurriendo en Washington es tan refinadamente peligroso, lo que hagamos cada uno de nosotros con nuestro poder colectivo en estos espacios *destrumpificados* importa más que nunca. En la Convención Nacional Demócrata de 2016, Michelle Obama compartió con la multitud una memorable consigna: «Cuando ellos bajan, nosotros subimos». No se refería tanto a los hechos como al tono y a la negación de su familia de unirse a Trump y a su cuadrilla en la mezquindad. Ha llegado el momento de transferir esos valores del tono a los hechos: cuando ellos caigan bajo, *todos* tenemos que apuntar alto. En los muchos dominios que Trump no controla, tenemos que apuntar alto con nuestras ambiciones y lograr más con nuestras acciones. Debemos hacer más por evitar el catastrófico cambio climático. Debemos hacer más por crear ciudades libres para los migrantes y los refugiados. Debemos hacer más por evitar una escalada militar. Debemos hacer más por proteger los derechos de las mujeres y de los miembros de las comunidades LGTBQ. Cuanto más y más bajo caigan ellos, más y más alto debemos llegar nosotros.

El shock inverso

Durante décadas, las élites han utilizado el poder del shock para imponer pesadillas. Donald Trump cree que podrá hacerlo una y otra vez y que mañana habremos olvidado lo que dijo ayer (y que él negará haber dicho); que nos abrumará con sus acciones, y que finalmente nos dispersaremos, nos rendiremos y dejaremos que se quede con todo lo que quiera.

Pero, como hemos visto, las crisis no siempre llevan a las sociedades a dar un paso atrás y rendirse. También tenemos una segunda opción, la de unirnos para hacer frente a una amenaza común y grave, y dar un salto evolutivo. Podemos decidir, en palabras del reverendo William Barber, «convertirnos en los desfibriladores de nuestro tiempo y lanzar una descarga al corazón de esta nación para construir un movimiento de resistencia y esperanza, y justicia y amor». En otras palabras, podemos dejarnos pasmados a nosotros mismos si nos unimos, nos concentramos, perseveramos. Si nos negamos a caer en la trampa de todas esas tácticas del shock tan gastadas. Si nos negamos a tener miedo, por mucho que nos pongan a prueba.

El golpe corporativista descrito en estas páginas es, en todas sus dimensiones, una crisis cuyas ondas globales podrían propagarse a través del tiempo geológico.

En nuestras manos queda decidir cómo reaccionamos a esta crisis. Escojamos la segunda opción. Demos el salto.

Epílogo

Manifiesto «Dar el salto»: Llamamiento a favor de una Canadá basada en el cuidado mutuo y de la tierra

Partimos de la premisa de que Canadá se enfrenta a la crisis más profunda de su historia reciente.

La Comisión para la Verdad y la Reconciliación ha revelado detalles estremecedores sobre la violencia ejercida durante el pasado reciente de Canadá. La intensificación de la pobreza y la desigualdad constituyen una cicatriz visible en el presente del país. Sus antecedentes en materia de cambio climático constituyen un crimen contra el futuro de la humanidad.

Los hechos anteriores resultan perturbadores porque se alejan drásticamente de los valores declarados por Canadá: respeto a los derechos de los pueblos indígenas, internacionalismo, derechos humanos, diversidad y gestión ambiental.

Hoy Canadá no es ese lugar, pero podría serlo.

Podríamos vivir en un país que se valiera solo de energías renovables, interconectado gracias a un sistema de transporte público accesible; un país en el que durante esta transición los puestos de trabajo y las oportunidades se generen con el fin de eliminar de manera sistemática la desigualdad racial y de género. El cuidado mutuo y del planeta podrían ser los sectores de mayor crecimiento de la economía nacional. Muchas más personas tendrían salarios más altos trabajando menos horas, lo que se traduce en una mayor cantidad de tiempo para disfrutar de los seres queridos y desarrollarnos plenamente en nuestras comunidades.

Somos conscientes de que no tenemos mucho tiempo para llevar adelante esta transición: los climatólogos nos han advertido de que debemos tomar medidas contundentes en esta década para prevenir un catastrófico calentamiento global. Con pequeños pasos no vamos a llegar a donde debemos ir.

El salto debe **partir del respeto a la titularidad y los derechos inherentes de los cuidadores originarios de esta tierra. Las comunidades indígenas** han estado a la vanguardia en la protección de los ríos, las costas, los bosques y las tierras sometidas a actividades industriales sin control. Podemos fortalecer este papel y restablecer nuestra relación mediante la **plena implementación de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas**.

Impulsados por los tratados que constituyen las bases legales de este país y que nos comprometen a compartir la tierra «mientras brille el sol, el pasto crezca y los ríos fluyan», queremos fuentes de energía que perduren en el tiempo y nunca se agoten ni envenenen la tierra. Gracias a los avances tecnológicos, ese sueño está al alcance de la mano. Las últimas investigaciones demuestran que Canadá podrá obtener el ciento por ciento de su electricidad a partir de recursos renovables en un plazo de dos décadas; para el año 2050 podríamos tener una economía ciento por ciento limpia.

Exigimos que esa transición comience ahora mismo.

Ya **no tenemos excusas para seguir construyendo nuevos proyectos de infraestructuras que nos condenen a más décadas de extractivismo**. La nueva regla de oro del desarrollo energético debe ser: **si no te gustaría tenerlo en el jardín de tu casa, entonces no debe estar en el jardín trasero de nadie**. Esto es válido para los oleoductos y gasoductos, para el *fracking* en New Brunswick, en Quebec y en la Columbia Británica, para el creciente tráfico de petroleros frente a nuestras costas y para los proyectos mineros canadienses en todo el mundo.

Ha llegado el momento de la democracia energética: no solo creemos que debe haber cambios en nuestras fuentes de energía, sino que, donde sea posible, las comunidades deberían controlar colectivamente esos nuevos sistemas de energía.

Como alternativa a la sed de lucro de las compañías privadas y la burocracia remota de algunas otras

bajo control centralizado estatal, podemos crear estructuras de propiedad innovadoras: gestionadas democráticamente, que garanticen salarios dignos y mantengan los ingresos en las comunidades donde tanto se necesitan. Además, **los pueblos indígenas deberían ser los primeros en recibir apoyo público para sus propios proyectos de energías limpias, al igual que las comunidades que hoy enfrentan graves problemas de salud debido a la actividad industrial contaminante**.

Ese tipo de energías no solo iluminará nuestros hogares, sino que también distribuirá la riqueza, fortalecerá la democracia y la economía, y comenzará a curar las heridas que se remontan a la fundación de este país.

El salto hacia una economía no contaminante genera incontables oportunidades para conseguir «triunfos» similares. Queremos **un programa universal para construir hogares eficaces desde el punto de vista energético, readaptar las viviendas actuales y garantizar que las comunidades y barrios con ingresos más bajos se beneficiarán primero** y recibirán capacitación laboral y oportunidades que harán posible la reducción de la pobreza a largo plazo. **Queremos que se proporcione formación y otros recursos a los trabajadores de sectores con altos niveles de emisión de carbono para asegurar que estén en condiciones plenas de participar de una economía basada en energías limpias**. Esta transición debe contar con la participación democrática de los propios trabajadores. **Es posible unir cada comunidad de este país si contamos con trenes de alta velocidad que utilicen energías renovables y con un sistema de transporte público accesible**, en lugar de utilizar más el coche, los oleoductos y los trenes que explotan y que no hacen más que ponernos en peligro y dividirnos.

Puesto que somos conscientes de que este salto empieza tarde, necesitamos **invertir en nuestras deterioradas infraestructuras públicas** para que puedan soportar sucesos climáticos extremos cada vez más frecuentes.

La transición a un sistema agrícola mucho más localizado y ecológico podría ayudarnos a reducir la dependencia de los combustibles fósiles, capturar carbono en el suelo y absorber shocks repentinos procedentes de la oferta global, a la vez que produciría alimentos más saludables y accesibles para toda la población.

Hacemos un llamamiento a la rescisión de todos los tratados comerciales que obstaculizan nuestros intentos de reconstruir las economías locales, regular las compañías y detener el daño que causan los proyectos extractivos. Al restaurar el equilibrio de la balanza de la justicia, deberíamos garantizar **la condición de inmigrantes y la plena protección para todos los trabajadores y las trabajadoras**. Es necesario reconocer la contribución de Canadá a los conflictos militares y al cambio climático —principales impulsores de la crisis mundial de los refugiados—, y como parte de ello acoger a refugiados y migrantes que llegan en busca de seguridad y una vida mejor.

El paso hacia una economía en equilibrio con los límites de la tierra también implica **expandir los sectores de nuestra economía que ya son de baja emisión de carbono: cuidado de personas, docencia, trabajo social, artes y medios de comunicación de interés público. Siguiendo el ejemplo de Quebec, la implementación de un programa de guarderías es una vieja deuda que debe saldarse**. Todas esas tareas, que realizan en gran parte las mujeres, son el cimiento de la construcción de comunidades humanas y resistentes, y necesitamos que nuestras comunidades sean lo más fuertes posible para que sean capaces de afrontar el difícil futuro que ya nos hemos asegurado.

Dado que en la actualidad gran parte de los trabajos como cuidador —ya sea de las personas o del planeta— no está remunerado, exigimos un debate intenso sobre la **introducción de un salario anual básico y universal**. Implementado por primera vez en Manitoba en la década de 1970, esta sólida red de protección contribuiría a asegurar que nadie se vea obligado a aceptar trabajos que amenacen el mañana de sus hijos para alimentarlos hoy.

Declaramos que la «austeridad» —que ha atacado sistemáticamente a los sectores de baja emisión de carbono, como la educación y la salud, a la vez que ha privado de recursos al transporte público e impuesto privatizaciones irresponsables en el sector energético— es un tipo de pensamiento fosilizado que se ha vuelto una amenaza para la vida en la Tierra. El dinero que necesitamos para costear esta gran transformación está disponible, solo deben ejecutarse las políticas adecuadas para liberarlo. Por ejemplo, **eliminar los subsidios a los combustibles fósiles, aplicar impuestos a las transacciones financieras, aumentar los cánones sobre los recursos, subir los impuestos a las corporaciones y a las personas de alto poder adquisitivo, instaurar un impuesto progresivo al carbono, reducir el gasto militar**. Todo lo anterior está basado en un simple principio: «**Quien contamina paga**», y es muy prometedor.

Una cosa está clara: la escasez pública en tiempos de inusitada riqueza privada es una crisis fabricada,

diseñada para apagar nuestros sueños antes de que nazcan.

Esos sueños rebasan de largo los límites de este documento. Hacemos un llamamiento a todos los que aspiran a un cargo político a aprovechar esta oportunidad y responder a la urgente necesidad de transformación. Convocamos **asambleas públicas en todo el país** en las que los residentes puedan reunirse para definir democráticamente qué significa dar un salto genuino hacia la economía del futuro en sus comunidades.

Inevitablemente, este renacimiento desde la base hacia arriba conducirá a una renovación de la democracia en todos los estratos de gobierno, mediante un trabajo rápido para pasar a un sistema en el que **cada voto cuente y se retire de las campañas políticas el dinero de las corporaciones**.

Es mucho trabajo para hacerlo todo a la vez, pero así son los tiempos que nos toca vivir.

La caída del precio del petróleo ha aliviado transitoriamente la presión de extraer combustibles fósiles tan rápido como lo permitan las tecnologías de alto riesgo. Esta pausa en la expansión frenética no debe verse como una crisis, sino como una bendición.

Ha dado a los canadienses un momento único para analizar en qué nos hemos convertido, y decidirnos a cambiar.

Convocamos a todos los que aspiran a un cargo político a aprovechar esta oportunidad y responder a la urgente necesidad de transformación. Este es nuestro deber sagrado para con aquellos a quienes este país ha perjudicado en el pasado, los que sufren innecesariamente en el presente y todos los que tienen derecho a un futuro esperanzador y seguro.

Es el momento de atrevernos. Es el momento de dar el salto.

AGRADECIMIENTOS

HE PODIDO TERMINAR este libro en un plazo de tiempo disparatadamente ajustado gracias a un grupo de personas maravillosas. Louise Dennys, editora ejecutiva de Penguin Random House Canadá, dedicó su brillante mente y su vida a este proyecto, mejorando el texto con sus innumerables aportaciones. Johann Hari insistió en que lo escribiera antes de que estuviera convencida, grabando largas conversaciones para demostrarme que el material estaba ahí y puliendo varios borradores. Derric O'Keefe se dedicó en cuerpo y alma a corregir, investigar y guiarnos por el camino. Sharon Riley contribuyó con una investigación excelente y una minuciosa comprobación de la información con la ayuda indispensable de Christine Shearer, Allie Tempus, Kate Aronoff y Rajiv Sicora. Jackie Joiner, como siempre, actuó como la fantástica directora de orquesta que es.

Para Louise y para mí ha sido un placer trabajar con dos editores excelentes: Helen Conford, de Penguin Random House Reino Unido, y Anthony Arnove, de Haymarket Books en Estados Unidos; Anthony también representa el libro internacionalmente. El imposible plazo exigió que cada uno de ellos y todos los equipos de editores hicieran milagros, especialmente Rick Meier y Deirdre Molina, así como el infatigable grupo de producción Knopf Canada, Brittany Larkin y Terra Page, John Sweet y su director creativo Scott Richardson. Agradezco a *The Intercept*, *The Nation* y *The Guardian* que publicaran los primeros fragmentos de este texto. Michelle Alexander, Eve Ensler y Keeanga-Yamahtta Taylor leyeron los primeros borradores y me proporcionaron unas opiniones muy valiosas.

Mi marido, Avi Lewis, me ayudó a plantear muchos aspectos del argumento y me regaló el tiempo y el espacio necesarios para que me pudiera sumergir completamente en él. Gracias también a Michael, Bonnie y Seth Klein; a Michele Landsberg y Stephen Lewis; Sol Guy, Seth MacFarlane, Kyo Maclear, Brit Marling, Katie McKenna, Bianca Mugyenyi, Betsy Reed, Anthony Rogers-Wright, Juliana Saehrig, Katharine Viner y Ofelia Whitely. Me siento apoyada, respaldada e inspirada por el increíble equipo de Leap y por las sesenta personas que redactaron el documento original. Todavía estamos afectados por la pérdida de nuestro gran colaborador, Arthur Manuel. Mi mayor agradecimiento es para mi pequeño y paciente Toma, que echó de menos a su madre durante estos últimos meses, pero cree firmemente que «Donald Trump es demasiado maleducado como para ser presidente».

epublibre



NAOMI KLEIN. Nacida en Montreal, Canadá, el 8 de mayo de 1970, es una periodista e investigadora de gran influencia en el movimiento antiglobalización y el socialismo democrático. Es periodista y escritora.

Caracterizada por su trabajo independiente en los medios periodísticos, colaboró como columnista para los periódicos de corte progresista como el The Guardian de Londres y The Globe and Mail de Toronto. Naomi Klein ha participado en charlas en la sociedad Miliband de la London School of Economics y es doctora *honoris causa* en Derecho por la Universidad de King's College, de Nova Scotia. Alcanzó el puesto undécimo, el más alto logrado por una mujer, en el Sondeo Global de Intelectuales, un listado de los intelectuales más relevantes del mundo que confecciona la revista “Prospect” junto a la revista “Foreign Policy”.

Su ruptura con la globalización implicó el estudio de las influencias del capitalismo de finales del siglo xx y del sistema de la Tercera Vía, así como en el impulso del sistema de economía neoliberal y sus efectos en la cultura moderna de masas. Fruto de sus investigaciones, ha escrito varios libros como *No Logo* (2001), *Vallas y ventanas* (2003), *La doctrina del shock* (2007), *Esto lo cambia todo* (2014), el guion del documental *La Toma / The Take* (dirigido por Avi Lewis, centrado en la toma de una fábrica recuperada por sus trabajadores bajo control obrero como forma de lucha en contra de la globalización en el marco de la crisis argentina y las movilizaciones ciudadanas entre 2001 y 2002) y un gran número de artículos periodísticos y políticos.

Notas

[1] Barcelona, Paidós, 2011. < <

[*] La salida de Steve Bannon de la Casa Blanca se produjo el 19 de agosto de 2017, semanas después de la publicación original del libro. (*N. del E.*) < <

[2] Barcelona, Paidós, 2009. < <

[3] En *Cumpleaños*, Barcelona, Debolsillo, 2006. < <

[4] Cabe destacar que el resultado no fue el esperado por la primera ministra conservadora, que tras las elecciones celebradas en junio de 2016 perdió la mayoría absoluta y vio cómo los laboristas ganaban una treintena de escaños, obligándola a gobernar en minoría y a pactar con los unionistas norirlandeses. (*N. del T.*) < <

[1] *Black Lives Matter* (BLM, «Las Vidas Negras Importan») nace en el seno de la comunidad afroamericana estadounidense para denunciar la desigualdad racial (especialmente, casos de brutalidad policial y discriminación dentro del sistema de justicia). *Say Her Name* («Di su Nombre») es también un movimiento estadounidense de denuncia de la brutalidad policial contra las minorías, especialmente la dirigida contra las mujeres de raza negra. (*N. del T.*) < <

[2] *Adbusters* (algo así como «Rompeanuncios») es una organización anticapitalista y anticonsumista nacida

en Canadá, que se dedica a subvertir la publicidad, utilizándola como medio de comunicación de ideas para denunciar y compensar la manipulación que ejerce sobre la sociedad. Se inscribe en un movimiento más amplio, el *culture jamming* («atasco o sabotaje cultural»). (*N. del T.*) < <

[1] Los teóricos del liberalismo económico usan las expresiones «efecto derrame» o «teoría del goteo» para referirse al fenómeno por el cual, supuestamente, en el capitalismo, la acumulación de riqueza en manos de unos pocos acaba beneficiando a la sociedad en su conjunto, al ir «derramándose» esa riqueza hacia los sucesivos estratos menos favorecidos. (*N. del T.*) < <

[2] En España publicado con el título *Trump: el arte de la negociación*, Barcelona, Grijalbo, 1989. < <

[3] *Cómo hacerse rico,* Barcelona, Planeta, 2004. < <

[1] Estados Unidos comunicó finalmente su retirada del Acuerdo de París el 1 de junio de 2017 (véase Agencia EFE, «Trump honra su promesa de campaña y retira a Estados Unidos del Acuerdo climático de París», en <**https://www.efe.com/efe/usa/portada/trump-honra-su-promesa-de-campana-y-retira-a-ee-uu-del-acuerdo-climatico-paris/50000064-3284817 >).** (*N. del T.*) < <

[2] *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*, Barcelona, Planeta, 2015. < <

[1] Los «coleguitas de Bernie» (en traducción libre). Los *bots* son programas informáticos diseñados para generar contenidos en las redes sociales que actúan como si fueran humanos con el objetivo de crear opinión y ganar votantes. (*N. del T.*) < <

[2] Lo que, en inglés, le daba para un juego de palabras con su apellido, ya que *trump up* es «falsear». < <

[3] *El color de la justicia: la nueva segregación racial en Estados Unidos*, Madrid, Capitán Swing, 2014. < <

[4] Bajo este término, se engloba toda una serie de leyes federales y estatales promulgadas entre 1876 y 1965 que instauraban la segregación racial bajo el lema «Separados, pero iguales». Todas las que aún seguían vigentes fueron derogadas por la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derecho de Voto de 1965. (*N. del T.*) < <

[1] En febrero de 2017, la cadena de tiendas de lujo estadounidense Nordstrom anunció que retiraba la colección de ropa y complementos de Ivanka Trump alegando como justificación el descenso de sus ventas. La reacción de Trump fue enviar distintos tuits (uno de ellos desde la cuenta oficial reservada al presidente de Estados Unidos) en los que acusaba a la cadena de tratar a Ivanka de forma injusta y ceder a las presiones sociales «anti-Trump». < <

[2] Ayn Rand (1905-1982), pseudónimo de Alisa Zinóvievna Rosenbaum, fue una filósofa y escritora ruso-estadounidense, acérrima defensora del individualismo feroz y del liberalismo capitalista. (*N. del T.*) < <

[1] Elon Musk, el empresario fundador de PayPal o Tesla, es famoso también por ser un pionero de la colonización espacial con su empresa SpaceX. (*N. del T.*) < <

[1] Parte de este momento histórico y de las reflexiones de la autora sobre la situación en Argentina quedaron reflejadas en el documental *The Take (La toma)*, realizado por Naomi Klein y dirigido por Avi Lewis en 2004. (*N. de la T.*) < <

[2] La sentencia del Tribunal Supremo de Estados Unidos reconoció en 1973, en el caso Roe contra Wade, el derecho al aborto inducido. El fallo fue de siete votos a favor y dos en contra. (*N. de la T.*) < <